

UNA AVENTURA DE FAMILIA

CAPÍTULO I

REMONTÁNDONOS ATRÁS

Me llamo Ernesto Sanz. Tengo treinta y cinco años. Estoy casado y mi mujer se llama Almudena. Vivimos en la madrileña calle de Velázquez, en un piso grande y muy bien situado.

Atravesamos unos momentos muy difíciles, que gracias a mis padres, o sea, a los abuelos, no llegan, ni mucho menos a ser desesperados. Os chocará este comentario mío que parece no venir a cuento, sin embargo, hay que tomarlo al pie de la letra.

Como os decía, gracias a mi padre y a mi madre, y también, es justo decirlo, a mi hermano mayor Luis, Almudena y yo tenemos la fuerza y la fe necesarias para afrontar estos momentos tan difíciles, que se nos presentan como una tormenta inesperada que a su paso todo lo arrasa. Sin embargo, el paso de esta tormenta no destruirá lo que con tanto amor se sembró hace ya años, y no muchos años.

Para ello hemos buscado y encontrado en nuestros corazones la semilla casi idéntica que Dios nuestro Señor quiso sembrar en mi familia hace ya mucho tiempo, con esa Providencia tan puntera, tan bienvenida, que la mayoría de las veces no comprendemos ni aceptamos, pero que, sin embargo, lo único que nos hace, a fin de cuentas, es aligerar el peso que sobre nuestras espaldas pone la misma vida con su duro pasar cotidiano lleno de espinas y abrojos, y así, comunicarnos a través de la cruz del día llevada con amor, esa alegría con paz, ese dolor con paz, ese sufrir con gozo, y un gozo tal que nos permite sufrir amando lo que nos proporciona ese sufrimiento. Y es que el dolor ya no es dolor, sino amor. En lo que pensábamos que estaba el sufrimiento y la desesperación, nos encontramos con un lugar de paz y sosiego, un mundo nuevo, un paraíso que nos hace exclamar la bondad de Dios, que nos brinda la oportunidad de ser felices, de estar, de disfrutar, y de construir su Reino ya en esta tierra.

Vosotros mismos, cuando haya acabado de relataros lo que aconteció en aquellos dos años de mi juventud más temprana, juzgaréis si estas mis palabras merecían ponerse al comienzo de este relato.

Que este libro sea un homenaje, un canto a mis padres, a Luis mi hermano mayor, a Antonio el amigo y compañero de mi padre, a Nabuco, el cual os presentaré más adelante y que era y es todavía amigo de Luis, a su hermana Lorena, a todos mis hermanos, a don Valiente el párroco, a Lolita, la amiga de mi madre, a Ramón el inspector de policía, y para no aburriros, a todos los que nos ayudaron en aquellos días tan especiales. Y voy a ir mucho más allá, a todos los que nos quisieron hacer el mal y atacarnos. No los disculpo, pero los perdono de corazón. Si alguno de ellos llegara a reconocerse en este relato y leyese este libro, comprenderá cuanto hizo sufrir con su réprobo proceder a los seres más buenos que he conocido en toda mi vida: a papá y a mamá.

Esta es una historia de familia, o si lo queréis llamar de otra forma, una aventura de familia. Hasta ahora habréis oído hablar, o conoceréis las aventuras de piratas, de descubridores famosos por su audacia y valentía, de expediciones a sitios inhóspitos y recónditos, de santos a los que su fe les llevó a lugares en los que ni ellos mismos se habrían dejado pagar una fortuna por estar una sola hora en esas condiciones. En fin, hay toda clase de aventuras reales o inventadas. Reales, y a su vez modificadas a gusto y provecho del que las cuenta. O imaginadas, que llegan a ser más reales que las que en ocasiones nos relatan como ciertas.

A todas podemos dirigir nuestra atención por muchos medios, en una pantalla pequeña, como es la de la televisión, o la grande y sensacional, como es la del cine, en unas hojas escritas con un simple papel y bolígrafo a la manera que el artista coge el blanco lienzo, lo observa, y sólo quién le inspira, ni él mismo, fijaros lo que os digo, ve la obra en su totalidad y terminada con una perfección sublime, como sublime es el producto de esa inspiración.

Aunque este no es el caso, no os inquietéis. Mi inspiración se resuelve a recordar simplemente lo que pasó durante aquellos dos años, de mis diez y nueve a los veintiún para ser más exacto.

Esta historia, o aventura, como queráis cada uno elegir es real, tan real que es una parte de la extensa historia de mi familia.

Vamos a enfocar desde aquí solamente dos años, pero ya veréis que dos años.

Poco a poco os iré presentando a mis hermanos. Cada uno de ellos os mostrará una personalidad muy definida y fuerte, algo que papá y mamá se preocuparon en cuidar y proteger en sus hijos con el mayor esmero que les fue posible. Para ello nos conocían, creo que como ni nosotros mismos nos llegábamos a conocer. Os diría ahora el nombre de todos ellos, pero si os los dijera, sería algo impersonal, una simple lista de nombres.

No. Os los voy a presentar uno a uno. Aunque sea presentaros su intimidad por el recuerdo, no creo que ellos me pongan objeción, pues lo que aquí vamos a barajar, es algo de una gran riqueza, riqueza esta desparramada por muchos campos del vivir y sentir del hombre en el entorno familiar. Esto quedará patente al final de este libro y cada uno de vosotros sacará sus propias conclusiones, que será fácil que pueda aplicar a su propia vida en más de una ocasión.

Es cierto que está muy lejos de mí el querer mostraros una obra didáctica en la que encontréis respuesta a todas vuestras preguntas, o parte de ellas. No, no es ése mi deseo. Con todo os aconsejo que si alguna vez el dolor y el sufrimiento llama a las puertas de vuestro hogar, por lo menos, acordaros de estas líneas que os escribo, de corazón os aconsejo leer este libro.

No os entretengo más con preámbulos, y voy a introducirme de lleno en mi relato. Poco a poco os iré contando cosas, muchos detalles, unos necesarios y otros divertidos, o simplemente os haré comentarios sobre ciertos momentos que iré recordando según vayamos avanzando.

Escuchad o leed esta historia mía, las dos cosas tienen un parecido enorme, leer o escuchar. Daros cuenta que un sordo puede leer, pero no escuchar, y que un ciego puede leer y escuchar. Por tanto, os deseo que la lectura de este libro sea de vuestro agrado.

CAPÍTULO II

TODO EMPEZÓ ASÍ

Mi padre se llamaba Alejandro Sanz Lombera. Ostentaba un alto cargo en el Ministerio de Economía y Hacienda. Mi madre por el contrario tenía un nombre muy simple, Carolina, que no permitía, como se puede observar, recortes ni correcciones a posteriori, a mi padre le desagradaba sobremedida. Trabajaba como diseñadora de eso que las mujeres llaman modistas de alto nivel, o alta moda, no recuerdo exactamente como se decía.

Tengo que hacerlos notar que ambos habrían podido incluir en su currículum personal un apartado en el que se leyese: trabajo en el hogar (sus labores), como se decía antes para cubrir las espaldas maltrechas del ama de casa, que se dejaba la vida en el poco vistoso trabajo del hogar, aunque siempre había por entonces algún marido pionero en ese campo, el cual llegaba a calibrar el peso y la importancia de ese trabajo tan poco lucido, pero tan importante y, permitidmelo, tan divino.

Mi casa era un hogar feliz, un hogar de luz, de amor. Sí, de amor, el de mis padres, pues el solo amor que respiramos de pequeños en nuestro hogar, en nuestra familia, es la semilla del amor que tendremos toda nuestra vida a la forma de un campo de trabajo de infinitos horizontes.

Mi vida, y como la mía la de mis hermanos, transcurría tranquila, sosegada, carente de eso que a los demás oía nombrar como problemas. Yo jamás había tenido una preocupación, a no ser las propias de mis años. La época de la pubertad estaba provocando en mí verdaderos estragos.

Mi madre me decía que tenía el pavo, aunque yo nunca lo reconocía, con todo tenía que doblegarme ante una prueba irrefutable en mi contra, un acentuado acné que me atormentaba día y noche con sus numerosos granos en la parte más estimada y visible de mi cuerpo, mi cara. Era atormentado más violentamente por este mal pasajero, sobre todo a la hora de relacionarme con miembros del sexo opuesto. Menos mal que por entonces no me conoció Almudena, de lo contrario, de seguro que no se habría enamorado de mi, los granos se lo habrían impedido.

Un día, uno cualquiera de los muchos y felices días en nuestro hogar, ocurrió algo no extraño, pero sí raro.

Desde unos días atrás mi hermano mayor Luis venía observando en mi padre una actitud sino extraña, sí bastante inusual. Después de cenar no hacía su rato de lectura, muy frecuente y casi obligado en él mientras nos acostaba mamá. Sí pasaba a rezar con los pequeños de forma alternativa, como era costumbre en casa, unas noches él, otras mi

madre, y a darnos un beso a todos antes o después de que no durmiéramos. Ella, más tarde iba donde él, y conversaban durante un largo rato.

Fue un día por la noche cuando ocurrió algo que sobresaltó a mi hermano mayor Luis. Estaba...

-¡Huy! Hola Luis, no sabía que estabas aquí.

-Carolina me dio el recado.

-Chico, me has cogido in fraganti.

-¡Y eso?

-Estaba contando a estos amigos aquellos dos años con papá y mamá, es un crimen archivarlos en un cajón y que terminen en el olvido.

-Me parece bien Ernesto. Entonces no te interrumpo.

-Por favor Luis, estaba recordando como aquél día te distes cuenta de que a papá le ocurría algo, no hacía su lectura.

-Continúa entonces, no te interrumpo.

-Luis, creo que nadie como tú para contar esto. ¿Por qué no continúas tu en mi lugar?

-Sólo he venido a veros, no me metas embolados Ernesto.

-Ten cuidado que nos están escuchando.

-¡Oh, perdonad mi descuido! Este hermano mío es un pillo. No ha sido mi intención haceros un desaire.

-Tú eres el que mejor se acuerda de todo. Venga Luis, continúa el relato en mi lugar, quizás alguno de estos amigos que leen estas páginas, esté en una situación parecida a la que vivimos por entonces. Merecería la pena si uno sólo de ellos...

-Esta bien, está bien Ernesto. Es verdad, no es ni justo ni bueno guardar todo aquello para que el olvido lo llegue a borrar. ¿Por donde ibas?

-Por la noche en que te diste cuenta de que a papá le ocurría algo.

-¿Has presentado a todos?

-No, he preferido hacerlo poco a poco, según vayan entrando en escena como si dijéramos.

-Está bien. Tráeme una coca-cola fría y acércame un cenicero, no veo ninguno por aquí.

-Enseguida, vuelvo en un momento.

-Si gracias. Este hermano mío es un pillo, pero tengo que reconocer que tiene razón con respecto a que todo aquello yo mismo os lo puedo relatar mucho mejor. Y esto por motivos.

El primero fue mi posición de hermano mayor. Mi padre daba mucha importancia a esto, y me enseñó a valorarlo. Ya lo veréis. El segundo es mi amistad con Nabuco,. De esto ya os diré más adelante.

Bueno, como os decía Ernesto, aquella noche ocurrió algo que me sobresaltó sobre manera. Escuché unos gemidos entrecortados, y entre medias la voz de mi madre, pausada, tranquila, muy hermosa, que parecía querer calmar con suavidad un dolor, un sufrimiento, confortar en la medida de lo posible. La voz que gemía estaba seguro que era la de mi padre.

Me levanté de la cama como un rayo y fui a la sala de estar. Mis padres sorprendidos inmediatamente me preguntaron cual era el motivo de que estuviese levantado a esas horas.

-Ya deberías estar dormido, Luis, ¿por qué te has levantado? -dijo mi padre con voz tranquila-

-Hijo, ¿que ocurre? -repuso mi madre casi a la vez-

-Me ha parecido oír sollozar a alguien, estoy inquieto. Vine lo más rápido posible.

-Has de irte a la cama y tranquilizarte. Estás en época de exámenes, y debes mantenerte firme y equilibrado en tus emociones.

-No puedo, papá, mientras no sepa lo que ocurre. ¿Qué es lo que pasa?

Fue mi madre, la que con un gesto de impotencia y resignación, me llevó nuevamente a mi cama, y como si de un niño de cinco años se tratase, me acarició suavemente como sólo una madre sabe hacerlo. Su voz, su cariño, su sola presencia junto a mí, hicieron que recuperase instantáneamente la paz que había perdido.

-Gracias mamá.

-A ti hijo mío.

-¿Le pasa algo a papá?

-Hijo, reza por él y por mi.

-Eso significa que os ocurre algo.

-Nada que el Señor no pueda aliviar, y si es su voluntad solucionar.

-¿Qué pasa mamá? Estoy asustado.

-Hijo, durante estos días habéis de querer y apoyar con más intensidad a vuestro padre, él os necesita mucho. Pero especialmente él espera mucho de ti, su hijo mayor.

-El no me dice nada. No sé si debiera preguntarle.

-Confía en tu padre, si él mantiene silencio, por algo será.

-Esta bien mamá, pero avísame si ves que debo hablar con él, estoy tan preocupado que no sé si podré dormir.

-Duérmete, hemos de estar fuertes para la jornada de mañana. El que no duermas no cambiará el curso natural de la cosas, todo lo contrario, te desequilibrará. Duérmete y reza si no puede dormir, no pierdas el tiempo. Hasta mañana, hijo.

Esa fue la conversación con mi madre. Todavía siento mi corazón saltar de júbilo por el recuerdo. Yo sé que todas las madres son especiales, y más para sus hijos. Pero la mía se llevaba el premio a la especialidad. Describiros a mi madre sería como intentar describiros un trozo de cielo, un lugar en el paraíso. Creo que estaréis conmigo de acuerdo que para esto no hay palabras. Cuantas gracias tenemos que dar a Dios por habernos dado un padre y una madre como ellos. Con esto no quiero dar un toque emotivo y romántico a este relato mío. Muy lejos de mí esto. No. Os digo la pura y lisa realidad. Al final vosotros mismos sentiréis como vuestro corazón se inflama de cariño por ellos dos. Y aunque ya no están entre nosotros, sí me escuchan, porque están en el cielo, y el cielo está ya en y con nosotros.

-Toma Luis, lo que me has pedido.

-Gracias Ernesto. -El hermano parecía algo sorprendido-.

-Veo que has escuchado lo que he relatado a estos amigos tuyos.

-Sí, disculpa, pero me ha impresionado.

-Mamá era tremenda. Quédate un poco, contaré cosas que incluso tú ni siquiera te acordarás.

Voy a relatar ahora como papá se apoyó en mi, me atrajo hacia él, y me contó lo que le pasaba.

-Sí, me quedo a escuchar, pero si no te importa voy a llamar a Almudena y a los demás, quiero que lo escuchen de tus mismos labios, lo agradecerán, estaban deseándolo desde hace mucho, sabes que te guardan un gran respeto.

-Claro que sí, ve a por ellos, mientras iré contando a estos amigos como amaneció el día a continuación de mi conversación con mamá.

-Vengo en unos momentos.

El día siguiente transcurrió normal, incluso detecté un óptimo humor en mi padre, hasta el punto que intentó contarnos un chiste.

-Por favor papá, no lo estropees de esa forma, además no es así. Tal como lo cuentas dan ganas de llorar.

Mis hermanos habían escuchado la breve narración graciosa, unos con cara de incredulidad y otros, como mi hermanita Mabel, diciendo algo asombrada: ¿qué le pasa a papá? Era obvio que el contar chistes no era el fuerte de mi padre.

Mi madre era la única que se reía de buena gana, pero no porque la hiciese gracia el chiste en sí, sino por las diferentes expresiones y muestras de asombro al contemplar a mi padre hacer el ganso de esa forma. Fue grande la sorpresa que nos llevamos, pues como no le habíamos reído la gracia, nos castigó a todos a la terrible tortura de...

¡Bien! ¡Bien!. Gritamos todos contentísimos. Aquella noche había encargada pica para cenar. Nos volvía locos la pica. Cuando el motorista de la empresa que las traía a casa llamaba a la puerta, aquello se convertía en un verdadero festín de felicidad. Mis padres disfrutaban lo indecible contemplándonos a todos a la hora de afrontar una cena como aquella. Pasado un rato observé como mi madre besaba a mi padre y le decía con voz muy cariñosa:

-Felicidades amor mío.

Mas tarde supe que aquél día era su aniversario de bodas. Eso explicó lo de las picas, y que mi padre fuese a la nevera, cogiese una botella de vino de cava, y después de cenar, a los mayores nos invitase a brindar por, como dijo él, la madre más buena del mundo.

Mamá, como siempre que vivía algún momento emocionante, no pudo evitar que de sus ojos brotasen unas involuntarias lágrimas arrancadas por la emoción. Recuerdo su comentario al brindis propuesto por mi padre, como si lo tuviese grabado en mi mente en letra misteriosa e imborrable:

-Querido mío, hijitos míos, me hacéis inmensamente feliz con vuestra bondad.

Esa era mi madre, nada más y nada menos. Aunque una cosa es escuchar su voz a través de mi relato, y otra, como teníamos nosotros la inmensa suerte, escucharla en vivo, y luego sentir sus bellos y tibios labios besarnos a cada uno como sólo una madre, como sólo ella sabía hacerlo.

Haré observar que nunca faltaban las protestas abiertas, cuando el que besaba era mi padre, y su beso se convertía en un fuerte y juguetón ataque de amor, sobre todo a las pequeñas, las cuales estaban más indefensas ante él, y no se podían defender de este amor de papá que las estrujaba las mejillas con un beso de casi medio minuto.

-Alejandro, mira a la niña, déjala o la dará una apoplejía-, repuso mi madre asombrada ante los colores que mi hermana Lourdes ponía por el ataque masivo de amor paterno. Sin embargo, inmediatamente surgían fieros y celosos adversarios de este amor, que también reclamaban ser estrujados y queridos a un nivel superior al de sus fuerzas. Os aseguro que sus deseos se veían colmados por mi padre, que incansable mimoseaba uno a

uno hasta no poder más. Ya mi padre se tenía que dar por vencido y cogía nuevamente su sitio a lado de mi madre para no moverse más.

Cuando terminaba la cena, como era costumbre en mi familia, rezábamos el rosario todos juntos, teníamos un rato de tertulia y a la cama todos, pues nos tocaban diana a las siete de la mañana, para unos porque teníamos que coger la ruta del colegio, para otros, porque Manuela venía a cuidarles, y era un as de la velocidad en cuestión de biberones y desayunos a base de papillas.

-Luis somos nosotros.

-Ah, pasad. Te molesto aquí Almudena.

-No. Continúa con el relato, te escuchamos.

-Estaba contando a estos amigos como fue la noche del aniversario de bodas de papá y mamá aquél año, y de paso les comento algunas costumbres de siempre que tenemos en la familia, tu Almudena las conocerás a la perfección.

-Sí, creo saber a lo que te refieres. Sin embargo, me es muy grato oír de ti lo que os pasó entonces. Ernesto me ha comentado muchas veces que el que estuvo codo a codo con el abuelo fuisteis tu y Nabuco.

-No, estuvimos todos. Ahora lo verás. Voy a continuar.

Fue al día siguiente, me acuerdo que era un jueves por la noche, cuando observé que mi padre estaba serio. De su faz no habían huido ni la paz ni la dulzura, algo tan habitual en él como el respirar, no. Presentaba un aspecto muy serio. Sus facciones habían cogido un tono grave. Mis hermanos también se percataron de esto, pero no le dieron importancia, lo achacaron a que papá estaba cansado. Yo por el contrario, sabía a ciencia cierta, que a mi padre le pasaba algo.

Saqué el inamovible propósito de hablar esa noche con él cuando se quedase sólo en la sala de estar como era su costumbre, ese sería un buen momento. Así que me lo propuse firmemente.

Las horas pasaron volando. Después de cenar rezamos el rosario; aquella noche no hubo tertulia, me acuerdo que alguien llamó a papá por teléfono, y mamá nos mandó acostar a la hora de costumbre. Se nos permitía tener una luz encendida durante un rato para que leyésemos, siempre que fuese un tiempo prudencial, y que no molestásemos a otro hermano. Yo no tenía problema para esto, dormía sólo por ser el hermano mayor, mis padres lo tenían así estipulado y dicho ante todos mis hermanos. Nunca esto suscitó resquemores, aunque eran bastantes las veces que alguno de mis hermanos me pedía cambiar el cuarto por una noche. Yo accedía si el motivo que se me daba era importante, aunque la verdad es que también lo dejaba por el sólo hecho de que alguno de ellos quisiese salir un poco de la rutina diaria y leer por la noche un poco más.

Pero aquella noche no dejé el cuarto a ninguno. Sabía que mi padre estaba en la sala de estar, y que la situación de mi cuarto era estratégicamente perfecta para poder

desarrollar mi plan sin ser visto por ninguno de mis hermanos. En una familia, y más en una familia numerosa, basta con que uno de los hermanos se levante y sea visto, para que a su vez todos los demás pidan también levantarse, aunque sea con una excusa dulcemente amorosa como pueda ser el dar un beso a papá.

Pero todo fue sobre ruedas. Mi madre estaba en la habitación de Horacio y Cecilia. El momento había llegado. Mi madre atendía a los más pequeños, que siempre eran lo más laboriosos de empilstrar.

Decididamente me levanté. Me puse la bata y las zapatillas. Abrí la puerta de la habitación.

-Papá, soy yo, Luis. Quiero que hablemos.

-Acércate hijo mío. ¿Qué deseas?

Me hizo sitio en el sillón, y rodeándome con su fuerte brazo derecho me estrechó contra él y me dijo:

-He notado que durante estos días atrás, y especialmente hoy en la comida, tu mirada me observaba de forma intensa hijo. ¿Qué es lo que deseas saber?

-Quiero que me digas lo te ocurre, lo que os pasa a mamá y a ti. Soy muy joven, pero observo y pienso, sé que algo os preocupa, que hay algo que os está haciendo daño, algo que.... No sé explicarlo con palabras.

-Sé lo que me quieres decir, algo así como un problema.

-Sí papá, un problema, algo que os hace sufrir, que sea lo que sea, os hace daño, y por lo tanto también a nosotros tus hijos.

-Es natural que los problemas nos hagan sufrir, sin embargo, cuando se afrontan, y se afrontan de una manera cristiana, esos problemas pasan a ser algo que en la vida nos recuerda que todo es pasajero, que estamos hechos para ser felices, para gozar, para amar y gozar de Dios eternamente en el cielo, que no estamos creados para el sufrimiento, para el dolor, para la enfermedad, para los problemas, como es este el caso. Pero hijo mío, justamente cuando afrontamos ese sufrimiento, le plantamos cara y le decimos: sufrimiento, ¡que podrás hacer contra mi dentro de unas horas, unos días, unos meses, unos años! Nada. Eres pasajero, eres como las nubes, pasas y con tu lluvia molesta, fecundas las semillas escondidas en lo profundo de la tierra, en lo más profundo de nosotros mismos, haciendo así que la naturaleza se vista con sus mejores trajes de gala, flores, frutos, vides, verdes campos. Todo es invitado a vivir por esa molesta agua. Y así en nosotros hijo mío, esa agua, ese problema, ese sufrimiento, ese dolor, hace germinar en nuestro interior, lo que damos por nada, lo que aparentemente en nosotros no hay, sin habernos percatado que alguien, un sembrador, con las manos bañadas en su propia sangre, puso ahí unas semillas, que con esa lluvia, con ese problema, con ese dolor, darán su fruto y crecerán hasta convertirse en algo grande, perenne, duradero.

-Papá, yo sé que tienes un problema, que sufres, y como hijo mayor tuyo que soy, me gustaría saberlo, afrontarlo contigo, ayudarte, estar a tu lado y en lo que pueda, aconsejarte.

-De veras quieres todo eso. De antemano te digo, que la vida es muy dura Luis, y que no te corresponde el peso de llevar una carga, que ni yo hijo mío, créeme, ni yo, ni tu madre, podemos soportar, a no ser con la ayuda que el Señor nunca niega a quiénes en él confían.

-Deseo que compartáis esto conmigo, lo deseo y lo quiero. No quiero permanecer en la ignorancia, en una ignorancia que me esconde de vosotros de una forma absurda. No sé de que se puede tratar, sin embargo, de algo estoy seguro...

-¿De que Luis?

-No hay problema que una familia unida no pueda afrontar, sobrellevar, y por supuesto resolver. No quiero tomar el ejemplo del avestruz, que esconde su cabeza cuando presiente el peligro.

Mi padre escuchó atentamente todo lo que le decía, y sus ojos parecían examinarme. Nadie en mi vida me ha mirado como en aquel momento lo hizo él. Parecía ver hasta lo más recóndito de mi interior, a la forma de un experto ingeniero que revisa la construcción compleja de un puente, o una carretera; sentía que veía lo más profundo de mi interior. Al fin, poniendo un beso en mi frente, dijo muy serio y con tono grave:

-Hijo mío, tengo un problema gravísimo en mi trabajo. Si no ocurre algo especial que lo remedie, a lo más tardar, el lunes me veré expulsado. Y expulsado con un expediente disciplinario en el que resaltarán con gruesas letras, que paso a situación de expulsión temporal por dos años o definitiva, y con una sanción que hace estéril mi derechos cualquier apelación. Contraeré por cargos ante un juez, pues habrá juicio por fraude a la Administración, una deuda tal, que sólo con la venta de esta casa y la del chalet de la sierra, podré esquivar la cárcel, lo demás será subastado públicamente. Y te digo esquivar, pues no es seguro que pueda librarme de una condena que me interne en la cárcel. Todo depende de un inspector de policía que parece ser que está llevando la investigación de mi caso. Si ese hombre es recto, tu padre no irá a la cárcel, las pruebas le irán dictando mi inocencia, de lo contrario, si se deja sobornar, que será objeto de soborno y extorsión, estoy seguro de ello, si su corazón no es recto, no habrá piedad para mí, me condenarán y me encarcelarán, y nadie podrá hacer nada por mí, sólo el Señor podría dar un vuelco a los acontecimientos. Me pongo en sus manos, todo esto me desborda hijito mío.

-!Papá! -exclamé arrojándome en su pecho, mientras de mis ojos comenzaron a brotar unas gruesas lágrimas causadas por el dolor y la aflicción que embargaban mi corazón.

-Sí hijo mío. Yo respeto lo que me has dicho de tu dignidad de ser tú el hermano mayor y de querer ayudarnos a mamá y a mí.

-¿Por qué todo esto papá?

-Buena pregunta. La respuesta lo explica todo. Hijo, se ha impuesto una sanción a un empleado, hombre joven, casado y con hijos, que acabará con su inminente despido y su ingreso en un centro penitenciario en plazo máximo de dos meses, a no ser de que tenga propiedades con las que responder, como es mi caso. Sé que la procedencia del informe es falsa. Este hombre es inocente, y víctima de una venganza de unos altos cargos. Este subordinado mío, Antonio se llama, no quiso firmar a su vez un curso irregular de fondos públicos, su disciplina y honradez se lo impidieron, prefirió seguir ese camino del que tanto hemos hablado tú y yo. Escogió el camino que está sembrado de abrojos y espinas que tiene como fin el cielo. Y lo prefirió al del cómodo y aparentemente mejor del mal camino, el cual acaba en la desesperación, en el abandono de todos los valores, en la autodestrucción de la persona, en el infierno hijo mío. Sé que le ofrecieron mucho, mucho dinero por dejar pasar unos documentos que no eran válidos. Él se negó, por lo que, han decidido vengarse y quitarle de en medio por vía judicial.

-¿Y por qué te culpan a ti?

-Luis, escúchame. De una buena acción, de un trabajo bien hecho cara a Dios, se benefician muchos. Fíjate el médico, el cristalero. ¿Puedes imaginar que se rompa un cristal en casa, este de la sala de estar, y nadie sepa arreglarlo y reponerlo?

-Nos moriríamos de frío.

-Claro, lo más pequeño, lo que estimamos en nada, se puede convertir en un problema muy serio si no hay alguien al que acudir, el cual a su vez, con su esfuerzo y su trabajo, sepa ayudarnos, reparar eso que para nosotros es tan vital, y que ha simple vista en estos momentos parece no tener importancia.

-Y este es el caso nuestro en estos momentos, ¿verdad papá?

-Sí y no hijo. No porque es diferente la situación. Sí, porque la decisión y comportamiento de este hombre, repercute en mí directamente.

-Comprendo.

-Te voy a decir un secreto, sólo a ti, un secreto que deseo que sepas.

-Estoy deseándolo.

-Hijo mío, todos en nuestra vida, llega un momento en que por una serie de circunstancias, cada uno lo puede llamar y vivir de diferentes formas según su estado y situación, nos hemos de decidir por lo abiertamente bueno, o lo abiertamente malo. Es una decisión que todo hombre a de tomar y que en muchos casos, tomarla correctamente comporta mucho dolor y amargura. Pero hijo, he aquí el secreto. Justo, justo en esos momentos, es cuando Cristo pasa. Es Cristo que pasa invitando al hombre a seguirle. Es en esos momentos cuando el hombre tiene cara a cara su felicidad, para esta vida y para la otra, para él y para muchos de los que con él están, pues el bien es difusivo e imitable.

-Me gusta mucho lo que me dices.

-Tienes que creer firmemente lo que te voy a decir en estos momentos Luis.

-Lo creo de antemano.

-Muy bien hijo mío. Mira. El bien vence al mal. El bien es lo que puede, el mal es lo que no puede. El bien lo puede todo, el mal sólo lo que el bien le permite para ser

convertido, por la química divina, en bien. Dios lo puede todo, todo. El mal no puede nada que Dios no le permita por su Providencia paternal para nosotros, para su Iglesia santa.

-Comprendo papá. Tengo mucha tristeza por una madre de un amigo mío. Se llama Oscar.

-¿Por qué Luis?

-Se ha enterado por una tía suya que se madre abortó voluntariamente antes de tenerle a él, no quiso tener el que ahora sería su hermano mayor.

-Comprendo hijo.

-La madre se arrepintió más tarde, pero todavía parece... Este comportamiento fue lo que Oscar detectó. Acudió a su tía para decírselo y se encontró el tema. Ha perdido hasta el hambre. No se lo ha dicho a su otro hermano, pero se lo ha echado en cara a sus padres, los ha llegado a... Su madre está muy mal.

-Que horror hijo mío. Ves, es el camino del que antes hablábamos, que te lleva a la desesperación. Con todo te diré que la tía de Oscar ha hecho muy mal, no debía haber dicho nada, será culpable desde ahora de todo lo que vaya ocurriendo en esa familia por su comentario réprobo e insensato sobre una vida que no la corresponde juzgar y sobre una acción que los padres de Oscar, estoy seguro que desearon purgar y lavar, de hecho dijeron sí al Señor dos veces más adelante, con el heroísmo que eso comporta y más en ellos. Los admiro. Son buenos, si ves a Oscar, díselo de mi parte como yo te lo digo.

-Pero la madre está mal, es como...

-Ya, es como si no tuviese paz. Mira Luis, cuando un hombre o una mujer cometen una acción como la suya, se compara a que yo cogiese este baso que tengo ahora entre mis manos y lo estrellase contra el suelo. ¿Tú crees que hay alguien, ciencia o máquina que sea capaz de devolverle su estado original, tal y como era antes de que yo lo estrellase contra el suelo?

-No, es imposible, tal y como era es imposible, nunca llegaría a ser exactamente igual, cambiaría de seguro.

-Pues eso es lo que sienten esos pobres padres. Sienten que han cometido una acción que no tiene retroceso, que han quitado una vida a un inocente, y que ni ellos ni nadie puede hacer que esa vida, ese hijito vuelva a ser entre ellos, como antes de matarlo. Eso les desespera, les atormenta, la impotencia de no poder devolver la vida de la que han privado al inocente, a su hijito, no me extraña que les haga enloquecer.

-Debe ser horrible.

-Sí, pero lo que el hombre no puede, Dios sí lo puede. Haz llegar esto a oídos de Oscar, y que este lo que haga llegar a oídos de sus padres. Lo que el hombre no puede, Dios sí. Dios lo puede todo, todo, todo absolutamente. No hay nada que escape de su poder. Si ponen en manos de Dios su sufrimiento y confían en Él, recobrarán la paz y la serenidad, y te aseguro que el Señor les llegará incluso a hacer felices. Hacérselo llegar a Oscar esto.

-Claro que lo haré. Sin embargo papá es obvio que Dios no va a hacer nacer al mismo niño o niña, no se sabe, nuevamente, el mismo que era.

-No hijo, te aseguro que una vez que el alma deja el cuerpo, no hay una segunda oportunidad, la reencarnación es falsa, como falso es todo lo que de ella deriva por muy disfrazado que nos lo presenten. Dios da al hombre una sola oportunidad.

-¿Por qué, papá?

-Es muy sencillo. Dios sabe que aunque te diese una segunda oportunidad de vivir, otra vida, volverías a cometer los mismos errores que en la anterior. Mira hijo, dos son los destinos del hombre cuando muere, y no hay más créeme. El primero el Cielo, donde van los que han muerto en gracia de Dios. Ni ojo vio ni oído oyó lo que Dios tiene preparado para los que le aman. El segundo el Infierno espantoso y eterno como el cielo, fuego horrible, tormentos inenarrables, tinieblas espantosas, desesperación y muerte eterna, para los que mueren en pecado mortal y se obstinan en ser enemigos de Dios. También hay un lugar que es el Purgatorio, un lugar de paso para las almas que todavía han de purificar sus culpas antes de entrar en el Cielo.

-Un amigo mío dice que el infierno no existe, que eso son cosas que se han inventado los curas.

-Eso se lo ha oído a sus padres, no son palabras tuyas.

-Sí, eso me dijo.

-Pobre criatura, y pobres padres. Dile de mi parte que el infierno existe, que no es una invención de la Iglesia, sino que es el mismo Jesús el que nos lo ha rebelado. Dile también que sí existe y que no va a dejar de existir por el mero hecho de que el no crea en su existencia. La Virgen en Fátima mostró el infierno a los niños, explícale cual fue la reacción de estos, ¿lo sabes?

-Sí, se pusieron cilicios e hicieron toda clase de mortificaciones para que la gente no fuese allí.

-Eso es, cambió sus vidas. Si nuestra Madre no les hubiese asistido, habrían muerto instantáneamente de horror.

-Sabes también lo que me dijo el otro día otro compañero con los que tomo el bocadillo por la mañana.

-¿Qué, hijo?

-Que Dios no existe, que es un cuento.

-¿Qué alegaba para su falta de fe?

-Decía que si Dios era tan bueno como lo pintan en la Iglesia, también me recriminaba a mí y a otro que estaba conmigo, Ricardo, que también tiene vida interior, que si era tan bueno y poderoso, por qué no había hecho nada por parar esa riada que ha matado tanta gente hace un mes escaso.

-Ya, la eterna historia. Esto me suena hijo mío.

-¿Qué puedo decir cuando me digan esto? Tienes que reconocer que tienen razón. Si Dios hubiese querido que no sucediera, no habría ocurrido. Dios no puede querer eso. Entonces, ¿por qué ocurre? Te imaginas el espectáculo de niños muertos y madres buscándoles y tantas cosas.

-Mira hijo, esta pregunta que me haces, tiene su solución escrita en un Árbol, en un libro en forma de árbol. Ese árbol es el de la Cruz en que fue clavado nuestro Señor. Di a esas personas, pregúntales por qué Dios, permitió que su Hijo fuese clavado, en una cruz, y encharcado en su propia sangre y ahogado en su sufrimiento, muriese de muerte horrible. Era Dios, podía haber bajado de la Cruz y calcinar a los que le torturaban, o simplemente, con un sólo deseo de su mente, enviarlos a la nada. Y no lo hizo, murió por nosotros, para arrancarnos de poder oscuro de demonio. ¿Y su Padre? Era su Padre, podía haber intervenido y librar a su hijo de aquello tan horrible. Y no lo hizo. ¡Quién puede conocer el dolor de Dios, el dolor de nuestra Madre aquellos días de Pasión, lo que sufrió nuestro Jesús para salvarnos! Sí, hijo, es terrible lo de aquél camping, te aseguro que todo lo entenderemos, que Dios secará toda lágrima de sus hijos en el Cielo.

-Tienes razón papá, nunca lo había enfocado así.

-En la Cruz están escondidas todas las respuestas que el hombre se hace a lo largo de su corta existencia, pero para encontrar esas respuestas, hay que mirar a nuestro Jesús crucificado, sin miedo, y decirle: Jesús, háblame, enséñame desde la Cruz, dudo, tengo miedo, pero contigo, todo cambia.

El conversar con mi padre, como podréis observar, era... No encuentro adjetivo apropiado. Mi padre hizo mucho bien en su vida porque nunca perdió una sola oportunidad de hacerlo. Era innato en él.

Aquella noche, él lo sabía, sus palabras harían mucho bien a la familia de Oscar y a otros que yo me sabía. ¡Que poder más inmenso tienen las palabras!. Esto lo aprendí de él con la práctica.

Él y yo continuamos hablando.

-Estos hombres que os quieren perjudicar a ti y a Antonio.

-Necesitan mi firma, la firma de tu padre hijo mío sobre un papel en blanco que ellos rellenarán a su gusto. Si firmo ese papel, mi compañero irá a la cárcel y una familia entera, con pocos recursos económicos, sufrirá con la injusticia. Sé esto, pues conozco la situación de los que están bajo mi mando. Antonio es un hombre que vive con lo justo.

Jaime Seimer, mi jefe inmediatamente superior, esta mañana me ha dicho que el asunto es gravísimo. Como amigo mío, me ha aconsejado firmar ese expediente.

-!Pero papá, eso sería una injusticia! ¡Sería horrendo que firmaras y que a ese hombre le ocurriese todo eso por tu culpa!

-Gracias hijo, gracias. Ves, ya empiezo a apoyarme en ti, en mi hijo mayor. Sin embargo, quiero que me razones estas palabras tuyas. ¿Por qué has tomado esta decisión Luis? ¿Por qué razón crees que no debo firmar ese papel?

Durante unos segundos permanecí callado sin saber responder a mi padre. Mis palabras habían sido la respuesta a un impulso interior tan fuerte que no supe dominar. Y así lo dije:

-Ha sido un impulso involuntario. Como si toda mi persona, todo mi ser, todo lo más íntimo mío, estuviese pendiente de esta respuesta mía a tu pregunta. Es como si en mi interior apareciese yo de una manera imparable y repentina, y con una fuerza que desconozco, poder decirte esto, que has de creerme, me parte el corazón. Pero esa correspondencia mía a ese impulso me hace poner alas en mi voluntad, en mi entendimiento, y en mi pesar las consecuencias de mi respuesta. ¿Me comprendes papá?

-Claro que te comprendo hijo mío, claro que te comprendo. Algo así me pasa a mí. Es en estos momentos, que aunque nos parezca mentira, son únicos por su valor, es cuando realmente podemos decir que sí a lo que creemos, a Dios mismo, a Jesús que llama para que le abramos, aunque esto nos acarree consecuencias muy dolorosas. Pero hemos de huir de ese teatro en el que el trono de la pena está vacío para ser ocupado por cada uno de nosotros. ¿Cómo lo afrontaremos Luis? La vida está llena de falsos escenarios como los de un teatro. Dios, lo ángeles nos miran, asisten a ese espectáculo.

-Lo afrontaremos cristianamente, y con la familia unida.

Mi padre permaneció callado ante mi respuesta. Lo de la familia unida le había llegado muy hondo.

-Muy bien hijo mío. Creo, que se hace necesaria una reunión familiar. Si te parece bien, en esa reunión estarás a mi lado ante tu madre y ante todos tus hermanos. Ahora, cuando tu madre acueste a los pequeños, me acompañarás a dar las buenas noches a todos, quiero que todos tus hermanos te vean a mi lado, que sepan que con su padre, está su hermano mayor, que te miren con respeto y cariño, y que ese respeto y cariño sea para ellos un lugar más de refugio y de amor, es muy serio el papel de hermano mayor, su dignidad es únicamente un grado inferior a la del padre o la madre de la familia.

-¿Y si yo fuese una chica?

-Sería lo mismo. El hombre se diferencia de la mujer porque son dos tipos de persona, pero con la misma dignidad personal.

-No lo había pensado de esa forma.

-Luego, vendremos aquí, y relataremos a tu madre nuestra conversación, nuestra intención de convocar mañana mismo una reunión familiar extraordinaria.

-Pobre mamá, estará muy preocupada.

-Lo está Luis, lo está. Pero ella es fuerte. Con todo, está sufriendo mucho con esta situación. Su preocupación sois vosotros, sus hijos. Sabe que se avecinan unos momentos difíciles para la familia, y se reserva para vosotros. Para mí tu madre es refugio y fuente de continua fortaleza. Tu madre estará orgullosa de ti cuando luego hablemos con ella. Será

algo grande para ella que tu estés a mi lado en esa reunión, y que con tu apoyo, contribuyas a que la familia pase esta situación que se anuncia muy, muy difícil.

Esas palabras me llenaron de orgullo. Sentía henchido el corazón ante la idea de ayudar a mi padre y a mi madre en unos momentos difíciles, y por supuesto por lo que mi padre otorgaba a mi cargo de hermano mayor. Era algo importante que me sentara a su lado en una reunión familiar.

En ellas, se tomaban decisiones de todas las clases, desde que hacer al día siguiente que era fiesta, como hasta decidir que libros de lectura eran asignados a cada uno. Mis padres escuchaban muy atentos en estas reuniones a cada uno de nosotros exponer nuestra opinión del libro que estábamos leyendo, de si nos gustaba, de si nos era ameno, o si por el contrario no era el estilo de lectura que nos agradaba, pero que sí nos interesaba por algún tema en particular.

¡Que fuerte y emocionante era todo esto para mi! Creo, que desde aquél momento, comencé a madurar y a sentir una dignidad no más grande y valiosa que la que tengo ahora que soy mayor y padre de familia a la vez.

Comencé a ser feliz, y aprendí mi primera lección, la alegría está en el dolor. ¡Que incongruencia más grande, la felicidad en el dolor! Sin embargo, era patente. Me sentía tan unido con mi padre y mi madre por ese problema, en eso que le había hecho llorar el día anterior, que una fuerza desconocida por mí embargó todo mi ser. Os aseguro que todavía hoy siento esa fuerza, tan genuina como la sentí aquella noche en brazos de mi padre por vez primera.

CAPÍTULO III

AL DÍA SIGUIENTE EN LA OFICINA.

Al día siguiente, que fue un viernes, mi padre acudió a su trabajo como un día normal, aunque bien sabíamos mamá y yo que aquella jornada estaba muy lejos de los límites normales. Os voy a contar como ocurrió todo lo más fidedignamente posible, tal como mi padre nos lo contó a nosotros. Vamos allá. Su primera conversación en el trabajo, fue como casi siempre con su secretaria. Sara era una mujer muy eficiente, estaba a punto de jubilarse, y tenía siempre un óptimo humor. Era de reconocer su dinamismo agotador en el trabajo: cuando Sara se pone, es como un ejército de batalla. Parece ser, que la buena Sara era algo así como inagotable.

-Buenos días, Don Alejandro.

-Buenos días Sara. ¿Hay algo importante sobre su mesa?

La ya en años secretaria, que era ajena a lo que se avecinaba sobre el hombre que tenía delante y con el que había compartido tantos años de su vida profesional, contestó con tono de normalidad:

-Le he dejado los informes de costumbre sobre la mesa. Le he ajustado la agenda de hoy, aunque he tenido que rechazar dos asuntos de terceros. Es importante que se ponga en contacto con Don Jaime Seimer. Le ha llamado hace unos minutos. Me dijo que era muy importante. Parecía inquieto.

-Gracias Sara. Haga el favor de traerme un café a mi despacho.

-Bien Don Alejandro.

Papá entró en el despacho. Dejó su cartera de piel sobre una gruesa mesa de nogal. Sintió calor y se quitó la chaqueta. Prefirió abrir una ventana a conectar el aire acondicionado, le reseca mucho la nariz y aunque hacía calor, corría a una brisa muy suave a la altura que tenía el despacho en el conjunto del edificio. En el despacho, como siempre, reinaba la paz. Se dirigió a la mesa principal, observó los informes por si había alguno urgente que atender. Parecía ser que lo único urgente era el aviso de Jaime Seimer.

-Eso puede esperar, -repuso entre dientes y hablando sólo-.

Nada más pasados unos minutos, sonó el avisador de su mesa. Alejandro lo conectó.

-¿De qué se trata Sara?

-Señor, Don Antonio García desea verle.

Alejandro durante unos instantes dudó la respuesta que debía de dar a su secretaria. Antonio García era el hombre al que se le había formado el expediente que se le pondría esa misma mañana sobre su mesa para ser firmado. No lo esperaba. Por su proceder sabía que era un hombre recto, de una pieza, como a él mismo le gustaba decir.

-Hágale pasar. Ah, Sara, que no se me moleste hasta que don Antonio salga de mi despacho. Si llama otra vez Don Jaime, hágale saber que ya me ha hecho llegar su aviso. Muchas gracias.

Antonio entró en el despacho. Papá continuó sentado, haciendo que se interesaba sumamente por un informe que había sobre su mesa, en realidad era una hoja con unos apuntes suyos personales.

-Buenos días, Don Alejandro.

-Sean buenos, Antonio. ¿Qué desea?

-Yo Don Alejandro vengo a decirle sólo unas palabras.

-Bien, usted dirá.

-Sólo deseo decirle que sobre el asunto que usted y yo sabemos, comprenderé lo que haga. Sé que usted es hombre recto y bueno... Si firma mi expediente lo comprenderé, y que sepa que no le guardaré en ningún momento rencor, sencillamente comprenderé su situación, no más.

Mi padre le escuchaba atentamente. Le dejó hablar mientras parecía poner especial atención sobre lo que se le decía.

-No comprendo como ha sacado esa conclusión de mi, de que soy, como usted dice, bueno, ni siquiera me conoce. Pero, continúe Antonio, por favor.

- Don Alejandro, me he metido en un avispero por no haber dado visto bueno a unos...

-Un momento Antonio, un momento. Vamos a poner los puntos sobre la íes. Usted ha cumplido con su obligación, no más. Y yo, a mi vez, cumpliré con la mía. Sé lo que usted ha hecho, su obligación hijo, no más. Y esto acaba aquí, sin misterios y sin historias

raras. A usted le pagan para que cumpla con su trabajo, con efectividad, con honradez. Le felicito, si eso es lo que quiere usted oír de mí. Pero, no se felicita a nadie por cumplir con su obligación.

-Esa obligación, como decís... Usted, sabe lo que le quiero decir. Yo sabía perfectamente que al no ceder en esto, usted, que es mi inmediato superior... En este caso...

-En este caso, nada, hijo. Vayase tranquilo. Creo recordar que para la una debía estar preparada la lista de alfas categoriales.

-La tendrá señor.

-Bien, bien.

Antonio García se preparó para retirarse de la presencia de su director.

-Por cierto muchacho. Vais a ser trasladado.

Antonio García se quedó perplejo por la noticia.

-¿Por qué motivo se me traslada?

-Vais a ser trasladado de provincia. El motivo es que simple y llanamente a mí me da la gana. Esa será la última orden que firme hoy por la mañana. Os voy a enviar a Alicante. Esa orden no la podría parar ni el mismo director general, tendría que cambiar la Constitución para revocarla. Sara, mi secretaria, os dará una carta de mi puño y letra para Samuel Pinella. Es un sinvergüenza muy amigo mío, me debe muchos favores, es como os gusta decir a vos, un hombre recto, aunque os hago observar que a él yo sí que le conozco. Avisad a vuestra esposa si lo deseáis, este mismo lunes os incorporáis en vuestro nuevo destino. Sé que tenéis familia en Alicante y vida ya hecha.

De sobra sabía Antonio García, por qué se hacía esto. Papá había decidido apartarlo del peligro ante su inminente cese como jefe suyo: desde ese momento Antonio supo que ese expediente contra él no sería firmado por la única persona que podría validarlo, o sea, Alejandro Sanz Lombera.

Bien sabía mi padre que una acción como la de ese joven no caería en el olvido, ni aún hubiese caído él mismo. Esas personas no olvidarían, no podían permitirse el lujo de olvidar por eso de los cabos sueltos, cuando había personas segundas y terceras perjudicadas, y personas muy influyentes de mucho poder. Entre ellos y Antonio, iba poner muchos kilómetros de por medio.

-Ale, ale, retiraos al trabajo.

Una significativa expresión de agradecimiento se dibujó en la faz del funcionario, pero no pudo ser observada por Alejandro, que pareció enfrascarse en uno de sus papelotes oficiales, haciendo decaer toda su atención sobre él, sin poder ver que una gruesas lágrimas brotaban de los agradecidos ojos del apuesto joven. Antonio se retiró de la presencia de mi padre.

-Señor, han pasado veinte minutos, le pongo con Don Jaime ahora mismo, si no lo hago a este hombre le da algo, está muy nervioso, no comprendo...

-Hágalo Sara. Por cierto, no me ha traído el café.

-Lo tiene servido en la salita contigua de su despacho, últimamente siempre lo ha tomado ahí.

-¡Que despiste! Tiene usted razón, por un momento se me había olvidado que sois la mejor secretaria que he tenido.

-Gracias Don Alejandro.

Un momento después...

-Jaime, soy yo, qué deseas...

-Cómo que qué deseo. Tú sabes el follón en que estás metido. Ayer devolviste el expediente disciplinario de Antonio García, devuelto, sin firmar, y ni siquiera lo abriste.

-Conozco su contenido.

-¿Y conoces las consecuencias de tu actitud?

-Conozco todo. De todas formas gracias por intentar recordármelas.

-Alejandro, se razonable y recapacita.

-Jaime, soy razonable y he recapacitado. No firmaré ese expediente, sería como firmar mi propia sentencia de muerte.

-Pero por favor, si esto está a la orden del día. Ese muchacho rehará su vida y ahí acaba esta historia.

-¡Que fácil lo ves! Ignoras que ese muchacho es un padre de familia, que ha estudiado y trabajado tanto como tu y yo para aprobar una oposición feroz como es la nuestra. E ignoras mi querido amigo, que si estampo mi firma sobre ese papel, tendrá que pagar doscientos cincuenta millones de pesetas, cantidad que dudo tenga, consulta la cifra si quieres a los abogados de la tercera planta. De no pagarlos, irá a la cárcel, donde los millones se pagan con días de vida. ¡No! ¡Definitivamente no! -repuso enfadado papá por el auricular del teléfono-. Y no quiero que me vuelvas a insistir sobre esto.

-Como deseas Alejandro, sin embargo...

-Sin embargo nada Jaime. Además, te hago saber que tengo la carrera de abogado. No soy un pelagatos al que se puede empapelar y enjaular con facilidad. Lucharé, no te

quepa la menor duda, lucharé y me revolveré como gato panza arriba. Sacaré la uñas, las garras si es necesario, y arañaré, rasgaré sin piedad para defenderme, no lo dudes.

-Eres un pobre loco. El expediente que te abrirán te dará derecho a un juicio interno, los abogados de oficio te machacarán a su antojo. No tendrás ni una sola oportunidad.

-Sí la tendré. Mi cese, según la ley no podrá ser de más de dos años. El lunes, cuando quieran darse cuenta, se encontrarán con la denuncia en magistratura. Dos años Jaime, además, te recuerdo que dentro de dos años tenemos elecciones generales. Todo puede cambiar mucho.

-Estás equivocado, el departamento de fraudes de la policía se echará contra ti- ¿Acaso no sabes que todo depende del informe de un inspector de la brigada de fraudes, y que éste a su vez, ya estará sobornado a estas horas? ¡Ah, comprendo, no sabías que esto estaba en manos de la policía, que pena darte esta noticia, aunque como eres tan buen abogado!...

-Cállate Jaime, no tomes un tono irónico o aquí habrá terminado nuestra conversación. No, esto no lo sabía, no creía que se había llegado hasta ese punto con respecto a este tema.

-¡Ah hijito, claro que sí! ¿Qué te crees cuando te digo que estás metido en un buen lío? Te lo diré más exactamente. He tenido noticia que se ha abierto una investigación sobre ti, el inspector que la lleva es un tal Ramón Lombera. A estas horas sabrá más de ti que tu mismo. ¿Tienes todo en regla amiguito?

-Esto para mí no cambia nada Jaime. Siento saber esto, no es un plato de gusto para mí, pero te aseguro que tampoco es motivo para que yo cambie mi actitud. Con respecto a mis cosas, que guardo como norma el orden para que a su vez el orden me guarde a mí.

-Eres muy listo, pero que muy listo.

-Gracias, oyéndotelo a ti...

-Me rompes el alma, Alejandro.

-No es mi intención. Pero entre romperte el alma y decepcionar a mi Dios y perder mi alma, me quedo con decepcionarte Jaime.

-Ya estás con tus manías religiosas. ¿Tú crees que Dios te va a poder librar de ésta?

-Hombre, hay antecedentes de que antes lo ha hecho con otros.

-Claro, y ahora lo va a hacer contigo, vamos Alejandro pisa el suelo en el que vives, déjate de altruismos y concéntrate en esto, que créeme te...

-Basta te digo Jaime, no continúes hablando. Dios respeta la libertad del hombre. Y si a mi confianza en Dios le llamas altruismo, sí, sí soy un altruista, me encanta ser un maniático

Hubo unos segundos de tenso silencio.

-Está bien Alex, que sepas que aquí acaba nuestra amistad. Si quieres hundirte, no seré yo el que te diga cómo, ni con qué, y por supuesto no te voy a acompañar. Saluda a Carolina y a los niños de mi parte. A ella dile que está casada con el imbécil más grande de esta ciudad, a esos pobrecitos tu conciencia te dictará lo que les has de decir, tu verás.

-Adiós Jaime -contestó con tranquilidad mi padre-, te aseguro que no se lo diré.

-Lo que quieras Alejandro, tú mismo.

Jaime era su amigo, aunque bien sabía papá que la pasión le vencía con frecuencia. Una especie de efecto retardado, haría que volviese a un estado normal de amistad cuando pasase el temporal que se avecinaba. Mi padre estimaba mucho a esta persona, que aunque débil, por lo menos se decía ser amigo suyo.

Colgó el teléfono. Escribió un papel de su puño y letra, pareció esmerarse en su difícil caligrafía, sin embargo, sabía que Samuel Pinella la entendería.

-Sara, venga usted, tengo que dictarla una orden.

En unos instantes Sara se acomodaba delante de una máquina de escribir, modelo Olivetti, máquina a la que ella era especialista en sacarla toda clase de recursos.

-Cuando desee Don Alejandro.

-Ah, bien, sí. Vamos a ver. Por la presente..., ya sabe Sara, ta, ta, ta, todo eso..., tal, tal, y tal, el funcionario Antonio García, ponga el segundo apellido, dni, etcéteras.

-¿Que clase de orden?

-Un traslado, con carácter prioritario y libre de trámites a las oficinas centrales de Alicante, con Samuel Pinella. Ya sabe Sara, a trabajar.

-Muy bien señor.

-Cuando lo tenga, ponga el sello oficial, démela para que la firme al momento y cúrsela sin previo control. Esto tendrá carácter prioritario. Lo mandará no por correo interno. Haga venir a una empresa privada de reparto, quiero que esta orden esté hoy mismo en la central. Manos a la obra.

Nuevamente papá se quedó solo en su despacho. Estaba perplejo con eso que Jaime le había dicho sobre el inspector de policía. Dentro de sí mismo no quería admitir que estaba muy asustado, pero que muy asustado. Las cosas estaban cogiendo un cariz muy, muy feo.

Intentó distraerse, ocuparse en su trabajo, pensar en otra cosa, pero era inútil. Mi padre era un hombre como otro cualquiera, sujeto a sentimientos y emociones, expuesto en esos momentos al lacerante frío de la traición, al doloroso trance que sufre quien está sometido a la conspiración y la mentira premeditada.

De repente, sin avisar, sin esperarlo, sintió una amargura grande, un peso sobre sus hombros, unas ganas inmensas de hacer lo que le susurraba su corazón, haciendo caso omiso de lo que su razón e inteligencia le dictaban claro y cristalino como el agua.

En su mente, con una realidad asombrosa, comenzaron a pasar una a una las personas que arrastraría y haría sufrir como consecuencia de su negativa a firmar ese papel, su mujer, sus hijos. Hasta le llegó a turbar algo que todavía no tenía, sus nietos, el lejano futuro de sus nietos, roto por el inminente desastre en el cercano futuro de sus hijos.

Sintió que las fuerzas le abandonaban, que una angustia grande se apoderaba de él, sabía que era su mente engañada por su corazón que le hacía buscar excusas vanas y mentirosas que le apartaran del camino que debía seguir.

Desfilaron en su mente todos los dolorosos pasos y trámites en los que se convertiría su vida a partir de unas horas. El lunes cuando acudiese a trabajar, se encontraría el famoso sobre que le anunciaría lo que ya muy bien sabía de antemano, aparte de la incertidumbre del tema policial.

Rechazaba todo esto por su natural, por las consecuencias que tan injustamente que caerían sobre él y los suyos. Tendría que vender el piso, el chalet y todo lo que pudiese tener algún valor.

Un sudor frío recorrió todo su cuerpo, y sintió unas inmensas ganas de llorar. Pero esto duró poco. Se comparaba a alguien que iban a ejecutar injustamente en un patíbulo. Comenzó a rezar fervorosa e insistentemente. Pasó un buen rato. Sufría, pero no estaba sólo. Buscaba algo que le ayudase a sobreponerse, algo que le invitase a recobrar la paz y el sosiego. Pero ambas cosas huían de él.

Era triste, muy triste aquella situación. Parecía mentira que aquello pudiese ocurrirle a él. Nunca había tenido un caso de corrupción en su oficina. Deseaba acabar todo esto cuanto antes, un movimiento interno suyo de supervivencia así se lo exigía imperativamente, verdaderamente se sentía enloquecer. Yo os aseguro que mi padre estuvo muy cerca de la muerte en aquellos momentos. Él, una vez que pasó todo me dijo que se sintió como Jesús en el Huerto de los Olivos, con una angustia que lo mataba, pero esperaba como Jesús ser confortado por el Padre de los cielos, pues estaba seguro que al sufrir como Jesús, también sería consolado como Jesús.

Y no se equivocó. Después de unos minutos de gran angustia, recordó clara y diáfana su conversación la noche anterior con mamá y conmigo. Esto para él fue como el flotador que se le hecha a un náufrago para que no se ahogue después de un naufragio en alta mar, fue el consuelo que Dios le brindó, y se puede decir que a la vez una de las lecciones mejores de su vida. Dios le enseñó que lo más valioso que tenía éramos nosotros, su familia, que en su familia le encontraría a Él y al encontrarlo a Él, tendría la paz y la fuerza que tanto necesitaba en esos momentos para seguir viviendo.

Esta fue parte de la conversación que mantuvimos mi padre y yo.

-¿Tú sabes hijo mío como vencer la desesperación en los momentos de dolor?

-No papá, nunca me ha hecho falta.

-Claro, pero te lo voy a decir de todas formas, te ayudará si alguna vez lo necesitas. ¿Tú has observado que al final de la santa misa, el sacerdote imparte la bendición?

-Sí, claro, es al final del todo.

-Pues esa bendición es muy especial, como especial es todo lo referente a la santa misa, nuestro centro y raíz de la vida interior. Esa bendición hace que el alma ante los ataques del mundo, el demonio y la carne, sufra con paz, esperanza y caridad. Con paz sabiendo que Dios es su Padre y no le abandona, con esperanza conociendo que ese sufrimiento es pasajero y que sufrido con caridad, o sea por amor de Dios, reportará un gran beneficio a la Iglesia entera, al mundo entero, y a nosotros mismos desde luego. Quién así sufre, confiando en Dios que no permitirá que sea tentado por encima de sus fuerzas, fiel es Dios para esto, como Padre amantísimo que todo lo dispone, no sucumbe en la tentación. Créelo hijo, piensa y recuerda estas palabras mías si alguna vez las llegases a necesitar.

-Lo haré, papá.

-No abandones a Dios Luis, y Él no te abandonará ti, no te apartes de Él, y Él no se apartará de ti, pues aunque creas que Él te ha abandonado y apartado de ti, serás tú el que así lo haga, nunca Él. Sólo el hombre es el que no persevera en el amor, Él siempre, incansablemente, e inmutablemente siempre. Dios siempre es el mismo, no cambia ni a mejor ni a peor, es siempre nuestro buen Jesús. ¿Comprendes estas palabras mías?

-Creo que sí papá. Me has querido decir, que es el hombre, nosotros los que nos apartamos de Dios, juzgando que Dios no puede perdonarnos o darnos las fuerzas suficientes para afrontar lo que sea, le juzgamos como si Dios fuese en su obrar y en su pensar malo o incapaz, como en esos momentos somos nosotros.

-Muy, muy bien hijo mío. Estoy orgulloso de ti. Has respondido como ni yo mismo lo habría hecho.

-Gracias papá.

-A ti hijo, y recuerda, nunca, nunca, nunca dejes la misa diaria, dale de comer a tu alma y a tu espíritu todos los días. Si haces esto, y rezas el rosario todos los días, serás muy amado de Dios, y Dios te contará entre sus íntimos.

-Papá, ¿tú y mamá sois de esos pocos?

-Sí hijo, sí lo somos, y créeme, nuestro trabajo nos ha costado, nos cuesta, y nos costará en la medida que Él disponga.

Papá poco a poco se fue recobrando. Recordaba claras mis palabras sobre este asunto, hizo de ellas una jaculatoria que repetía interiormente: -¡No papá, no firmes eso, sería una injusticia!-. Usó un truco que le dio un resultado bárbaro. En lugar de Antonio García, puso a su Jesús, a su Jesús cargado con la Cruz camino del Calvario para que le crucificasen. Verdaderamente mi padre era un judoka magnífico en la vida interior. Sabía aprovechar la misma fuerza y trampa del enemigo para derribarle y desbaratarle en instantes su ataque.

Una sonrisa instintiva brotó entre sus facciones endurecidas por el dolor. Unas palabras de su esposa, parecieron querer ser las protagonistas en tan especial momento:

-Amor mío, estaremos juntos siempre, siempre, y nuestros hijos serán nuestra mayor riqueza, ellos son cuanto tenemos. Nada hay que pueda arrebatarlos esto que con tanto esfuerzo y amor hemos formado, nuestra familia, que es custodiada por nuestro amor de padres y esposos que se aman.

Papa sintió que algo nacía en él, que en lo más profundo de su ser, su alma comenzaba a respirar, que volaba, que incluso reía. ¡Oh maravilla! Sentía su hogar, su familia, a la forma de fortaleza infranqueable, rodeada de murallas inexpugnables. ¡Su casa! ¡Su hogar! ¡Su familia! Ahí sí que estaba seguro. Ahí, desde ahí, sí que era realmente fuerte. De sus ojos brotaron lágrimas de agradecimiento, de admiración por lo que realmente suponía en esos momentos su familia para él. En ella se sentía seguro. Carolina sería la gran consejera que tendría en sus labios la solución para todas las dificultades que a él le angustiaban.

Con voz baja y entrecortada se dijo para sí mismo: ¡Bendita Carolina mía! ¡Bendito mi Luis, mi hijo mayor! ¡Benditos todos mis hijos, que sois ayuda, sin vosotros saberlo, para vuestro padre en estos momentos tan difíciles y terribles, sois vida y consuelo, paz, frescor! ¡Mi familia! ¡Mi hogar! ¡Mi casa! ¡Oh Dios mío, te doy las gracias por darme una familia como la que me has dado! Gracias Señor.

Fue en esos momentos cuando sonó el avisador interno.

-¿Que hay Sara?

-Un inspector de policía esta esperando para ser recibido por usted. Se hace llamar Don Ramón Sabartés.

Papá no pudo el reprimir el consternarse fuertemente en su interior, el hombre que tenía entre sus manos su futuro inmediato estaba ahí fuera. ¡Oh Dios mío! Por fin...

-Hágale pasar Sara.

Pasados unos instantes, ante él se encontraba un hombre joven, de unos treinta y dos años, fuerte, muy rubio y con aspecto muy serio.

-¿Que desea usted? Pase y siéntese. ¿En que puedo servirle?

-Encantado de conocerle, soy el inspector de policía Ramón Sabartés, de la brigada de robos y fraudes.

El hombre ofreció franco su mano a Alejandro. Este se la estrechó entre las suyas.

-Le agradezco que me haya recibido, sé que he venido sin avisar, aunque era la mejor manera.

-No comprendo por qué dice esto.

-Le iré al grano para no entretenerle, con todo sé que lo que le voy a decir le interesa bastante.

-Pues usted dirá mi buen Don Ramón.

-He mandado hacer una investigación sobre usted. Su vida, sus costumbres, sus movimientos. Hasta podría decirle la talla de camisa y zapatos que usa. Sé de usted más de lo que se pueda imaginar. Soy el inspector encargado de su caso.

-¿Y? No comprendo.

-Es usted inocente.

Papá no daba crédito a lo que oía. Así oído, y dicho a bocajarro por ese hombre, con lo que ello significaba, le dejó atónito. Pasados unos instantes...

-Me deja usted perplejo, la verdad es que no me esperaba.... Pero sí, lo soy Don Ramón, soy inocente. Con todo me gustaría que me dijese como un hombre como vos ha llegado a esta conclusión.

-Ayer, cenando con unos compañeros, celebrábamos el ascenso de uno de ellos, ya sabe lo que son estas cosas, me llegó una llamada al teléfono móvil. Me ofrecían quinientos millones de pesetas si presentaba cargos, por supuesto ya hechos y preparados, contra usted por fraude a la Administración. Se me daban toda clase de pruebas falsas y testigos ya comprados. Los documentos se me harían llegar en unas horas en caso afirmativo.

-Oh Jesús mío, que horror. No comprendo nada, yo...

-Sí Don Alejandro. Usted lo llama horror, yo lo llamo asco. Inmediatamente lo puse en conocimiento de mis superiores. La investigación sobre usted que he llevado a término, dio fin, como se supondrá con esa llamada telefónica, me dicta que usted está totalmente limpio. Disculpe el argot policial. Estar limpio es ser inocente. Quiero que sepa que mi departamento, no va a presentar cargos contra usted. Mis jefes están al tanto de esto. Es más, uno de ellos estaba presente cuando recibí esa llamada, me guardo los comentarios.

-Esto es maravilloso. ¡Bendito sea Dios hijo mío!

-Me agrada su alegría. Con todo no cante victoria. Va a ser inevitable que le cesen de su puesto, aunque sin juicio, esto último está en nuestra mano, no habrá juicio, por lo que el caso no saldrá a la opinión pública, mis superiores están muy afanados en que así sea. Sin embargo, todo está muy enredado. Tenga mi tarjeta, y no dude en llamarme si lo necesita.

-Tenía intención de recurrir por mi parte para...

-No Don Alejandro, no lo haga. No se enfrente a un enemigo que por ahora es más fuerte que usted. La vida es muy larga y el tiempo pasa volando. ¿Usted comprende lo que

le estoy intentando decir? Comprendo que es doloroso lo que usted y los suyos han de afrontar, sin embargo pueden afrontarlo, ¿comprende usted lo que le quiero decir?

-¿A tanto podría llegar el tema?

-No lo sabemos, pero por los síntomas que se han dejado ver hasta ahora, detrás de esto hay gente poderosa, muy poderosa, y muy mala.

-¿Cómo han llegado a esta conclusión?

-Es de sentido común. Para sobornar a un inspector como yo, basta con cinco o diez millones. Si la cosa va a más y subimos de esfera, la suma puede subir hasta cincuenta millones. Pero de eso a quinientos que se me ha ofrecido... Ahí lo tiene, no cabe duda que son poderosos y muy influyentes. ¿Cómo nos explicaríamos que supiesen mi número de teléfono móvil, cuando estas líneas están protegidas y son de acceso restringido. Abrir una línea de esta es muy, muy difícil por el sólo papeleo que ello llevaría, se tardarían semanas para alguien que no este metido en el tema.

-Comprendo, es terrible.

-En la tarjeta que le he entregado, viene este teléfono, le he puesto dos símbolos que son los que ha de marcar primeramente para que la llamada me llegue.

-Gracias, gracias Ramón.

-Hágame caso. Váyase lejos, muy lejos, si es posible fuera de España, de Europa. Estaremos en contacto. Si en algún sitio le ponen pegas, llámeme, mi departamento se lo solucionará, yo mismo estaré pendiente.

-Así lo haré, muchas gracias, Don Ramón, muchas, muchas gracias.

- Don Alejandro quiero que comprenda bien el motivo de mi visita.

-Le escucho Don Ramón.

-Mi querido Don Alejandro, todo está tramado de tal forma, que de una cuestión policial, puede pasar a un simple caso de corrupción, lo cual nos dejaría fuera a nosotros. Mi jefe, que le manda un saludo y todos los que han formado parte de esta investigación, lo más que podemos hacer es renunciar a los sobornos con que nos acosan. Esto, le doy mi palabra que le libraré a usted de la cárcel, pero no de la ruina que le preparan en estos momentos. Tiene mi tarjeta, llámeme si lo desea. Yo mismo me ocuparé que ni usted ni su esposa tengan que pisar la sala de un juzgado, aunque sé que es abogado y no le asuste un tribunal. No hace falta que le diga a usted que un tribunal es algo muy serio, y que se sabe como empieza un caso, pero nunca como acaba. Hay que esquivar los tribunales, por ahora.

-No sé como agradecerle todo Ramón.

-No me lo agradezca, cumplo con mi obligación. Cuando juré sobre la placa el defender la justicia, juré defender a hombres como usted, y encerrar a otros como... No se sabe lo que deparará el destino. Olvidamos con demasiada frecuencia que el futuro está en un continuo movimiento, y que los que ahora se creen cazadores, en un futuro son los cazados. Ya sabe, el ratón y el gato, conoce perfectamente lo que le digo. Adiós.

El inspector de policía se dispuso a retirarse. Ya en la puerta se paró nuevamente.

-¿Qué es lo que ha hecho a esa gente para que le odien tanto? Sé que lo que usted me cuente es la verdad, y he de saberla.

-Me he negado a firmar un informe disciplinario de un subordinado mío que a su vez no quiso validar unos documentos. Con mi firma habría ido a la cárcel.

-¿Cómo se llama este hombre?

-Antonio García Montes.

-Comprendo. ¿Han buscado una salida entre los dos a esto.

-No la hay Don Ramón, hoy mismo le he hecho su orden de traslado.

-Comprendo, venganza.

-Sí, es un hombre, créame, de una pieza, para mí es un honor tener hombres como él trabajando a mi lado.

-Sí, claro. ¿Cuándo parte esta persona hacia su nuevo destino?

-El lunes se incorpora en la numero siete de Alicante.

-Bien, bien, le mandaré poner vigilancia, ni él se dará cuenta que va escoltado. Una vez fuera de Madrid, ya no habrá de temer nada, de todas formas me ocuparé personalmente de este asunto. Nuevamente adiós.

-Adiós querido amigo, que Dios se lo pague, no sé como expresarle mi agradecimiento.

-Pues ahora que lo dice, sí hay una forma.

-Usted dirá.

-Deje pasar el tiempo, vuelva y acabe con esos canallas. Enciérrelos, metámosles usted y yo entre rejas, haremos un favor a la sociedad, a usted mismo y a los suyos. Mi departamento por su parte investigará, ya le proporcionaremos la cuerda y la jaula para atarlos y encerrarlos. Estemos en contacto Don Alejandro.

-Gracias Ramón. Le prometo que lo haré.

-Por cierto, antes de irme le voy a hacer una recomendación. Mi hermano Pedro está en la guardia civil de cabo. Está al tanto de todo. Le aseguro que no habrá un policía en Madrid, y dentro de poco en más sitios, que no de cualquier cosa por echarle una mano. Usted diga que es amigo del cabo del puro, así le conocen todos.

-Hombre, no será para tanto.

-Mi hermano es un buen policía, un excelente oficial. Estas cosas corren como reguero de pólvora entre los compañeros. Adiós Don Alejandro. Recuerde, vuelva, yo le esperaré, mi departamento le espera. Ahora no podemos hacer nada, dentro de un tiempo, Dios dirá.

-Lo recordaré Ramón.

Oh Dios mío, esto era maravilloso, pensó mi padre como despertando de una pesadilla. Estaba feliz, como quien despierta de una pesadilla. Llamó a mi madre y se lo contó. Tampoco ella daba crédito a lo que oía de mi padre. Era tan, tan increíble.

Esto para mis padres representaba mucho. Jamás olvidarían a este joven, que como un ángel bueno, apareció como mandado por el Señor en el momento y lugar más oportunos. Mis padres dieron hondamente gracias a Dios por esta merced tan especial con que les obsequiaba.

Quiero deciros algo que jamás he contado a nadie, por la intimidad que conlleva todo ello, pero sé que a mi padre le habría gustado que os lo contara, es de gran valor.

He de haceros notar que mi padre contempló mucho, muchísimo el sufrimiento del Señor. Meditaba continuamente en la amarga Pasión de Jesús. Ahora, el que parecía contemplar el dolor de mi padre y ayudarle hombro con hombro, era el Señor. Era un amigo de Dios, y se hizo amigo suyo contemplándole en su sufrimiento.

Se metió en el bolsillo a Dios y a su Madre, Madre también suya, como le gustaba decir en el avemaría: santa María Madre de Dios y Madre mía. Era un enamorado de la Virgen, y tengo que deciros que la trataba como nadie. Mis padres tenían continuamente en los labios los nombres más benditos que ha habido jamás, los de Jesús, José y María, tanto, que ahora, después de mucho tiempo, os podría asegurar que nacimos, crecimos y vivimos en casa con ellos tres, cada uno de ellos era uno más en la familia siendo a la vez todo. Esto hay que experimentarlo, quien ha tenido la suerte de vivirlo, me comprenderá.

El Señor -y esto es muy difícil de decir, pero hay que tomarlo al pie de la letra- estaba entusiasmado con mis padres, y estos con Él. Pienso que esa era la mina de mi padre, el contemplar la pasión del Señor, y disculpad que no sepa deciros más, pues no sabría hacerlo.

Pero vamos a continuar con lo ocurrido aquél día tan señalado en la historia de mi familia. Una vez que el inspector Ramón Sabartés abandonó el despacho de mi padre, fue Sara la que...

- Don Alejandro.

-Pase Sara.

-La orden de traslado, está preparada.

-Bien. Acérquela para que la firme.

Mi padre estampó su firma en el documento oficial que su secretaria había preparado.

-He hecho venir a una empresa de distribución y reparto. En unos minutos saldrá la orden como me habéis indicado.

-Bien hecho. Ahora vuelva al trabajo. Por cierto, no he visto mi agenda de trabajo para la semana que viene. ¿A qué se debe?

-Ha caído la línea de los ordenadores. Le ruego disculpe Don Alejandro. En cuanto lo tenga se la traeré.

-Muy bien, pues manos a la obra. Retírese Sara.

Sara se quedó contemplando a mi padre con faz de asombro, parecía llamar poderosamente su atención algo en él. Mi padre los notó y se lo hizo saber.

-¡Bueno! ¿que ocurre?, parece como si estuviese viendo alguien que no ha visto jamás

-Disculpe señor, es que...

-Vamos Sarita, a trabajar, ya son las nueve y media y todavía no tengo mi agenda de...

-Tengo que decirle algo.

-¿A mí? No comprendo, ¿de qué se trata?, ¿a qué viene tanto misterio Sara?

-He escuchado su conversación con Don Jaime Seimer.

-¡Que usted ha hecho que!

-Lo que oye, la he escuchado entera.

-Sabe que eso es una falta muy grave, ¿como se ha atrevido?

-Le recuerdo que si usted no aprieta ese botón naranja que tiene el comunicador, este continúa en línea con mi mesa.

Sara estaba muy alterada, estaba...

-Comprendo, tengo entonces yo la culpa.

-Yo, yo, deseaba decirle...

El llanto impidió a la secretaria seguir hablando. Mi padre se levantó y fue tras ella. Era obvio que se había enterado de todo, estaba realmente consternada.

-¿Que la ocurre Sara?

-Lo sé todo, no sé como...

-Tranquilícese.

-¿Cómo voy a estar tranquila con todo esto? me parte el corazón lo que están haciendo con usted esos canallas, quisiera...

-Tranquilidad mi buena Sara, todo pasará. Es muy importante que nadie sepa que usted sabe esto, por su seguridad, usted me entiende.

-¿Cómo dice eso, Don Alejandro?

-Lo que oye, hay muy, pero que muy mala gente entre las paredes de este edificio, hágame caso.

-No me importa, yo siempre le apoyaré.

-Gracias, gracias, pero ahora, el mejor apoyo es ser discretos. Créame Sara, esto es pasajero, volveremos a trabajar juntos pasado un tiempo.

-Algo me parecía a mi, no sé. Un tiempo atrás me han pedido las llaves de su despacho algunos jefes de otros departamentos.

-¿Recuerda quienes fueron?

-Miraría en el banco de direcciones en el ordenador, las fichas tienen todas fotografía. Sí, sí podría reconocerlos. Y ahora que lo pienso, ¿mandó usted la semana pasada traer a su despacho un nuevo climatizador?

-Para nada, estoy muy contento con este, incluso tengo que apagarlo en numerables ocasiones.

-Pues el miércoles pasado, espere, lo tengo aquí apuntado.

Sara sondeo su agenda. Sí aquí, mírelo.

-Increíble. No, yo no mandé traer ese aparato.

-Pues yo tampoco les dejé pasar. De muy malas formas casi me llegaron a insultar.

-Pero mujer, ¿por qué no me ha dicho esto antes?

-No sé, creía que usted estaba al tanto.

-Présteme atención, Sara. Consulte el banco de direcciones. Copie los datos de esta tarjeta, es la del inspector que ha estado conmigo. Llámeme cuando tenga toda esa información. Envíesela de mi parte. Nadie ha de saber esto.

-Así lo haré.

-Otra cosa, tengo que pedirle un favor muy especial, si no accede lo comprenderé y no se lo recriminaré.

-Usted dirá.

-Quiero que se lleve mi ordenador fuera de este edificio. Lléveselo a su casa, a donde sea, a otro lugar, pero que esté seguro. ¿Lo hará Sara?

-Claro. Pero si lo que quiere es borrar datos.

-No, no. Yo sé que hay medios de recuperar esos datos. De ninguna forma, el ordenador ha de salir de aquí.

-Y si me preguntan.

-Usted simplemente no sabe nada. Yo más adelante me pondré en contacto con usted y mandaré a recogerlo.

-Cuenta con ello señor, hoy mismo me lo llevaré, en esta misma bolsa me cabrá, nadie se dará cuenta. Al ser un portátil es mucho más discreto.

-Magnífico. Pues lo voy a preparar y se lo entrego antes de irme, voy a hacer una copia de seguridad de todo el sistema con la regravadora de CDROOM. Saldremos hoy juntos de la oficina como muchos días, los de seguridad no sospecharán nada.

-Hecho.

-Gracias Sarita, muchas gracias. Ahora disculpe, he de hacer unas llamadas.

-Señor, ¿le preparo su agenda de trabajo para la semana que viene?

-Sí, si mi buena Sara, hágalo. Le recuerdo que ni el trabajo ni la agenda tienen la culpa de todo esto, por lo tanto no dejemos de cumplir con nuestra obligación.

-Comprendo, claro, pero así lo haré. ¿Sabe lo que voy a poner para el lunes?

-¿El qué?

-Reparto de morcillas con tortas.

Mi padre se rió, así, como lo oís, se destornilló de risa por aquello.

-Mi buena Sara, que Dios se lo pague todo lo que ha hecho y hace por mí. Gracias, gracias.

Me gustaría contaros más cosas con respecto a mi padre en aquél día. Sin embargo, con lo que os he relatado, creo que os podéis hacer una idea de lo que esos dos corazones buenos y puros, que eran los de mi padre y mi madre, estaban pasando en aquellos momentos.

Sé que ellos sufrieron mucho en aquellos días, mucho, como ni ellos mismos habrían sabido calibrar, pero nunca observamos que abandonaran su orden de vida establecido.

Es justo que os diga, que mis padres eran personas de oración, y de oración muy intensa y ordenada. Aunque esto es difícil de comprender, no quiero faltar a la justicia no indicándoos que fue la oración, pura y simple, el rosario, la meditación diaria, y otras costumbres cristianas tan naturales a ellos, la fuerza viva que a mis padres mantuvo en tan duro trance.

Esta, y otras muchas facetas de ellos y de mis hermanos, así como mías y de Nabuco, que creo que ya Ernesto os ha presentado ya, os iré enseñando poco a poco en este relato. De lo que fue la aventura más apasionante, difícil, y no está mal decirlo, hermosa y educativa de toda nuestra vida.

Las cosas cambiaron en casa de forma radical en tan solo unos días. De vivir de una forma acomodada, no lujosa, pero sí muy confortable, pasamos a estar literalmente en la calle, la rúe, como diría algún franchute sin tecnicismos suavizantes.

A mi padre le echaron del trabajo. Le multaron con pagar ciento cuarenta millones de pesetas. Se portó muy bien después de todo Jaime Seimer, sin su actuación mi padre habría tenido que pagar mucho más. Dio la cara por él, se la jugó bien. Verdaderamente era un buen amigo de papá, que gracias a Dios reaccionó a tiempo, no después de pasado el vendaval, como mi padre esperaba de él. Fue una sorpresa muy grande para mi padre su decisión firme en defenderle.

De esta forma pudimos mantener el Mercedes, la Nissan Patrol de la casa, y el pequeño Ford Fiesta de mamá. A mi madre no la intervinieron el sueldo, pero no la renovaron el contrato que tenía pendiente de renovación. Un pequeño dinero de su paro, y otro que ahora os contaré como apareció, fueron los que nos permitieron llevar a cabo el plan tan loco y tan, tan... que en la reunión familiar de que os he hablado antes, se decidió llevar a cabo. El plan era tan descabellado y absurdo, como descabellada y absurda era nuestra nueva situación.

Pero había que llevarlo a cabo. Son literales mis palabras de antes de que nos quedáramos en la calle, sin tener un lugar donde ir. Vosotros pensaréis que alguien de la familia estaría dispuesto a ayudarnos. Con todo, os puedo asegurar, que toda nuestra familia estaba fuera de Madrid o de España. Los que os hayáis visto en situaciones parecidas, sabréis que la familia, y las amistades, muchas veces terminan cuando el dinero se acaba. Esto es doloroso, pero es así, y creedme, es duro el decirlo, y mucho más el experimentarlo.

Sobre esto último que os he contado, hacía mi padre referencia a un fuerte viento que hace que las hojas secas de un hermoso árbol caigan y se pudran en el suelo. Y de esas mi padre decía: bien caídas están.

Pero vamos a nuestro plan, al famoso plan que nació en aquella reunión familiar tan importante, y tan decisiva para el inmediato futuro de la familia.

Todo empezó de la manera más absurda. Parece mentira que las grandes soluciones a los grandes problemas estén en cosas tan aparentemente pequeñas e intrascendentes. Escuchad lo que os voy a relatar, os aseguro que vais a disfrutar.

Yo conocía a un amigo del colegio que se llamaba Nabuconodosor, Nabuco para los amigos. Era un chaval despierto, muy listo, fuerte y de estatura normal, aunque más bien tiraba a ser un poco alto. Era huérfano, y tenía por familia únicamente a su hermana Lorena y a un primo de su padre, que hacía las veces de medio padrastro. Eran buenos, tanto él como su esposa.

Tenían una casa grande, y esto permitía a Nabuco y a Lorena vivir con cierta intimidad. Sin embargo, los dos sabían que este primo de su padre no les quería, era muy amable y atento, se esforzaba en lo que podía, pero no les quería, no les había dado eso que tanto anhelaban él y su hermana, cariño, amor.

El padre de ellos, antes de morir, había nombrado un albacea para el dinero con que sus hijos se sustentarían. No era una gran fortuna, pero sí daba para que no pasaran apuros económicos. Manuel, el primo de su padre, y Soledad su esposa, jamás habían permitido que los chicos tocasen ese dinero. Comida, ropa, casa, colegios, etc... ellos lo pagaban con gusto, aunque realmente nunca supieron Nabuco y Lorena el por qué lo

hacían. Con todo, ese dinero continuaba intacto con el paso del tiempo, aunque generando un beneficio pues estaba invertido.

Invité a Nabuco a mi casa para estudiar juntos un viernes por la tarde. Pero, no me había dado cuenta, que aquél viernes por la tarde era el de la importante reunión familiar de que antes os he hablado.

Sonó el timbre de la entrada. Mi padre, que estaba al lado en su despacho arreglando el péndulo del reloj de pared del salón, acudió a abrir la puerta de entrada a la casa.

-Buenas tardes, Don Alejandro.

-Hola Nabuco, buenas tardes. Pasa hijo, ahora mismo he visto a Luis por aquí. Estará en su habitación, espera que voy a avisarle.

-Gracias, esperaré.

-Luis, hijo, Nabuco te espera.

-¿Nabuco?, pero si esta tarde tenemos la reunión familiar. Oh, se me olvidó decirle que viniese, no a las cuatro y media, sino a las seis.

-No te apures hijo. Encontraremos a Nabuco algo para entretenerle, o si lo deseas, puedes ir con tu amigo, todos lo comprenderemos.

-Ni pensarlo papá, estoy seguro que si le cuento todo como es, él comprenderá y disculpará mi descuido.

-Está bien, pero no olvides que a las cinco y cuarto debemos estar toda la familiar en la sala de estar. Encárgate de que tus hermanos no se despisten involuntariamente.

-Claro papá, estarán todos. ¿Quién se queda con los pequeños?

-Que estén en la reunión, hoy la familia ha de estar entera. Aunque sean pequeños, sólo su presencia será una buena consejera.

-Vale.

A las cinco y cuarto en punto todos estábamos en la sala de estar. Mi padre comenzó la reunión. Voy a intentar cuales fueron sus palabras, para ello voy a intentar meterme en las escena como fue aquél día. Recuerdo que comenzó diciendo...

-Hijos míos, mamá, yo vuestro padre, y vuestro hermano mayor, os hemos convocado a esta reunión, para que todos estéis al tanto de los cambios que va a haber en poco tiempo para la familia.

-¿Qué cambios son esos papi?, preguntó Mariana intrigada.

-Vuestra hermana mayor ha preguntado y la voy a responder, y esta respuesta sea para todos. Hijitos, si nuestro Señor no dispone otra cosa, en un plazo muy corto deberemos abandonar esta casa.

Fue mi hermana Mariana la que expuso algo que medio convenció a todos.

-Vámonos a un camping. Tenemos el Mercedes, la Nissan, el utilitario.

-Es una idea, pero necesitamos dinero, gasolina, comida, medicinas, etc... Además ninguno de nosotros hemos pisado un camping en nuestra vida. La verdad que la idea es muy buena, pero falta de recursos para llevarla a cabo. Necesitaríamos a alguien que conociese este mundillo al menos un poco, -repuso mi madre con tono convincente-.

Esta vez fui yo el que intervino.

-Pues Nabuco es un experto en camping y acampadas. Además, ayer me comentó que tienen un vale de estancia para dos meses de verano en uno muy bueno, y no lo quiere para nada.

-¡Ahí va! -dijo inmediatamente asombrado mi padre-. Carolina, hijos míos, creo que es importante que traigamos a esta sala a Nabuco, y si accede a hablar con nosotros, le expongamos la situación en que nos encontramos.

Un sí general resonó en toda la estancia. Nabuco era muy querido por todos, sobre todo por lo varones, Lorena era también muy amiga de mi hermana Mariana, la mayor de los hermanos.

Fue Mariana la que intervino.

-¡Qué pena, si llego a saber esto, habría dicho a Lorena que también hubiese venido ella!

-Bien. Está decidido, Luis, pide a Nabuco que si es tan amable deseamos hablar con él de un tema sobre el que requerimos su ayuda y consejo.

Fui en busca en su busca. Antes de hacerle entrar, le avisé que mi familia en pleno estaba esperándole. La verdad es que no pareció amilanarse, para él no fue violento. Años más tarde, Nabuco me confesaría que esos momentos fueron de los más felices de su vida, por fin se sentía querido y útil, y en cierta forma parte de una familia.

-La ilusión de mi vida, Luis, era encontrar para Lorena y para mí unos padres que nos quisiesen de verdad.

Cuando estuvo en presencia de toda mi familia, fue mi madre la que pareció querer ayudarle.

-Acércate Nabuconodossor, la familia desea pedirte consejo sobre algo crucial para su inmediato futuro.

Mi padre intervino una vez que mi madre terminó la calurosa acogida a Nabuco, y como si dejésemos, el hacerle llegar a su conocimiento el por qué se encontraba en esos momentos ante todos nosotros, que parecíamos observarle como si no le conociésemos, aunque la verdad es que no nos esperábamos la reacción que iba a tener, y nuestra expectación se centraba ante la cara que pondría cuando papá le contase la odisea. Y vaya que si se la contó, y en unos minutos escasos.

Nabuco se hizo cargo de la situación de maravilla. Todos extrañados pudimos observar como hasta incluso parecía disfrutar con el relato de mi padre. Tanto fue así que mi hermana mayor Mariana, la que era íntima amiga de su hermana, exclamó con media guasa y medio disgusto:

-A Nabuco parece divertirle todo lo que se le cuenta.

Mi padre, que iba mucho más allá que mi pobre hermana, intervino casi cortándola en seco.

-Disculpa a Mariana hijo mío, la vida no la ha enseñado a sufrir como a Lorena y a ti, ella desconoce esa dimensión tan importante de la vida, que produce el milagro de que se vea dibujada tu sonrisa ante lo que te estoy exponiendo.

-Gracias Don Alejandro. Quiero ante todo darle las gracias por brindarme esta oportunidad tan importante para mí. Sí, creo que puedo ayudar, y estoy dispuesto a ser útil en lo que lleguen mis posibilidades.

-Acepto tus palabras y recojo tu proposición con agradecimiento y gratitud. ¿Cual es tu pensamiento sobre esto, aún de que no has podido meditarlo y madurarlo?

-Yo que ustedes..

-Por favor Nabuco, tuteanos, incluso a mi esposa y a mí.

-Gracias Don Alejandro, perdón Don Alejandro. -Todos rieron de buena gana ante el impedimento natural de Nabuco a tutear a mi padre, pues siempre había respetado y tenido en mucha estima-. Yo me iría a un camping. Cogería los coches, que veo que han quedado libres, y me pondría en camino ya mismo.

-Luis nos ha dicho, antes de que tú entrases, la misma idea.

-Sí Nabuco, y les he dicho lo del vale ese de que me has hablado.

-Es un vale de estancia en un camping muy bueno y que creo que gustaría mucho a todos. Yo lo regalo para que lo consuman.

-Gracias hijo mío, gracias de corazón. Y creo, que la familia te acepta tan generoso obsequio, sin embargo...

Algo fue a decir Alejandro, algo que Nabuco deseaba oír con toda la fuerza del su noble alma... Era una invitación para él y para Lorena de unirse a la aventura familiar por lo menos durante los meses de verano, hasta el comienzo del nuevo curso.

-Quizás Nabuco querría acompañarnos durante el verano. ¿Querías unirme a la familia durante un par de meses? Serás para Carolina y para mí, un nuevo hijo mayor, alguien en quien la familia se apoyará.

Poco faltó para que a Nabuco se le saltasen las lágrimas. Sólo dijo, -gracias, gracias a todos, acepto con todo mi corazón.

Mi hermana Mariana fue como un rayo al teléfono. -Papá voy a llamar a Mariana, esto está que arde, ¡yujuuuu!

-Buena idea hija. Que venga Mariana. Y creo que esta reunión ha de detenerse hasta que ella llegue.

-Mi hermana va a decir lo mismo que yo, eso lo aseguro.

-Deberías hablar con tus tios.

-Ellos nunca ponen objeciones a nada que Lorena o yo emprendamos. Tenemos total libertad.

Una general manifestación de alegría se dejó ver en todos. Nabuco y Lorena eran admitidos con unanimidad total por mi familia. Mariana se acercó a Nabuco. Estaba arrepentida de sus anteriores palabras. Algo le dijo. También él la contestó algo. Entre medias sonó el timbre de entrada a la casa, José María fue a abrir.

Mi hermano Jose María tenía catorce años. Era un chaval majísimo que tenía dos propósitos inamovibles y de los que siempre le gustaba hablar. El primero era su afición, kis aviones, el volar. De mayor decía que iba a ser piloto. Su segunda afición era el conseguir a toda costa que papá le dejase fumar en casa. Os podéis imaginar lo que mi padre pensaba al respecto.

-Papá, Mamá, tenéis una visita, os espera en la salita de la entrada.

-¿Quién es, José María?

-Don Valiente

-¡Don Valiente, no le esperábamos!. Vamos Carolina, no le hagamos esperar. Hijo trae un refresco a la salita de la entrada con algo de picar, hace mucho calor y don Valiente lo agradecerá.

Momentos más tarde.

-¡Qué agradable e inesperada sorpresa! ¿Cómo usted por aquí?

El anciano párroco permanecía de pie observando con interés un cuadro en el que un jinete blandía una enorme espada ante un ejército recién salido de la batalla.

-Hola, hijos míos, estaba viendo este cuadro vuestro, me llama tanto la atención.

-Es un regalo que nos hicieron de bodas, no vale mucho pero a Carolina y a mí nos gusta mucho.

-Y a mí también. Cada vez que me fijo en Él se me antoja imaginarme a San Miguel Arcángel empuñando su espada de fuego contra los demonios. ¡Quién como Dios!

Don Valiente había montado todo un espectáculo en unos instantes intentando imitar al insigne Arcángel de su devoción. Mis padres sonreían muy a gusto, viéndole representar tan afanadamente la arcaica y victoriosa escena.

Era un hombre muy bueno, y su bondad se reflejaba en todo él, en su mirada, en su hablar, hasta en sus movimientos había algo que inspiraba afecto y confianza.

-No me queda más remedio que decirle que me recuerda usted a Spencer Tracy en uno de sus mejores papeles, el verle es una garantía y en cierta forma un buen reconstituyente de eso que...

-Anda, anda, cállate. Carolina, ¿que le has hecho a este marido tuyo, para que diga estas cosas a éste anciano párroco? Dentro de poco podría llegar a ver la parroquia como un estudio de la Metro.

-Lo intento, pero ya le conoce, es el incorregible albondiguilla.

Don Valiente se tiraba por los suelos de risa al oír a mi madre, que de vez en cuando tenía cada golpe que hacía que uno se partiese de risa.

-Mira tú la damita que parecía tan cohibidita. Sabes que no me gusta que me digan albondiguilla.

Don valiente se mondaba de risa todavía más por la cara de mi padre. Pero pasados unos instantes, todo volvió a la normalidad.

-He venido a veros, hijos míos, por un motivo muy serio, sentaros; sentaros, he de hablaros, en breve este cura se irá por donde ha venido.

Tanto Alejandro como Carolina tomaron asiento frente a él. Era algo inusual que don Valiente les visitase, además en tan especiales momentos. El matrimonio estaba a la expectativa para ver por donde arrancaba el asunto.

-Papá, lo que me has pedido. ¡Hola, don Valiente!

-Hola hijo. ¡Uy! Ahora que te veo Joselito. Me gustó mucho el programa que me diste. ¿Sabéis que vuestro hijo, está muy muy puesto en informática?

-Sí, -repuso mi padre muy orgulloso-.

-El otro día me pasó un tratamiento de textos fenómeno. Si esta tarde tuvieses un ratito y vienes a solucionarme unos problemillas con mi impresora. No la hago funcionar ni con agua bendita. Le encomendé el tema a San Cirilo, pero este santito mío debe de delegar en vuestro hijo, no sé, me trae de cráneo este temilla.

-Sí, iré después con Leopoldo. No se preocupe don Valiente, esto es normal, ya cogerá usted el aire a su equipo, es cuestión de paciencia.

-Ah, magnífico, otro sabio, aunque en las nubes, otro sabio. Os espero después de misa de siete, os tendré coca-cola.

-Pero es que mi padre no me deja fumar.

-¡Ya estamos con eso! ¿Y que quieres que haga yo? Joselito, estoy de acuerdo con tu padre, eres muy joven para fumar, además no te conviene. ¿Que tendrá que ver lo que estamos hablando, con que tu padre te deje fumar o no?

-Entonces por qué usted fuma.

-Que ansia tiene este chico por fumar. Te vas a enterar, ven aquí. ¿Me dejáis?

-Adelante, dijo mi padre mascullando una sonrisa mientras don Valiente sacaba su cajetilla de Celtas cortos de uno de los bolsillos de su sotana.

-Toma, fúmatelo, después me cuentas si merece la pena o no.

Mi hermano estaba radiante de alegría. Se dispuso a irse.

-Pero fúmatelo donde no te vean ni te huelan tus hermanos, a ver si por querer acabar con una manía, acabamos con el olfato de los demás. ¡Ea! Ya verás...

Mi madre no estaba muy de acuerdo con los métodos de don Valiente y se lo dijo.

-No os preocupéis, un buen Celtas cortos es la mejor vacuna para vuestro hijo, ya lo veréis, ya lo veréis. Por cierto, este hijo vuestro es un prodigio de la informática, parece mentira que con sus años entienda tanto. No se le resiste nada. Creo que a mi ordenador se le quitan los males nada más le ve. Le da con el dedo al arranque, le hace unas cuantas cosillas, que como el dice son esenciales, y ale, a funcionar.

-Sí, lo sé; se lo estoy fomentando, también yo me he percatado de ello. -repuso mi padre casi a la vez que don Valiente.

-Y a Leopoldito no le dejéis aparte. Es como él. Vaya pareja.

Ofrecieron, al ya entrado en años sacerdote, bebida y algo frugal con lo que merendar. Aceptó de buena gana. Pero mientras, este fue al grano directamente, al verdadero motivo de su visita.

-¡Qué rico está este refresco! ¡Que bueno es el Señor que nos da los cubitos de hielo para enfriar estas cosas tan ricas y poder refrescarnos un poquito!

Don Valiente era, literalmente, un angelito. Era el alma más cándida y buena que uno puede pensar. Sus ademanes, sus palabras, sus gestos, su mirada, todo, todo en él rebosaba limpieza, ternura, santidad en un último y acertado término.

-Sé que tenéis problemas hijos míos, y problemas muy serios. ¿En qué puede seros este cura de ayuda, decidme?

-Gracias, muchas gracias, sin embargo tenemos ya un plan.

-¡Un plan! ¡Qué interesante! Contádmelo, estoy deseoso de escucharlo.

En unos pocas palabras Alejandro y Carolina expusieron a don Alfredo todo lo que tenían pensado ante las inminentes expectativas que se abalanzaban sobre la familia. Le contaron con meticulosidad el problema para que este se hiciera cargo de la situación. Una vez acabada la explicación.

-Dios os ayudará. Eres un hombre recto hijo mío, y tu eres una mujer fiel y buena. No os quepa la menor duda que saldréis de todo esto con mucho provecho y bien para vuestras almas y las de los vuestros, así como para ese jovencito de que me habéis hablado y su hermana, me gusta, me gusta, la juventud es buena.

-Es un buen chico.

-Y tú Alejandro eres un buen padre, y tú Carolina una buena madre.

-¿Que queréis decir con esto?

-Yo nada. Simplemente lo que oís, sabéis que Dios invita, en nosotros está coger de su mano lo que nos ofrece. Bueno me tengo que ir. Ah, se me olvidaba. Cada vez tengo peor la cabeza, mi pérdida de memoria va en aumento. En fín, el Señor sabrá. Tomad.

-¿Qué es esto?

-Cógelo y calla.

Papá cogió entre sus manos un grueso sobre blanco. Lo abrió. Había mucho dinero dentro de el.

-Pero don Valiente, os habéis vuelto loco, no puedo aceptar.

-Tú aceptarás lo que a mi me venga en gana darte, así como yo he aceptado lo que a ti te ha venido en gana darme durante muchos años. Siempre que he necesitado algo urgente, siempre, siempre habéis estado vosotros hijos míos, y habéis estado espléndidamente para vuestro Jesús, pues para Él es lo que se da a los demás. Es justo que ahora vuestro Jesús os eche una mano tan espléndidamente como vos lo habéis hecho con él tantas veces. ¡Ale, a callar!

-Pero si aquí hay casi....

-Lo que haya. Y sabed que la parroquia es vuestra casa, en la que tenéis hermanos, hermanos que saben lo que os ha ocurrido, y que están dispuestos a ayudaros como sea. Ellos me envían... Tomad estos teléfonos de ellos. No os faltará un techo. Algunos de ellos tienen apartamentos y casas. No os digo más. Me voy.

Tanto a papá como a mamá se les saltaron las lágrimas de los ojos por la emoción que les embargaba.

-Lo tuyo ha sido muy sonado. Todo se sabe. Sabed que hay hombres malos, muchos, demasiados por desgracia, pero también los hay buenos, y son muchos, muchos, también más de los que os imagináis. Y no siento pena por vosotros, hijos míos, siento pena y tristeza por aquellos que os han llevado a esta situación. Para vosotros será más llevadero, pero ellos... Pobres insensatos que maltratan el rebañito del buen Jesús, no saben que el Buen Pastor quiere a sus ovejas y da la vida por ellas. Pero hijo, a Dios rogando y con el mazo dando. Tienes que luchar hijo mío. A Dios rogando y con las leyes, que este es tu caso, dando. Tienes que defenderte y borrar las injurias de que eres presa en estos momentos. Ya verás como nuestro Jesús lo va disponiendo todo. Encomendaros a San Nicolás, era un pillo igual que tú en eso de las leyes y los papelotes difíciles, ya me entiendes.

Con faz de tristeza, el anciano párroco, después de despedirse, salió de la casa. Lo último que dijo fue: Alejandro, Carolina, perdonad, perdonad y mirad para adelante. No pasará mucho tiempo en que nos volvamos a ver. Esto habrá sido para vosotros y para mí, un simple recuerdo. Ale, que Dios os bendiga.

Efectivamente. El caso de Alejandro había salido a la luz, se había publicado en los mejores periódicos del País y en los noticiarios de numerosas cadenas de radio y televisión. Y quién le conocía, no podía menos que leer entre líneas lo que ahí estaba ocurriendo de verdad.

-Pero amor mío, si hay casi...

-Bendito sea Dios Alejandro. No te das cuenta que con esto saldremos adelante hasta que se nos ocurra algo. No teníamos nada, nada.

-Sí. Este dinero nos viene de maravilla. Ves Carolina, no estamos solos. Como nos ha dicho don Valiente Jesús nos ayudará y como se ve, ya nos está ayudando, y con ayuda contante y sonante.

Carolina, prorrumpiendo en un amargo llanto, se abrazó inesperadamente a su esposo.

-Vamos mujer, ya sé que esto no lo esperábamos. Pero mira, hay algo que me dice que, desde ahora en adelante, la vida va a ser un continua sorpresa para nosotros.

-Pero qué haremos, a dónde iremos, amor mío.

-Mujer al camping, no has oído a Nabuco.

-Nabuco es un muchacho, y tú y yo somos ya mayores como para pensar en un camping.

-No Carolina. Nabuco ha sufrido mucho, y por eso nos ha dicho lo del camping. Sabe por experiencia que lo peor de las dificultades es el valor que las concedemos. Podía haber dicho cualquier otra cosa y hubiese sido lo mismo. Con todo, iremos al camping.

-Y luego. No vamos a estar en el camping tanto tiempo.

-Luego seguiremos un plan que me he trazado, aunque si quieres que te diga la verdad, no sé, el Señor tendrá que proveer.

-Pensaba en el invierno, donde lo pasaremos. Somos una familia numerosa.

-Tonterías Carolina. Dos años, dos años y ya verás como esto cambia radicalmente. Legalmente puedo volver a rescatar mi puesto en dos años cumplidos. Y lo haré. Nuestros hijos se tendrán que adaptar, aunque no consentiremos retrocesos tanto en estudios como en su educación. Encontraremos un sitio, de lo contrario estaremos de viaje.

-¡De viaje!

-Por qué no. Tenemos tres coches y tiendas de campaña. Además esta lista de teléfonos que me ha dado don Valiente. No dudes de que si es necesario la usará.

-Esto me tranquiliza.

-Claro mujer. Anda estate tranquila y sé fuerte, al fin y al cabo no somos abuelitos. Yo me encuentro como un chaval.

-Pon los pies en el suelo Alejandro. ¿Cuánto aguantaríamos con esa forma de vida, en un camping? Y los chiquitines. Necesitaremos pañales, medicinas, y tantas cosas.

-Tienes razón. Pero iremos pensando en todo.

-Pues tenemos mucho en que pensar.

-Anda, vamos a continuar la reunión familiar, creo que Mariana ha abierto la puerta a Lorena. ¿Me apoyas en lo de estos chicos, Carolina?

-Totalmente. Me gustan, tanto Nabuco como Lorena. Para nuestros hijos es una inyección de moral muy fuerte.

-No se diga más. No hagamos esperar a la familia. Tengo intención de que sea breve esta reunión.

-Es necesaria. Parece que no, pero en ella estamos decidiendo el futuro de la familia a no sabemos que plazo.

-Me preocupan los estudios de los chicos.

-Ya lo había pensado, aunque tengo alguna idea sobre este tema. Ya se andará todo querida mía.

Y la reunión se reanudó. Esta vez había una nueva invitada, Lorena, la hermana de Nabuco. Nunca darán bastante las gracias mis padres a Dios por haber tenido aquella tarde a Nabuco y a Lorena en casa. Y os voy a relatar el por qué, aunque ya os he adelantado algo. Fijaros cómo fue aquello.

Mi madre estaba muy revuelta, sufriendo mucho por el tema del camping. Verdaderamente afrontar una situación de esa índole con pequeñines, y si me apuráis, sin pequeñines, por el simple hecho de no estar acostumbrados, ni mentalizados, era una losa sobre mi madre que, literalmente, la hundía. El frío, los recursos, y tantas cosas a las que sólo una madre sabe adelantarse y ver antes de que sean realidad pura y dura, se presentaron ante ella por su aspecto más crudo y real.

Y lo que son las cosas, fue Lorena la que se adelantó a este sufrimiento interno de mi madre, que ella misma, por el buen ánimo y la buena marcha que estaban cogiendo las cosas, no había sacado a la luz. Lorena se metió en el bolsillo a mi madre desde aquél momento. Fue tanto lo que supuso para mi madre aquella intervención de la hermana de Nabuco, que ya nunca mi madre podría olvidarlo, y menos dejar de mostrarla su gratitud.

También a Lorena se la puso al corriente de la situación y de que planes se había hablado hasta esos momentos.

-Permítame decir algo Don Alejandro.

-Habla Lorena, todos te escuchamos.

-He seguido con atención todo lo que aquí se ha dicho, y desde ahora digo que donde esté Nabuco, también estaré yo. Sin embargo, observo con preocupación la suerte incierta que será de los chiquitines de la familia, sobre todo de Horacio y Cecilia. Todos están pensando como adultos. Todos podemos hablar, menos ellos, todavía no han desarrollado esta facultad. Sabemos que los niños son fuertes, pero que a la vez están inermes, indefensos, se ponen malitos con facilidad. Si no me equivoco, el plan del

camping así concebido, más que un fracaso, que lo será, es una temeridad. No, no me gusta y lo rechazo.

Dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de mi madre, lágrimas que arrancaban el dolor y la amargura honda que sentía su corazón. Lorena acababa de hacer diana. Su palabras parecían haber sido leídas en el alma de mi madre. Nunca abandonaría a mi madre un profundo sentimiento de gratitud hacia Lorena por esa intervención suya. Así contado puede parecernos algo intrascendente, pero cuando se viven las cosas, el panorama es muy diferente. No era que mi padre no quisiera contentar a mi madre ni hacer las cosas bien. No. El problema es que cuando nos vemos sumergidos en una serie de acontecimientos que se van desarrollando muy juntos, y cada cual es más importante, nos atolondramos, nos volvemos imprudentes.

Todos guardamos silencio. De repente sentimos como si todo lo que se había dicho, todos nuestros planes se vinieran abajo a la forma de un castillo de naipes que se agita violentamente por el siempre soplido de un niño. Mi padre observaba a mi madre medio asombrado y apenado por no haber descubierto antes él mismo este sufrimiento en su amadísima esposa.

Sin embargo, el alma de mi padre, su natural, eran de una fuerza que deslumbraba. Ante todos, atrajo hacia él a mamá, y formuló una pregunta a la misma que había hablado, a Lorena.

-Gracias hija mía. Ahora, te rogamos nos digas, si por tu parte ves alguna solución al problema que con tanto equilibrio y sentido común has formulado.

Mi madre dedicó una sonrisa a Lorena, que hizo que esta llegase a enrojecer, aunque mucho lo agradeció. Lorena cogió fuerzas y continuó hablando.

-Lo hay.

Todos, absolutamente todos estábamos pendientes de las próximas palabras de Lorena. Sabíamos que un castillo de naipes era fácil tirarlo, aunque al contrario, muy difícil levantarlo en unos instantes. Aunque, vaya que si lo hizo; fijaros en la solución que dio.

-Mis tíos tienen una rulote, además muy grande, muy buena. En ella se puede comer, cocinar, y dormir hasta cinco personas. Estoy segura, que si Nabuco y yo se la pedimos, no dudarán en dejárnosla, e incluso hasta regalárnosla, no la usan para nada. Ahí, si que estarían bien Horacio y Cecilia, los dos chiquitines, que podrían dormir resguardaditos con sus padres. Además, si alguno cayese enfermo, tendría un techo y un sitio de abrigo que le calentase y que no fuese el de la áspera lona de una tienda de campaña. Pondríamos rumbo a un punto determinado, pero ya sin prisas, lo más delicado de la familia está resguardado y a salvo bajo el confortable techo de la roulotte.

-Estoy con mi hermana, Don Alejandro. De conseguir la rulote me encargo yo.

-¿Qué os parece hijos?

-Fenomenal, papá.

-¿Y tú, Carolina?

-Con esto, es como si todo hubiese cambiado. Se me ha quitado una losa de encima que me aplastaba. Estoy muy contenta, mucho, y gracias a todos, a ti amor mío, a vosotros mis hijos, a ti Nabuconodor, y a ti hija mía, que con tu sentido común y tu buen juicio has sabido dirigirnos y ayudarnos en estos momentos tan difíciles en que nos encontramos.

-Gracias. -repuso Lorena un tanto colorada por el piropo abierto de mi madre, que hacía que la atención de todos recayese sobre ella-.

-Además tenemos la Nissan, esa tirará de la caravana con la gorra, -dijo Ernesto entusiasmado-.

-Sin embargo, hemos de hacer bien las rutas por carretera, evitemos el deambular de un sitio a otro, cuando estemos en los coches, que esté perfectamente marcada la ruta y el lugar de destino.

-De esto os ocuparéis Nabuco y tú, hijo mío, -me dijo mi padre a mí que había hablado-.

-Por mi parte de acuerdo. ¿Aceptas, Nabuco?

-Acepto, además me gusta.

-Pues no se hable más.

-Nosotras papá, ¿de qué nos ocuparemos? -inquirió Mariana refiriéndose a ella y a Lorena.

-Seréis la intendencia. Pondréis turnos para todas las actividades de la casa, y os ocuparéis de aprovisionar en todo a la familia.

-No tenemos carné de conducir.

-Necesitaréis un conductor. Bien. Tú Luis serás el conductor.

-Puedo serlo yo, papá, -intervino Ernesto el cual se privaba porque se le dejase un volante. Se había sacado el carné hacía unos meses escasos.

-No Ernesto, tu encargo será muy diferente.

-¿Cual será, papá?

-Deberás tenernos a todos controlados en todo momento. Siempre que se te pregunte donde se encuentra cualquiera de nosotros, tú habrás de saberlo. ¡Mira, hijo mío, que este encargo que echo sobre tus espaldas es de suma responsabilidad!

-Claro, Ernesto, intervino José María, imagínate que paramos un día en medio del campo, y que uno de nosotros se queda fuera, abandonado, porque los unos se crean que va en un coche, y así los otros al contrario. Sería tremendo.

-Muy bien, Jose María, sin embargo tú no te preocuparás por el encargo de tu hermano, tendrás otro también muy importante.

-¿Cuál, papá?

-Te ocuparás de la formación de Lourdes y Margarita.

-Papá, yo no sé dar clase.

-Pero dominas la gramática, y bastante de inglés y francés. Quiero que te las ingenies para que las dos mellizas reciban formación todo los días.

-Conversaré con ellas todos los días en inglés un rato.

-Muy buena idea hijo, esto orgulloso de ti.

-Si lo deseas me ocupo también de otras materias. Tú sabes que el sueño de mi vida siempre ha sido el enseñar.

-Yo creía que era ser piloto.

-También, primero ser piloto, y luego dar clase a cadetes.

-Pues no se diga más. Lourdes, Marga, seréis discípulas de vuestro hermano. Guardarle el mismo respeto que tuvieseis a vuestra misma madre o a mí. Esto es esencial hijos míos, y ahora me refiero a todos vosotros. No descuidaréis ni un sólo día vuestros estudios. Cada uno ingenie su industria personal para cumplir esto.

-Perdone, usted, y hablo por mí mismo, no sé lo que Lorena dirá, yo no deseo ver un libro durante mis vacaciones, pero ni en pintura. -dijo Nabuco con tono contundente-

-¿Y tú Lorena? -repuso mi padre con delicadeza. El tema era delicado, pues casi todos los que estaban allí éramos estudiantes.

-Yo estoy con mi hermano, no quiero estudiar durante el verano.

Mi padre guardó unos momentos de silencio. Miró a mi madre.

-Y nosotros respetaremos esta decisión vuestra. El estudio no es una obligación en casa Nabuco, y te lo digo también a ti, Lorena. Carolina y yo hemos educado a nuestros hijos, dando al estudio una importancia real, presentando a nuestros hijos este valor escondido en cada una de esas horas que ellos están estudiando.

-Estudiar es aburrido, Don Alejandro -dijo Lorena con tono suave y sin ánimo de discriminar lo que se la estaba diciendo-.

-Estoy de acuerdo contigo. Tal como creo que tu enfocas el estudio, me sorprende incluso que seas tan benigna en tu juicio. Si yo tuviese esa misma concepción de él, te aseguro que habría sido mucho más severo.

-¿Qué es para usted el estudio?

-Eso, es una buena pregunta, que aunque no lo parezca tiene una muy fácil, y a la vez muy difícil respuesta.

-Eso, papá, dínos qué es el estudio -dijimos todos a una, y pinchados por ese sano morbo de ver a nuestro padre ante lo que para nosotros era un complicado dilema-.

-El estudio es el alimento que sacia el apetito del hombre ante su afán y su deber de conseguir de forma constante, como ser racional, la perfección. ¿Instrumentos de estudio? Los que queráis: un libro, un microscopio, un coche, un campo repleto de insectos, un cielo con aves, un ser humano enfermo, un problema de pensamiento, y si queréis que lleguemos todo lo lejos que se puede llegar, Dios, también Dios como objeto de estudio.

-Bravo, Don Alejandro, por su brillante exposición. Sólo le falta decir que estudiar es rezar.

-Eso lo debes de deducir tú, y cuando estemos a solas me lo cuentas.

-Lo haré señor, lo haré. De todos modos le pido disculpas. Creo que Lorena y yo hemos entorpecido la reunión.

Ciertamente la reunión se había parado. Todos escuchábamos interesados el desenlace de la conversación de nuestro padre con Nabuco y Lorena. Este no logró que ninguno de los dos cogiese un libro durante el verano, pero lo que sí había conseguido, era el despertar un vivo afán, sobre todo en Nabuco, por esa invitación a estudiar la naturaleza en estado puro, tal y como se nos presenta en cualquier momento del día, en cualquier momento en que deseemos acceder a ella por medio de la inteligencia y la capacidad de observación.

La reunión estaba tocando a su fin. La familia había decidido todos los asuntos urgentes. Sólo quedaba ponerse manos a la obra.

-La reunión ha terminado. Hijos acordaros que habéis de tener preparadas vuestras cosas para el lunes por la mañana, pero no este, el de la siguiente semana.

-¿Nos vamos de aquí en una semana?

-Sin más tardar hija mía, -contestó mi madre a Margarita-.

-Nabuco hijo, tendrás que hablar con tus tíos, si lo deseas yo podría...

-Gracias, Don Alejandro, pero no hará falta. Mis tíos conocen a Luis de sobra, ha estado infinidad de veces con ellos. Simplemente voy a decirles que Lorena y yo nos vamos a pasar el verano fuera, aun camping. Cuando sea necesario volveré a hablar con ellos.

-Me parece bien. Ea, pues, todos en marcha.

-Nabuco, hijo, tú quédate un momento conmigo, he de hablarte a solas.

-Claro, me esperaré.

Mi padre, en honor a la verdad, debía de decir a Nabuco todo lo referente a lo de su trabajo. No podía llevar a Nabuco hacía un camino, que aunque por ahora era seguro, no carecía de riesgos. En la cabeza de papá estaba la advertencia muy seria de Ramón, el inspector.

Una vez que mi padre se quedó a solas con él...

-Hijo mío, tengo que hablarte. No sería justo por mi parte el no contarte esto. Hay cosas que debes de saber, y decidir una vez sopeses la situación tal y como es en la realidad.

-Le escucho, dígame.

-Estoy metido en un buen, pero que un buen lío. Las personas que me odian desearían hacerme daño a toda costa, y no descarto que lo intentarán. A mi favor tengo a Dios, a los míos, entre los que te cuento con tu hermana, a la policía...

-¡La policía!

-Sí, la policía está de nuestra parte y hará todo lo posible por protegernos. El mismo inspector de policía que ha llevado la investigación de mi caso, es el que me ha aconsejado que me vaya lejos, lo más lejos posible, fuera del radio de acción de estas pobres, pero malas personas. Por lo que te digo: Nabuconodosor, hijo de mi corazón, estás a tiempo de echarte para atrás, tú y tu hermana, piénsalo. Habladlo los dos, sois hermanos. Tomad una decisión y luego me lo hacéis saber.

Nabuco se quedó mirando fijamente a mi padre, a éste se le heló la sangre cuando escuchó de sus labios...

-Desde el día que murieron papá y mamá, lo único verdaderamente mío, mi único deseo, ha sido el morir. He ansiado como nada en mi vida la muerte para poder estar nuevamente junto a ellos en el cielo. Ahora no conozco mi corazón, hay algo nuevo en él que no logro examinar ni comprender, pero sé una cosa. Eso nuevo es usted y su mujer. En ustedes veo a mis padres, por eso le quiero tanto a usted y a su mujer. Si a ustedes les pasase algo, yo no querría seguir viviendo. Dios no me puede castigar por esto, es lo que siento, no lo puedo remediar. Dios no castiga a un hijo por desear la muerte ,cuando esta le ha arrebatado a su padre y a su madre.

-Hijo mío, me conmueves, no sé que decirte, yo...

Mi padre estaba realmente consternado y emocionado por lo que oía.

-Si hemos de morir, no me importa, pero moriremos juntos. Ya está dicho.

Mi padre atrajo hacía su corazón a Nabuco, este se dejó hacer. De los ojos de mi padre brotaron gruesas lágrimas de emoción y agradecimiento, mientras decía...

-Oh hijito mío, espero ser digno de un amor tan noble y verdadero como el tuyo!.
¡Jesús, Jesús mío, ten misericordia de mi y de los míos, ayúdanos a confiar en ti, pues ésta es la llave de la fortaleza y de la felicidad!

Y ahí acabó la reunión. ¿Qué os parece? Muy intenso, ¿verdad? ¡Lo fue, ya lo creo que lo fue!

Las horas a partir de entonces parecieron volar en nuestra casa. Todo fueron preparativos, dolor, incertidumbre y mucha unión entre nosotros. No nos faltó una despedida llena de nostalgia por esas cuatro paredes que hasta entonces habían compuesto nuestro hogar, por la vida que dejábamos atrás, por la incertidumbre que nos esperaba.

Y ahora, ya pasados los años, me doy cuenta, también, de lo que supuso para todos el apoyo tan grande que nos brindaron Nabuco y Lorena. Incluso para mis padres. Nabuco llegó a ser para mi padre, un apoyo recio que no le faltó durante esa prueba tan difícil que Dios le había mandado. Una vez mi padre me llegó a decir que Nabuco fue su pequeño cirineo. Y así fue. En todo momento pudo contar con él, fuerte, alegre, dispuesto, y sobre todo, de muy buen trato y digno de la confianza que en él se había depositado.

Por el contrario, Lorena era para mi madre, la mano que le faltaba. Lorena, aunque todavía muy joven, había sufrido mucho, y eso hacía que mi madre encontrase en ella el consejo y apoyo femenino experto, y como mi padre en Nabuco, el apoyo para sacar la familia adelante. Y ¡ya lo creo que lo hicieron! La palabra de Lorena para los pequeños, y los no tan pequeños, era ley que había que cumplir sin remisión ni remilgos, aunque está bien apuntar que era sólo su voz la que hacía las delicias de pequeños y no tan pequeños. La familia la quiso mucho.

CAPÍTULO IV

AQUEL LUNES POR LA MAÑANA

El fin de semana pasó, y llegó rápido aquél lunes en que mi padre debía ir a su oficina. Os puedo decir que aquél fue uno de los días más duros y dolorosos de la vida de mi padre.

No todos los que trabajaban con él conocían la verdad como era, ni mucho menos. A ojos de muchos, mi padre era un corrupto, alguien que había sabido encontrar la forma de enriquecerse ilícitamente mediante su privilegiado puesto, y que ahora, se encontraba con una situación adversa en la que todos sus actos se veían desenmascarados y vistos a la luz tal como eran, en una palabra, corrupción, corrupción, corrupción.

De nada le valieron tantos años de dedicación plena y de mostrar ante todos una conducta en el trabajo impecable. Perfectamente sabían sus enemigos que la opinión pública es la plastelina de los hombres que piensan y que llevan a cabo lo que en sus cabezas han razonado antes, tanto para el bien, como para el mal.

Y así fue como personas que hasta entonces le habían mostrado respeto y afecto, aquél día le despreciaban con la mirada y le casi insultaban de palabra, todos amparados por el conocimiento que tenían de que mi padre estaba cesado de su actual puesto por cargos graves, de lo que entre ellos se conocía por corrupción. Esto fue muy doloroso, pero que muy doloroso.

Pero mi padre, mientras sufría todas estas injurias, se acordaba de su Jesús, coronado de espinas, con su cuerpo flagelado brutalmente, y con el injusto Pilatos gritando a su lado a la chusma deicida: “Ecce Homo”, he aquí al Hombre.

Muy lejos está de mí el querer hacer de este relato mío una catequesis sobre la forma de vivir y costumbres cristianas. No, muy lejos de mí esta idea. En este relato os hago constatar como vivió un verdadero matrimonio cristiano, y si me tuviese que saltar todo lo referente a su vivir con respecto a su fe, ¡apaga y vámonos!

La fe marca toda la vida de un hombre, de tal forma que el hombre vive de la fe. No se pueden separar el hombre y la fe, y si de alguien se ha de separar, dándose el caso de que ese hombre no tuviese fe, o que la haya perdido, o la tuviese adormecida, como se da mucho, entonces os diré que ese no es el caso de mis padres. En ellos la fe estaba a tope, y nosotros nos beneficiábamos de esta fuerza que emanaba de ellos y de la que sus hijos aprendíamos continuamente. Y, por supuesto, ¡que duda cabe! que continuamos lo que de ellos recibimos, pues si de ellos no lo hubiésemos recibido, ¿de quién, pues? Sí, tenemos que agradecer mucho a Dios el habernos dado unos padres como ellos, que supieron encender en nosotros esa llamita que está dentro de nosotros, en el mismo centro del corazón, y que con su luz ilumina todas nuestras acciones y pensamientos, a la vez que calienta nuestra vida no dejándonos sentir el tremendo frío que hay a nuestro alrededor.

Pero bueno, continuemos con los que pasó aquél lunes tan señalado y tan doloroso.

Mi padre, por fin, llegó a su despacho. Saludó a Sara como siempre y la pidió que le trajese un café.

-Tráigame un café Sara, el día promete ser bastante aburrido, y temo me pueda dormir.

Estos sarcasmos eran típicos de mi padre, sobre todo cuando se barajan asuntos de mucha importancia. Y los hacía pues se acordaba de lo que siempre le decía un íntimo amigo suyo con respecto a los asuntos importantes: “Alejandro, las cosas importantes, pueden esperar, pero las muy importantes, deben esperar”. Este amigo suyo fue un buen abogado que ayudó mucho a mi padre en todos los sentidos. De él, tanto papá como mamá, aprendieron mucho.

En fin, Sara dedicó una sonrisa a mi padre mientras decía:

-Enseguida se lo llevo.

-Ha llamado alguien Sara.

-No, todos mantienen un honroso y prudente silencio.

-Comprendo.

-Supongo que me habrán dejado las notas con los suspensos encima de mi mesa.

Era obvio que mi padre se refería al sobre cerrado en el que se informaba de su nueva situación y de las medidas que se habían tomado contra él.

-Sí, y supongo que tendrá que devolverlas firmadas por papaíto mañana.

-No Sara, mañana ya no estaré aquí.

La abatida secretaria guardó silencio, no sabía ya que decir. Pero en esos momentos mi padre se iba a llevar una sorpresa de esas que hicieron historia en su vida.

Había una persona dentro del despacho esperándole. Era una mujer, hermosa, muy hermosa, que había desafiado todo para llegar hasta allí antes que él, y que había conseguido que Sara se lo abriese para poder esperar su llegada en el interior. Sabéis quien era esa mujer? ¡No! Imaginároslo. ¿No os lo imagináis? ¡Sí!... Mirad...

-Pero Carolina, amor mío, tú aquí.

Mi padre estaba que no salía de su asombro. Era nada más y nada menos que mi madre la que le estaba esperando, era mi madre, que conocedora, y buena conocedora de su marido como era, sabía que ese día, en ese día terrible, podía perder a su esposo, y podía perderle por tanto dolor y amargura a los que sería sometido.

Ella venía a defenderle, a confortarle, a apoyarle, a mimarle, a ayudarle, a levantarlo, a sostenerle, a manifestarle que ella era su esposa y que deseaba por encima de todo recordar en aquellos momentos el juramento que hizo en el altar el día de su boda: en que estaría con él en todas las circunstancias adversas y no adversas de la vida, en la adversidad y en la pobreza, en la riqueza y en la alegría.

Ya os advertí que mi madre era un tanto especial, ya lo veréis, ya lo veréis.

Os podéis imaginar la cara de mi padre cuando la vio sentada en el sillón de su despacho.

-Pero, tú, Carolina amor mío, ¿cómo esto?, no comprendo, yo...

-Creías que te iba a dejar sólo un día como hoy, no me conoces. Mira detrás de ti, hay alguien que también te estaba esperando.

-Pero hijo mío, también tú aquí, y tú, Oh Jesús mío, yo no sé como agradecerte esto

Mi padre se dio la vuelta y nos vio a Nabuco y a mi que también le esperábamos aquella mañana. Fue entonces cuando mi padre tuvo un gesto muy característico de él. Abrió sus brazos ampliamente para cerrarlos mientras nos estrechaba tiernamente contra su corazón, a la vez que su faz cogió un tono de felicidad y satisfacción inmensas.

-Vosotros aquí, conmigo, ¡gracias, gracias!

Nabuco y yo estábamos callados y aunque la emoción del momento nos embargaba, dijimos:

-Venga papá, pon todo en orden y vámonos de aquí.

-Sí Alejandro, deja este sitio ya, haz lo que tengas que hacer y vámonos.

-¡Claro que sí!

Nabuco no perdía ojo a mi padre, se le veía disfrutar como...

-Hijo mío, ¡que gran alegría verte aquí! ¿Sabes? Los grandes amores se fraguan en momentos como estos, y tú, mi hijo Nabuco, has estado conmigo en este día, a esta hora, en estos precisos momentos, momentos tan difíciles y dolorosos para mí y para mi esposa.

Mi madre y yo sabíamos que mi padre estaba dando a Nabuco algo que necesitaba como la misma vida: gratitud, cariño, amor, cosas que el alma absorbe y de las cuales de nutre, proporcionando así calor al resto del ser, al hombre en su totalidad.

Yo miré a Nabuco orgulloso de que fuera mi amigo. Esto para mi era una satisfacción. No os voy a decir que Nabuco fue y es como un hermano. No. Nabuco fue y es un verdadero amigo, con todo lo que esa palabra conlleva, en su plena dimensión. Si, fui y soy muy afortunado por esta amistad que Dios me dio y me sigue conservando.

-Bueno, habrá que abrir el sobre que hay sobre la mesa.

- Don Alejandro, su café, aunque me he tomado la libertad de hacer una cafetera.

-Gracias Sara, déjelo donde pueda. Si quiere unirse a nosotros y tomar un café -dijo mi madre a la secretaria-

-Muchas gracias señora de Sanz, sin embargo tengo mucho trabajo, he de retirarme.

-Gracias, entonces.

-A usted señora.

Una vez que Sara salió del despacho, sonó el teléfono anunciando una llamada. Carolina fue quien contestó la llamada.

-¿Con quién hablo? Me debo haber equivocado. ¿No es el despacho de Alejandro Sanz?

-Si, yo soy su esposa. ¿Desea hablar con él?

-Eres Carolina.

-Sí, ¿quién es usted?

-Carolina, soy Samuel, Samuel Pinella.

-Ah, buenos días Samuel.

-¿Cómo tú por ahí? Bueno, déjalo, comprendo. ¡Cuánto siento el no poder estar con vosotros en estos momentos!

-Lo sé, muchas gracias, Samuel.

-Ponme con Alex, he de decirle algo.

-Ahora mismo. Toma Alejandro, es Samuel.

-Si, dime Samuel, buenos días.

-Buenos sean, Alex, ya tengo aquí a tu chico.

-Has leído la carta que le mandé te entregara.

-De arriba abajo. Estate tranquilo, aquí estará perfectamente. Para mí personalmente es una alegría tener chavales como él . Ya estoy al corriente de todo lo que ha pasado. ¿Puedes hablar sin problemas, Alex?

-Si te refieres a pinchazos telefónicos y cosas de esas, es mejor que interrumpamos la comunicación y me llames al móvil de Carolina. ¿Sabes el teléfono?

-No, dámelo, te llamo en unos minutos.

Pasados unos instantes, el teléfono móvil de Carolina sonaba anunciando la entrada de una llamada.

-Si Samuel, dime ahora lo que quieras.

-He enviado a tu domicilio una tarjeta bancaria, su número secreto es el 5587. Con esta tarjeta podrás sacar dinero siempre que lo desees.

-Pero Samuel, yo...

-Déjate de historias, ya me lo devolverás, además tal y como están las cosas hoy por ti y mañana por mí. He transferido el contenido de un fondo de inversión de Carmela y mío a esta cuenta. Haz uso de ello. En breve ingresaré otra cantidad más fuerte por si lo necesitas.

-Yo no sé que decirte.

-Pues yo a ti, sí, que me debes una comida que perdiste honradamente frente a mí esta primavera en la cancha de tenis. No te perdono que te pases por aquí con los tuyos y me la pagues, sabes que tengo el chalet y la casa de abajo que no usamos. El chalet lo he arreglado, está muy bonito y acogedor, podríais pasar, incluso, muy a gusto el invierno. Nos haríais muy felices a Carmela y a mí, los chicos, ya sabes son mayores, vuelan solos, ya tienen sus vidas encarriladas.

-No lo descarto, querido amigo. Gracias, gracias por todo.

-Adiós entonces, y tranquilo por tu chico. Adiós.

-Adiós, Samuel.

Una vez cortada la comunicación...

-Qué se cuenta Samuel -preguntó mi madre interesada-.

-Me dice que Antonio ya está allí. Que me ha mandado una tarjeta de crédito para sacar dinero de una cuenta de su banco. En esa cuenta hay un dinero del que podemos disponer, aunque en breve ingresará más por si lo necesitamos. Nos invita a ir al chalet o a la casa de abajo, dice que estaríamos muy a gusto.

Mi madre guardó silencio. Estaba asombrada, como lo estábamos nosotros.

-Es maravilloso. Ves amor mío, todo es ayuda. Todo. Nuestro Jesús y nuestra Madre, están volcados con nosotros, nos llevan de las manos, ellos proveen.

-Si, es verdad, nada hemos de temer.

-Pero papá, podremos de verdad usar ese dinero.

-Claro que sí, ¿por qué no íbamos a hacerlo hijo mío?

-Tendremos que devolverlo, no podremos.

-No te preocupes hijo mío, aunque yo sé que la intención de Samuel es totalmente desinteresada, has de saber que también yo le ayudé un tiempo atrás.

-Igual que él ahora a nosotros.

-No es lo mismo, pero sí de forma parecida.

-Y te devolvió el dinero.

-Hijo, deja de pensar en esto. Cuando un amigo te ofrezca su mano desinteresadamente, por amistad, no pienses en lo que te pedirá a cambio, sólo piensa en darle gracias a Dios y a él.

-Comprendo papá, es que me asusta...

-Es natural. Bueno hijos, mamaíta mía, vamos a abrir ese sobre. ¡Oh Señor, cuantas gracias te doy, pues antes de abrir ese sobre de contenido tan amargo, me llenas de cariño y cuidado. Mira Jesús mío, mirad vosotros, hoy gracias a mi Jesús y a vosotros, hoy es un día feliz para mí, bendito sea Dios y nuestra Madre, y benditos vosotros que estáis conmigo!.

Lo demás que ocurrió aquella mañana, os lo podéis imaginar. Pienso que no hace falta que os lo cuente, los hechos os lo pueden narrar por sí mismos. Nada más, y nada menos, tengo que deciros de aquel lunes por la mañana.

CAPITULO V

LOS PREPARATIVOS DE LA PARTIDA

Esa semana, toda ella, fue muy intensa y agitada. La familia se preparó para, como decía mi padre: la mudanza. Y aunque una mudanza un tanto especial, una mudanza.

Nuevamente, don Valiente el párroco nos visitó; toda la comunidad estaba volcada con nosotros, y como don Valiente nos decía, había tortas por ayudarnos. ¡Como podría explicaros con palabras lo que se siente cuando uno se ve cuidado por el Señor de esa forma! Me dan ganas de deciros, que por el sólo hecho de sentir esa maravilla cuidados que todo lo provee y todo lo soluciona, sólo por estar en esa situación... Os voy a decir una cosa. Yo creo que esa fue una de las grandes lecciones que Dios nuestro Señor nos dió, no sólo a mis padres, sino a todos nosotros, el vivir de la Providencia. Recuerdo que mi madre una vez nos dijo que Jesús había nacido en un establo, y que jamás le había faltado con que vestirse ni con que sustentarse. Y era pobre, muy, muy pobre. Pero su Padre le proveyó en todo. Pues así nosotros, sin marcar soberbias diferencias, pues como Jesús le llamaba Padre, así nosotros lo podemos hacer, y como Padre nuestro que es, no permanecerá inactivo, sino que pondrá toda su corazón y su fuerza y sacarnos adelante desde cualquier situación, por muy mala que esta sea.

Y la ayuda nos vino por una familia muy conocida por don Valiente, pero que quiso estar en el anonimato. Esto llevó a don Valiente y a mi padre a acoger de corazón la ayuda que brindaba. Estas personas habían pedido que no se conociera su identidad para hacernos más amable la caridad que tenían con nosotros, y justamente eso es lo que agradó mucho tanto a don Valiente como a mis padres. Años más tarde supimos quienes fueron, pero eso ya os lo contaré.

-La casa de estas personas está en la provincia de Zaragoza, en una urbanización privada que hay en las afueras de la ciudad. A mí me gusta, hijos, yo probaría, conozco todo aquello, creo que sé la urbanización que es.

-Pues no se diga más. Iremos a ella.

-Fantástico. Hoy por la mañana diré a esta familia vuestra decisión de visitar su casa, de que acogéis su ayuda. Se pondrán muy contentos. Además hijo, no te preocupes, estoy seguro que dispondrán todo a la perfección, son gente muy pudiente y sobre todo muy buena.

-¿Tú que dices, Carolina?

-Me gusta mucho; gracias, don Valiente.

-Bueno, pues todos contentos. ¿Cuándo tenéis pensado salir?

-De aquí en cinco días.

-El domingo, día once, pues. Así se lo diré a esta familia.

-Hágales llegar nuestro agradecimiento, el de toda la familia.

-Claro, hijo; sin embargo, te quiero dar un consejo. Ya sabes, yo ya soy viejo, sé lo que pasa y...

-Diga lo que sea.

-No os instaléis allí más de unos meses, la prudencia siempre es buena. Tengo más hermanos vuestros que os quieren ayudar. Son ofertas muy buenas, tenedlo en cuenta.

-Me parece muy prudente. Mi padre decía, que “el huésped y la pesca, al segundo día apesta”.

-Por ahí van los tiros. Aunque no es el caso, en ello pongo las manos en el fuego por ellos; sin embargo, es bueno no abusar, como si dijésemos. Creo que me entendéis sobradamente.

-Claro que sí. Gracias, don Valiente.

-Oye, Alejandro, no estará tu Josemari por ahí.

-Claro, está en su cuarto. ¿Quiere que le llame?

-Es que este ordenador mío me trae de cabeza.

-Entiendo, voy a llamarle.

-Gracias, es sólo una preguntita.

Pasados unos minutos.

-Buenas tardes, don Valiente.

-Hola, Josemari.

-¿Qué se le ofrece?

-Tengo un problemilla con el ordenador que...

-Si quiere, he quedado con Leopoldo a las seis. Si usted... ya sabe...

-Te refieres a la coca-cola. Hay toda la que queráis. Magnífico os espero entonces. ¿Has conseguido el programa de diseño gráfico que hablamos?

-He hablado con Leopoldo hace media hora y lo tenía en la mano, la última versión de CorelDRAW, la versión 9, es la mejor, no se resiste nada con ella, el scanner se pone al rojo vivo con el Corel PHOTO-PAINT.

-Oh, magnífico, magnífico.

-No sabía que a usted esto del diseño gráfico...

-Esto de la informática es una maravilla. Con el ordenador hago unos carteles para la parroquia con los que hago que los demás párrocos se coman las uñas.

-Pues ya verá esta nueva aplicación. Son cuatro discos. Uno de programa, otro de cliparts, y otros dos con más herramientas.

-Magnífico, magnífico. No sé que voy a hacer sin tu hijo cuando os vayáis.

-Está Leopoldo. Además a Leopoldo le gusta tanto la coca-cola como a mi, o más. Y hemos conocido a un nuevo amigo que entiende más que los dos juntos.

-Su padre es informático, quizás.

-¡Que va; si es Paquito, el hijo del frutero de la Galería de alimentación!

-¡Bendito sea Dios, estos chicos son algo asombroso! Pues que venga Paquito, mi ordenador le reta esta tarde a una partida de habilidad. Fijaros lo que oye uno, el fruterito, pero... ahora que caigo... es...

-Claro, el que le lleva los pedidos de fruta a casa. Su padre le pone a repartir por las tardes cuando no tiene que estudiar. Y eso es casi siempre, pues aprueba todo sin ningún esfuerzo con sobresaliente.

-¡Bendito sea Dios! ¡Que chicos estos! ¿Y dices que saca los estudios con sobresaliente?

-Sí. Y no le quiero contar con el ordenador, no se le pone nada. El otro día desarmó y armó el de Leopoldo en media hora y lo ha dejado como nuevo, además se hace sus propios programas.

-Increíble, increíble, pues traeros a Paquito, traéroslo.

-Se pondrá muy contento, él no se atrevía a proponérselo. Se va a asombrar de lo que entiende, se ha hecho hasta juegos propios.

-¿Tiene buenos juegos?

-Los mejores.

-Con esto ya me quedo más tranquilo de que tu padre te lleve por esos lugares de Dios lejos de mí y de mi ordenador. ¡Ale, pues! Os espero, trabajaréis mientras oficio misa a las siete. Además hoy a esas horas está mi hermana Adela, seguro que os prepara merienda.

-¡Hecho!

-Bueno, familia, adiós, adiós. Que Dios os bendiga. Nos veremos el domingo por la mañana, vendré a despediros, aunque deberíais ir con la misa oída, luego de viaje, ya se sabe, es un problema. Se me ocurre hacer una epiqueya maravillosa.

-¿De qué se trata don Valiente?

-Podemos tener la misa aquí, en esta casa, en familia, para vosotros, luego partiréis. El Santo Padre Juan Pablo II bendijo especialmente estas misas en las casas, la cuna de la Iglesia está hecha de familias que han abierto sus hogares al Santísimo Sacramento

-Eso sería maravilloso,-repusieron mis padres a una-

-Pues no se diga más. El domingo a las seis y media de la mañana estaré aquí. Con suerte a las ocho en los coches con el tubo de escape en marcha.

-Magnífico.

-Quedamos en eso. Este cura se va. Adiós hijos míos.

Una vez que don Valiente se fue, mis padres se quedaron solos. Conversaron entre ellos.

-Has visto amor mío, todo a nuestro favor, el Señor inunda nuestra amargura y nuestro dolor en un mar de felicidad y de cuidados.

-Sí amor mío, así es, parece que Él quiere lucirse en estos momentos tan difíciles.

-Sí, sí, no hay quién rivalice con Él en delicadeza y amor.

-¡Que gusto tenerle, que nos apoye, no quiero ni pensar lo que sería de nosotros en estos momentos sin Él!

-Horrible, aunque Él nunca abandona.

-Pero sí se le ata de brazos y manos cuando se rechaza su ayuda.

-Pero este no es el caso, en casa está muy a gusto, y me parece que no tiene pensado salir de ella.

-¿Has visto, o mejor dicho has notado como todo se va solucionando poco a poco, a cada momento, como si de una mano misteriosa se tratase lo fuese ordenando.

-¿Sabes la sensación que tengo yo?

-¿Cuál?

-Como si fuera de casa hubiese un mar, con tormentas terribles, y que sus olas chocan contra las paredes exteriores, pero que aquí dentro no ocurre nada, todo está como siempre. Sabemos que fuera hay tempestad, pero que parece como si no fuese con nosotros. ¿Me he explicado?

-A la perfección Carolina. Me gusta y me hace reflexionar lo que dices.

-¿Hay alguna novedad de la oficina?

-No, estoy esperando tener noticias ahora. Ya veremos.

-¿Pero te dejarán en paz, amor mío?

-Más daño del que han hecho, ya no pueden hacerlo, por lo menos de puertas para fuera, de puertas para adentro...

-¿Y no sería posible quedarnos en Madrid? Seguro que alguien nos dejaría... don Valiente...

-No, Carolina. El odio da un fruto, que es la venganza. Yo no estoy seguro de que esta gente se quiera vengar de mí y de Antonio, por eso... El mismo Don Ramón me ha aconsejado que os coja a todos y me vaya lo más lejos posible. No son gente buena, amor mío, son poderosos; y muy, muy malos.

-Es terrible esto, Alejandro.

-Sí, sí lo es. Con todo, te aseguro que volveré y aplastaremos la cabeza a esas áspides.

-Me da miedo que te enfrentes a ellos.

-¡Toma y a mí! Pero es mi obligación el hacerlo. Como a mí, irán a por más gente, es una rueda que no para. Pero esta vez les va a salir el tiro por la culata. Yo sé, y me temo que ellos también lo saben, que tengo suficientes datos como para hacer saltar esa rueda por los aires.

-Comprendo. Sí amor mío, vámonos lejos, lo más lejos posible. Tengo escalofríos de sólo pensar esto; el hecho de que nos odien de estas manera es algo terrible.

-Pero no te preocupes, ellos saben, o suponen que los datos están en mi poder, no osarán hacerme nada mientras ese CDROOM esté en mi poder.

-¿Pero tu ordenador? Lo pueden manipular, sería entonces tu palabra contra...

-Ya me he encargado de sacar mi ordenador de la oficina.

-¿Y quién lo tiene? ¿Cómo lo has sacado?

-Lo ha sacado Sara. Lo tiene Josemari.

-Nuestro hijo.

-Sí, nuestro hijo, en sus manos está más que seguro que en ningunas.

-¿Pero, no crees que es un poco imprudente?

-No mujer, yo en la oficina tenía un equipo de informática que me apoyaba y me sacaba las castañas del fuego cuando me equivocaba. Aquí, no.

-¿Y como has decidido esto tan delicado?

-La solución me la dio, don Valiente. Yo mismo me he cerciorado de ello, y es verdad, es impresionante lo que sabe este chico de informática.

-Pero le habrás dicho que es un ordenador que contiene datos muy delicados.

-Lo hice. Dice que los ha protegido de tal forma que sólo se podrían borrar particionando el disco duro. No sé de que se trata este proceso, pero confío en él.

-Y se lo vas a dejar, que lo lleve él.

-Por supuesto.

-Bueno, si tú lo ves así, bien, sea.

-Claro amor mío, hay que confiar en ellos, y ahora más que nunca, necesitan esta confianza por parte nuestra, y a la vez, nosotros la suya.

-Tienes razón, Alejandro. Cambiando de tema, ¿sabes de quien me he estado acordando todo el día?

-¿De quién, tesoro?

-De Richard y tia Feliciano.

-Sí, también me acordé yo de Richard y de la tía. Richard es un hombre muy influyente, podría hacer mucho.

-Claro, Alejandro, por qué no les llamamos.

-Vamos a dejar las cosas como están. Ten en cuenta que Richard y tía Feli están en Estados Unidos, muy, muy lejos.

-Pero no lo descartes, Alejandro, es una posibilidad muy a tener en cuenta.

-Así lo haré, Carolina. Y también cambiando de tema, ¿has hablado con Lolita?

-Sí, ya sabe que a partir de hoy no la podemos pagar, sin embargo ella quiere venir hasta el último momento.

-¡Que suerte hemos tenido con esta chiquita, Carolina!

-Sí. Para ella ha sido una gran pena el tener que dejarnos, se puso muy triste, hasta me ha insinuado que ella se vendría con nosotros. Está realmente apenada con esta situación.

-Pobrecita. Pero no podemos llevarla con nosotros. No podríamos pagarla, ni...

-Pero Alejandro, el dinero no lo es para ella todo. Ella quiere mucho a los niños, es más que una simple trabajadora. Además es una chica muy sana y de buenas costumbres.

-Vamos a hacer una cosa, Carolina, dejo este tema en tus manos. Yo personalmente pienso que tenemos que tener mucho cuidado con esto.

-De un tiempo atrás había pensado en cambiarla a interina en casa, proponérselo.

-No sé, Carolina, lo que tú hagas está bien hecho para mí.

-Esta tarde, después de la comida hablaré con ella. Sería maravilloso que viniera con nosotros.

-Desde luego sería una gran ayuda.

-Si, ya con Mariana, Luis, Nabuco, Lorena y, si Dios quiere, Lolita, será otra cosa. Es mucho peso amor mío, yo no puedo, siento que me quiebro.

-Te comprendo amor mío. Eso nunca tiene que pasar. Apóyate en nosotros lo que necesites, también yo lo haré. No debemos encubrir ni siquiera el cansancio y el agotamiento de la naturaleza que sean, son trampas que se nos tienden para desestabilizarnos y hacernos perder la cabeza. Que esto no ocurra. Si ves que Lolita es necesaria, haz que venga, inténtalo, pero sin forzarla lo más mínimo.

-Gracias amor mío, así lo haré.

Uno de mis hermanos avisó a mi padre de que tenía una llamada.

-Gracias, Andrés, lo cogeré en el despacho. ¿Quién es?

-Jaime Seimer. Dice que es que muy urgente.

-Voy enseguida.

-También, yo. Vamos a ver qué dice Jaime. Cogeré el teléfono de nuestra alcoba.

Unos instantes después.

-Jaime, sí, buenos días. Te escuchamos.

-Buenos días. ¿Estás también tú al teléfono, Carolina?

-Lo estoy Jaime. ¿Qué es lo que nos quieres decir?

-Me alegro que estés tu al teléfono Carolina, de un tiempo atrás no me entiendo con el cabezota de tu marido.

-Eso te pasa porque no le escuchas.

-Debe ser eso. Bueno, escuchadme los dos, tengo buenas y malas noticias, aunque ya sabéis que el teléfono no es muy fuerte... Me comprendéis...

-Te esperamos a comer.

-No puedo, me espera Marta.

-Veniros los dos.

-No Carolina, mi mujer, o sea, tu querida amiga, está que no pega ojo por el tema vuestro. Ayer se me puso malísima, tanto que tuvimos que llamar al médico de urgencia de Asisa.

-Lo siento de veras, Jaime, hoy mismo la llamaré.

-Gracias, Carolina. ¿Estás ahí Alex?

-Estoy.

-Mira, se me ocurre una cosa. Saldré antes de aquí, pondré rumbo a tu casa y me tomaré un vermutito con vosotros.

-¡Hecho, te esperamos!

-Magnífico, en tres cuartos de hora estoy allí.

-Adiós, pues.

-Adiós Jaime.

Los tres cuartos de hora fueron para mis padres interminables. Estaban deseando que Jaime llegase para saber las últimas y más importantes novedades. Por fin sonó el timbre de la puerta de entrada a la casa. Era Jaime Seimer. Alejandro y Carolina salieron a recibirle. Momentos más tarde se acomodaron en el despacho de papá.

-¿Y bien? ¿Qué novedades son esas?

-Te embargan los bienes, sólo esto, sin más volumen. Os vais a quedar a cero. No va a haber más historias ni de juzgados ni millones que valgan.

-Es una muy, muy buena noticia. Continúa.

-Vuestros bienes van a salir a subasta, y me imagino, que como siempre, por cuatro duros. Aunque lo desapruebes, ya he movido los palillos, o mejor será decir, la puertas suficientes, para que el que las compre al precio mínimo sea yo. Una vez que pase esto, que espero que así sea como me prometiste hace unos días por teléfono muy envalentonado, una vez que pase esto, y nuestro Robin Hood vuelva -dijo Jaime de Alejandro mientras observaba la reacción de mi madre, la cual le sonrió sin dar ninguna importancia a lo dicho-, yo te devolveré todo por el módico precio que yo mismo he pagado, dinero que me podrás devolver en cómodos plazos o como te venga en gana.

-Pero Jaime, nosotros, yo...

-Y no le digo al cabezón de tu marido que se lo regalaré, por que me monta un follón financiero de ética económica y amistad.

-Esas son las buenas. ¿Y las malas?

-Queridos, tenéis que abandonar este piso y el chalet en cuarenta y ocho horas. El jueves a las ocho de la mañana una pareja de la Guardia Civil viene a precintarlo, a las nueve como muy tarde estarán en el chalet.

Hubo Un silencio. Mis padres se quedaron muy sorprendidos por esta noticia que hacía que todos los acontecimientos se precipitasen.

-Lo siento, lo siento mucho, más no he podido hacer. Tengo que decirte que el departamento de ese inspector, Ramón Miranda, ha intervenido en tu favor y han bloqueado todas las vías legales que se habían abierto contra ti en el tema de hacerte pagar indemnizaciones e historias de ese tipo, ya sabes. Si no llega a ser por ellos... no sé que pensar... pero de la cárcel no te habría librado nadie. ¡Esto es algo terrible!, yo...

Jaime Seimer estaba muy abatido. En su faz se notaba una tristeza profunda. Miraba al matrimonio amigo con cariño y con pena.

-Si ni hubieses sido tan borrego, esto ahora...

-No te mortifiques Jaime, has hecho, lo sé, mucho más de lo que has podido. Te lo agradecemos de corazón, yo personalmente lo esperaba de ti.

-Anda, anda... Carolina estás casado con un hombre más terco que un mulo. Convéncele por lo menos ahora, para que vengáis todo este tiempo a mi casa. Los chicos ya son mayores, Marta y yo tenemos una vida sedentaria, no nos vendría mal un poco de alta tensión, ya sabéis...

-Jaime, Jaime, tú sabes que no puedo acceder, sabes lo que dejo detrás.

El buen amigo cayó, sabía de sobra que Alejandro se había hecho muy fuertes y poderosos enemigos.

-Me voy pues. Necesitarás dinero, toma.

-¿Qué es esto, Jaime, yo?

-Palomitas, ¡no te fastidia ahora este!. Por Dios bendito Alex, ¡que va a ser!, ¡pues dinero!. Estarás sin blanca. Mira, no me fastidies, ya está bien.

-Pero Jaime, de verdad, no necesito.

-Anda, anda, me voy porque si no voy a decir algo de lo que...

Papá no le insistió, sabía que era inútil, cogió el amarillo sobre con el dinero y se lo guardó.

-Bueno, un abrazo por lo menos, venga para acá.

Mi padre le abrió los brazos de par en par con la intención de estrecharle entre ellos y abrazarle cariñoso. El otro no se opuso, estaba muy, muy tocado, se le saltaban las lágrimas por el dolor de vernos en tan lamentable situación.

-Esta bien, quiero que sepas que aunque piense de ti que eres un majadero, te quiero mucho.

Jaime era un hombre bajito, muy rubio, con unas gafas muy grandes, y bastante delgado. Lo único de destacar en él era un finísimo bigote que recorría recto el labio superior de su boca.

Papá y él se abrazaron. Mamá asintió sonriendo, sabía la buena madera escondida que había en el interior de ese pequeño hombre. Unos minutos más tarde el amigo de mi padre ya se había ido, aunque su visita lo había cambiado, o mejor dicho precipitado todo. Había comenzado una cuenta atrás que ninguno esperábamos. Aunque, la verdad sea dicha, desde aquél momento, a mis padres era como si les hubiesen quitado una losa de encima, el espectro de una ruina total con mi padre en la cárcel, desde esos momentos dejó de existir para siempre. El primer paso fue...

-Tendremos que llamar a don Valiente.

-Sí, tenemos sólo hoy y mañana.

-¿Qué hacemos?

-Como que hacemos. Prepararlo todo para irnos el jueves a las ocho. Cuando la guardia civil venga, nosotros nos montaremos en los coches.

-¿Podrá venir, don Valiente?

-Claro que vendrá, eso no lo dudes. La primera misa que tiene en la parroquia es a las diez de la mañana. Tiene tiempo más que de sobra. Mira, voy a mandarle recado con Josemari.

Mi padre hizo llamar a José María que estaba ya a punto de irse. Este se personificó como una centella.

-¿Qué deseas, papá?

-Hijo es muy importante que le digas a don Valiente que me llame esta noche.

-Eso está hecho, voy ahora a su casa.

-Muy bien, ea, no te retrases. Ah, esta noche quiero que estéis todos. Antes de irte avisa a Luis y a Mariana que vengan.

Estos acudieron a la llamada de mi padre.

-Hijos, por una serie de razones tenemos que abandonar esta casa antes de lo previsto. El jueves a las ocho menos cinco tenemos que estar montados en los coches. Nos precintan el piso y tenemos que estar fuera.

-¡Oh papá, mamá!

Mariana se abrazó llorando a mi madre, estaba muy consternada y muy asustada.

-Habrá que avisar a Nabuco y a Lorena.

-Por eso os llamaba, ¿no están con vosotros?

-No, han ido a resolver no sé que papeles.

-Localizarles. Que esta noche cenem con nosotros. Quiero hablar con todos para perfilar muchos pormenores de nuestra partida.

-¡Hecho papá! Vámonos a buscarlos, Mariana.

Todo se había adelantado, pero a la vez todo se dispuso para nuestra partida. Las horas pasaron rápidas. Pasó aquél martes. Amaneció, atardeció y anocheció el día siguiente que fue miércoles. Y, por fin, amaneció el jueves.

Aquél día fue muy especial. Por la mañana, muy temprano ya estaba don Valiente entre nosotros. Dijo la santa misa en casa. ¡Que inolvidable!

¡Qué os voy a contar de aquella mañana de nuestra partida!. Sobran las palabras. Tampoco os voy a decir que os lo imaginéis, pero sí os diré una cosa, sufrimos mucho, mucho, muchísimo. Con que os pongáis en nuestro lugar, os haréis cargo.

Lo último que vimos fue el blanco pañuelo de don Valiente que se agitaba y se hacía cada vez más lejano. Delante nuestro, carretera, incertidumbre. El Señor permitió que sufriéramos quizás un poquito de lo que sufrió Él, su padre y su madre, cuando tuvieron que huir a Egipto. Yo vi a mi madre llorar, a mi padre estrecharla contra su pecho mientras tenía su corazón en un puño. ¡Oh padre mío, Oh, madre mía, cuanto sufristeis aquellos días!. Todavía siento que mi corazón se parte de dolor por el sólo recuerdo. Y no hubo nada, ninguna razón que nos hiciera mitigar el dolor del momento. Hasta entonces todo lo habíamos contemplado desde lejos, fuera de la experiencia real. Ahora estábamos en ello, y sabíamos que no había vuelta atrás.

Capítulo VI

De viaje

Desde que nos montamos en los coches aquella mañana del lunes, os puedo asegurar que nuestra vida, lejos de decir deciros que fue fácil, sí os puedo asegurar que estuvo llena de toda clase de situaciones, unas fáciles de sobrellevar y otras no tanto.

Prestad atención a lo que nos pasó cerca de ciento cincuenta kilómetros de Madrid y que cambiaría todos nuestros planes a la corta y a la larga. Uno de los coches se paró. Ninguno de nosotros fue capaz de diagnosticar el fallo mecánico que hacía que no pudiese llegar corriente al motor. Sin embargo eso no era lo peor. Uno de los chiquitines tenía una fiebre muy alta, y era preciso encontrar un médico, mi madre estaba tranquila porque sabía que no pasaba de ser un enfriamiento. Con todo, era necesaria la actuación de un médico.

Y lo que son las cosas. En la vida se producen a veces situaciones singulares y un tanto -como diríamos- grotescas. Situaciones divertidas que se forman en el corazón mismo de otras situaciones, que lejos de serlo, son dolorosas y de una gran tensión. Escuchad lo que nos pasó.

Mi padre me dijo que me adelantara con uno de los coches, había un pueblo a unos pocos kilómetros más adelante. Mi misión era conseguir un sitio donde dormir que tuviese dos requisitos indispensables, que fuera limpio y que fuera barato.

Sin mediar palabra cogí uno de los coches y me adelanté como mi padre me había pedido. Antes de llegar a un pueblo, recuerdo perfectamente su nombre, Pradillo del Rey, pude ver según circulaba, un edificio grande, parecido a un motel, que no era tal, sino una especie de posada que invitaba a hacer una parada en el camino y relajarse un poco pasando la noche.

Esto es lo que busco -pensé instantáneamente-, y de repente me olvidé del médico, del mecánico y de todo por lo que estaba yo ahí. Giré el volante a mi derecha, y buscando un estrecho camino de tierra, me planté en un plis plas donde quería. Más cerca, pude advertir la presencia de un cartel que dejaba leer: Hostal Pradillo del Rey.

Bajé del coche, adecenté mi porte exterior en lo que pude, y sin mediar más, entré al interior. Esperé a ser recibido por alguien. Me llegué hasta un mostrador. Tosí un poco para hacer notar mi presencia. Nada. Aquello parecía desierto. Pasado un rato me pareció oír un ruido dentro de un estancia contigua a la que yo estaba. ¡Bingo! Por fin, alguien se hizo notar desde el interior. Tengo que reconocer que la impaciencia me tentó varias veces por irme y continuar el camino tal y como Papá me lo había pedido. Os voy a relatar como ocurrió todo.

-Buenos días hijo, que es lo que deseas.

-Buenos días. Mire usted, estoy buscando un médico y mecánico.

-Sorprendente -repuso el hombre un tanto asombrado-, aunque bien visto la profesión de los dos tiene mucho en común.

-Hombre, sí, aunque mi hermanito Horacio no creo que tenga muchas tuercas.

El hombre rió con ganas mientras me daba la razón.

-Ven hijo, vamos a ocuparnos del pequeño Horacio y de ese coche estropeado. Creo que te puede ayudar en lo primero rápidamente, lo segundo nos va a costar más, pero también lo lograremos. Mi nombre es Pablo, Pablo Arroyo.

-El mío Luis. Oiga, esto parece desierto. ¿Es que no hay nadie?

-Estoy arruinado hijo mío. La fatalidad con un mal empleado me ha llevado a la ruina.

-Cuanto lo siento, el sitio es precioso y está al borde de la carretera, no he visto nada que indicase cerrado.

-Claro Luis, pero como siempre, la juventud, tú, veis únicamente lo que queréis ver. Si te hubieras fijado, debajo del cartel principal, hay otro más pequeño, que indica cerrado por embargo.

-¡Corcho! ¿Cómo es que le embargan don Pablo?

Quiero haceros notar que entre ese hombre y yo, hubo una afinidad, un algo... especial, que nos permitió comunicarnos y entendernos desde un principio. Don Pablo era y es un buen hombre. Le debemos mucho, y desde aquí le rindo homenaje, acordándome de él. No te olvides mandarle una copia de este libro Ernesto, aunque, déjalo, tengo pensado pasar por allí en breve, ya hablaremos.

Bueno, continúo con lo de Don Pablo. Esta persona, su nombre, quedaría escrito en todos nuestros corazones con letras de oro. No tenía esposa, era viudo, aunque sí recuerdo que hablaba de ella incesantemente. Parecía como sí la tuviese a su lado de continuo, como si hubieran sido de esos matrimonios que la muerte no separa. Su nombre era Cristina. Fue entonces cuando me relató el drama que había y estaba viviendo. Esto era lo que le pasaba:

Tenía un empleado, un tal Eufemio.

-Confíe en él. A mi años necesitamos confiar en alguien hijo mío. Me robaba. Le descubrí y le increpé duramente, llegándole a decir, que si no devolvía lo robado, le denunciaría. Tenía pruebas suficientes para meterle en la cárcel. El muy canalla, que Dios le perdone, no le guardo rencor. Se vengó de mí para neutralizar cualquier posible acción contra él. Me quitó facturas. El muy sinvergüenza había comprado grandes cantidades de mercancía a mi nombre y hacía desaparecer la mercancía, la robaba. Me provocó una deuda incalculable para mi ajustada economía.

-Pero si usted no firmó nada, no tiene por que...

-Retocó mis apuntes de contabilidad, destruyó documentos de gran valor, y por último me puso un litigio en tribunales del cual no pude ni siquiera defenderme. Todas mis pruebas habían desaparecido, mis datos, mis hojas de contabilidad, mis justificantes de pago. El ministerio de Hacienda se me echó encima y eso fue ya mi ruina total y última. Lo siguiente lo estas viviendo hijo.

-¿Hacienda ha dicho?

-Sí, hijo, Hacienda.

-Don Luis, creo que tengo la forma de ayudarle. La Providencia mueve sus hilos, y nosotros vamos a cooperar. Mire por donde vamos a dar trabajo a mi padre, espero que se deje.

-Tu padre! ¿Quién es tu padre?

-Mi padre es Alejandro Plaza Sanz Lombera.

-Alejandro Sanz Lombera, no sé, creo que he oído ese nombre en alguna parte, pero no caigo.

-A mi padre le ha pasado algo muy parecido a lo suyo. Trabajaba en el Ministerio de Economía y Hacienda, era un alto cargo.

-Creo recordar, pero no caigo.

-Sí hombre. No se acuerda Don Ramón del escándalo que a la prensa se le antojó llamar: caso Sanz.

-Claro que sí, ahora recuerdo. A tu padre le han cesado. Lo leí en el periódico no hace mucho. Recuerdo un artículo de una revista de economía que me mandan trimestralmente, Diary of Ecomy Global Univers, que explicaba muy bien el caso de tu padre. Una vergüenza hijo, cuanto lo siento.

-Me alegro que piense así. Sepa Don Ramón, que ese hombre, mi padre, se encuentra a muy pocos kilómetros de aquí esperando mis noticias. Además estamos necesitados de ayuda.

-Y la mejor noticia que le podemos dar, hijo mío, es que tenemos un médico, un mecánico y un techo que le cobijará a él y a toda su familia.

Me juego lo que quiera a que mi padre le saca de este embrollo. Se conoce hasta el último empleado de Hacienda y no de Hacienda. En contabilidad es el número uno. Le llamaban en el trabajo el milagroso Max; sabía escudriñar los números como nadie.

-Por eso no en balde llegó hasta donde llegó. Ven hijo, vamos a darnos prisa. Por lo pronto ahí hay dos interruptores. Levántalos hacia arriba. Eso hará que cuando tu familia llegue, la casa estará caliente y comfortable.

-Pero don Pablo, esto vale mucho dinero. Haz lo que te digo. Ahora tengo que hacer unas llamadas. Un minuto y nos vamos. ¿Por casualidad saber, cocinar?

-Sí, hago los huevos fritos como nadie.

-Magnífico, daremos a tu familia unos huevos fritos para cenar, que tardarán en olvidarlos.

-Pero Don Ramón, ¿por qué hace todo esto?

El hombre se me quedó mirando con ojos de interrogación.

-Reflexiona un momento jovencito y respóndeme con el corazón y no con lo que dicta tu cabeza. ¿Si yo estuviese en tu lugar, me ayudarías?

-Hombre, pues...

-No has reflexionado. Voy a hacer esas llamadas, todavía no me han cortado el teléfono. En unos minutos tendremos aquí el médico y la grúa que tu padre espera.

-Tan rápido.

-Mira hijo. Lo que para toda España ha representado lo de tu padre, lo mismo, pero a menos escala, para este pueblo ha sido lo que a mi me ha ocurrido. No hay un alma en Pradillo del Rey que no daría cualquier cosa por ayudarme. Verás como tengo razón. Anda vamos allá, según te he entendido tienes hermanitos, y uno está malito.

-Sí, y mi madre está muy angustiada.

-Fíjate Cristina que desastre -repuso Don Ramón hablando como consigo mismo de una forma natural y espontánea-

-Oiga, ¿quien es Cristina? Aquí estamos solos.

-Es mi mujer, murió, pero la llevo en mi corazón. Desde ahí ella sigue a mi lado.

Recuerdo que me quedé perplejo ante lo que había oído. Pensé que una de dos, o Don Ramón estaba loco, o era un... La verdad es que mi primera tendencia fue mas bien hacia lo primero.

Las cosas parecían ir sobre ruedas. En menos de tres cuartos de hora papá tenía un mecánico arreglando la Mercedes, y cosa increíble, la arregló. Os digo esto, porque una Mercedes de las características de la nuestra no la arreglaba cualquier mecánico. Era un último modelo automático.

Don Pablo se había quedado en la posada esperando al médico; por mi parte yo había llevado a Ángel, así se llamaba el mecánico, donde estaba toda mi familia. Mientras arreglaban el coche, a solas explicaba a papá y a mamá mi encuentro con don Pablo. Los dos me escucharon atentos. Cuando terminé de exponer lo que me había pasado, mi padre, lo recuerdo perfectamente, miró a mi madre.

-¿Pero te merece confianza ese hombre, hijo mío?

-Claro mamá, de otra forma ni os lo habría contado.

Mi madre pareció sopesar todo. Pasados unos instantes.

-Tu decides, Alejandro.

-Vamos a ir. Deseo conocer de quien mi hijo mayor habla tan bien.

Esto me llenó de buen orgullo y confianza. Agradecí a mi padre este acto de confianza conmigo, estaba seguro que don Pablo era un buen hombre. Ya tenía por mi parte algún plan para que Nabuco y yo no nos moviéramos un poco. Por su parte, mi madre parecía muy tranquila.

Y todo fue muy bien. Cuando nos quisimos dar cuenta toda la familia estaba en el salón central de la Posada de Pradillo del Rey. Por la puerta principal apareció Don Ramón. Visiblemente emocionado, extendió los brazos en señal afectuosa a mi Padre.

-Cuánto me alegro de tenerle en mi casa a usted, a su esposa y a sus hijos. Soy Pablo Arroyo, dueño de esta casa. Os presento también a Cristina, es mi mujer.

Todos miraron alrededor suyo. Mi padre me echó una mirada de interrogación.

-Papá, mamá, es su esposa, falleció, pero la lleva en su corazón. Habla incesantemente de ella. Está en su corazón.

Mi padre parecía perplejo, pero en cambio a mi madre esto la agradó sobremanera.

-Sé que mi hijo Luis le ha explicado nuestra situación.

-Y me imagino que también les habrá dicho algo de la mía.

-Así es, por lo visto tenemos bastante en común, -repuso mi padre con tranquilidad-

-Yo no quiero serles gravoso, Alejandro. Pasen la noche en esta mi casa, estén tranquilos y resguardados bajo mi techo, y si mañana, una vez que hayan descansado y cogido fuerzas, si lo desean, reemprendan el camino y vayan con Dios.

Estas palabras agradaron a mi padre, fueron las que acabaron de decidirle.

-Gracias, Pablo. Nos ponemos bajo su hospitalidad, bendito sea Dios que sabe que nos hace mucha falta. Hijos míos haced lo que don Pablo os diga. Luis y Nabuco serán los coordinadores.

-Don Obdulio está por venir. Es un médico muy bueno. De seguro que pondrá bien al chiquitín Horacio.

-Gracias Pablo, -repuso mi padre muy agradecido-. Si le parece bien vamos a poner orden en toda esta familia. Esta noche, más tarde, usted y yo conversaremos. Creo que esto pertenece a la región fiscal capitular 17.

-Sí, así es.

-Oye querida, ¿no es aquí donde estaba Pepito destinado?, -preguntó mi padre a mi madre-.

-Sí, -repuso con seguridad mi madre-. ¡Cuanto me gustaría volver a ver a Regina!

Don Pablo permaneció callado. Conociendo a mi padre, yo sabía que su cabeza ya estaba dando las primeras aproximaciones a este tema. Y así fue a juzgar por las preguntas que a continuación salieron de sus labios.

-Oiga Ramón, ¿suele usted conservar justificantes de compra?

-No, toda mi contabilidad se reduce a mis libros. Todo el anexo, como facturas y albaranes las conservaba en mi carpeta de entrada. Esa se perdió, o mejor dicho, me fue arrebatada.

-Bien. De todas formas luego charlaremos sobre este tema. Sin embargo quisiera que antes que nada nos dijera el precio de la estancia de la familia en su posada.

-Nada Alejandro, han venido con Dios y se irán con Él. No les voy a cobrar ni un euro.

-No me parece bien, Pablo. Dígame una cantidad y se la pagaré.

Todos escuchábamos la conversación atentos al desenlace de la misma. Muy, pero que muy bien, supo ganarse don Pablo la confianza de mi padre.

-Cristina y yo estamos solos aquí. La posada es un losa que aplasta mis espaldas por el trabajo diario que conlleva. Si no la cuido, si la abandono de mis manos, se vendrá abajo. No, no puedo soportar la idea de abandonarla, pero se viene abajo. Si he de perderla, será dignamente, y la mantendré hasta el último momento.

Todos escuchamos emocionados aquellas palabras. Guardamos silencio. Fue mi padre el que supo decir lo apropiado para tan especial situación.

-Si algo he aprendido en mi carrera Ramón, es que tanto la ley como los números, se asemejan a un complicado conglomerado de caminos, los cuales llevan en su totalidad a un destino; la ley, a la verdad; y los números a la exactitud. No se preocupe, sé lo que me digo. Esta noche veremos cómo está todo. Por lo pronto pararemos el embargo por medio de Pepín.

-No deseo aprovecharme de usted Alejandro.

-Lo sé. Venga, ya verá como sale la luz en todo esto. Yo mismo le prepararé un escrito que le abrirá la puerta a infinitos recursos. Podemos provocar un bucle fiscal, el cual se tardaría años en solucionar. ¡Tranquilo! Confíe en mí.

-Gracias, Alejandro. Tanto Cristina como yo aceptamos su ayuda. Sin embargo, le propongo algo que creo que estará en la mano de todos hacer. Las navidades se acercan.

Tenemos lluvia y nieve a las puertas. Este es un sitio bueno para pasar estos días tan duros. La posada es muy bonita y acogedora. Sus hijos pueden trabajar en el mantenimiento de la posada, podrían vivir todos aquí hasta que les viniese bien, sin pagar nada; sólo el mantener lo que es el edificio.

Todos nos miramos unos a otros. Realmente la proposición de Don Ramón era tentadora, más bien fenomenal. Mi padre miró a mi madre. Ella le miró con entusiasmo. Verdaderamente, la posada era el lugar idóneo para pasar el invierno. Era limpio, caliente, con confortables habitaciones, una buena cocina. En fin, no faltaba de nada. Y no está de menos decir, que era muy, muy bonita y acogedora.

-Sería aprovecharnos de usted, Pablo, y eso no se debe consentir. Además, -repuso mi padre-, mis hijos tienen todos un horario tanto para levantarse, como para acostarse, para estudiar, para... En fin, lo que es una casa, ya sabe.

-Me hago cargo, y respondo a las dos sugerencias. La primera, que sería aprovecharse de mí, no tiene razón de ser. Yo pongo todo lo referente al lugar, usted Alejandro tendrá que poner de su parte toda la comida. Yo mismo me alimentaré de lo que usted provea. De lo segundo, no veo ningún inconveniente en que los chicos tengan un horario, todo lo contrario, lo veo imprescindible. Vamos, que estoy de acuerdo en todo, ¡ea!. Podrán estudiar con tranquilidad, aquí hay mucho silencio. Incluso en mi salón particular tienen una amplia y surtida biblioteca para cualquier consulta. Además, la posada está cerrada al público, nadie estorbará la intimidad. Yo por mi parte respetaré todo lo referente a la familia, y ustedes por el contrario, cumplirán el orden que se establezca para la buena marcha de todo.

-¡Esto es fantástico!

-Y hay más. Mi ordenador, para quien trabaje con informática, tiene una amplísima gama de aplicaciones, y acceso a Internet.

-Fenómeno. ¿Has escuchado esto, Josemari?

-Sí papá. ¡Estoy feliz!

-Pues ese será tu encargo. Cuida de ello y prepara la clase para los demás.

Esto llenó de júbilo a mi padre. Muy contento asintió en su intención de que nos quedáramos. Todos nos miramos como si de repente hubiese ocurrido un milagro en medio de nosotros. Y la verdad es que había ocurrido ese milagro. La Providencia extendía su mano poderosa sobre todos nosotros. Yo vi que unas lágrimas de infinito gozo amanecían por los bellísimos ojos de mi madre, y que mi padre, recogía con infinito amor esas lágrimas que tanto herían su corazón, pero que por primera vez desde hacía meses, no le mataban.

Haceros cargo por un momento del tormento que mi madre arrastraba con ella en su interior. Cualquier cosa, por insignificante que fuese, o la hería, o por el contrario hacía

en ella un profundo impacto. ¡Oh mamá mía, Oh papá mío, cuanto sufristeis!. Papá, mamá, vuestros hijos no olvidan todo aquello.

-Este hombre es fenómeno, -me dijo Nabuco al oído-.

-¡Como lo sabes! Se me están ocurriendo cosas para ayudarlo.

-¿En qué?

-Ya te contaré.. Oye, Nabuco...

-¿Qué?

-Quiero hacerte una pregunta sobre un tema que me da vueltas a la azotea.

-Dime

-¿Es verdad que eres cinturón negro?

-No comprendo para que desees saberlo.

-Por nada, simple curiosidad.

-¡Ya! Tu quieres saber, si yo respondería en caso de...

-¡Que no! yo...

-¡Ya!

-Sí, lo soy, y además en defensa personal y en otras cosas de las que ni te sonarían su nombre aunque te las dijese.

-Tú podrías dejar kao a una persona.

-Eso nunca se sabe. La mejor defensa la dice el señor Miyagui en la película de Karate Kid.

-¿Cuál?

-La mejor defensa es no pelear.

Pero de repente mi padre me llamó a su lado.

-Luis, hijo, ocúpate de los coches y las caravanas. Éntralas a un lugar seguro y pon el antirrobo en todas.

-Me puede ayudar Nabuco.

-No hijo, a Nabuco le quiero encargar otra cosa. Manos a la obra Luis. Dame un beso hijo mío, Dios es muy bueno, ya ves como nos cuida. Gracias a Él y a ti, todo esto... Ya charlaremos después.

-Sí hijo, ven que también te dé yo un beso, -me dijo mi madre acercándose a mí-, estoy muy orgullosa de ti y te agradezco tanto tu disponibilidad, gracias a ella hoy la familia está segura y bien, como Horacio, que va a tener asistencia médica gracia a ti, mi hijo mayor. ¡Anda, ve, y que Dios te bendiga!

¡Uf! ¡Uf!. No podéis ni imaginar lo que significaron aquellas palabras para mí. No encuentro palabras, ni las he encontrado nunca durante estos años, con que describiros lo que mi corazón sintió en aquellos momentos. Sólo di las gracias a mis padres y me fui a hacer el encargo que se me había encomendado.

-Gracias a los dos. Esta noche charlaremos todos. ¿no, papá?

-Claro, hijo.

Fue mi madre la que intervino ahora.

-Mariana, Cecilia, Paloma, vosotras tres haréis las labores de la casa. Preparareis la comida y haréis el horario de mañana. Ernesto os hará de apoyo.

-Yo quisiera cooperar en esto, -repuso Lorena muy contenta, se diría que radiante de felicidad-. Mi madre la volvió a mirar con esa mirada que tan pocas veces se podía ver en ella. Verdaderamente la quería con locura. Mi madre mostraba una predilección sin igual por Lorena, y eso ella lo notaba, lo sabía, lo presentía, hasta el punto de que más de una vez de sus labios se escaparía esa palabra tan dulce y maravillosa que nos acompaña toda nuestra vida desde que nacemos hasta que morimos, e incluso después, y es: mamá.

-No, Lorena; tú, hija mía, estarás conmigo al cuidado de Mabel, Horacio y Mónica.

-No quisiera quitar este puesto a ninguna de sus hijas.

-Mis hijas saben como yo que nadie hay más apta para esto que tú, y también saben que a los chiquitines hay que darles un cuidado de veinticuatro horas al día. Si lo deseas, el encargo es tuyo.

Todos expectantes esperaron la respuesta de Lorena a la invitación de mi madre. Realmente el encargo la entusiasmaba. Ella era dichosa con los niños. Un sí verdadero salió de sus labios. Mi padre y mi madre se miraron muy orgullosos de tener a Lorena con ellos en esos momentos. Sin embargo quedábamos Nabuco y yo.

-¿Y Nabuco y yo, papá?

-Luego hablaremos sobre esto a solas los tres.

Nabuco y yo nos miramos extrañados. Don Pablo, que no se había perdido ni un solo detalle de lo que se había dicho, intervino:

-¡Magnífico! Lo primero será dar una habitación a cada uno. Lo mejor será que utilicéis todos la planta de arriba. Es más caliente y no tiene ninguna humedad. El

matrimonio dormirá en el ala sur que es la más silenciosa, lo digo por los niños. Sin embargo, subid todos y acomodaos como os parezca. Una vez que os hayáis acomodado os mostraré el manejo de la casa. No es fácil, pues tener en cuenta que esto está hecho para albergar en óptimas condiciones a ciento noventa y cinco personas adultas, pero veréis como le cogéis el aire en unos días escasos.

-Pues hale, manos a la obra hijos míos.

Sonó la puerta de entrada. Don Pablo acudió a abrir. Era el médico. Don Pablo le condujo hasta donde estaba el pequeño Horacio con mi madre. Después de saludar a mi madre que lo tenía en brazos, lo auscultó, le miró la garganta, le tocó el abdomen con sus dedos frotando con fuerza, le olió la boca por la acetona, etc, etc, etc... Desde luego, el pobre Horacio fue escaneado de arriba a abajo por el meticoloso doctor. Una vez acabado todo.

-Bien, doctor, ¿que le pasa a mi hijo?

-El pequeño Horacio señora está bien, aunque algo resfriado, tiene mucha mucosidad en zonas altas y la garganta un poco enrojecida. Aunque esté fuerte y muy sano, yo apuntaría a una carencia ferropénica. Sería conveniente un análisis para ver el nivel de hierro.

-¿Hierro?

-Sí. Si le sube la fiebre más de treinta y ocho se le administrará apiretal. Irán a una farmacia y se harán con el medicamento que les voy a recetar. Le darán cinco centímetros cada ocho horas, también le darán diez gotas de este otro por la mañana y diez por la noche. Una vez terminado en tratamiento primero, le darán Palmidról Prodes, otros cinco mililitros al día, durante quince días. Y, muy importante, una ampolla de este preparado de hierro durante tres meses. Lo dejo todo apuntado. ¿Tienen seguridad social?

-Sí, claro.

Le extenderé las recetas ahora. Si hay algún cambio, o póngase en contacto conmigo inmediatamente en mi casa o en la consulta. Si no estuviese en ninguno de los dos sitios, Pablo tiene el número de mi teléfono móvil. Úsenlo si hace falta. No teman molestarme.

-Muchas gracias, doctor, -repuso mi padre acercándose más-. Usted me dirá cuales son sus honorarios por consulta.

-Primero vamos a curar al pequeño Horacio y luego ya hablaremos de dinero. Buenas noches señora, buenas noches caballero, adiós, pequeño Horacio, toma.

Abriendo su maletín, el hombre sacó un palo de los que se usan para mirar la garganta, pero acabado en un rojo y rico caramelo. Horacio lo echó la mano enseguida.

-Hale, queden con Dios, voy a continuar con los avisos.

-¿Mucho trabajo, doctor?

-Mucho, mucho, este año la gripe es muy mala, y ataca especialmente a niños y jóvenes. Se presentan cuadros bastante complicados, sobre todo en muchachos de catorce años, aproximadamente.

-¿Cual es la mejor forma de defenderse?

-Potenciar las defensas. Zumo de naranja todos los día, y mucha, mucha verdura, tomates, ensaladas, etc... Tengan en cuenta que todo catarro es la puerta de entrada en acción del virus de la gripe, el cual entra por el frío, un cambio de temperatura fuerte, por ejemplo. Esto hace que las venas se contraigan, y con ello comienza todo el proceso.

-Gracias por el consejo, doctor, -dijo mi padre muy interesado.

-Si hacen esto, no me verán más por aquí, a excepción de controlar la evolución del pequeño Horacio.

-Muchas gracias doctor.

-A ustedes. Volveré dentro de cuarenta y ocho horas. ¿Estarán ustedes aquí?

-Estaremos, si Dios quiere.

-En ese caso llámenme en caso de necesitarme, he de irme.

Todo aquello parecía un sueño, un sueño en el que Dios nuestro Señor nos había dejado estar bien despiertos y que con su poder infinito había hecho realidad. La casa era magnífica, muy acogedora. ¿Que puedo decir de mi padre y de mi madre? Lo único que se me ocurre comentar es que el Señor parecía quererles enseñar, que Él, con su Providencia amabilísima, podía hacerles felices, y cuidar de ellos como el mejor Padre, aún en la tribulación, cuando todo parece acabar para dejar paso a la desesperación y al vacío.

Muchas veces miraba yo a mi padre y se me antojaba ver en él al que fue el gran patriarca del antiguo testamento, a Abraham. Creo sinceramente que los dos tenían mucho en común y que sus vidas, en ciertos aspectos, una había discurrido y otra discurría, por caminos muy semejantes. Veía a mi padre como muy fuerte, como si algo le rodease, una dignidad especial que fue con él durante los dos años que estuvimos fuera de casa. Todos veíamos en él, un refugio, una verdadera fortaleza que nos guardaba.

¿Y qué decir de mi madre? Mi madre fue el ángel por el cual Dios nuestro Señor daba las fuerzas y luz necesarias a mi padre. Y como para mi padre era fuente de luz, de consejo y de paz, para nosotros era más que nunca nuestra madre, mamá, es mejor decirlo.

Aquella noche todo parecía haber ido sobre ruedas. Pronto la familia se encontraba descansando de la dura y tensa jornada que habíamos vivido. Verdaderamente estamos reventados de cansancio. En la gran casa reinaba una paz y un silencio intensos, lo cual invitaba a un reparador y profundo descanso.

Y fue entonces, ya en el silencio de la noche, cuando alguien hizo sonar unos toques casi imperceptibles en la puerta de la habitación de Nabuco y mía. Parecía como si

esa persona quisiese averiguar primeramente si nos encontrábamos despiertos. Al punto me llegué hasta la puerta.

-Papá. ¿Qué quieres?

-¿Estáis acostados Nabuco y tú?

-No, nos has cogido a medias. ¿Que deseabas?

-Os espero a los dos abajo, quiero ver a don Pablo.

-Pero estará ya dormido papá.

-No hijo, un hombre que tiene encima lo que él tiene, a estas horas no duerme, sufre, en silencio. Lo sé por experiencia. Nuestra es la labor de ayudarle como él ha hecho con nosotros. En la vida hijo hay que poner la carne en el asador por los demás.

No tardamos mucho en reunirnos con mi padre. Tanto Nabuco como yo estábamos a la expectativa de lo que iba a suceder en lo sucesivo. Fue grande nuestra sorpresa cuando vimos que don Pablo estaba allí mismo con mi padre charlando con gran interés.

-Ah Pablo, aquí están mis dos hijos mayores, Luis y Nabuconodosor.

-Buenas noches, a ti te conozco bien, eres el primero que con tu pericia se ganó mi confianza, pero a ti no te he tratado.

-Verdaderamente, yo no soy hijo de...

-Es un verdadero hijo mío, y muy bueno -repuso cortando instantáneamente mi padre a Nabuco-. Ellos dos son mis dos brazos, ¿a cual quiero más?, no lo sé, lo dos son queridos por mí, y en los dos me apoyo seguro.

¡Oh Dios mío lo que provocaron estas palabras en Nabuco! Una tempestad de sentimientos y amargura guardada se despertaron en su corazón. Mi padre le continuaba mirando con una intensidad y fuerzas como pocas veces he visto en él. Era cierto que tenía una especial predilección por él, y eso nunca se disimuló. Aunque, tengo que decir, que esa predilección nunca afectó en lo más mínimo a sus relaciones familiares con nosotros, los hijos de su sangre, todo lo contrario, se fortalecían.

-Bueno, Pablo, quiero que comience a relatarme todo, absolutamente todo lo ocurrido. Hágalo muy despacio, sin saltarse ni el más mínimo detalle. Quiero que me lo cuente da tal forma que una vez que usted termine su relato, yo pueda proyectarme fielmente, todo cuanto haya oído, en mi mente con toda exactitud.

Don Pablo comenzó su narración. Mi padre le escuchaba atentamente. Parecía elaborar y sintetizar cada palabra, cada gesto de don Pablo. Una vez terminó don Pablo de exponer todo a mi padre, este pareció meditar. Se recogió en si mismo durante unos momentos.

-¿Decís que en la primera comparecencia presentó este tal unos recibos firmados por él?

-El era mi encargado, tenía potestad de firmar toda entrada de género.

-Pero el género, bebidas, alimentos, etc..., ¿entró, realmente?

-Nunca. Y eso se ha alargó durante casi un año. La cifra acumulada es enorme, algo terrible., mi ruina. Cuando quise darme cuenta ya fue tarde. No sé cómo pudo hacer...

-Siendo esta una posada, y teniendo el año 365 días, es fácil multiplicar 365 por, pongamos un recibo diario de 45.000 pesetas, nos encontramos con la bonita, aunque es verdad que ficticia suma de...

-Diez y seis millones y pico de pesetas -repuso rotundamente Nabuco-.

-Es una locura, una barbaridad.

-Sí, pero esos recibos tienen sus albaranes. ¿Cómo explicáis esto, Pablo?

-El compraba, firmaba los recibos; sin embargo, la mercancía jamás llegaba aquí.

-Pero los albaranes sí lo están, insisto en esto Pablo.

-Se las ingenió para que así fuera, justamente esto fue lo que puso encima de mí todo el peso de la justicia.

-Lógico.

-No sé, no sé lo que pensar, es como un laberinto en el que me encuentro atrapado.

-¿Donde están esos recibos?

-En el juzgado, el juez mandó reternerlos como prueba de la fiscalía.

-¿Que pide el fiscal en todo esto?

Don Pablo se echó a llorar amargamente mientras invocaba con sus labios el dulce nombre de su mujer: Cristina.

-Se ha llegado a pedir cárcel para él, papá -dije yo en tono bajo-.

-Está bien, está bien. Sin embargo, yo estoy convencido de que los recibos que se presentaron el juicio no son los verdaderos.

-No comprendo esto, por parte de ese hombre sería exponerse a un peligro, cosa que le pondría en un serio aprieto.

-No hijo mío, todo lo contrario, nuevamente sería en contra de don Pablo. Esto está muy bien urdido. Pero, pero, se me ocurre, que si por una casualidad estuviese en lo cierto, y los verdaderos recibos permaneciesen en su poder, quizás...

-Si eso fuese así, todo, todo, todo, como arte de magia se volvería contra él, y multiplicado por diez. Sí, hay una forma.

-¿Cómo podríamos averiguarlo papá?

-Hijo mío, tenemos que ser listos, muy astutos, y yo te aseguro, os aseguro a todos, que sacamos este tema adelante.

-Pero Alejandro, yo no quisiera que ustedes por mí se....

-No se preocupe Pablo, deje todo esto de mi mano. Sólo lo trataremos nosotros cuatro en un lugar y sitio que fijemos, la familia debe estar al margen. Primeramente, mañana por la mañana, llamaré a Pepín y cambiaré con él impresiones. La ejecución primera de embargo, de seguro que podremos aplazarla, esto nos dará un margen muy sustancioso.

-¿Y Nabuco y yo?

-Vosotros dos seréis los encargados de todo lo referente a la compra y suministros que se os pidan.

-En una palabra, la intendencia.

-Exacto. ¿Conoce usted la dirección del domicilio de este hombre?. ¿Cómo se llama?

-Luis Rodríguez, aunque no quiero ni acordarme de su nombre.

-Lo comprendo, pero ahora todo es esencial. ¿Cual es su domicilio?

-Calle de la Huerta hermosa, n. 13. Es una casa de una sola planta. Si vais a la plaza del pueblo, está a unos cincuenta metros no más.

-Apuntadlo. Mañana vosotros dos os acercaréis por allí. Llevad con vosotros a Mariana y a Lorena, esto quedará mucho más natural. Fijaros en todo, cualquier detalle. Luego me lo relataréis tal como lo recordéis. Es importante, Pablo, que nadie sepa que yo estoy aquí.

-Nadie lo sabe, ustedes pueden ser familiares míos que han venido a pasar unos días conmigo.

-¡Magnífico, magnífico! Pues ahora a dormir, y mañana, después de cumplir el horario, haréis lo que os he dicho. Buenas noches a todos.

Nos fuimos a descansar, estábamos literalmente agotados, tanto que recuerdo que aquella noche me llegaron a faltar las fuerzas para ponerme el pijama. No sé si esto fue por el cansancio, o porque realmente me percataba de la certeza de saberme fuera de casa. Yo creo que una mezcla de las dos cosas. En Nabuco, con el que compartía la habitación, tampoco vi que se pusiera el pijama, todo lo contrario, observé que iba hasta la ventana, la abría, y se prendía un cigarrillo con pausa, como alguien que medita algo que le es grato, no sé decirnos más.

-Nabuco, ¿no duermes?

-¿Te molesta el humo Luis?

-No; ¡que va!

Vi que la mirada de Nabuco pareció perderse en el infinito. Yo era su amigo, y le conocía, sabía que algo le pasaba. Sacando fuerzas de flaqueza, fui hasta donde él.

-¿Dame un cigarrillo, Nabuco?

-Tómalo. Te deberías de acostar, tienes un aspecto de cansancio terrible.

-Estoy agotado, cansado, triste y... me siento fuera de casa, pienso en mis padres, en mis hermanos, no sé decirte.

-Te comprendo, yo en cambio, todo lo contrario que tú, por primera vez hace muchos años, me siento feliz. Tu familia hace posible que lo sea, y como yo, también Lorena. Ella y yo hemos hablado.

-Te comprendo, pero algo más te ocurre.

-Es increíble lo que estamos viviendo, Luis.

-Lo es. Pero me dejas que te diga una cosa, con confianza.

-Di lo que sea.

-No te enfadarás conmigo.

-No, no lo haré.

-Quizás me meto donde no me llaman, pero...

-Dilo, Luis.

-Estás enamorado de Mariana, ella te gusta, mucho, mucho, estás colado. En ti se juntan esos sentimientos tan aparentemente contradictorios que son el amor que tienes a mis padres, la confianza que ellos han depositado en ti y en Lorena, y el amor que sientes por mi hermana.

-Tú lo has dicho Luis, ésa es la pura verdad. Sí, lo estoy, y no me da vergüenza decírtelo.

-Sería una bobada, te lo vengo notando hace días, todavía no había tenido oportunidad de decírtelo. Pero ahora vayámonos a la cama, ya seguiremos hablando en otro momento.

-Sí vamos a acostarnos.

Los dos nos acostamos. Cuando apagamos las luces...

-Buenas noches, Nabuco.

-Buenas noches, Luis. Por cierto Luis, a mi también se me había pasado decirte que también he notado que estás colado por mi hermana.

Di un salto de la cama. De repente, se me había pasado el sueño. Encendí la luz. ¿Como lo sabes?

-De la misma forma que tú has sabido lo de Mariana.

-No se te ocurra decírselo.

-Por favor, Luis, vamos a dormir.

-Me has fastidiado el sueño, yo creía que..

-Creías que no se te notaba. Pues se te nota.

-Tu crees que ella lo sabe.

-No tiene ni idea, me lo habría dicho, Lorena me lo cuenta todo.

-Bendito sea Dios, estaría perdido si lo supiese.

-¿Y eso por qué? A lo mejor ella también te quiere a ti.

-Eso es imposible.

-Pues si es imposible, vamos a dormir, mañana va a ser un día muy largo. Buenas noches, Luis.

-Buenas noches, Nabuco.

Efectivamente, el día siguiente fue muy largo, excesivamente largo. Ocurrieron tantas cosas aquél día, que sólo el recordarlo... Mirad. Intentaron matarnos. Nabuco nos salvó la vida a Mariana, a Lorena y a mí, etc, etc. Etc... Os voy a contar.

Hicimos lo que nos mandó papá al pie de la letra, aunque con un toque bastante sustancioso de nuestra iniciativa, o sea, entrar en el domicilio de ese hombre y recuperar los recibos como fuese. Para ello necesitamos mucha atención y un par de horas de paseo por el pueblo. Pero la espera tuvo su recompensa.

No estaba bien lo que íbamos a hacer, lo sabíamos, y éramos conscientes de que por un delito de allanamiento de morada podíamos ir todos a la cárcel. Pero el celo por sacra a don Pablo de esa situación nos decidió. Hay veces en la vida que sientes que la ley se amolda a una circunstancia, no sé explicároslo. Esos recibos había que conseguirlos fuese como fuese, y los cuatro estábamos decididos a rescatarlos.

En un momento dado nos introducimos en la casa Luis Rodríguez. Cada uno comenzó a buscar en un lugar determinado. Pasó un rato. Por fin, algo inesperado, Nabuco nos llamó, había encontrado algo. Tengo que reconocer que nos fue fácil encontrar los recibos que papá buscaba y demostrarían la inocencia de don Pablo. O ese hombre era tonto, o por el contrario era muy hábil. A nadie se le ocurre esconder algo así debajo del colchón de su cama, eso hubiera sido más propio de mi hermana Mábel que de un hombre así. Pero ahora viene lo bueno, agarraos a la silla de lo que os voy a contar.

Oímos un terrible y fortísimo portazo en la puerta de la casa. Vimos entrar como una furia a un hombretón forzado y, dígame todo, muy muy feo. Estaba como fuera de sí, y profería toda clase de amenazas y gritos. A mi hermana Mariana lo único que se la había

ocurrido había sido encender las luces de la sala de estar, según ella para que pudiéramos ver mejor.

Hubo un momento, en que rojo de ira, nos gritó que nos iba a matar.

La situación se nos había ido de las manos. Lorena y Mariana lloraban aterrorizadas, y a mi, la verdad, me temblaban las piernas. El miedo me provocaba una inmovilidad en todo mi cuerpo que era incapaz de controlar.

De repente, abriendo un cajón de uno de los muebles de la estancia, nos mostró amenazador un cuchillo afilado y largo con el que nos aseguraba que iba a matarnos a los cuatro.

Lorena y Mariana se estrecharon a nosotros gritando fuera de sí por el miedo. De reojo miré a Nabuco. Os aseguro, que jamás, en toda nuestra vida, ninguno de los que allí estábamos, íbamos a olvidar en el resto de nuestra vida, lo que iba a ocurrir en el medio minuto restante. Fue Nabuco, el que muy tranquilo, como si nada estuviese ocurriendo...

-Suelte ese arma o me verá obligado a intervenir.

-¿Qué me vas a hacer muchacho? Te voy a abrir las entrañas y las echaré encima de los demás.

-No se lo diré, haga lo que le digo, o me verá obligado a quitarle ese cuchillo y darle una lección.

Los tres miramos a Nabuco como si se hubiera vuelto loco. Pero Lorena, que parecía conocer el tema mejor que Mariana y yo, gritó a Nabuco que parara a ese hombre. Y, es más, gritó segura y con fuerza:

-¡Nabuco, Nabuco, sálvanos de ese hombre!

Era claro que su hermana le conocía en sus dotes marciales mucho mejor que nosotros.

Y todo ocurrió visto y no visto. El hombre se abalanzó sobre Nabuco. Oí un grito agudo de Mariana y Lorena que se encontraban presas del pánico. Nabuco, en un movimiento rápido y habilísimo, recibió la investida del tipo en sí. Le desarmó, y lo desarmó de tal forma que no me dio tiempo ni a ver como lo hacía. Lo que sí vi, fue, que el hombre se revolvió furioso, y que Nabuco, en una elegantísima maniobra le esquivó y pasó a la acción. Y una acción contundente. Le dio dos golpes. El primero le dejó sin respiración, y el segundo sin sentido.

Como si no hubiese pasado nada, se volvió a nosotros y nos dijo:

-Tranquilos, este ya no volverá a molestarnos. Ahora lo vamos a meter en la cárcel, que es donde debe estar el muy canalla.

Nabuco Fue hasta Lorena y Mariana y las intentó tranquilizar.

-Tranquilizaros, ya ha pasado todo. ¡Pero Lorena, por qué tiemblas, si tu sabes que no era contrincante para mí!

-Lo sé hermano, pero me ha podido el pánico.

-Claro, perdona, perdonad, hay veces que no me hago cargo, yo...

Todos estábamos admirados. Verdaderamente, Nabuco era un as en el la defensa personal. Había sido impresionante. Mariana no daba crédito a lo que sus ojos habían presenciado. Parecía que esas cosas sólo ocurrían en las películas, con Chuk Norris, como Walker, por ejemplo. Lo había dejado fuera de combate visto y no visto.

-Vámonos de aquí muchachos, a este le va a doler la cabeza cuando despierte. Pero, cuando eso ocurra estaremos lejos. Lo meteremos en la cárcel con esos recibos. No os de pena, es un ladrón, un canalla y un asesino. Ha intentado matarnos, y lo habría hecho. Vámonos.

-Sí, vámonos, y cojamos la carpeta entera por si acaso, papá se la dará al juez, o al su verdadero dueño, él decidirá.

Acto seguido, llevamos a mi padre y a don Pablo la carpeta con los recibos. Ni mi padre ni don Pablo daban crédito a lo que veían sus ojos. Mi padre muy orgulloso nos felicitó. Aquélla noche, en la tertulia familiar antes de acostarnos, Mariana y Lorena relataron todo tal y como había ocurrido. Cuando llegaron a como Nabuco redujo al sinvergüenza, bueno, no podéis imaginar, se quedaron todos turulatos. Don Pablo se acercó a nosotros y nos felicitó.

-Os felicitamos, tanto yo como Cristina, y os damos las gracias. También yo quiero decir algo esta noche. Dentro de unos días es nuestro aniversario de bodas. Cristina y yo os invitamos a todos a una gran fiesta. He hecho venir a mi tres hermanas, son unas reposteras y unas cocineras excepcionales. Pasarán con nosotros unos días y luego se irán.

-¡Qué sorpresa, Pablo! Muchas gracias en nombre de todos -dijo mi padre-.

-No hay de qué. Mis hermanas son tres angelitos, son muy buenas y me quieren mucho. Llevaban mucho tiempo queriendo venir, pero Cristina y yo nos hemos negado, sin embargo, esta situación lo requiere. ¿Queréis saber como se llaman mi hermanas?

Un sí general sonó en toda la sala.

-La mayor Ana, después está Amanda y por último, Alicia. Tres nombres muy iguales. El secreto está en que son trillizas, unas hermosísimas hermanas trillizas que mis padre tuvieron la gracia de recibir. Estoy seguro que se meterán en vuestro corazón, ya lo veréis, ya lo veréis. Son muy buenas y muy, muy especiales.

-Todos estamos muy contentos por esto Pablo, ¿verdad hijos?

-Gracias, gracias a todos, y especialmente a ti, el pionero de todo esto tan maravilloso. Bendito el día en que te vi.

Esas palabras iban dirigidas a mi, y viniendo del hombre que las había pronunciado, me llegaron muy hondo. Todos me miraron. Parecía como si con estas palabras, la aventura hubiese terminado.

Unos días más tarde se buscaba a Luis Rodríguez. Sobre el pesaba la orden de búsqueda y captura para responder ante la ley de delitos múltiples.

Allí, con don Pablo, en la posada de Pradillo del Rey transcurrieron muy buenos y felices días. Vimos pasar el verano. Más adelante, pudimos observar como las primeras hojas de los árboles comenzaron a acariciar el suelo en su caer lento y bailarín, había llegado el otoño. Más adelante, el tiempo verdaderamente parecía volar, empezó a hacer frío, mucho frío, el invierno nos visitaba y nos advertía que su estancia alrededor nuestro, iba a ser larga y dura.

Y así fue. En mi vida he visto tanta nieve como aquél año. Gracias a la situación de la posada, era prácticamente imposible quedarse incomunicados, aunque hubo unos días que a causa de la fuerte tormenta de nieve y frío que azotó toda aquella zona durante una semana, quedamos prácticamente incomunicados. Aunque la verdad es que nos daba igual. Todo lo que necesitábamos lo teníamos en la que era ahora nuestra casa, la posada de don Pablo, que en esos días más que nunca se vio lo confortable y bien preparada que estaba. Desde una potente calefacción, pasando por unas instalaciones eléctricas y demás magníficas, hicieron que la acabásemos llamando nuestra casa. Esto a don Pablo le gustaba mucho.

¿Y qué os puedo contar más de aquellos días? Lo único que podría deciros, es que todos miramos con pena el día en que tuviésemos que irnos. Sabíamos que ese día estaba pronto, en la primavera, así se lo oímos decir a papá.

De buena gana mis padres se habrían quedado allí, pero mi padre sabía que no debía parar mucho tiempo en un lugar fijo, algo le decía que...

Y pasaron los días, los meses. La última noche que pasamos en la posada, don Pablo nos hizo una despedida por todo lo alto. En el momento del brindis Mariana pidió ser escuchada por todos. Despacio, paladeando sus palabras, y con sus mejillas algo sonrosadas, nuevamente expuso ante toda la familia lo felices que habían sido todos aquellos meses. Y hizo una especie de elenco de recuerdos de lo más significativo de lo que había ocurrido en ellos, de como Nabuco les había salvado la vida aquella mañana y tantos recuerdos, aunque nuevamente lo de Nabuco se llevó la palma.

Todos lo escuchamos con atención, los pequeños como si de un cuento se tratase. A papá y a mamá se les saltaron las lágrimas por la emoción. Mi padre, dejando la copa en la mesa, fue hasta donde estaba Nabuco, y le abrió sus brazos para abrazarle. Estas fueron

las palabras de mi padre, que a unos nos hicieron meditar, a otros llorar, y a los pequeños saltar de alegría.

-Hijo mío, hijito mío, bendito sea Dios que te me ha dado. Y besó a Nabuco en la mejilla con amor de padre. Una vez que mi padre terminó, fue mi madre la que yendo hasta Nabuco, le estrechó contra su corazón. No os podéis imaginar la fuerza del momento. Algo mágico, divino nos envolvió a todos viendo a mamá abrazar a Nabuco como a una de sus criaturas, como si del mismo Horacio se tratase.

Nabuco se dejó hacer. Sus labios mascullaron algo que nadie entendió. Se le notaba feliz. Rojo como un tomate y más feliz que un pajarillo parecía absorber cada momento, cada cariño, cada palabra que se le dedicaba.

Una vez Nabuco me confesó, en una de esas charlas entre amigos, ya sabéis, que no había nada, ni podría haberlo en toda la tierra, que pudiera ni siquiera mitigar el dolor de haber perdido a sus padres de la forma que les había perdido, tanto él como Lorena, claro está.

-Luis, mi sufrimiento es tan grande por haber perdido a papá y a mamá, y ver a Lorena huérfana, que te aseguro que nada hay en la tierra que pueda mitigar mi dolor, y mucho menos hacerme olvidarlo. Es tanto lo que sufro, que sé que este sufrimiento acabará con mi vida, es más fuerte que yo. Mi único anhelo, mi único deseo, es que Dios me lleve con Él, donde están papá y mamá, no deseo otra cosa, para mí la vida carece de otro valor que no sea este.

Yo le escuché. Guardé silencio ante aquellas palabras que no me esperaba. Sí, guardé silencio, pero no las olvidé. Pues bien. Años más tarde, Nabuco me confesaría, que aquél día, en aquél momento tan especial que antes os he relatado, llegó a olvidarse de que él era Nabuconodosor, un huérfano. Yo le pregunté que fue lo que le llevó a olvidar. La respuesta no se hizo esperar.

-El amor verdadero, no te quepa la menor duda Luis, el amor verdadero que tus padres me estaban dando en aquellos momentos, y no sólo a mí, sino también a Lorena.

También mi madre dijo una pocas palabras para Lorena aquella noche.

-Hija mía, también yo doy gracias a Dios nuestro Señor por haberte puesto entre nosotros. No pretendemos Alejandro y yo suplantar a vuestros padres, que aunque en cuerpo no estén aquí, sus almas sí lo están. Y se alegran. Yo, dirigiéndome a vuestro padre, y a vuestra madre, los cuales me oyen, os digo: sed de la familia, sed vosotros, pero a la vez sed nosotros. Alejandro y yo os querremos como quiere un padre y como quiere una madre.

Y ahí quedó todo.

El camino de la familia continuaba. Un camino lleno de espinas, de dolor. Pero a la vez era un camino repleto de amor, de luz, de alegría, de fe.

Sonó el móvil de papá. Era don Valiente. Papa tuvo que salirse de la estancia para poder escuchar lo que éste le decía. Cuando acabó la conversación, volvió a entrar en el salón.

-¿Quién era, amor mío?

-Era don Valiente. Me preguntaba que cuando íbamos a ir a la casa de esta familia.

-¿Que les has respondido?

-En cuanto entre la primavera, antes no.

-Debemos de irnos Alejandro. El momento en el que don Pablo haga sus clientes para la nueva temporada es éste; estamos entorpeciendo.

-Tienes razón, Carolina, hemos de marchar, sería egoísta por nuestra parte permanecer aquí más tiempo. Mañana mismo hablaremos con todos. En un par de días nos iremos en paz.

-Es lo más acertado.

-Claro que sí amor mío, claro que sí. Anda vamos adentro que nos esperan. Voy a mandar a la cama a todos.

-Eso está bien. Vamos a ello.

-Vamos, pues.

-Todo el mundo a la cama. Mañana todos arriba a las siete, hay que preparar las maletas. A las ocho y media de pasado mañana todos en los coches. Acabo de hablar con don Valiente. Nos esperan para pasar la primavera a unos trescientos kilómetros de aquí. Despediros de don Pablo y cada uno a su cuarto, después de recoger cada uno lo vuestro, claro está. Luis y Nabuco, después que hayáis acabado, os espero en el salón de la chimenea para perfilar el plan de mañana.

-Papá. Lorena y yo quisiéramos ir también al salón de la chimenea para participar, -dijo Mariana a mi padre-.

Mi padre sopesó estas palabras y dijo.

-Me parece muy bien y agradezco esto de vosotras. Sea así, Mariana y Lorena se añadirán al consejo familiar.

Sin embargo, ahí estaba don Pablo que terminaba en esos momentos de oír de los labios de Alejandro, que partían en veinticuatro horas.

-¿A qué esas prisas, Alejandro? Quédense más tiempo, dejen entrar la primavera, ya cuando el campo esté a rebosar de luz y de vida, y los días sean más cálidos, partirán hacia donde tengan que hacerlo.

-Gracias, mi buen amigo, sin embargo, no puedo aceptar. Si permanecemos más tiempo aquí, le arruinaremos la temporada. La decisión está tomada.

-Sí, lo comprendo, pero por mí no lo hagan. Es verdad que hay ofertas de colectivos, aunque eso no impide que la familia pueda estar en el ala este, por ejemplo.

-Gracias, mi buen don Pablo, pero es mejor así.

-¡Oh Cristina! ¿Que vamos a hacer ahora que se van de nuestro lado? Todo parecerá tan vacío sin vosotros.

-No, Pablo, no diga eso. Además le prometo que volveremos por aquí, todos, en el camino de vuelta.

-Está bien. Todo es para bien. Si así el Señor dispone todo, será para bien.

-Efectivamente, mi querido Ramón.

-Me habéis pegado esa santa manía de tener al Señor y a nuestra Madre todo el santo día en la boca, nombrándole para todo.

-Sí, es una costumbre en casa que Carolina y yo hemos procurado no perder.

-Es bueno, muy bueno, da mucha paz y alegría. Creo que este es el mejor regalo que nos quedaremos Cristina y yo de todos vosotros. Adiós, me voy a descansar.

-Que pase buena noche, don Pablo.

-Gracias. Ah Nabuconodosor....

-¿Que desea, don Pablo?

-No se te olvide antes de acostarte mirar la verja principal. También revisa la escopeta y déjala donde ya sabes, ayer oí lobos, esta noche me han robado un cordero.

-Claro, no se preocupe. ¡Ojalá hubiese otra forma de ahuyentarlos que no fuese matándolos!

-Lo siento hijo, pero no la hay, o ellos o mis corderos. No es una elección de capricho, y ni mucho menos el matar por matar.

-Lo comprendo señor, yo...

-Y yo te lo explico para que no se quede herido ese corazoncito tuyo que tanto quiere la naturaleza. Mira hijo, cuando el hombre pone todos los medios para que cosas como éstas no ocurran, y siguen ocurriendo, sí es lícito defender por la fuerza lo que también Dios nos ha dado para nuestro sustento. Los lobos no entienden de corderos ni de economía, ellos sólo buscan comer, saciar su hambre y su instinto de supervivencia. Pero te has preguntado el por qué Dios ha hecho al lobo fiero y al cordero indefenso y desvalido, dejándonos este segundo en nuestras manos.

-Creo que sé lo que nos quiere decir.

-Claro, el lobo es como Dios lo ha hecho, y el cordero también. Lo que el hombre debe de hacer, es defender lo suyo, su sustento, de ello depende mucho. Lo que el hombre

no debe de hacer es matar una especie hasta su exterminio, primeramente porque no está bien, es moralmente reprochable, y segundo, porque pone su misma supervivencia en peligro. Cada animal cumple una función muy determinada y necesaria en la naturaleza.

-Gracias don Pablo, pensaré en lo que me ha dicho. Ale, buenas noches.

Todos escuchamos los bellos razonamientos de don Pablo. Este era un hombre desconcertante. Aunque no tenía estudios, se entreveía en él un pensamiento muy profundo y bien ordenado. Esa misma chispa de inteligencia tan desconcertante que muchas veces se le acertaba a ver, hacía de él que fuese un hombre de un trato muy singular.

Pasado un rato, la reunión en el salón de la chimenea tuvo lugar como se había acordado. Mi padre nos esperaba leyendo, y mi madre le acompañaba. Aquella noche mi madre no hacía el punto, lo había dejado por otra de sus grandes aficiones, los crucigramas, los hacía como nadie, con deciros que ganó un concurso en que la regalaron una olla a presión de esas rápidas y que valen un potosí.

Unos minutos más tarde estábamos allí los seis

-Bien papá, ¿qué planes tienes?

-Hay hijos míos varias posibilidades. Antes me ha llamado don Valiente. Me ha dado la dirección de una casa, según él, muy bonita, amplia y limpia en su pueblo. En ella no vive nadie. Parece ser que la habitaba su madre, pero esta falleció. Ahora se hace cargo una vecina de los pocos cuidados que esta pueda necesitar. Don Valiente me ha asegurado que estaríamos muy a gusto.

-He mirado el mapa, a unos doscientos kilómetros, bastante cerca de Zaragoza. Don Valiente ha hablado con el alcalde que es primo suyo, con el propósito de que nuestra estancia, corta o larga, nos sea lo más agradable posible, y que no nos llegue a faltar de nada. Bueno, espero vuestras opiniones.

-¿qué más opciones hay?

-El camping o tía Mónica.

-Yo desecharía lo del camping. Cogería lo de don Valiente.

-Gracias por tu opinión, Luis. ¿Tú que opinas, Nabuco?

-Estoy de acuerdo con Luis, me iría a lo seguro, no estamos en condiciones de estar de un lado para otro. De todas formas, según lo que Luis me ha contado, don Valiente es un cura de una pieza, si nos ofrece esto, señal es que está muy seguro que vamos a estar bien ahí, de lo contrario no nos lo habría propuesto.

-Gracias. Nabuco. Es tu turno, Lorena.

-Pienso igual que mi hermano, no tengo más que decir.

-Gracias, Lorena.

-Ahora es tu turno, Mariana.

-Me parece bien lo que ha expuesto Nabuco. Pienso en los chiquitines. Pido a Dios no tener que volver a parar nuevamente en carretera, y que don Pablo, que aunque no está presente, me perdone.

-No, hija mía, lo comprendería perfectamente.

-Bien, hijos míos. Ahora os diré lo que pensamos mamá y yo. Lo dices tú, Carolina.

-Bien. Vuestro padre y yo vemos muy bien la oferta de don Valiente, y observamos que también en vosotros ha calado la idea.

-Pero hay un impedimento.

-¿Cuál, Lorena?

-Un pueblo no es Madrid. Un pueblo es un corto espacio de terreno en el que todo vuela, todo se sabe, todo se analiza y todo se juzga.

-Exactamente, Lorena. -repuso mi padre-. Por eso hemos de cuidar mucho todas nuestras acciones, nuestro porte exterior e interior, nuestro trato, y todo aquello que sea la imagen de la familia.

No se podían esperar Alejandro, Carolina y su familia, el recibimiento que iban a tener. El pueblecito se llamaba Pilar de la Reina, quizás en honor de la Virgen del Pilar, patrona de toda Zaragoza y de toda España.

El alcalde, hombre excelente, ya estaba preparando la llegada de la familia Soteiro. Y no iba a ser decepcionado por esta, aunque su llegada no iba a ser tan temprana como esperaban, el viaje era largo, la familia era mucha y el cielo de España se encapotaba con grueso nubarrones que anunciaban tormenta; una borrasca profunda que había encontrada su camino en ella.

Y las horas pasaron. Los preparativos del viaje tuvieron su término, cuando, al segundo día por la mañana nos encontrábamos de camino. La despedida con don Pablo había sido muy emocionante, todos le íbamos a echar de menos, a él y por supuesto a su mujer.

CAPÍTULO VII

CAMINO DE ZARAGOZA

Todo iba de maravilla. Al ritmo que llevábamos, estaríamos a comer en Pilar de la Reina. Pero, siempre hay peros, ocurrió algo que hizo variar todos los planes, aunque sólo por un par de días.

Os voy a contar lo que ocurrió.

A unos noventa y cinco kilómetros de Zaragoza, comenzó a descargar una fortísima tormenta. La lluvia arreció hasta el punto de que muchos coches tuvieron que parar en el arcén con sus intermitente de emergencia dados como aviso de peligro. Era terrible como llovía, el corazón se llegaba a encoger, verdaderamente la fuerza de la naturaleza es tremenda, llovía como os lo digo, literalmente a mares. Tuvimos la inmensa suerte de poder parar a la altura de un puente que correspondía a un cambio de sentido de la autopista. Mi padre se bajó de su coche y fue cerciorándose de que estábamos todos bien y de que no faltábamos ninguno.

De repente comenzamos a oír gritos y voces. Nabuco y yo nos bajamos del coche sorprendidos por el griterío y el apresurado ir y venir de gente que gritaba. Los gritos y la agitación provenían de unos coches que no habían tenido la suerte de guarecerse bajo techo, y habían quedado expuestos al violento rigor del tormentón.

-Id a ver qué pasa, muchachos, yo me quedo aquí a guardar.

Dios mío, Dios mío. Cada vez que me acuerdo de esto, es como si... Sin quererlo ni esperarlo, Nabuco y yo íbamos a estar, en los cinco minutos siguientes de nuestra existencia, a punto de perder la vida.

Un poco más allá, un montículo armado de una protección de hormigón, se había desplomado por el agua, y había formado una riada que se llevaba todo cuanto a su paso se interponía. La situación era tan trágica, tan seria, que parecía no ser real. A nuestro lado había una mujer. Por sus rasgos y por su forma de vestir se veía que eran de esos que nosotros llamamos moros. Gritaba angustiadamente. Otro hombre la sujetaba de un brazo con el fin de inmovilizarla. Sin embargo, ella hacía violentos ademanes de querer salir fuera.

-¿Qué os ocurre señora? -preguntamos Nabuco y yo-.

-Mis hijitos, están allí, en el coche con el abuelo, el padre de mi marido. El es anciano y no puede moverse.

Fue como si a Nabuco le hubiesen puesto un resorte automático. Rápidamente nos acercamos a donde pudiésemos ver mejor lo que ocurría.

-¡Bendito se Dios Nabuco, fíjate en eso!

Dentro de un coche blanco, de un mercedes más exactamente, dos caritas se acertaban a ver a través de los cristales de las puertas traseras. Dos caritas angustiadas que lloraban y pedían auxilio. La corriente ya había volcado el coche, y este era arrastrado a una laguna profunda que se había formado al otro lado de la autopista. La riada cruzaba de lado a lado de la calzada, y su fuerza iba en aumento. Si el coche llegase allí por la fuerza sólo del agua, el abuelo y los niños morirían sin remisión. La situación era desesperada y la verdad nadie sabía qué hacer ante la vehemencia de la lluvia y la fuerza del agua que arrastraba todo a su paso. Era terrible observar cómo la corriente arrastraba los trozos de carretera después de haberlos arrancado una forma tremenda. Y no os digo los truenos y los relámpagos, su presencia era sobrecogedora y por demás ensordecidora.

Sin embargo, Nabuco reaccionó el primero. Muy sereno me dijo:

-Escúchame Luis. Si queremos sacar a esos niños, debemos obrar rápido y a la vez con cabeza. Tienes que traer la Nissan hasta aquí. Desengancha el cable de emergencia y me lo traes.

-¿Tú que vas a hacer mientras?

-Voy a poner la otra camioneta ahí para parar ese coche, tardará más en ser arrastrada. La voy a colocar en ese punto, entre la valla y el poste metálico aquél, quizás haga de dique y pare el coche donde van los niños. Tienes que decir a la gente que se aparte, todo dependerá de la velocidad y el trayecto que el agua me deje coger. Ea, pues, manos a la obra, el peligro de que se ahoguen es muy grande. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

La gente no daba crédito a lo que veían sus ojos. Nabuco hizo bajar a todos los tripulantes de su camioneta. Sin más, activó la tracción de las cuatro ruedas, su motor rugía como esos de las competiciones de las películas, estaba calibrando lo mejor posible la maniobra. Y como un bólido, enfiló la salida del puente a todo la potencia que su potente motor podía dar de sí. Más de uno de los presentes tuvo que quitarse precipitadamente. La gran fuerza del la potente todo terreno conjugada con una buena porción de suerte, hicieron que su camioneta quedase enclavada justamente donde él deseaba. Era tal la fuerza del agua, que en unos instantes Nabuco se encontraba en grave peligro de ahogarse, el agua, que arrastraba toda clase de objetos que encontraba a su paso, había golpeado una de las lunas delanteras haciéndola estallar y entrando dentro del compartimento interior inundándolo rápidamente.

Pero Nabuco no era una persona que se dejase llevar fácilmente de las emociones, por muy fuertes que estas fuese; esto quedó bien patente en esos momentos ante la mirada atónita de medio centenar de personas.

El coche en el que se encontraban el anciano y los niños, llegó casi violentamente contra el coche de Nabuco. Este saliendo fuera con gran esfuerzo por la puerta del techo

con que iba dotado su todo terreno, se dispuso a llegar hasta el otro coche con el fin de enganchar el cable que yo le tiraría.

Yo desenganché el cable y haciendo unas vueltas con él, de la forma que lo hacían en las películas de vaqueros, me dispuse a lanzárselo. Pero justamente ahí comenzaron los problemas serios. Un golpe fortísimo de agua arrojó a Nabuco contra su camioneta. Su cabeza y su cuerpo chocaron fuerte contra la carrocería metálica. El golpe había sido fortísimo y lo dejó mal herido e inconsciente instantáneamente. Sería cuestión de unos minutos y el mismo Nabuco sería el que perdería la vida, ahogándose.

La tensión subía por momentos. Yo no podía hacer nada, a excepción de cruzar el torrente, enganchar el cable de mi Nissan en el automóvil de los niños y ayudar a Nabuco. Y así lo hice, o mejor dicho lo intenté. Me enganché lo mejor que supe a la cintura una gruesa cuerda de mi Nissan. Me di dos vueltas a la cintura y bajando de forma hábil por ambas piernas. Y me dispuse a la acción.

Nada más meterme en el torrente de agua, el cinturón, la cuerda y, como buena parte de mi ropa, como zapatos, camisa etc., todo me fue arrancado de cuajo por la fuerza misma del agua. Era como si el descomunal poder de un gigante me inmovilizara, me sentí un pedazo de papel ante la fuerza del viento, no sé explicaros. Ya no vi ni sentí nada. Recuerdo que la corriente me arrastró y que me llevó no sé a donde. Para mí, todo había acabado, dejé de sentir cualquier cosa, recuerdo que dejé de estar consciente de una forma súbita, sin dolor, sin darme cuenta.

Os preguntaréis cómo se solucionó aquello. Pues creedme que no lo sé. Bueno lo sé, porque me lo contaron una vez pasó todo. Ni Nabuco ni yo pudimos ver como se realizó el salvamento del anciano con sus nietos, y posteriormente el nuestro. Tanto él como yo nos despertamos en la habitación de un hospital, y lo único que recuerdo es que tenía muchísimas ganas de dormir, me encontraba infinitamente cansado. Vi que Nabuco estaba en una cama contigua a la mía, y que sus ojos estaban cerrados.

Hasta mí se acercaron mi padre y otro señor que no conocía. Este segundo tenía unos rasgos árabes muy acusados y atractivos, su faz infundía confianza.

-Hijo mío, estoy muy orgulloso de ti. Descansa. Este hombre Mohamed es su nombre, te quiere decir algo.

-Alá te guarde joven singular, a ti y a tu hermano. Gracias a vosotros, mi padre y mis hijos viven, mi deuda contigo y con él es infinita, gracias, que Alá premie vuestro heroísmo y valentía.

-De nada, pero lo único que recuerdo es que todo estaba perdido, no pudimos salvarlos.

-Hijo mío, -repuso mi padre-, si Nabuco y tú no hubierais colocado la camioneta donde con la ayuda de Dios hicisteis, pudiendo impedir que el coche donde estaba el anciano y los niños fuese arrastrado hacia una laguna muy profunda que se había formado, habrían muerto los tres ahogados. Los de protección civil y una unidad especial de la Guardia Civil alabaron la idea, sin ella todo habría sido un desastre, incluso para vosotros.

-La idea fue de Nabuco, fue él el que....¡Oh papá, me duele terriblemente la cabeza!

-Sí, estos jóvenes deben quedarse a solas, les ruego salgan de la habitación, -dijo la enfermera que estaba a nuestro cuidado-, estos jovencitos han tenido unos golpes bastante serios y no les convienen en estos momentos ninguna clase de emociones.

-Claro, claro, muchas gracias, adiós hijo mío; di a Nabuco cuando despierte que le quiero mucho, que hemos estado aquí Mohamed y yo.

-Adiós joven singular, que Alá guarde tu descanso y cure el tu cuerpo para su gloria. Para Alá, el espíritu de los valientes, es un aroma grato que Él reconoce como la fragancia de los grandes hombres.

-Papá, yo no merezco estas palabras, yo no he hecho nada.

Mi padre guardó silencio. Fue Mohamed el que habló nuevamente.

-Cuando veas la vida en la faz de mis hijas y la vitalidad en mi padre, entonces Alá te hablará de la nobleza de vuestro acto.

Mi padre expreso un gesto de silencio obligado, y me dijo:

-Tienes razón, hijo, las cosas hay que llamarlas como son, y ello no debe asustarnos ni cohibirnos. Buenas noches, hijo. Mamá os manda un beso, no ha podido venir, mañana será otro día.

Una vez fuera, mi padre hizo ademán de hablar con el médico.

-¿Como están doctor?

-Sus hijos están bien, aunque sólo uno de los dos es el que más me preocupa, el que ha recibido el fuerte golpe en la cabeza y en el costado derecho. Tiene una constitución muy fuerte, excepcional, diría yo, y esto cuenta decisivamente a nuestro favor. Durante cuarenta y ocho horas debe permanecer en estado de observación continua, no sabemos lo que puede pasar o lo que nos podemos llegar a encontrar en un caso como éste.

-Pero, ¿tiene lesiones importantes?

-Un golpe en la cabeza de esa magnitud siempre es grave, aunque, aunque esté mal decirlo, es un joven con la cabeza muy muy dura, tiene suerte, la mayoría en su lugar habría perdido la vida, o por lo menos haber llegado a tener lesiones irreversibles.

En esos momentos llegaban Lorena y Mariana. Mi padre habló con ellas. Lorena prorrumpió en un llanto desconsolado. Mohamed, con su corazón destrozado, con infinita delicadeza intentó consolar a Lorena. Unos hermanos de Mohamed, que había

permanecido aparte, permanecía al lado de éste sin saber que decir. Uno de ellos se acercó hasta Lorena, y con voz suave, como quien ruega por algo...

-Tu hermano hermosa niña, es un hombre admirable y singular. Alá mira con predilección a estos hombres y sus sirvientes cuidan para que sus pasos recorran el camino que el mismo Alá les ha marcado ya desde antes de nacer. Alá cuenta sus días, y en su intimidad mira los momentos que componen cada día de su existencia.

Estas palabras gustaron mucho a nuestro padre, y nunca las olvidó. Bellísimas, bellísimas palabras, que según el, describían perfectamente la atención y la ternura de Dios para con los que le aman y dejan ser amados por Él.

Lorena agradeció este consuelo y dedicó una bella sonrisa llena de lágrimas al hombre ya entrado en años.

-Sí, también creo en lo que usted dice, y si mi hermano lo oyera, también le gustaría. Pero lloro porque si le pierdo, si Nabuco se va, se irá con él todo lo que me queda en la vida. Dios esto lo sabe, sabe que yo, ahora, no podría vivir sin su apoyó, me sentiría más que nunca huérfana.

Verdaderamente Mariana sufría sobremanera. Su llanto era amargo y su angustia iba por momentos en aumento. Sintió que las piernas la fallaban, tuvo que sentarse ayudada por el mismo Mohamed que se había percatado de ello. Tanto Mohamed como sus hermanos, comprendiendo el momento, hicieron un gesto a mi padre de que se retiraban y le esperarían fuera. Mi padre asintió. Acto seguido, observado por Mariana, se sentó junto a Lorena, estaba muy serio, no parecía mi padre, algo especial flotaba en el ambiente.

-Hijita mía, hijita de mi corazón. Mira que no te diga hija de mi sangre, pero sí te digo hija de mi corazón.

Mi padre rodeó con sus brazos a Lorena y la atrajo hacia su corazón estrechándola con delicadeza.

-Créeme, volverás a tener a tu hermano contigo, Nabuconodosor, el otro hijo de mi corazón se pondrá bien. ¿Lo crees?

Lorena guardaba silencio.

-Créeme hija mía, yo te prometo que no le va a pasar nada, Dios nuestro Señor está con nosotros, y si Él está con nosotros, ¿quién contra nosotros?

Lorena agradeció estas palabras, el momento era dentro de su crudeza y dolor, muy hermoso. Lorena pareció tranquilizarse. Brindó a mi padre algo de un valor inmenso, desde esos momentos había decidido creer lo que mi padre le decía, algo dentro de ella, en lo más profundo de su intimidad, así se lo hacía sentir.

-Es hora de volver, estoy preocupado por Carolina y los demás. Venid, haré que podáis ver a vuestros hermanos unos minutos, yo os esperaré fuera junto a Mohamed, ea, vamos pues.

Instantes después...

-No has de preocuparte en absoluto tú. Mi hermano Omar y mis cinco restantes hermanos cuidan de los tuyos. Créeme, están en buenas manos, mis hermanos saben lo que se hacen. Nada les faltará ni a tu mujer ni a tus hijos.

-Gracias Mohamed. Recojo tus palabras por lo que valen.

-Sé que vosotros pensáis de mi raza en forma diferente a como nosotros lo hacemos de vosotros. Nos veis diferentes en nuestro porte exterior, como en nuestras costumbres y forma de vida.

-No digas eso Mohamed, lejos de mí tales juicios, o prejuicios.

-Gracias, Alejandro. Sin embargo, quiero hacerte saber que en mi campamento el aseo y las disciplina miden en buena parte nuestro día. El polvo del camino muchas veces nos hace dar una imagen impropia, sin embargo, en nuestro campamentos el orden y la limpieza están unidas a la perfección que de nosotros se espera. No tengas reparo amigo en dejar que tu gente acampe con la mía.

-Sí, sí, por supuesto Mohamed. ¡Cuanto te agradezco todo esto! Verdaderamente sin tu ayuda estaría en un apuro grande, hoy no sabría donde pasar la noche con los míos.

Mohamed pareció vibrar ante lo que escuchaban sus oídos, ante la humildad del alma que tenía ante él, ante la grandeza de quien habiendo dado todo, da las gracias por lo mínimo.

-Soy yo el que te debo todo. Alá me brinde la oportunidad de demostrarte mi gratitud. Si así no pudiese ser, ella te acompañará todos los días de tu vida, como también a los tuyos.

-Nuevamente te doy las gracias Mohamed. Me preocupa, y te lo agradezco, no estamos acostumbrados a vivir al aire libre, sin un techo y unas paredes que nos cobijen, pienso en mis chiquitines y tiemblo.

-Si lo deseas le diré a mi padre que os enseñe el arte de vivir en campamento. Nosotros lo aprendimos ya desde Abraham, el siervo de Dios.

-No estaría de más.

-En mi tierra, mi padre, ese hombre al que tus hijos han salvado, es padre de muchas familias. Es muy venerado por su gran sabiduría. Hombres y mujeres, de todas las edades y condición, como de también lugares lejanos, acuden a él en busca de sabiduría y consejo. Es un hombre muy venerable y santo mi padre. Ven lo comprobarás.

-Me da no sé qué dejar aquí a mis hijos.

-No, mi hijo Rahajit cuidará de ellos y nos comunicará cualquier cosa que ocurriese. ¡Sabes, también nosotros los árabes usamos el teléfono móvil!

Mi padre esbozó una sonrisa ante la inocencia de esta afirmación. Y cordial, muy cordial fue la amistad que entablaron Mohamed y mi padre. Aquella noche se iban a juntar dos civilizaciones, algo maravilloso e inusitado estaba ocurriendo, y hay que reconocerlo, ambas iban a aprender mucho entre sí.

El padre de Mohamed se llamaba Resacht. Como patriarca de las familias, aquella noche había convocado a todo el campamento a una hora de oración, mirando a la Meca, por la salud de Nabuco y de mí.

¡Que sorprendido quedó mi padre cuando llegó donde mi madre y mis hermanos le esperaban! Cerca de veinte coches aparcados hacían suponer que había más gente de lo que él se había imaginado. Sin embargo, reinaba una paz y una tranquilidad verdaderamente impresionantes.

Al llegar unos jóvenes se acercaron, y después de hacer una reverencia como saludo, invitaron a tomar algo de alimentos. Mi padre expresó su deseo de buscar a mi madre y a mis hermanos lo primero. Los dos jóvenes señalaron un apartado entre los árboles. Algo parecieron hablar con Mohamed.

-Me dicen que no se han podido encontrar hoteles o habitaciones dignas, pues varias carreteras permanecen cortadas por las riadas. Aquí estaremos bien. Esto se ha instalado en forma de campamento improvisado con permiso de las autoridades.

-¡Oh, magnífico, eso es una noticia magnífica y me tranquiliza Mohamed! Permíteme que vaya unos momentos, más tarde nos veremos nuevamente y cenaremos.

-Me dicen que tu mujer no ha querido tomar alimento alguno hasta tu vuelta.

-Sí, Carolina nunca come ni cena sin mí. Ahora la tranquilizaré.

-Ve Alejandro, os espero en mi tienda. Que Alá te guarde.

-Gracias, Mohamed, y que mi Jesús te bendiga a ti y a los tuyos, aunque si quieres que te diga una cosa y no pienses de mí lo que no es, este Alá tuyo y este Jesús mío tienen bastante en común, muchas, demasiadas.

-Comprendo tus palabras y sé lo que valen y lo que significan. ¿Acaso me insinúas que tu Cristo y mi Alá, son la misma divinidad, pero con diferente nombre o proyección por parte nuestra?

-Por ahí van los tiros Mohamed, por ahí van.

Aquella noche fue muy especial. En el corazón y en la mente de todos estábamos muy especialmente Nabuco y yo. Era aquella una hermosa, clara y estrellada noche. Un cielo como aquél invitaba a la contemplación del universo, a las maravillas inabarcables que el Creador ha construido con sus poderosas manos. Verdaderamente aquella noche el firmamento ofrecía un espectáculo digno de observar con detenimiento, así me lo resaltó mi hermana cuando me contó esto, que a su vez yo mismo voy a relataros a vosotros.

A mi padre le gustaba mucho decirnos que el universo es un gran libro abierto, en el que sus páginas son caminos y sus letras son estrellas, aquella noche, eso no eran simples palabras, sino sencilla y pura realidad.

Fue aquella noche, dando un paseo, Lorena y Mariana charlaban cambiando impresiones del día tan intenso que habían dejado atrás. Su voz baja y su corto caminar no delataban su presencia. Las dos estaban fuertemente impactadas, pero la paz del lugar hacía que se sintiesen relajadas y a gusto.

Y ahí, aquella noche, a esa hora, sin ellas saberlo, se iban a encontrar de bruces con algo hermoso, muy hermoso, un sueño hecho realidad, o una realidad que parece un sueño. No lo sé, a mi, sinceramente, me parece más lo segundo.

A pocos metros, un muchacho árabe, permanecía metido en sus pensamientos y en total soledad, parecía entonar con sus labios una dulce y hermosísima melodía, mientras su corazón y su alma parecían encontrarse en un momento especial. La melodía era bellísima y las dos se sintieron irremisiblemente atraídas.

Se miraron interrogativamente entre ellas. Después de unos momentos de duda, decidieron acudir al sitio de donde provenía el bellísimo cántico.

¡Qué sorpresa la suya! Un joven árabe de negrísimo cabello y de brillantes ojos, se dejó ver en medio de esa luz diamantina, que una fuerte luna aquella noche esparcía con generosidad. Esos ojos observaban con interrogación a las dos jóvenes.

Era un muchacho hermosísimo, de una belleza y un atractivo tal, que tanto Lorena y Mariana quedaron mudas sin saber que decir.

Mariana, impetuosa, le preguntó acercándose el motivo de su bello canto, el por qué de su soledad.

Lejos de sentirse mal por la preguntas, el muchacho contestó con tranquilidad.

-Canto a Alá por mis seres queridos que han muerto.

-Cuanto lo sentimos, disculpa que nos hayamos entrometido, no era nuestra intención.

-No, nos os preocupéis, no habéis sido entrometidas. Todas las noches le cuento a Alá mi sufrimiento por mis seres queridos que han dejado esta vida y que gozan de la otra, y para hacer más agradable mi plegaria, canto lo que me sale de mi interior, de lo más profundo de mi corazón.

-Pero parece también sufrir.

-Sí, por los que quizás todavía no están con Él, y que sufren para purificar su alma.

-No conozco tu religión -repuso Lorena muy intrigada y con voz muy respetuosa-, pero eso de lo que hablas es el Purgatorio. Según nuestra religión, es el lugar donde se purifican las almas que, una vez han muerto, no están totalmente purificadas para ir al cielo, ni tampoco, a su vez, en un estado de pecado mortal, por lo cual irían al infierno.

-Te comprendo, y yo sí conozco vuestra religión. Alá y yo, o mejor dicho Alá, el cual me ha asociado a esta empresa, pues puso en mi mente y en mi corazón esta idea, hemos construido una ciudad entre el cielo y la tierra, entre eso que vosotros llamáis Purgatorio y el Cielo. Allí envío a mis seres queridos y los protejo y sustento con mis oraciones y mis lágrimas a Alá. Él las oye, y por su gozo, ellas llegan a sentirse felices dentro de sus sufrimientos, los cuales llegan a abandonarlas ante el júbilo de Alá por mi oración y amor hacía Él.

-¡Que hermoso! Y para qué habéis construido tu Dios y tú esta ciudad.

-No entristezcas a Alá con estas palabras tuyas; mi Dios es el mismo que el tuyo. El es el Todo de todos, el Único, el Todopoderoso, no hay otro. Yo no niego que tu Dios sea Dios, por lo que comprendo que tu Dios es Alá.

-Y yo comparto esto contigo... ¿cómo te llamas?

-Mi nombre es Abdul.

-Mira, Abdul. Todo lo que has dicho es muy hermoso, y nosotras lo guardaremos en nuestro corazón como un secreto. Sin embargo, me gustaría que encontrases la fascinación del Rostro de nuestro amado y buen Jesús. Él es Alá, Él es Dios, Dios hecho hombre, y me da la sensación de que te quiere tal como eres.

-Yo no puedo admitir que un hombre sea Dios, pero sí admito que muy libre y poderoso es Alá para hacer lo que le place. También sé que su obrar es desconcertante para nosotros. Si Jesucristo es Dios, yo amo a Jesucristo, porque yo amo a Alá.

-Eres un alma buena, Abdul, si lo deseas yo pediré a mi Jesús, al que amo como tú amas a tu Alá, que te salga al encuentro en tu camino y te inunde de alegría de paz, aunque de esto ya gozas en abundancia.

-Gracias, yo también rezaré por vosotras. Esta noche mi cántico no era por mis seres queridos.

-¿Por quién eran, entonces?

-Por los dos de vosotros que han salvado a mi abuelo y a mis hermanas. Yo lo vi todo. Vi como a riesgo de perder sus vidas, salvaron las de los nuestros. Os aseguro que jamás en mi vida vi más arrojo y valor. Mi pensamiento y mi dolor esta noche son infinitos por ellos, por su curación. Si Jesucristo tiene vasallos de ese porte y valor, debe de ser un gran Señor. Si queréis que os diga un secreto, os lo confesaré.

-Dínoslo, Abdul.

-Desde hoy amo un poco a ese Jesucristo vuestro, pues han sido sus vasallos, sus hijos, quienes han salvado a mi abuelo y a mis hermanitos. Os aseguro que toda mi familia ora por ellos, y que sus nombres, mi abuelo, los escribiré en el libro de la familia. Esto es un gran don que incluso los hijos de sangre han de ganar.

Lorena y Mariana estaban fortísimamente consternadas por lo que están escuchando. También a ellas se les saltaban las lágrimas por el dolor y el recuerdo nuestro.

-¿Vosotras habéis contemplado como ellos impidieron que el coche de mi padre no fuera arrollado por el torrente de agua que lo arrastraba?

-Si Abdul, si lo contemplamos, -repuso Mariana con lágrimas en los ojos-. Y son nuestros hermanos, Nabuco de ella y Luis es mío.

-Comprendo, sois amigas.

-Si, y se puede decir que gracias a ellos, es una larga historia.

-En mi pais es afortunado el hombre que posee una mujer sabia y buena. Sin embargo, os aseguro, que en el vuestro, la mujer que tenga un marido como ellos, será muy afortunada.

Lorena y Mariana se miraron entre sí; su faz delataba algo que Abdul comprendió.

-Comprendo. Ahora he de continuar con mi oración. Que Alá os guarde.

Allí acabó en encuentro, se podría decir fascinante, de Lorena y Mariana, con Abdul, el bellissimo joven de dulce mirada y bellissimo canto, el bellissimo soñador de una ciudad más allá del tiempo, en el que las almas de los que amaba, se beneficiaban de su inmenso amor a su Dios, de su sincera y profunda amistad con Alá, al gran Alá, el cual él había identificado como único y verdadero Dios.

Con todo la noche no había acabado. Parecía que la fortuna y el destino había decidido disputar entre sí, y en medio estábamos nosotros. Cuando Lorena y Mariana acabaron su paseo nocturno, volvieron a su tienda con la intención de acostarse. Estaban verdaderamente agotadas por el esfuerzo y la tensión del día. Pero, como sería su sorpresa, que creyéndose ellas las únicas despiertas a tan altas horas de la noche, observaron, que en

la caravana principal, en la que viajaban mis padres con los más pequeños, había luz encendida, y dentro se notaba mucho movimiento.

Mariana se acercó. Fue mi madre la que abrió la puerta.

-Pasad hijas mías, vuestro padre está hablando con tía Feliciana.

-¿Quién es tía Feliana Mamá.

-Es una larga historia.

-Por favor Carolina, no oigo a tía Feli si no guardáis silencio. Continúa tía..... Pero tía para eso hace falta mucho dinero, tú sabes lo que sería desplazar a toda la familia hasta allí, incluidos los coches, por..., yo... es que..., mi Mercedes no lo dejo aquí..... Comprendo tía, pero déjame pensarlo, tengo que hablarlo con Carolina y los demás..... ¿Que no hay nada que pensar, que mañana me reservas vuelo para todos....? Pero tiita, eso no puede ser..... Que me deje de tonterías.....Te comprendo, sin embargo tengo a Luis y a Nabuco en el hospital.....¿Que qué ha pasado? Es una larga historia, ya te la contaré.... Nabuco es un hijo mío.....¿Cómo que otro! Pues claro, es el último que he tenido, a él y a Lorena.... Que no he perdido el tiempo, que cuanto tiempo tienen los bebés.... Cerca de veinte años.... Pues claro tiita, ya te explicaré..... Vale, mañana te llamo y doy una contestación... No, no hagas eso, no mandes tu avión....Qué Joe se ocupará de todo lo demás!..... Está bien, mañana te llamo y ya confirmamos, un beso, no se pone la nena porque está dormida

-¿Quién es la nena, mamá?

-Soy yo. Ya comprenderás.

-Muy bien tía Feliciana, hasta mañana, cuenta con que mañana, en cuanto tenga noticias de mis dos hijos, te llamaré.

Papá colgó el teléfono.

Lorena no podía menos que emocionarse al oír hablar de esa forma a papá de Nabuco y de ella. Verdaderamente su corazón amaba, no como hija, pero sí con cierta mezcla de filiación y agradecimiento verdadero hacía mi padre, al cual veía como un hombre bueno, muy recto y sabio, y a Carolina, como una mujer llena toda ella de amor verdadero.

-Bendito sea Dios Carolina. Esto es lo último que se me podía haber ocurrido desde que empezó todo esto. Esta claro que el Señor no está dispuesto a dejarse vencer en generosidad ni en nada. Primeramente, conseguimos dos nuevos hijitos, nuestro Nabuco y nuestra chiquitina Lorena...

-Bueno, bueno Alejandro, no hables así delante de Lorena, ya ves que... -Lorena se había refugiado de esas palabras en los brazos de Carolina, conmovida en lo más profundo de su alma.

La escena era de una ternura y una fuerza indescriptibles, y más, cuando el mismo Alejandro se atrevió a arrancar a Lorena de los brazos de Carolina y echársela al corazón como el padre más amoroso para con su hijita. Lorena se dejó hacer, esto lo había deseado desde que conoció la familia. La última vez que su padre la abrazó y la atrajo hacia sí como lo hacía mi padre en esos momentos, fue el mismo día en que perdieron la vida en el desgraciado accidente. Para ella era recordar aquello, como tener nuevamente a su padre con ella, no sabía describir lo que sentía su corazón en aquellos momentos.

-Como queréis que os haga caso, si quiero a esta mi niña como si fuera de mi sangre. ¡Que digo! Lo es en verdad, el amor que la tenemos tu y yo Carolina, a ella y a Nabuconodossor, de seguro ya ha obrado el milagro. Gracias Jesús mío por darme a estos dos mis nuevos hijitos, yo te alabo y te daré las gracias durante toda mi vida, pues me has colmado de felicidad. ¿Queréis que os cuente lo último, lo de tía Felicianana?

-Claro, cuéntalo.

-Mañana hablaremos, ahora he de irme.

-¿A donde vas papá?

-Me voy al hospital, a ver a Luis y a Nabuco.

-Pero Papá, tienes que dormir.

-Déjale Mariana, yo también deseo que vaya, estoy intranquila.

-Entonces también iremos nosotras.

-No hija, os necesito más aquí, esto lo puedo hacer yo sólo. Y creo que no voy a estar sólo, mirad quien se acerca.

-Son unos árabes, parecen cuatro hombres.

-Veamos que es lo que quieren. Buenas noches, que deseáis de nosotros.

-Que Alá sea contigo. Nos manda nuestro padre. Te ofrece nuestro servicio.

-Cuanto os lo agradezco, estaba diciendo a mi mujer y a mis hijas que deseaba ir al hospital a ver a mis otros dos hijos. Pero estoy cansado y se hace muy cuesta arriba coger el coche. Si vosotros...

-Estaremos orgullosos de llevarte hasta allí, te esperamos en unos minutos bajo aquella arboleda.

-Allí estaré, muchas gracias.

-Lo veis, ya tengo compañía, ea, a dormir todos.

-Pero Alejandro, quieres contarnos lo que has hablado con tía Felicianana.

-Es un plato fuerte para estas horas Carolina, pero os lo diré. Tía Felicianana, para ti Lorena que no la conoces, es una hermana de mi madre, o sea, una tía abuela mía. Vive en Estados Unidos desde hace casi cuarenta años, en el estado de Texas. Tiene un inmenso rancho, como uno de esos que ves en las películas en que se dedican a la cría del ganado y

a la siembra de cereales. En fin, es una mujer muy bien situada, con muchísimos recursos de toda clase, y a la que don Valiente ha dado un telefonazo.

-¿De qué la conoce don Valiente?

-Fue quién la casó con Richard hija mía.

-Es verdad, lo había olvidado. Este don Valiente es tremendo.

-Sea lo que sea, está empeñada en que nos vallamos todos para allá. Nos ofrece para vivir en su propia casa, en su rancho, y si queremos intimidad, la casa del valle, como ella la llama.

-¡Oh Alejandro, es una estupenda noticia! Pero, el desplazarnos hasta allí...

-Nada Carolina, lo dispone ella todo, hasta nos manda a uno de sus capataces para ocuparse de los coches y de las caravanas.

-Es algo maravilloso.

-Lo es Carolina, lo es. Sin embargo, lo que ahora me preocupa son nuestros hijos. Lo de convertirnos en vaqueros por un tiempo puede esperar. Adiós. No me esperéis. Adiós hijas mías, descansad, os necesito fuertes. Ea, a la cama todos.

Una vez dicho esto, papá dejó la caravana y fue hasta la arboleda donde le esperaban. Un cielo hermosísimo bañado en estrellas parecía querer mostrar a papá y a los cuatro jóvenes, las maravillas del Hacedor, como si Dios nuestro Señor les dijese que todo eso lo había hecho para uno y para todos, sin distinción de credo, costumbres o color de piel, como cantaron aquella Nochebuena los ángeles: ¡Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombre de buena voluntad! Y en verdad, aquella noche, si uno lo deseaba, podía imaginarse a los ángeles volar entre un mar de diamantinas, brillantes e infinitas estrellas, entre un interminable laberinto de caminos siderales hechos de esmeralda y ónice, de perlas y rubíes, de jades y zafiros. Era verdaderamente hermoso el espectáculo de color y belleza que el universo presentaba a los hijos del Creador que sabían encontrar en él la huella imborrable de su incansable trabajar divino, de su potencia y majestad extendidas entre confines eternos, invulnerables al espacio y al tiempo. Dios conducía a mis padres, y mis padres se dejaban conducir por Dios.

Todo pasó prontamente. Nabuco y yo, en unos días estábamos como nuevos. Fuimos invitados por Resacht, el anciano patriarca al que salvamos la vida, a ir a su tierra, a su casa. Declinamos la invitación, y aunque no dimos nuestra palabra, propusimos sinceramente nuestra intención de ir en un futuro no muy lejano. Que emocionante fue como este paterfamilias tan venerable y de aspecto tan imponente, se despidió de nosotros, y en especial de Nabuco y de mi, con un ademán, perdonad esta expresión mía, pero es la que me viene inconscientemente a la cabeza, como un ademán sagrado. Había algo en él, que sólo podía competir con lo que algunas veces veía en mi padre y en mi madre. Es un no se qué, una dignidad, un... que no sabría explicaros, pero que pone la carne de gallina.

Nabuco recibió un anillo de oro de sus propias manos y yo recibí, también directamente de él, un collar de oro. Esto simbolizaba que pasábamos los dos al libro sagrado de su familia, a ser sangre de su sangre, carne de su carne, pues, como él mismo

dijo a todos, el amor todo lo convierte, lo transforma y hace que se funda con el Amor Uno y único, el de Alá.

Fueron unos momentos impresionantes. Reconozco, que el salvamento, la acción que hicimos fue bastante fuerte, pero jamás podría haber pensado, que detrás nos íbamos a encontrar una gratitud como esta. Todos aprendimos muchos. Aquello fue muy especial. En un último momento, las dos familias se encontraron, por última vez, una frente a otra. Pero en medio de ellas, latía un solo corazón, una misma fe, fijaros lo que os digo, una misma fe que nos hacía reconocer a todos al Dios Único y verdadero. Yo pocas veces he notado al Señor, al Buen Jesús, como aquella vez. Fue muy fuerte, muy fuerte, muy muy fuerte.

CAPÍTULO VIII

EN PILAR DE LA REINA

Continuamos nuestro viaje hacia Pilar de la Reina, eso sí, aquella mañana lucía un sol espléndido. Aunque mis padres continuaban dando vueltas a lo de mi tía Feliciano. Con todo mis padres no deseaban abandonar la península, por lo menos por ahora.

Nuestro viaje transcurrió sin ningún tropiezo ni sobresalto, cosas que caracterizaron al anterior muy notablemente. No, esta vez todo parecía ir sobre ruedas. Cuando menos nos quisimos dar cuenta, ya estábamos allí. No nos fue difícil dar con la dirección que el mismo don Valiente nos había facilitado, de forma que, sin perder un minuto, buscamos la que sería, en una buena temporada, nuestra residencia.

Razón tenía don Valiente que era esta una familia pudiente. Aquello era precioso. Os lo voy a describir lo mejor que pueda, aunque eso de las descripciones no es mi fuerte.

La casa se encontraba a las afueras de Zaragoza, y a unos tres kilómetros de Pilar de la Reina, en una urbanización que se llamaba El Castañar. Era una urbanización muy grande, con cerca de un centenar de chalets, cada uno independiente de los demás. Lo nuestro no era un chalet. Si os digo que era una casa, no es que me haya equivocado. Era una enorme casa de dos plantas equipada con todo lo que queráis pensar y más: piscina, cancha de tenis, garajes, jardines, etc, etc. etc... No os digo más para no aburrirnos.

Nada más llegar, nos salió al encuentro un hombre que a falta de llamarle mayordomo, sí se podría decir que de él dependía absolutamente toda la intendencia de la gran casa. Después de dar la bienvenida a mis padres y a nosotros, pasó a presentarnos a todos los que componían el servicio interno de la casa, o sea, desde la cocinera hasta el jardinero, ambos en perfecta formación junto a la puerta de la casa.

La verdad es que nos quedamos todos atónitos. Aquello parecía más una película del sábado noche, que la misma realidad. Lo que sí quiero haceros notar que esa gente que nos había recibido, era un tanto especial, para nada se nos hizo difícil hacernos a la nueva situación a la que nos enfrentábamos, y como podréis suponer, mi padre y mi madre estaban encantados. Y encantados no por ellos, no, sino por los pequeñines, aquello era óptimo para ellos y para todos nosotros.

Aurelio, que así se llamaba la persona que todo lo disponía, después de presentar al servicio, completó su intervención mostrando a mis padres el resto de la casa. ¡Que sorpresa para todos cuando pudieron ver unas cartulinas blancas en cada puerta de entrada a los dormitorios, indicando el nombre de quién las ocuparía.

-Está dispuesto toda maravillosamente, le felicitamos tanto mi esposa como yo. Veo que don Valiente no ha perdido el tiempo, hasta les ha dicho como nos llamábamos cada uno.

-Efectivamente señor, aunque se puede cambiar lo que ustedes juzguen oportuno. Ahora quiero enseñarles lo que es las salas de estar y comedores.

-¿Ustedes normalmente residen aquí?

-Oh, no. El señor nos ha enviado a la señorita Adela y a mi desde Madrid, el resto del servicio, a excepción de nosotros, se ha contratado aquí, aunque ya son conocidos de los señores por servicios de verano y fechas de entretiempo.

-¿Quién es Adela?

-Es la que les ha recibido, lo recordarán ustedes.

-Sí, creo que sí.

-Verán los señores como es muy apreciable la labor que desarrolla, es una mujer muy eficiente en su trabajo.

-Sí, muchas gracias.

Poco a poco, todos fuimos tomando posesión de lo que serían nuestros dormitorios. La verdad es que nos sentimos en un primer momento algo, como os diría, cortados, cOhibidos.

Pero eso duró poco, muy poco. El trato tan amable de Aurelio y Adela y del resto del servicio, así como la labor super eficiente para atendernos a nosotros y la atención a las labores domésticas, hicieron que nos sintiésemos muy a gusto desde casi el primer momento.

Atrás se había quedado la posada de don Pablo, todos añoramos aquellos días tan felices que habían pasado muy rápido. Ahora comenzaba algo diferente. Y ya sabéis, u os podéis imaginar, conociendo a mis padres como ya los conocéis, lo primero que hizo mi padre.

-La señora fijará los horarios. Le traigo esta libreta para que los apunte. O si lo desea, me los dice de palabra.

-Claro, sí, muchas gracias Aurelio, ya me hago cargo. Sin embargo, somos muchos y es algo complejo. Lo que sí vería bien es que la cena no fuese más tarde de las 20.45. Nuestra familia tiene costumbre de reunirnos después de cenar para rezar el rosario y cambiar impresiones.

-La señora me dice que desean tener una tertulia.

-Sí, eso, eso.

-Haré que la cena sea servida a la hora que se ha indicado, con respecto al menú, Adela se ha tomado la libertad de escogerlo ella misma hasta que la señora lo haga. Con respecto a la tertulia, gracias por avisarme, haré que prendan la chimenea del salón pequeño, por la noche es más confortable.

-Gracias Aurelio.

-Si desean algo de mí, encontrarán en repartidas por toda la casa estos tiradores. El color azul hará que se me avise a mí, el amarillo dará aviso a Adela, el blanco es para que acuda cualquiera del servicio que en esos momentos se encuentre disponible.

-Magnífico, muchas gracias Aurelio.

Una vez que mis padres se quedaron solos, y cada uno de nosotros en nuestro dormitorio deshaciendo el equipaje...

-Bendito sea Dios, Carolina. Esto parece un sueño, como si nos fuésemos a despertar en unos instantes.

-Pues es un sueño muy bonito, y más que un sueño, es un cuidado de nuestro Señor, que es Padre. Tenemos hijos muy chiquititos, cuanto más comfortable sea la casa y mejor equipada esté, mucho mejor.

Lo que mis padres no sabían es que aquella noche iban a tener un convidado, buenos, unos convidados muy especiales durante la cena. Estos se presentaron de improviso, y aunque suene raro lo que os voy a decir, de improviso es como se deben de presentar. Mirad como fue.

-Señor, en la puerta hay unos caballeros que preguntan por usted.

-Ah, bien, ahora mismo bajo Aurelio. Han dicho sus nombres.

-Sí señor. Uno de ellos me ha mandado que le haga llegar el nombre de Ramón Lombera.

-Bendito sea Dios, es Don Ramón Carolina.

-Díales que bajo en unos minutos.

-Voy inmediatamente.

-Ah, Aurelio, que se les ponga un servicio a cada uno en la mesa, nos acompañarán esta noche en la cena, si hay más cambios ya le avisaremos.

-Muy bien señor, voy a dar aviso al servicio para que se haga como desea.

Unos minutos más tarde...

-Mi buen Don Ramón que alegría volver a verle.

-Igualmente le digo Don Alejandro.

-Les presento a mi esposa. Carolina, este es el inspector del policía de quien tanto te he hablado.

- Encantada de conocerle, como también a ustedes.
- El gusto es nuestro señora. Les quiero presentar al Capitán Benito Hurtado.
- Mucho gusto.
- Es un honor tenerle entre nosotros.
- Gracias, muy amables.
- Y estos son dos compañeros, Felipe Martín y Eliseo González Badanos.
- Encantado de tenerles entre nosotros.
- Gracias, igualmente.
- Pasen por favor, como quien dice, también nosotros acabamos de llegar.

Hubo un momento, en que mi padre, después de un primer contacto, cayó en la cuenta de que esa visita se debía a algo, y algo importante, de otra manera no tenía sentido todo aquello.

Por eso, y para salir de dudas, mi padre se retiró con los tres a una estancia aparte, donde pudiesen hablar con tranquilidad. Mi madre se mantuvo al margen, no quiso estar en esa reunión, sobre todo para la tranquilidad de papá. Unos minutos más tarde...

-Iré al grano, Don Alejandro. Tenemos indicios de que lo que ha ocurrido con usted es sólo la punta del iceberg de lo que en realidad hay. Sabemos también por nuestro compañero, que en su poder se encuentra un disco con datos confidenciales los cuales podrían poner en grave aprietos a miembros de esta banda.

-¿Banda, dice usted?

-Sí, muy bien organizados, y muy muy poderosos, más que banda, se puede decir que son una organización clandestina, muy ramificada y muy poderosa.

-Le escucho capitán, continúe.

-Tenemos sospechas fundadas de que esta gente intenta acabar con su vida, la presencia en nuestro país de ciertos asesinos a sueldo nos lleva a pensar que han sido contratados.

-Pero eso no significa que sea contra mí.

Esta vez fue Don Ramón el que tomó la palabra.

-Hemos recibido un soplo. Por ahora lo que sabemos es que su vida, y quizás la de los suyos, corre peligro.

Mi padre palideció. Aquello era algo que no esperaba. Algo suponía, pero no hasta ese punto.

-Y según ustedes, ¿qué debo hacer?

-Por ahora continuar aquí. Hemos investigado y aquí no correrán ningún peligro. Sin embargo, para mayor tranquilidad de todos, los agentes Felipe y Eliseo permanecerán aquí hasta que sea conveniente.

-La casa se me ha puesto a mi disposición, por tanto no veo el inconveniente que tengan un apartado...

-Gracias, sin embargo ellos dos no vivirán en la casa. Se mezclarán con el servicio. Felipe pondrá en marcha sus buenas dotes de jardinero. Por lo que respecta a Eliseo, será un magnífico mecánico, aunque lo bueno del asunto que son facultades que mis hombres tienen en la realidad. Su vida transcurrirá totalmente aparte de la de los demás, tiene órdenes muy precisas. Ah Don Alejandro, tengo que decirle, aunque estén ellos delante, que tanto Benito como Felipe, son de mis mejores hombres. Ójala no haga falta que no tengan que demostrarlo aquí, con ustedes, pero si eso llegará, Dios no lo quiera, lo comprobarían por ustedes mismos.

-Gracias, gracias. Les estoy muy agradecido.

-No nos tiene que agradecer nada, sin embargo hay algo que encontramos muy conveniente.

-¿De qué se trata?

-Esos datos han de permanecer en un lugar seguro.

-Mi buen Don Ramón, desea que se los dé.

-No hace falta, tengo una copia que me mandó Sara, su secretaria.

-¡Ah, mi buena Sara!

-Los recibí al día siguiente de ser destituido de su cargo.

-Sí, es cierto, la di instrucciones de que se los mandase. Mi buena Sara...

-Pues no se hable más.

-Hay algo que quería comentarles.

-¿De que se trata?

-Hemos recibido la invitación de una tía mía, que vive en Estados Unidos, para ir a vivir con ella el tiempo que nos haga falta. ¿Cómo lo ven ustedes esto?

El capitán Benito Hurtado y el inspector Ramón Lombera, se miraron con gesto de interrogación. Unos instantes después...

-No vemos inconveniente, lo que sí han de hacer es comunicarnos por medio de Felipe o Eliseo, cualquier cambio que se vaya a efectuar a corto o largo plazo.

-Así lo haremos.

-Mi buen Don Alejandro, ha de saber que a esa gente no la para el océano Atlántico que se les haya puesto por medio. Lo único que les detiene son hombres como estos que le dejó aquí.

-Gracias no sé como agradecerles todo lo que hacen por nosotros, yo me siento abrumado y me gustaría...

-Nada, nada. Lo mejor que puede hacer por nosotros, es ayudarnos a meter entre rejas a esa gentuza.

-Y lo haremos mi buen don Benito, lo haremos.

-Así me gusta oírle hablar. Ahora levante ese ánimo, sé que esto es muy duro para usted. Con todo, tenga la certeza que todo esto pasará, y volverán ustedes a ser felices, les doy mi palabra. Por nuestra parte esta reunión ha acabado.

-Magnífico, les presentaré a mi familia, a estas horas ya estarán preguntándose quienes son ustedes.

-Vamos allá, no los hagamos esperar.

Aquello fue una novedad para todos. Nuestra primera noche en aquél sitio, lo pasamos nada más y nada menos que con cuatro policías, aunque, está bien decirlo, ninguno de nosotros podía ni imaginarse, que aquellos cuatro hombres, por cierto, super simpáticos, eran policías.

La cena transcurrió muy tranquila. Cuando terminó, hubo un rato de sobremesa. Y pasado un rato, el capitán Hurtado y el teniente amigo de mis padres, después de despedirse, se fueron. Con nosotros quedaron Felipe y Eliseo. Mi padre nos dijo que eran unos señores que habían venido a hacer cosas en la casa. Ninguno de nosotros podía ni imaginar, lo que en verdad aquellos hombre eran.

Y para nosotros la vida continuaba. Poco nos costó hacernos a nuestra nueva, podemos decir, nuestra nueva residencia, aunque la verdad, preferiría decir, nuestra casa, por el cariño y el desapego con que nos fue dejada por sus dueños. A estos les llegamos a conocer pasados unos años. Por supuesto que no les olvido. También quiero que para ellos, sea este relato mío, un homenaje a su caridad. Desde aquí os damos nuevamente las gracias, y papá y mamá, desde el cielo donde están, sabrán devolveros tanto como nos distéis.

Os voy a contar lo que era el plan de vida en mi casa un día de aquellos. Bien es verdad que eran días un tanto atípicos, sin embargo, había cosas marcadas en el día a día, a los que jamás faltábamos ninguno. En ello poníamos todo nuestro empeño, y Dios parecía fortalecer este empeño y bendecirlo especialmente, pues nunca faltamos, ni un sólo día antes, ni durante aquellos días de tanto dolor.

Primeramente la oración. Papá la llamaba el motor de la casa. Nada más levantarnos, cada uno de nosotros hacía su rato de oración. Si por un motivo determinado, no se podía al levantarse, se fijaba otra hora durante el día. Os tengo que decir, que papá y mamá, lo único que hicieron es darnos ejemplo, jamás nos obligaron a esto. Pero, verles, despertaba el deseo de imitarles.

En segundo lugar, os diré que nunca dejamos la santa misa. La oíamos diariamente, a poder ser, siempre juntos. Papá nos decía que era la fuente donde llenar el cántaro que habíamos recibido del Señor en la oración. La misa llenaba nuestra vida, y todo nuestro día, nuestros horarios, todo, estaba encaminado a poder acudir diariamente a la santa misa.

Y en tercer lugar, el santo rosario. Ese lo rezábamos todos los días después de cenar. Cada día lo llevaba uno de nosotros. Cuando alguno de los pequeños se incorporaba a llevarlo él, era muy emocionante ver el empeño y la seriedad que ponían.

Y este era nuestro plan de vida diario, con algunas cosas más, aunque en esencia, esas tres partes, eran las esenciales. Y creedme, jamás en mi casa, aún del dolor y los momentos difíciles, puedo recordar que faltase el cariño, la paz, el sosiego. Bien es verdad que no todo eran rosas, y tanto mi padre como mi madre, si tenían que dar un azote, no titubeaban al momento de hacerlo. Pero no es esa la paz que yo os quiero hacer ver. Es algo interior, es como cuando nos sentimos muy seguros en un lugar, y sabemos ciertamente, que ese lugar, aún de los peligros exteriores, siempre nos protegerá.

Pero, está bien, voy a contaros ahora, algo que ocurrió, al muy hermoso, y que nos dejó a todos perplejos. Os voy a contar como mi padre ganó dos millones de pesetas en un concurso de literatura, de narraciones cortas.

Todo empezó a la semana de estar allí. Mi hermana Mariana, había conocido a una de las chicas de las que atendían la casa, su nombre era Margarita.

Margarita era madre estaba casada, y tanto su marido como ella, eran de condición muy humilde.

Ocurrió todo mientras mi padre leía el periódico que Ernesto le había traído del pueblo. Mi madre, en esos momentos estaba sentada junto a él haciendo crucigramas.

-Papá, mamá, tengo que hablaros.

-Hola hija, ¿qué ocurre?

-Papá, mamá, estoy muy preocupada.

Verdaderamente mi hermana Mariana presentaba un aspecto preocupante, de hecho, unos gruesos lagrimones brotaban de sus azules ojos, estaba muy muy contristada. Mis padres se asustaron.

-¿Que le pasa a nuestra niña?

Mi madre, dejando inmediatamente lo que hacía, se apresuró a atraer hacia sí a Mariana, mientras la enjugaba las lágrimas.

-Cuéntanos lo que te pasa cielo, sea lo que sea.

Después de desahogarse, Mariana expuso a mis padres el por qué de su aflicción.

-Es por Margarita.

-¿Margarita? ¿Que tiene que ver ella en esto? Habla, hija mía.

-Está casada. Su marido es muy pobre, está sin trabajo. Tienen una niña de dos añitos. Ha caído muy enferma, con una enfermedad que no me acuerdo su nombre. La han llevado a varios médicos, y todos coinciden en que la niña necesita una operación, aunque los gastos de ésta, no los cubre la seguridad social, solo la hacen en un Hospital de Estados Unidos. Sólo la operación vale dos millones de pesetas.

-¿Qué nos dices, hija mía! ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios! Continúa.

-Los médicos han dado un plazo de seis meses para que sea intervenida, de lo contrario, no se pueden medir las consecuencias, aunque todo apunta a que la niña morirá.

-¡Madre del Amor Hermoso! ¿Es cierto todo lo que me dices?

-Sí papá. Es más, ella trabaja en esto, y no cuida a su hijita como quisiera, porque si ella no trabaja, no podrían ni comer. ¿Que podemos hacer papá, mamá?

-No lo sé, hija. Todo lo que nos rodea nos ha sido prestado.

-Pero hemos de hacer algo, no podemos quedarnos impasibles ante esto.

-Claro que no, déjame pensar.

Mi padre hizo algo muy característico en él. Apoyando su cara entre sus dos manos, pareció hundirse en sus pensamientos.

Y si os digo que mi padre era especial, es la pura verdad. Mi padre era especial. Fijaros lo que ocurrió.

-Carolina, amor mío, donde está el periódico de ayer.

-No lo sé, tú fuiste el último en usarlo.

Mi padre hizo por recordar.

-¡Ah, ya está! Se lo di a Cecilia y a Paloma para recortaran.

-Pero, Alejandro, ¿qué tiene ese periódico de tanto interés para ti?

-Mariana, hija mía, ve a buscar a Margarita, y tráela aquí con tu madre y conmigo. Yo mientras iré a buscar el periódico, o lo que quede de él.

Pasados unos minutos, yo estaba con Margarita frente a mis padres. Mi padre buscaba afanosamente algo en el periódico. Pero no lo encontraba.

-Pero que tonto estoy, espero que sepáis perdonarme, ahora que recuerdo, lo que busco, estaba en un suplemento de una revista que traje a Josemari. Por favor Mariana, ves, y pídele a tu hermano la revista que le traje ayer.

Mariana salió como una exhalación, conocía a mi padre, y por tanto sabía que estaba muy lejos de mi padre echarse un farol de la naturaleza que fuera. Si mi padre tenía una idea, esa idea se podía hacer. Y os tengo que decir, que sí se hizo, lo vais a ver. Mientras, mis padres cambiaron impresiones con Margarita.

Margarita era una jovencita de alrededor de veinte años. Lo que más recuerdo de ella, es que era muy espabilada, era un puro nervio, aunque es cierto, que en aquella situación, se encontraba un tanto abatida. Sufría por tener que pasar por ese trago ante mis padres y ante todos nosotros, pero necesitaba desesperadamente ayuda, y sacó fuerzas de flaqueza.

-Toma papá, aquí está.

-Eso es, estaba por aquí.

-¿Qué buscas, papá?

-Ahora lo veréis, tened un poco de paciencia.

Por fin mi padre encontró lo que buscaba.

-Aquí está. Mirad, ofrecen un premio de dos millones de pesetas, para el que gane este concurso. Por lo visto está destinada a orfanatos. Si no me equivoco... sí... ¿Hoy es lunes?

-Sí papá. Pero papá, no estarás pensando en ganar ese premio.

-No te quepa la menor duda.

-¡Pero papá!...

-Margarita, no hagas caso a mi hija. Acércate.

-Señor, yo no quisiera.

-Anda, anda, no me llames señor, llámame Alejandro, Alex, o como quieras, pero tú no me llames señor, eso déjaselo al resto del servicio que son mucho más mayores que tú.

-Gracias, señor.

-Dale con el señor, Margarita, llámame Alejandro, ¡leñe!.

A mi madre le brotó la sonrisa en los labios, al contemplar a mi padre como si fuese un chiquillo. Mi madre le conocía, y sabía que se moría de ganas por escribir algo con que ganar ese concurso. Y ahora os digo, que lo escribió, y lo ganó.

-Mira hija mía, yo voy a escribir algo para los huerfanitos. Esto lo prepara el ayuntamiento de Zaragoza, patrocinado por las Cajas y dos bancos más. Por lo visto habrá una selección. Los tres seleccionados serán leídos ante un público este día, y de ahí saldrá el vencedor. Escucha Margarita, tú, con lo que yo te voy a escribir, ganarás el premio de ese concurso, y con ello podrás operar a tu pequeña.

-Yo, verdaderamente no sé que decir.

-Confía, hija mía, verás como ese premio es tuyo. Voy a escribir algo tan hermoso, que hará saltar de las butacas al público al momento de aplaudirte.

-Si usted lo dice, yo le creo.

-Eso está muy bien, así me gusta.

-Pero papá, aquí pone, que el plazo de presentación de los originales es este jueves, no va a dar tiempo.

-Sí, si dará tiempo. Una cosa más, Margarita, vete hoy a casa.

-Oh señor, no puedo hacer eso.

-No te preocupes criatura, yo lo arreglaré todo, estate tranquila. ¿Tú marido que profesión tiene?

-Es maestro.

-¡Maestro has dicho! ¡Has oído Carolina!

-Sí, es maravilloso.

-Pues di a ese maestro que mañana le espero a él, tú quédate en tu casa cuidando de tu hijita.

-No puedo hacer eso, mi responsabilidad es la limpieza del Ala Norte.

-No te preocupes -repuso mi hermana al instante- mis hermanos se encargarán de esto, ¿verdad papá?

-¡Claro! Ea pues, todos tenemos muchos que hacer. Carolina, ocúpate de todo si eres tan amable, yo tengo mucho que hacer, y voy a empezar ahora mismo. Por cierto, di a Luis y a Nabuco que lleven a Margarita a su casa, no es la hora de que pase el autobús.

-Yo, señor, no sé como agradecerle, yo...

-Anda, anda, agradécemelo cuando hayamos ganado el premio. Yo lo escribiré, pero, eso sí, tu lo has de recitar. ¿Te atreves, Margarita?

-Me atrevo.

-Magnífico, pues manos a los obra.

Una vez que mis padres se quedaron solos...

-¿Te ves con fuerzas para escribir amor mío?

-Sí, claro que sí. Hace tiempo venía acariciando la idea de volver a escribir alguna cosilla. Además, fíjate lo que son las cosas, antes, según habábamos, he tenido la idea. Como va dirigido a los huérfanos, a chavalillos, voy a hacerles una narración corta, un historia de amor para ellos, que son los que mejor lo entienden, aunque también cautivaré a los más mayores, a los mucho más mayores, ya lo verás.

-Alejandro, querido, con todo, sé que algo te has reservado, de lo contrario no estarías tan seguro, ¿que carta te has guardado en la manga?

-Carolina, si no ganásemos el premio, no quisiera, pero en esta caso hablaría con tía Feliciano.

-Lo sabía. Te quiero Alejandro, te quiero mucho.

-Y yo también a ti amor mío.

-Quieres que te diga una cosa.

-De todas formas la vas a decir.

-Nunca he sido más feliz, ni he estado enamorada de ti tanto como lo soy y lo estoy ahora.

-Mentirosa, te va a crecer la nariz como a Pinoccio. El que es feliz y te quiere como nunca soy yo.

Mis padres se besaron, porque se querían, porque estaban unidos por el amor, por su hijos, por su fidelidad, por su Dios que velaba por ellos como guardián celosísimo de aquél paraíso que ellos habían sabido crear en sus vidas.

Y ahí acabó aquello. Y acabó hasta el día en que mi padre entregó la narración a Margarita. A su vez, esta la presentó en buen plazo. Ahora sólo quedaba esperar.

Y mientras esperábamos, que fue cosa de unos días, ocurrió algo, que de verdad, pero de verdad conmovió a la familia.

Todo se desarrolló visto y no visto. Os lo voy a contar.

Era ya de noche, alrededor de las dos de la madrugada. Recuerdo, que aquella era una noche oscura, oscura y muy fría. Todos dormíamos cada uno en su cuarto, no había ninguna luz encendida. Sin embargo, todos ignorábamos el peligro que se cernía sobre nosotros.

Os diré sin rodeos, que hacia la casa se acercaban cinco hombres. A estos cinco hombres les unía un mismo y único fin, matar a mi padre. Eran asesinos a sueldo, criminales con una sola consigna, matar, matar, que nadie quedase con vida de mi familia.

Sin embargo, estos criminales, ignoraban que alguien velaba nuestro sueño, dos hombres buenos, muy buenos, y muy bien entrenados, sin ellos saberlo, les estaban esperando.

Felipe y Eliseo, se prepararon pistola en mano, a recibir los asesinos y a reducirlos.

Todo pareció pasar en unos minutos, aunque aquéllos minutos fueron unos de los más largos de nuestra vida. Fuera de la casa comenzó, literalmente como os lo digo, un tiroteo. Todos nos despertamos sobresaltados, y corriendo fuimos a la habitación de papá y mamá. Papá nos recibió a todos y nos mandó quedarnos callados y en silencio. Estábamos literalmente muertos de miedo.

También llegaron Nabuco y Lorena muy sobresaltados, y se unieron a nosotros.

Pero hubo un momento, en que supimos que las cosas para Felipe y Eliseo no iban bien. Hasta entonces ninguno de nosotros sabíamos que eran policías de incógnito, en esos momentos estaba de más el seguir ocultándolo, y mi padre lo dijo a todos. Nos quedamos muy sorprendidos.

Y como os decía. No sabíamos por qué, sabíamos que las cosas no les iban bien a Felipe y Eliseo. Uno de ellos gritó fuertemente a su compañero el cual parecía haber sido herido.

Todos nos estremecimos de horror. Aquellos dos hombres, se jugaban la vida por defender la nuestra.

-Yo voy a ayudarles.

Nabuco no parecía él, todos, incluido mi padre, guardamos silencio, después de saber como se las jugaba Nabuco, respetamos esto.

Visto y no visto, salió de la alcoba de mis padres, abrió una ventana de la casa, y gritó en voz alta:

-Eliseo, Felipe, voy a ayudarlos, voy con mi gorra azul, no me confundáis.

Uno de los dos policías, le gritó, que se metiese en la casa y que no saliese de ella.

Pero, ¡qué vá!, Nabuco hizo caso omiso de ellos, y salió.

Ninguno de nosotros vio lo que pasó en los alrededores de la casa en los cinco minutos siguientes. Lo que sí os diré, es que pasados esos minutos, Nabuco y Felipe, entraban en la casa llevando a Eliseo que estaba muy mal herido. Fuera había cinco cuerpos sin vida, los cinco cuerpos de los malvados.

Mi padre y mi madre se apresuraron a ayudar. Felipe llamó a una ambulancia para que viniese a recoger a su compañero. Una fortísima hemorragia hacía peligrar su vida, tenía un disparo en el pecho y de un momento a otro iba a entrar en agonía.

Su compañero, arrodillado junto a él, le decía que aguantase.

-No te me mueras Eliseo, aguanta compañero, ya están en camino.

La sangre del policía herido bañaba la blanca camisa de su compañero. Felipe le atrajo hacia sí, no sabía ya lo que hacer, veía que la vida de su compañero y amigo se apagaba por momentos.

A todos se nos heló la sangre en las venas. En todos comenzó un llanto callado y de mucho, mucho dolor. Mi padre se cercioró que los pequeños no presenciaran esto, mandó a Ernesto que se los llevase a todos, luego se acercó hasta el hombre y le susurró algo, pero este no se movía, su faz era agónica y se moría por momentos.

Felipe, transida el alma de dolor, elevó una plegaria:

-Oh Dios mío, no dejes que se muera, llévame a mí, toma mi vida y no la suya. El tiene mujer y dos hijitos pequeños, y yo no tengo nada, estoy sólo en la vida, si muero, nadie me echará en falta. Toma mi vida Señor, pero te lo ruego, deja vivir a Felipe.

Todos los que contemplamos la escena estamos de acuerdo en que aquello cambió nuestra vida. Quiero deciros algo de lo que soy testigo presencial. Llamadlo milagro, llamadlo como cada uno quiera. Sólo tengo que deciros que en aquél preciso instante, la mano de Eliseo encontró la de su compañero, y con una debilísima voz le dijo:

-Tranquilo compañero, creo que aguantaré. Luego, sus ojos buscaron a alguien, en ellos había un deseo de transmitir agradecimiento. Esa persona era Nabuco.

-Gracia chico, si no es por ti, habríamos muerto los dos, has estado magnífico.

Dicho esto volvió a desmayarse. Unos minutos más tarde se lo llevaban en ambulancia. Eliseo había salvado la vida, o mejor dicho, todos creemos hasta hoy, que la plegaria de Felipe, salvó aquella noche la vida de Eliseo, como también es justo decir que la intervención de Nabuco nos salvó a todos, pues sin él esos hombres habrían matado a Felipe y a Eliseo, y luego a nosotros.

Tengo que deciros que desde aquél momento, la vida de la familia cambió. Mi padre tomó la seria decisión de poner rumbo lejos, muy lejos. Mis padres conversaron entre ellos una vez que todos nos retiramos nuevamente a descansar. Entre ellos se

barajaba la posibilidad de comenzar el viaje a Estados Unidos, a casa de los tíos Richard y Feliciana.

-Pero tú sabes que no puedo irme, tendrías que irte tú sola con los chicos.

-Creo, que lo más conveniente es tratar este asunto en familia. Mañana reuniremos a todos y decidiremos.

-Carolina, la decisión está tomada, no intentes salidas que no son posibles. Mañana comunicaremos a los niños que os vais al rancho de la tía Feli.

Y efectivamente. Al día siguiente mis padres nos reunieron a todos. En un momento determinado, mi padre dio la noticia, todos nos quedamos helados. Pensar que íbamos a abandonar a papá aquí, nos llenaba de pena y dolor. Pero no se nos dio a elegir, esta era una decisión de mis padres, y había que acatarla.

En vano intentamos disuadirlos con argumentos tales como que la familia debe estar unida siempre. Pero todo fue en vano, ese mismo día comenzaríamos a hacer los equipajes para nuestra inminente partida. Algo quedó flotando en el aire, no sabíamos lo que era, pero algo quedó como pendiente, era como una intuición, algo que todos notamos. Todos los hermanos nos hacíamos en esos momentos la misma pregunta, ¿por qué papá no venía con nosotros a casa de tío Richard y tía Feli?

El día transcurrió tranquilo. Tuvimos noticias de que Eliseo el policía estaba mejor y que había muchas esperanzas de una buena recuperación. Don Ramón envió a otro policía para que fuese compañero de Felipe y le ayudase en nuestra custodia, su nombre era Juan.

Ya por la noche, todos nos retiramos a descansar.

-¿Has hablado con Richard?

-Sí, nos esperan mañana.

-Le has dicho que tú no vas.

-Sí, se ha extrañado mucho, pero ya sabes lo correcto que es, no ha preguntado nada, sólo me ha dicho si puede serme útil en algo.

-Quizás él pudiera...

-No amor mío.

-Bueno, venga, vamos a descansar. ¿Has pensado en quedarte con alguno de los chicos?

-Sí, había pensado en decírselo a Luis, aunque lo más sensato es que os vayáis.

Aquella noche el sueño huyó de la cabecera de la cama de mi padre. Él, mi padre, estaba muy angustiado y preocupado. No temía afrontar lo que fuese por nosotros, no, no era eso. Le angustiaba el saber que todo aquello nos venía por su culpa. Se hacía culpable

de nuestros sufrimientos. La angustia le llevaba a la incertidumbre de su proceder, lo que una vez la cabeza juzgó como bueno, en aquellos momentos, esa misma cabeza, engañada por el corazón, roto de dolor, dictaba cosas muy diferentes. Mi padre sufría, en silencio, sin quejas externas que amortiguasen su tormento interior.

En un momento determinado, se levantó de la cama, estaba empapado en sudor, se encontraba muy mal. Sentía un fuerte mareo y unas continuas nauseas.

-¿A donde vas, amor mío?

-Descansa, Carolina, voy a tomar un poco de aire fresco, no puedo dormir.

-¿Necesitas algo?

-No, qué va; duérmete, enseguida estoy aquí otra vez, voy a dar un pequeño paseo al jardín.

Nada más salir de la casa, alguien le dio el alto.

-Soy yo, hijo, no te asustes.

-Buenas noches, Don Alejandro, ¿cómo es que esta levantado a estas horas?

-Voy a dar un pequeño paseo.

-Si necesita algo llámeme, acabo de empezar mi turno.

-Sí, claro, así lo haré, muchas gracias Felipe.

El policía se dio cuenta inmediatamente que mi padre no estaba bien. Era lógico, los acontecimientos había sido muy fuertes para todos. Felipe expresó una mueca de comprensión e impotencia, mientras veía a mi padre alejarse por el oscuro jardín.

La noche era muy oscura, no había apenas estrellas. Sólo la luna iluminaba muy débilmente. Mi padre se adentró en la oscuridad. Vio un banco de madera, se dirigió a él, sentía que las piernas no le sostenían.

Sin él quererlo ni buscarlo, comenzó a llorar, tenía el corazón destrozado. Pasaron unos minutos. De repente mi padre sintió que alguien estaba su lado, que le ponía brazo sobre su espalda y que le besaba con mucho cariño. Dando un respingo por lo inesperado de esta desconocida presencia...

-Ah, Nabuco, hijo mío, me has asustado.

Nabuco permanecía en silencio, mientras miraba fijamente a mi padre.

-Estaba cansado, he salido a dar una vuelta. ¿Cómo tú por aquí?

-Tampoco yo podía dormir.

-¿Por qué motivo, hijo mío?

-Yo mañana no voy a ir a ninguna parte, no quiero irme, me quedo contigo.

Por primera vez desde que conocíamos a Nabuco, éste no se dirigía a mi padre de usted. Mi padre le escuchaba.

-Tiene que haber un motivo por el que no puedas venir con toda la familia a ese rancho.

-Hijo mío, sí, sí lo hay, pero no puedo decírtelo.

-Quizás yo podría quedarme aquí en tu lugar y hacer lo que se deba hacer, todo depende de lo que se trate.

-Es algo muy delicado, y no es faltar a tu confianza, pero...

-Yo lo espero, estoy esperando que me lo digas, juntos podemos cualquier cosa.

-Estás seguro que quieres ayudarme en esto.

-Claro, de lo contrario no estaría aquí.

Mi padre refirió a Nabuco el por qué a esa pregunta que todos no habíamos hecho al acabar la reunión familiar del día anterior. La pregunta fue: ¿por qué Nabuco no venía con nosotros a casa de tío Richard y tía Feliciano? Nabuco escuchaba atentamente. Una vez que pasó el tiempo se supo lo que fue aquello, aunque sólo y exclusivamente su conocimiento no fuese un peligro para terceros.

Pero avancemos en nuestro relato.

Cuando mis padres terminaron de relatar aquello a Nabuco, este....

-Sí, sí lo puedo hacer. Yo me quedaré por ti, lo haré y volveremos a reunirnos en ese rancho.

De los ojos de mi padre empezaron a brotar lágrimas, pero esta vez no eran de sufrimiento, no, sino de esperanza, de consuelo. Con toda su alma atrajo hacia sí a Nabuco...

-¡Oh hijo mío, doy las gracias a Dios una e infinitas veces por habérmelo dado, a ti y a tu hermana! Gracias Dios mío, gracias, hijo mío.

-¿Pero aceptas mi proposición?

-Claro que sí, y de todo corazón.

-Entonces todo dicho.

-Hijo, hijito mío, yo... soy tan feliz, mi sufrimiento era muy grande por tener que ...

-No lo pienses más, yo me encargaré de todo, además estoy acostumbrado a estar sólo, no sufriré, no os preocupéis por mí.

Papá volvió a estrechar contra él a Nabuco. Nabuco muy emocionado, se dejó hacer. También de sus labios se oyeron palabras hasta el momento eran impensables para él...

-No te preocupes papaíto, yo estoy contigo. Estate tranquilo, sacaremos esto adelante. No te angusties papá, tu Dios y yo estamos contigo y te vamos a ayudar.

Estas palabras taladraron el alma de mi padre, de una forma tal, que creo que mi padre ya nunca fue el mismo. Hay cosas, circunstancias, momentos en nuestra vida, que son lo suficientemente intensos para cambiar el sentir de nuestro corazón ya para toda nuestra vida. Para mi padre era uno de esos momentos. Sentía que le estaban sacando de un laberinto horrible en el que estaba atrapado y del que no podía salir.

Tanto mi padre como Nabuco se dieron media vuelta, una tercera persona hizo notar su presencia. Esa persona era mi madre, había presenciado todo. Ella estaba muy seria, mucho, lo que había presenciado la había taladrado el corazón, la nobleza del corazón de Nabuco era algo que mi madre amaba y respetaba sobremanera. Mi padre se dirigió a ella...

-Amor mío, Nabuconodosor se ha ofrecido a quedarse en mi lugar y a hacer lo que se debe hacer. Hay que hacer llegar el dinero allí, de lo contrario todo se perderá.

Mi madre miró fijamente a Nabuco, y aunque la oscuridad impedía ver esta mirada, él la sintió sobre él con mucha fuerza. De los labios de mi madre salieron unas palabras...

-Gracias hijo, gracias por tu generosidad. Y gracias a ti esposo mío por aceptar la ayuda que se te ofrece. Ahora quisiera pedirte algo a ti hijo, mío.

-Pídame lo que quiera, si está en mi mano dárselo, se lo daré.

-He escuchado como a mi esposo le llamabas papá.

-Sí lo he hecho, no sé que me ha pasado.

-También quiero yo sentirme llamada mamá por ti esta noche, lo deseo más que nada en el mundo, dame esa alegría, nadie más que tú lo merece.

Aquella noche, como veis, fue muy especial, y tan especial, que Nabuco comenzó a llamar a mi padre, papá, y a mi madre, mamá.

Bueno, ya está bien por hoy, jovencitos, mañana continuaremos.

-¡Oh tío, continúa por favor, continúa un poquito más!

-No, he de irme, me esperan en casa. Mirad, mañana, si lo deseáis, contaré la historia con que papá ganó ese dinero para Margarita. Mañana es sábado. Por la tarde, venid todos, yo también traeré a Lucía y a Juanito. Os gustará. Luego, os seguiré relatando lo ocurrido en aquellos días.

-Niños, dejad al tío, que le esperan en casa.

-Sí, gracias, Ernesto.

-No, a ti Luis. Anda, vete que es tarde. ¿Te esperamos mañana?

-Sí, mañana vendremos todos, quiero contar a nuestros hijos la historia del “Árbol de la altura de las alturas”.

-Magnífico, os esperamos pues.

-Pues hasta mañana. Y adiós también a vosotros, que leéis este libro. Mañana continuaré con mi relato, os aconsejo de veras que traigáis a vuestros hijos, lo pasarán muy requete bien. Hasta mañana, pues.

-Adiós Luis.

CAPÍTULO IX

BUSCANDO REFUGIO.

He llamado a este capítulo de mi relato de esta manera, pues lo que ocurrió aquella noche cambió la vida de todos. A nosotros porque tuvimos que irnos de aquél maravilloso lugar. Pero también cambió la vida de Margarita y su esposo, y como es lógico de su pequeñín. La historia que mi padre había escrito pocos días antes, quedó seleccionada entre las tres últimas que se leerían en público. Y salió ganadora, ya lo creo que salió ganadora.

-Tío, cuéntanos esa historia que escribió el abuelito, queremos oírla.

-Mejor que yo se la sabe Jose Mari. Ernesto, ¿ha venido Jose Mari?

-Sí está fuera, está viendo un programa de informática que un hijo mío tiene.

-Dile, que si es tan amable, cuando acabe, que venga, que le esperamos.

-Voy. ¡Epa, Jose Mari, te iba a buscar!

-Aquí estoy, ¿qué deseas?

-Pregunta Luis por ti.

-Ah, hola, Luis, hola, niños, ¿preguntabas por mí, Luis?

-Sí Jose Mari. Les he dicho a los niños y a estos amigos que me escuchan, que quizás tú quieras contar la historia con que papá ganó el premio para operar al pequeño Paquito.

-No tengo ningún inconveniente.

-Magnífico. Entonces os dejo a todos con Jose Mari, dentro de un rato volveré. Muchas gracias, Jose Mari.

-No hay de que darlas. Bueno chicos, acomodaros, voy a empezar. Creo que ya Luis os ha puesto en antecedentes de por qué nació esta historia en la mente de mi padre.

-Sí tío, para operar al hijo de Margarita, que estaba muy malito.

Así es. Mirad. Aquél día estaba yo en mi cuarto. De repente, mi padre llamó a la puerta, y me dijo que si estaba dispuesto a escribir en el ordenador todo lo que me fuese dictando. Yo le dije que no tenía ningún inconveniente.

Él me advirtió que iba a ser largo e incluso tendríamos que escribir en horas intempestivas. Yo le dije que no me importaba. El me respondió que: “adelante, pues”.

Yo encendí mi ordenador, mi padre empezó a hablar; yo escribía todo lo que decía. De su mente, a través de sus labios, salió esta bonita historia que vuestro tío Luis me ha pedido que os cuente. Mi padre la puso el título: “El Árbol de la Altura de las Alturas”. Escuchad pues:

EL ÁRBOL DE LA ALTURA DE LAS ALTURAS.

Erase una vez, hace ya muchos siglos, un Reino en el que existía un Árbol, tan grande y alto, que nadie de esta tierra, jamás había podido, trepando por sus ramas, alcanzar su copa. El nombre de este Reino era Bandalá. Del Árbol se decía que era tan alto, que sus hojas, ya secas, nunca llegaban a tocar el suelo, pues, antes de llegar a éste, el viento disipaba sus restos convertidos en polvo.

Caballeros muy esforzados emprendieron su escalada, pero, nunca ninguno, ni siquiera había podido divisar su copa. Todos, desanimados, o temerosos, encontraban el fracaso en el intento, y otros muchos corrieron la suerte de caer al vacío luego de días de larga subida por sus ramas.

La altura, el frío, el desánimo, y otras muchas cosas, eran las razones por las que los seres de la tierra que lo conocían, dijese unánimemente: ¡Imposible! ¡Temerario! ¡Es un portento de la naturaleza, y jamás un ser humano será capaz de trepar por sus ramas hasta tocar se copa! ¡Aunque hubiese alguno tan ágil, antes moriría de hambre o sed, pues, no podría cargar sobre sus hombros la comida y el agua necesarias para un trepar tan interminable!

No ignoraba nadie que el Árbol era propiedad de un gran Rey, el cuál lo recibió un día como regalo de un peregrino misterioso. Aquél día marcó para siempre al Reino de Bandalá, a sus soberanos el Rey Jehusar y la Reina Magdaliara, y sobre todo a la bellísima Princesa heredera Jerimia.

Cuentan los trovadores, guiados por la ancestral Leyenda, que el Rey y la Reina paseaban juntos por los bosques de caza lindantes al palacio. Un gran séquito de nobles y aguerridos caballeros acompañaban a los reales esposos desde una cierta distancia para no turbar su intimidad. Era una mañana muy hermosa y la Reina sonreía complacida a un ruiseñor que alegre cantaba, quizás percatado de que la regia atención le donaba la merced de oír su melodioso y dulce canto.

Pero, de repente, de la espesura salió un grito desgarrador, seguido de un fortísimo y fiero rugido. Los guerreros del rey, a una, se lanzaron valerosamente a través del espeso bosque con la intención de matar a la fiera que ponía en peligro la vida de sus soberanos. La sorpresa fue grande cuando vieron, a pocos metros, un gran oso pardo, cogido en una trampa y ya muerto con una flecha clavada en el corazón. Se encontraba allí, también, un pequeño hombre con un arco en las manos, arma con la que había matado al fiero animal.

-Es un cazador furtivo! ¡Apresadle!

El hombre se dejó prender sin violencia. El Rey y la Reina también llegaron justo en el momento en que un soldado se disponía a tirar con su caballo del preso, que ya atado por sus manos, esperaba ser conducido a las mazmorras de palacio, donde sería azotado y cumpliría una severa pena, pues, estaba prohibido matar osos en los reales bosques de caza del Rey.

-¡Tened piedad de mí! No soy de este reino, pasaba por aquí, desconocía la ley que prohíbe matar estos animales tan abundantes en la tierra donde he nacido. El hambre me acuciaba, llevo ya cuatro días sin comer y mis fuerzas se han debilitado para cazar animales más veloces.

-¡Cállate y camina, de lo contrario serás arrastrado! ¡Que desconocieras la pena nos incumbe, es nuestro deber el llevarte y que cumplas la condena de quince latigazos y un mes a pan y agua en una húmeda y fría mazmorra!

-Compadeceos de mí, no lo aguantaría -gimió el hombrecillo-, estoy muy débil. Si pudiese yo pedir perdón a vuestro rey, no lo dudéis, me arrojaría a sus pies suplicándole clemencia y diciéndole que este pobrecito en nada ha querido infringir la ley impuesta por él en su reino, sino el cumplir la ley que Dios nuestro Señor ha impreso en la naturaleza, la cuál me obliga a alimentar mi pobre cuerpo cansado. Soy peregrino, y por necesidad me dirijo a un santo lugar, para cumplir una promesa que me obliga con juramento.

-Amigo, ese Rey os escucha.

-¿Quién sois?

-Arrodíllate, perro, en la presencia de Jehusar y de Magdaliara, reyes de Bandalá.

El hombrecillo, con faz desencajada, como pudo se dejó caer al suelo, su debilidad le impidió hacer la reverencia debida; ya en el suelo, como pudo, de rodillas rindió el debido homenaje a los insignes soberanos.

-Te he escuchado, y tus palabras han conmovido el corazón de mi esposa y el mio propio. Quien tiene poder para dictar condena, también tiene poder para levantar esa condena. No sea mi ley ni mi mano las que te lleven a la angustia y a una muerte cierta. Sea por lo contrario mi ley un motivo de encuentro con el peregrino y un amparo justo para el que camina y busca mi clemencia. La reina y yo nos sentiríamos honrados si compartieses, peregrino, nuestra mesa y el techo de nuestro palacio, en el que te repondrás y seguirás tu camino en paz.

En el corazón del pobrecillo había crecido un hondo sentimiento de gratitud y lealtad. El soldado que ligara con cuerdas sus manos, al oír esas palabras, presto lo desató, y se apresuró a dejarlo libre.

-Veo majestad que sois rico en misericordia y tardo a la justicia. He clamado perdón, y se me concede una silla en un banquete real, y un lecho a vuestro amparo. Sea Dios loado, pues, de corazón sincero acepto vuestra caridad.

-Sea como dices, peregrino. Llevadle y confortadle con toda clase de mercedes, como se merece quién es de nuestra real complacencia.

Y así se hizo. Aquella noche una gran fiesta se daba en palacio y a él acudieron la flor y nata de la nobleza más obligada de Bandalá. No era usual un huésped como el que aquella

noche concurría a la mesa real; sin embargo, llanos y fieles, todos los asistentes miraron con agrado al hombrecillo.

Una de las princesas, de nombre Jerimia, quizás la más hermosa de todas sus hermanas, las cuales hacían un número de siete, se levantó hasta donde se sentaba el huésped de su padre, y con ademán generoso y entrañas puras, ofreció su plato al hombrecillo, en señal de cariño y respeto a la voluntad de sus padres. El Rey y la Reina miraron complacidos este gesto de su hija, y un estupor grande corrió por todos los comensales, pues, si era honra comer a la mesa del Rey, insigne y por encima de toda honra era el comer del plato de la Princesa heredera, Jerimia.

Hondamente conmovido, el hombrecillo, presa de la emoción y de un sentimiento profundo de gratitud, escondió su faz entre sus manos, mientras derramaba lágrimas de sincero gozo. Un silencio grande se hizo en la gran sala. De repente, el hombrecillo se levantó de su sitio. Con ademán lento sacó una pequeña bolsa que colgaba de su pecho. De esta misma, a su vez, extrajo un pequeño cofrecito de oro. Con reverencia hizo que un soldado de la guardia lo llevara a la presencia del Rey y la Reina.

-Hasta estos momentos, ni siquiera os he preguntado vuestro nombre -repuso el Rey-, sin embargo he de pronunciarlo para satisfacer mi gratitud por vuestro regalo. ¿Cómo os llamáis y que me dais en este cofrecito buen peregrino?

-Mi nombre es Alakatrán, hijo de Albatrín, de las tribus de las tierras heladas del Norte. Ciertamente soy peregrino, y estoy de paso por vuestro reino hacia unos santos lugares. Esto con respecto a mi nombre. Con respecto al presente que os ofrezco, quiero que sepáis que es una semilla, la semilla de un Zulilú.

El Rey y la Reina contemplaron una diminuta bolita de color rosáceo, estrechada dentro del cofre con finos hilos de oro. Los monarcas expresaron su sorpresa ante tan singular presente.

-Muchos árboles hay en mis bosques, peregrino; sin embargo, pongo confianza que esta semilla es algo especial.

-Lo es, mi buen rey. No hay como ella ninguna sobre la tierra.

-¿Qué tiene de especial esta semilla, peregrino?

-Es la semilla de un Zulilú, el Árbol de la Altura de las Alturas. Es el más alto de la tierra. No hay hombre, ni pájaro, ni criatura que pueda alcanzar su copa. Su altura es tan grande, que sus ramas secas en otoño jamás tocan la tierra sino es en forma ya de polvo.

En la faz del monarca se expresó una gran sorpresa, en la de los comensales, la sorpresa iba mezclada con la incredulidad.

-Permitidme, mi buen Rey y mi dulce Reina, que ahora mismo, ahí fuera, en vuestro jardín, la mano de la Princesa Jerimia, arroje la semilla a la tierra. El Arbol crecerá, y en pocos instantes su copa traspasará las nubes.

-Vayamos, pues. -repuso el Rey con aire resuelto y jovial.

-Esto os traerá muchos bienes, mi buen Rey. Vendrán gentes de todas las clases y lugares de la tierra. Vuestra corte se hará famosa en el mundo entero. Aquí, acudirán hombres de todas las razas y pueblos, para contemplar vuestro Árbol e intentar batir el desafío de su Misterio. Pero muchos encontrarán su ruina, pues, no habiendo medido sus fuerzas y

examinado su corazón antes de comenzar la subida, perecerán cayendo al vacío en la Locura del Delirio de la Altura. Este Delirio se apoderará de todo el que comenzase la ascensión y su corazón no sea puro y su intención recta.

-¡Vive Dios, peregrino, que sin tardanza hemos de ver esa maravilla! No os oculto que estoy altamente asombrado y que, como a mis súbditos, la incredulidad quiere hacerme desconfiar de vuestra palabra. Sin embargo, la palabra acompañada de la obra, disipa la duda y hace realidad lo que nos resistíamos a creer. Mi esposa y yo somos entrados en años y Jerimia será la que contemple todo lo que vuestra lengua dice.

El peregrino enmudeció impresionado por las palabras de su buen benefactor, palabras que anunciaban su pronta muerte. La buena Princesa ceñiría la corona de Bandalá. Recogido en sus pensamientos, el hombrecillo hundió su cabeza entre sus brazos, y sollozó nuevamente cómo lo había hecho anteriormente en la mesa real. Era clara la alusión del soberano a su temor de morir sin un descendiente varón en quién depositar el peso de la corona. Ese peso recaería sobre Jerimia, la cual se convertiría a su vez en blanco seguro de todo indeseable ansioso de gloria y poder.

-Con vuestras palabras habéis herido mi corazón, mi buen Rey. Pero, mirad que con este presente, pongo otro presente, pues he leído en vuestro corazón y he escudriñado vuestros sentimientos. Por tanto, he aquí que he sido escuchado y se me ha concedido lo que he pedido. Escuchad, pues, lo que mi boca va a pronunciar: "Sólo el fornido guerrero que sea capaz de llegar hasta la copa del Zulilú, sólo ése y no otro, conocerá el amor del corazón de vuestra hija, la princesa Jerimia. Por el gesto que ha tenido vuestra hija con este pobre siervo, y vuestra misericordia, pongo yo esta condición al hombre que la pretenda, pues, sólo ése, aguerrido, noble, leal y valiente hasta lo inimaginable, llegará a tocar la copa, de donde cortará la flor de la belleza. Esta flor hará que el árbol pierda el don de la Altura de la Alturas, y vuelva a convertirse en semilla como ahora es. Habrá dado una belleza extraordinaria al joven que posea tan preciosa flor, pues protección, belleza y prosperidad hay en ella para la Princesa y su Campeón".

La princesa Jerimia, asustada, exclamó, recogiendo entre los recios brazos de su padre: -¿Eso significa que nadie me querrá?

-No, mi singular Princesa -repuso con dulzura el peregrino, el cual levantando nuevamente los brazos en impresionante ademán, continuó hablando por su boca-, reinaréis, amaréis y seréis amada. Este Zulilú será para vos tutor inigualable, inexpugnable muralla para vuestra pureza, torreón firme de vuestra realeza, azote implacable para el indigno que os pretenda, pues sólo el hombre más valiente, esforzado y noble de toda la tierra, con la belleza que le dará esa flor, belleza no sólo para su cuerpo, sino también para su alma, podrá conquistar vuestro puro y sincero corazón y ser digno de reinar con vos".

Estando los reyes, su hija, el peregrino y toda la corte, ahí donde el rey indicó, fue depositada la semilla del Árbol de la Altura de la Alturas. El peregrino entregó un puñado de tierra a la Princesa y la indicó que con ella tapase la pequeña semilla. Sus padres accedieron y nada más arrojar las gráciles y finas manos de Jerimia el puñado de tierra sobre la semilla, un gran temblor de tierra hizo que todos espantados corriesen en todas direcciones. Como un coloso gigantesco, un formidable Árbol, de forma maravillosa y sorprendente, comenzó a crecer potente e imparable ante todos.

Y crecía, crecía, crecía. Y siguió creciendo, creciendo, creciendo. Ya se veía como su copa atravesaba las nubes del cielo, y que no paraba ahí su vertiginosa carrera hasta las alturas. Por mucho más tiempo la tierra continuó temblando, lo que denotaba que el Árbol continuaba su poderoso e imparable desarrollo hacia los infinitos abismos de los cielos. Pero, de repente, el temblor cesó, y el Árbol pareció flotar en la más profunda de la inmovilidades. Era claro, que ya todo había acabado. La tierra había cesado de temblar, y la oscuridad hacía que todos esperasen el día para ver tal portento de la naturaleza. El Rey y la Reina, los cuales mantenían a la Princesa entre ellos para protegerla, echaron un vistazo a su alrededor. Nadie se explicaba lo que había ocurrido. Un grupo de jinetes acudían al galope en ayuda de sus soberanos a los cuales creían en peligro. El ejército entero se encontraba en estado de alerta y todos los habitantes en muchas millas a la redonda, habían sentido sobrecogerse sus corazones por el fortísimo temblor. Todos los asistentes allí permanecían, todos menos el pequeño peregrino, al cuál nadie había visto, nadie sabía donde estaba. El rey ordenó su inmediata búsqueda, pero no se daba con él, no se le encontró, había desaparecido.

Y aconteció al día siguiente, que muy de madrugada, ya en los primeros albores del día, expectantes y asombrados, cientos de personas y gentes de todos los alrededores de Palacio, esperaban que los rayos del primer sol, mostraran tan formidable portento en toda su magnitud y grandeza.

Una exclamación de asombro hizo presa en las gargantas de los que allí se habían reunido. Todos sintieron sobrecogerseles el corazón ante el inmenso y potentísimo, casi irreal y fantástico Zulilú. Nadie de los presentes era capaz de poder ni siquiera divisar la copa del Coloso, y eso que el día era claro y el cielo se mostraba despejado de nubes.

La noticia se extendió como la langosta al viento del septentrión. En los días siguientes en muchos corazones había nacido el deseo irrefrenable de viajar a Bandalá, para conocer y admirar tal maravilla, o para escalarlo y ser el hombre más audaz de la Tierra, y por supuesto, conseguir a la Princesa Jerimia con la gloria de ser el futuro rey.

La profecía de Alakatrán fué escrita en oro finísimo por orden de Jehusar, a los pies del Zulilú, en madera noble y lienzo de seda finísima. Y decía así: "Quién consiguiera trepar éste Árbol, y de su copa cortar la Flor de la Belleza, sólo él y no otro, conseguirá el amor de la Princesa Jerimia, y gobernará a su lado como esposo, siendo con ella Rey y Señor de todo el reino de Bandalá".

Y he aquí que uno, y otro, y otros muchos, y cientos de caballeros emprendieron el desafío del Misterio. Más de una vez los bellísimos ojos de la Princesa se llenaron de lágrimas, al contemplar los cuerpos sin vida de los jóvenes, o ya hombres fornidos y entrados en años, que habían intentado la proeza.

Unos se habían precipitado al vacío, entre terribles gritos de angustia, quedando sus cuerpos rotos y sin vida tendidos en el suelo que les había dado tan dolorosa muerte.

Otros habían logrado subir tan alto, que ya nunca jamás se supo de ellos, aunque cierto era que no habían llegado a la copa, pues el Misterio habría quedado abierto.

Otros habían comenzado la escalada, y prudentes quisieron bajar, encontrando la mayoría también su ruina, pues el Delirio de la Altura, cuando miraban hacia abajo, se

apoderaba de ellos, y enloquecidos, lanzaban sus cuerpos al abismo que su mismo orgullo les había proporcionado.

Y así, el Zulilú, poco a poco, fue mirado por todos con temor, pues el número de los hombres que habían dejado sus vidas por conquistar su Altura, era tan grande, que en la Tierra entera se comenzó a decir: ¡Imposible! ¡Ese Árbol está regado con la sangre y la angustia de nuestros jóvenes más valerosos, caigan en el olvido, Bandalá, la Princesa Jerimia y el terrible Zulilú!

Pero el corazón de Jehusar y Magdaliara se mantenía firme y equilibrado ante el Misterio. Con agrado vieron los monarcas padres que se cumplía cierta y cabal la profecía que aquella noche de tiempos atrás, los benditos labios de Alakatrán pronunciasen inspirados. Y por eso, tanto Jehusar como Magdaliara, no temieron cerrar sus ojos en el sueño del último día. Murieron en paz, y con su corazón en la confianza del poderoso y fiel tutor de su heredera, el colosal Zulilú. Jerimia fue coronada Reina de Bandalá. Nada cambio de cuanto su padre había hecho durante su reinado. Ratificó, ante toda la corte, que sólo contraería matrimonio con el hombre que venciera el Misterio de la Altura de la Alturas, lo cual provocó serias tensiones entre los consejeros reales, pues, a su juicio Bandalá necesitaba un rey.

Bien sabía esto Jerimia, pues con todo su corazón anhelaba el amor varonil de un esposo junto a ella. Su corazón lacerado de dolor, se encerró en la más regia de las resignaciones ante su destino. De día su bellísima sonrisa era la luz y alegría de toda la corte, pero de noche esa sonrisa se trocaba en dolorosa amargura. Ya no había valientes que por lo menos intentasen trepar el Zulilú.

Nadie, ni jóvenes, ni hombres fornidos y leales, osaban emprender tan temeraria aventura, pues la idea de una muerte segura había hecho presa en todo el que conocía la existencia del Misterio. Para llegar a Jerimia el Zulilú era el camino, y ella, aunque todo el dolor de su corazón se vertiese en ello, rechazaba implacable a cualquier pretendiente fuese quién fuese éste.

Y así pasaron los días, los meses, y los años. Y en el pasar del tiempo, el corazón de la Reina Jerimia iba hiriéndose con crueldad. Una espada de dolor traspasaba su alma por la soledad del amor del hombre que ella amaba y al que ni siquiera conocía.

Estaba segura, que él existía en alguna parte, que el hombre de sus sueños era real, tan real como que batiría al colosal Zulilú, y prendería su corazón en el amor más hermoso y puro que un corazón de doncella jamás hubiera conocido sobre la tierra.

Suspiraba Jerimia por su héroe, por su vencedor. Sin embargo, éste nunca parecía llegar, estaba como oculto en la inmensa faz de la tierra, permaneciendo sólo en el corazón de Jerimia.

Los consejeros y ministros quisieron hacer recapacitar a la Princesa, intentando que posase sus ojos sobre uno de los príncipes que la presentaban como posibles pretendientes. Pero ella con voluntad férrea extendía su brazo, mientras señalaba con su dedo índice al infranqueable Zulilú.

-Ya conocéis el camino para llegar a mi corazón. Mi amor sólo reconocerá al que venza el Misterio. No turbéis mi espíritu con otra mira que no sea ésta; de lo contrario, pronunciaré sobre vosotros la palabra infidelidad, y mi diestra os rechazará.

Ya había algunos que pensaban que la Princesa estaba perdiendo la cabeza, que todo era fruto de su terquedad, de un hechizo mágico de ese tal Alakatrán. Los que esto dijeron pasaron a manos de los alguaciles, los cuales les impusieron castigos y advirtiéndoles que llegarían a ser muy severos de continuar su lengua diciendo calumnias y mentiras.

Y Jerimia entristeció gravemente. Un invierno frío y terrible se cernió sobre su espíritu fiel. El sufrimiento llamó a las puertas de su alma y su vida se convirtió en un camino de abrojos y espinas, donde la tristeza quería romper los siete cerrojos de corazón.

Su tormento la hablaba con palabras de soledad y desesperanza. Sin embargo su noble y fortísimo espíritu no se doblegaba a tan malignos enemigos, sino que una vez y otra se repetía con valor y fe: "¡El vendrá!". "¡El vencerá!". "¡El me amará!". "¡Yo le amaré!".

Pero los días pasaban y cada uno era para ella como una gota derramada en el mar, la cual ya nunca se podría recuperar.

Rezaba fervorosa y un hálito de alegría volvía a brillar dentro de ella, como si un mensaje secreto fuese desvelado por su alma en la intimidad del corazón.

Y fue un día en que Jerimia, después de su acostumbrada reunión de capitanes de su Guardia, recibió la inesperada visita de Solifero, que era uno de los jueces de Bandalá. Había pedido audiencia inmediata y por ser quién era, la Reina fué avisada al momento.

-¡Majestad!

-¿Que deseáis de mi, mi buen Solifero? Hablad.

-Majestad, se ha apresado al bandido Trebolari. Le he juzgado y cuando iba a dictar sentencia de muerte, se me han presentado pruebas irrefutables de que es un duque del Reino. Sólo vos, Majestad, tenéis poder para dictar la condena de muerte de un duque.

-¿Qué ducado se le atribuye?

-El Ducado Mabet.

-¿Que sentencia ibais a dictar?

-Mi Reina, ese hombre es el más fiero y peor enemigo vuestro. Odia la Corona y la combate con una banda numerosa de secuaces, los cuales saquean y roban a diestro y siniestro.

-¿Ha sido alguna vez acusado de alta traición con los enemigos de Bandalá?

-No, Majestad.

-¿El o sus hombres han matado inocentes?

-No, Majestad. Sin embargo, es sabido su nombre por todos, y no hay lugar en Bandalá donde no se le tema. Merece la muerte por decapitación, y ha de dársele en lugar abierto para escarmiento de sus secuaces.

-¿Donde se encuentra en estos momentos?

-Retirado en mazmorras. Se ha acogido a su derecho de ser juzgado directamente por Vos, pero ni una sola palabra de arrepentimiento, súplica, o de perdón, ha sido pronunciada por sus malvados labios.

Jerimia se puso muy seria. Juzgar a un hombre era una labor muy difícil y terrible. Sin embargo, era su deber y tenía que hacerlo. Por lo que majestuosa repuso...

-Que lo traigan a mi presencia cuando el sol esté en su zenit, aquí, a la sala del trono. Le escucharé, le juzgaré, y dictaré sentencia de cumplimiento inmediato.

-Bien Majestad, lo haré saber a los alguaciles.

-Retiraos, Solifero. Quedáis libre de carga y deber en este juicio.

El buen juez, después de haber besado el anillo real y de hacer la reverencia de protocolo, se retiró respirando aliviado. El juzgar a Trevolari era un asunto muy difícil, pues, el poder de un duque provenía directamente del rey, y sólo el rey tenía poder para disolverlo, aunque, en este caso era una reina.

Poco después Trevolari se encontraba ante la presencia de Jerimia, la cual le observaba detenidamente. Pero la faz del tremendo rufián quedó demudada ante la increíble belleza de la Reina. El era un hombre muy distinguido, a pesar de su tosca y malvada vida. Sus ojos azules y su largo cabello rubio como el oro, hacían de él, alguien muy especial y no corriente. Jerimia se había percatado de que Trevolari la observaba, aunque todavía no sabía el porqué.

-Me dicen que eres Duque de Mabet. ¿Es cierto?

-No, mi Reina.

Jerimia vaciló ante la segura e intrépida respuesta.

-¡Cómo! Me dices que no eres duque y, sin embargo, yo te juzgo ahora en sala cerrada sólo y exclusivamente por esta supuesta noble condición tuya.

-A un juez y a un ministro mentiría; a Vos, no.

-Sois audaz.

-Y Vos, muy bella; la mujer más bella y hermosa que jamás mis ojos han visto.

Jerimia se turbó hondamente ante estas francas y abiertas palabras hacia su persona.

-¿Cuál es tu verdadero nombre?

-Mi nombre no lo he pronunciado desde que tenía cinco años y quedé abandonado en el río. Mi madre lo pronunció con voz desgarrada antes de que el río se la llevase entre sus aguas. Volver a pronunciarlo, sería volver a revivir aquello. No, no os lo diré.

Jerimia quedó muy impresionada con lo que acababa de oír.

-No es eximente para tu culpa esto.

-No me importa morir y sólo hoy, en estos momentos, por primera vez me pesa, pues si la muerte me impide volver a contemplaros, la rechazo con la fuerza con que hasta ahora la he buscado.

Jerimia se levantó de su trono. Estaba muy violenta. Mandóle callar y ordenó que se la dejase a solas con el reo; sólo un soldado de su guardia personal permanecería con ella,

soldado en quién ella tenía su mayor confianza, su nombre era Mobelar. Los consejeros murmuraron preocupados de esta rara y peligrosa actitud de su Reina. Trevolari permanecía impasible, contemplándolo todo. Un soldado hizo ademán de castigar duramente al preso sus palabras.

-¡No! ¡Deteneos! -ordenó inmediatamente Jerimia-. Sois un descarado y un intrépido loco. ¿Acaso desconocéis que no se puede hablar a una Reina como lo estáis haciendo?

-A mí eso me lo podéis prohibir, pero mi corazón no conoce de leyes ni formas, sus palabras son libres como el viento, y Vos, de acogerlas.

-¿Como me vais a amar si de nada me conocéis?

-Nunca he amado nada que no sea a mí mismo. Sin embargo, desde que entré por esa puerta, me enamoré de Vos, sentí que os amaba, que os amo y que os amaré por el resto de mi vida. Aún de que mandéis decapitarme hoy, mis labios se cerrarían pronunciando vuestro nombre y mi corazón anhelando el vuestro.

-¡Basta!. -Jerimia estaba aturdida, confusa, sin saber que pensar de lo que ocurría-. Una extraña conmoción hería su pecho, penetrando hasta el corazón con una fuerza por ella desconocida. Sintió que las piernas se la doblaban. Quiso pedir a Mobelar que la ayudara a sentarse nuevamente en el trono. Sacando fuerzas de flaqueza...

-He de juzgaros. ¿Que exponéis ante los cargos con que se os acusa?

-Que son todos ciertos.

-¡No sabéis que con lo que decís me obligáis a condenaros.

-No me importa la muerte si de vuestra mano viene.

Jerimia volvió a vacilar ante la segura y audaz respuesta del joven. Con sus manos y piernas sujetas por grilletes, y en espera de ser condenado, todavía le parecía un joven distinguidísimo, en el que había algo que ella no llegaba todavía a comprender. Sintió el imperioso impulso de salvarle la vida como fuese. Tenía que haber una forma, con la que librarle del hacha del verdugo. Los bellísimos ojos verdes de Jerimia se posaron con encanto en el intrépido joven.

-Mis ministros y consejeros piden vuestra inmediata ejecución, sin embargo, reposaré antes de pronunciar la que será vuestra suerte.

-Gracias, Majestad.

-Mobelar, retira al prisionero, y ven a mi presencia enseguida.

-Quisiera deciros una última cosa, mi reina.

Con agrado, Jerimia volvió a posar sus bellísimos ojos en el preso. Sus manos se cruzaron sobre su corazón antes de disponerse a escuchar lo que iba a decir, mientras su cuerpo se inclinaba levemente hacia adelante, en ademán seguro de beneplácito.

-Bien, hablad.

-Soy malo mi Reina. No merezco vuestro perdón. Haced caso a vuestros ministros y consejeros. Muchas veces he intentado ponerme en el camino que lleva a lo recto y bueno, y siempre he vuelto a hacer eso que mi conciencia me reprochaba como malo e injusto. No temáis, castigadme. Con mi muerte no cometéis algo injusto, sino misericordia para este

pobre vasallo vuestro, que en nada tenía apego a la vida y menos ahora que os conoce y sabe que jamás podrá volver a contemplaros como ahora lo está haciendo, pues Reina sois y yo un pobre desgraciado.

El corazón de Jerimia se desgarró sangrante ante estas palabras. Sentía que una espada de doble filo traspasaba su alma, con sólo pensar en la muerte de esa joven tan apuesto y especial, que se hacía llamar Trevolari. Con ademán seguro, dio la orden a Mobelar que se llevase al preso. Tenía necesidad de estar a solas y recogerse en sí misma.

Sin embargo, antes de que lo llevasen de su presencia, del fondo de su alma salió una pregunta, pregunta que estaba impregnada de sentido y significación para sus sentimientos.

-Antes de retiraros, deseo saber vuestro nombre.

La voz de Jerimia era tan dulce y arrebatadora, que el joven de largos cabellos de oro vaciló tocado en lo más profundo. Y como algo natural, sin resistencia ni temor, contestó abiertamente a la pregunta de Jerimia.

-Mi nombre es Robiro.

Aquella noche el sueño huyó de Jerimia. Levantada de su lecho, y sentada junto a la ventana de su íntimo aposento, una y otra vez miraba el brillantino cielo de las noches de Bandalá. La Luna, quizás percatada de que era observada por Jerimia con corazón destrozado de dolor, dejó correr un rayo de su luz a través de la ventana, rayo diamantino que hizo que las gruesas lágrimas que corrían por las mejillas de la Reina, brillasen como luceros encendidos en esa su noche de dolor.

Jerimia estaba enamorada. Y su amor y su tormento tenían un sólo nombre: "Robiro". No podía explicarse cómo ni porqué, pero la ocurría, y como si fuese un antojo del corazón, en alas del amor, se la hacía maravilloso el amar de esa manera.

Pero ella sabía que éste era un amor imposible, un espejismo maravilloso antojadizo del alma, que jamás podría llegar a ser realidad, aunque dentro de ella este amor fuese tan fuerte y robusto como la misma vida, como la misma muerte, como el mismo latir de su corazón embriagado de la más potente y verdadera dicha.

Quería convencerse de que era Reina, y el hombre que ella amase habría de ser un príncipe. Pero como viento huracanado, una vez y otra, volvía a tener ante ella la faz del joven de los cabellos de oro. Del joven que hacía unas horas había declarado su amor con un valor como nadie hasta entonces jamás lo había hecho. Sus palabras, sus gestos, su mirada, todo, todo mentalmente se lo volvía a traer Jerimia a su cabeza para atormentarse con lo imposible. Pues, ella estaba segura, de que Robiro era bueno.

De repente, vino una idea luminosa a su mente. El Zulilú. Las palabras de Alakatrán parecieron venir en su ayuda en tan especial momento. Recordó palabra por palabra la Profecía. Si Robiro lograra vencer al Zulilú, la Flor de la Belleza... ¡Claro! ¡Como no se había dado cuenta hasta ahora! Hablaría en persona con él y le invitaría a trepar el Zulilú.

Sin embargo su alegría se vió trocada por el desánimo, al recordar Jerimia, que jamás nadie había logrado vencer el Misterio. Todos los que lo habían intentado, habían fracasado, y las mayoría habían perdido de forma horrible o desconocida su vida en el intento. Eso significaría no volver a verle jamás y esa idea la atormentaba con un rigor inusitado.

Intentó buscar consuelo nuevamente en el desvelo y en el llanto, pues le parecía ser la criatura más desgraciada de la tierra. El amor la vencía y ella tenía que vencerlo.

Irguiéndose sobre sí misma, contempló más allá al colosal Zulilú. Parecía un gigante inmovible, como un invencible guerrero que marchaba delante de ella, y que estaba ahí sólo para ella. Cubriéndose con un manto salió de sus aposentos. Bajó hasta la entrada y se dirigió fuera de Palacio. La guardia extrañada se alertó. Ella quiso ir sola allá, hasta el Zulilú. Grácilmente se sentó sobre sus fuertes raíces, y sin poderlo contener, rompió en desconsolado y amargo llanto. Amaba a Robiro y no sólo sus delitos la separaban de él, sino también ese Zulilú.

Una a una las lágrimas de sus ojos fueron cayendo al suelo, siendo recogidas por la tierra. Tanto fue su llanto que no se percató que un leve temblor había sacudido el lugar. Las raíces del Zulilú habían encontrado sus lágrimas y de ellas se había nutrido.

Jerimia parecía escuchar una y otra vez, la voz de Robiro, que repetía dentro de ella lo que poco antes, abierta y audazmente, había dicho ante todos sin ningún respeto humano posible: -"No me importa la muerte si de vuestra mano me viene"... "y Vos, muy bella, la mujer más bella y hermosa que jamás mis ojos han visto"... "mi corazón no conoce de leyes y de formas, sus palabras son libres como el viento, y Vos de acogerlas"... "os amaré por el resto de mi vida"... "mi nombre es Robiro".

Como un río fuera de cauce el dolor y la angustia llamaron a su corazón. Era joven y hermosa. Quería poder amar y ser amada. ¡Cuántos jóvenes y hombres fornidos habían dejado sus vidas ahí donde ella se encontraba en esos momentos! Parecía como si todos ellos la gritasen en su interior, echándola en cara sus horribles muertes.

Un dolor agudo penetró en el alma de Jerimia, y doblada sobre sí misma lloró amargamente su acerbos dolores. Estaba enamorada y el amor la mataba con la aflicción de saber ese amor irrealizable.

Repentinamente sintió una mano que se posaba sobre su hombro. Asustada miró quién era el que tal cosa hacía, dispuesta a llamar a la guardia, que permanecía atenta un poco más allá. Su sorpresa fue grande cuando comprobó que quién le había tocado en el hombro era un hombre pequeño, de un natural muy feo, pero en el que ella inmediatamente encontró los rasgos inconfundibles de...

-¡Alakatrán! ¡Vos! -La faz de Jerimia se llenó de sorpresa y alegría.

-Sí mi Princesa, o mejor dicho, mi Reina.

-¿Acaso sois su Angel? ¿O sois un espejismo de mi mente torturada?

-No mi Reina, soy yo, Alakatrán. He sabido vuestro dolor y desconsuelo, y vengo a poner paz en vuestro corazón.

-No lo conseguiréis. Soy la mujer más desdichada de la tierra, y en parte os lo debo a vos y a vuestro Zulilú.

-¿Que os ha hecho él para que así os enojéis?

-Es infranqueable, y mi corazón se desgarrá cada vez que veo morir a alguien que intenta conquistarlo.

-Sin embargo, yo os aseguro, que ése que es capaz de conquistarlo, está sobre la tierra, como apuesto galán que avasalla con su porte y distinguido corazón.

-Yo soy muy desdichada, pues mi corazón ha reposado sobre lo imposible, sobre lo que mi condición me prohíbe, sobre un joven de cabellos de oro, que me ha robado el corazón, coronándome de espinas por su amor tan desesperado.

-¿Cual es el nombre del galán que de esa forma conquista vuestro corazón tan generoso y fuerte? Príncipe será por encima de todo príncipe para conseguir esto. -repuso Alakatrán con vehemencia y ánimo-.

-No es un príncipe, sino un malhechor. Según mi ministro, mi peor enemigo. Mientras le juzgaba él me habló de amor, y yo le comencé a amar con la fuerza del mar y del viento, con el poder de la vida, con todo mi ser. Sus palabras me embriagaban. Sus ojos me parecían zafiros secretos del tesoro de un gran rey, su voz como la cítara de un celestial mensajero, y su cabello como la filigrana sutil de un sin igual maestro orfebre.

-Dichosos joven que ha robado así vuestro corazón.

-Pero todos piden su muerte. El mismo ha gritado ante todos su culpa. Su amor le impedía mentir al verme.

-Todos los condenados tienen el favor de un último deseo. Hablad con él, mostradle el camino del Zulilú, el camino del Misterio. Recordad que en su copa está la Flor de la Belleza. Recordad mis palabras. Si él es bueno y os merece, conquistará la Altura de la Alturas, y yo ese día vendré a recoger la Semilla que un día entregara a vuestro padre para ofrenda y protección de su linaje.

-Temo que muera.

-Sed fuerte Jerimia y confiad en mis palabras. Hablad con ése joven y traedle aquí para que rete al Misterio. Si no es digno, ganaréis y si lo es también.

-Terrible sois y al corazón muchas veces le gusta ser engañado.

-Lo sé, pero lo dicho, dicho está. Y así ha de ser y será.

Como había venido, en un momento, sin apenas Jerimia darse cuenta, Alakatrán había desaparecido. Pero, para ella algo había cambiado, había esperanza en su corazón, y una inusitada fortaleza. Se retiraría a descansar, y mañana hablaría con Robiro.

Aquella noche la pasaría pidiendo a Dios fuerza, vida y luz. Fuerza para Robiro y para ella. Vida para que no muriese y con ella venciese el Misterio terrible. Y luz para que la noche no empapase sus ojos y el pánico de la Altura no inundase su corazón tan intrépido.

Fue al día siguiente, después que Jerimia tomase sus alimentos matinales en la terraza del norte, cuando mandó que Robiro fuese traído a su presencia. Todavía estaba apurando un último sorbo de un exquisito zumo de frutas, el cuál gustaba a ella tanto a esas horas, cuando escoltado por dos soldados, el prisionero era llevado a su presencia.

El corazón de Jerimia latía fuertemente por la emoción de tenerle nuevamente con ella. Pero él no se debía percatar de esto.

-Majestad, el preso que habéis mandado traer.

-Sí. Está bien. Retiraos. Jerimia hizo un firme ademán de que se fuesen todos. Nuevamente Mobelar permanecería en su intimidad esta tan deseada. El fiel y fortísimo soldado, que sin tener ojos, oía, y sin tener oídos, oía, expresó un leve gesto de reconocimiento por el favor de confianza de su amadísima Reina.

-Buenos días Robiro. Veo por vuestro aspecto que habéis pasado mala noche. Tenéis faz descompuesta y vuestros cabellos forman rizos sobre vuestros hombros.

-Esta noche, el sueño se ha trocado en anhelo, y el descanso en dolor, pues mi corazón ardiendo por veros, me daba tormento, y sediento de amor, la noche me hería en la espera de estar nuevamente con Vos.

Ante estas palabras francas de amor, Jerimia pareció vacilar, como tocada por un dardo divino que la atravesaba el corazón, y que la extasiaba en un loco frenesí. Sus mejillas se tornaron sonrosadas y sus finos dedos se buscaron entre ellos para no delatar su emoción.

-Es delicioso mi desayuno y quizás desearíais acompañarme. Sentaros y reponed fuerzas.

-Es la mesa de la Reina y yo soy un malhechor.

-Es la mesa de Bandalá y vos, hasta que os juzgue, sois mi súbdito inocente. Hasta entonces sólo sospechas pesan sobre vos.

Robiro pareció salir de un sueño. ¡Sería posible que ese ángel de amor, hubiese guardado en su pecho, las palabras que su corazón pronunciase, sin él poderlo hacer callar!

-Con veros mis fuerzas vuelven, y con vuestra generosidad me deleito. Pero no he de sentarme, pues lo imposible huye de la verdadero. Mi amor por Vos es imposible, como el niño que quisiera, en un botecito, guardar el cielo eterno. Os ruego mi Reina, mi Señora, mi amor, que mandéis que me ejecuten prontamente, pues, con este peso de haberos visto, no puedo vivir yo.

No pudo contener Jerimia que dos gruesas lágrimas apareciesen en sus ojos por el dolor.

Robiro, estupefacto, quedó quieto. Miraba esas lágrimas y quería acertar que eran por amor. Pero él era un villano. Se dio cuenta del daño que su corazón sin quererlo hacía.

-¿Por qué lloráis? ¿Qué os he hecho? ¡Oh, quizás es el amor que busca ser correspondido a través de lo imposible! ¡Oh malvado de mí, que a esto os he traído!

Robiro estaba fuera de sí. Con todas sus fuerzas buscaba el fin de la locura al precio que se hubiese de pagar. Jerimia fue a su encuentro en la angustia y la desazón.

-¡Como se puede esconder un monte detrás de una pared, o decir al águila que vuele como una clueca! Yo no puedo esconder que os amo, como vos tampoco lo habéis hecho. El corazón no conoce de reyes ni ataduras cuando es libre como el nuestro.

El joven de largos cabellos de oro quedó extasiado, como muerto, con sus ojos abiertos por lo que escuchaban sus oídos. Pero comprendió su estado lamentable, y no pudiendo contenerlo, derramó un varonil y callado llanto ante Jerimia. Esta lo contemplaba con faz enamorada, sin poder poner ataduras a su deseo de amor.

-¡Si hubiese algo que yo pudiese hacer! ¡Oh fatal destino que de esta forma me torturas! ¡Perdonad, amor mío, por haberos querido, por haberos hablado, por sólo desearos! ¡Muerte ven a mí, y haz justicia a mi delito!

-No, Robiro, no llaméis a la muerte, pues con ella la noche yo he compartido. Mi corazón traspasado por vos, esta tortura ha sufrido. Pero sabed mi buen amor, que hay un camino, que de seguirlo vos, llegaríais hasta mí, a mi corazón. Os tendría aquí conmigo y yo estaría con vos como esposa, como vuestra señora. Yo a vuestro lado y vos al mío, en el trono y en el lecho, en la vida y en la muerte.

-¡Mostrádmelo! -gritó Robiro con fuerza y desafío- ¡Vive Dios que mis pies prontos están a recorrerlo! ¡Con la espada o con el fuego, o atado de pies y manos me pondría a recorrerlo! ¡Que no hay camino que no pueda andar, ni estrella que no pueda conseguir!

-¡Oh mi buen loco, en ese camino muchos han dejado su vida entre terribles sufrimientos!

-¡Mostrádmelo!

-Es el camino del Misterio de la Altura de la Alturas.

-Desconozco ese misterio, pero mostradme el camino, ansioso estoy por recorrerlo.

-Es un Zulilú tan alto como el cielo, que en su copa está una flor que os hará muy bello.

-Mostradme ese Zulilú, que de su copa os traeré esa flor, como guirnalda para vuestra corona. Y si alto es, el amor me dará alas, y si tan alto como el cielo, llamaré a Dios en auxilio de mi tormento. ¡Mostrádmelo! ¡Mostrádmelo, que ardo en deseos de teneros junto a mí, de estrecharos contra mi seno, de besar vuestros labios, de acariciar vuestro cabello, de susurraros palabras de amor, en largas noches de invierno!

-¿Que fuerza usaréis para vencer al Zulilú?

-Una fuerza superior a la de él, el amor.

-¿Y de donde cogeréis esa fuerza?

-De vuestro corazón.

-¿Como cogeréis esa fuerza?

-Con un beso.

-¡Con un beso! -repuso Jerimia con voz entrecortada-. Yo no puedo dároslo, pero vos, sois libre de mis labios cogerlo.

Aún encadenado, Robiro se acercó hasta Jerimia, y de sus labios con infinito amor y ternura, cogió un profundo y dulce beso. Beso que a ambos transportó al cielo, donde se forman los amores y se firman los deseos.

Cuando Jerimia condujo a Robiro hasta el pie del Zulilú, los ministros viendo que el famoso Trevolari se les escapaba de un escarmiento público, y que se había ganado el favor de Jerimia, pusieron el grito en el Cielo. Pero el Cielo no los oyó y tuvieron que callar obedeciendo.

Y así, Robiro libre de sus cadenas, comenzó la infinita subida por el grueso y potente tronco del Zulilú. Antes de comenzar sus ojos encontraron los de Jerimia, la cual, en un gesto de amor, le expresó el ansia de que venciese, la amargura del momento.

Subía, subía, y seguía subiendo Robiro sin desfallecer. Primero se encontró con una gran cantidad de ramas, en las aves del cielo habían anidado. Después, llegó a una zona que en vez de ramas, el Zulilú presentaba una corteza muy rugosa y agrietada a la que había que aferrarse para continuar subiendo. Y Robiro continuaba su incansable ascensión con la faz de Jerimia grabada en su corazón.

Ya era el cuarto día desde que Robiro comenzase su intrépida empresa, cuando ante él se abrió el espectáculo más desolador que jamás hubiera podido esperar. Miles de kilómetros de tronco liso y sin ninguna irregularidad donde aferrarse, tenía ante él. El tronco se hundía vertiginoso en el negro firmamento, y parecía acariciar infranqueable las mismas estrellas. No podía continuar la subida, ni podía bajar, pues con sólo mirar para abajo el Delirio de la Altura de las Alturas se apoderaría de él, y caería perdido sin remisión al vacío.

Sintió que su corazón era traspasado por lo imposible que veía. Estaba atrapado en una trampa mortal de la que no podía salir.

Mientras tanto Jerimia esperaba a Robiro. Un día, y otro, y otro. Llegó un momento en que Jerimia, no sabía por qué, supo que Robiro estaba en peligro. Y era cierto, pues Robiro sin fuerzas estaba a punto de sucumbir. El desaliento se apoderó de él, y a su corazón intrépido quiso entrar la locura. Como pudo se aferró a una rama y esperó. No sabía qué o a qué tenía que esperar, pero esperó contra toda esperanza. Esto era lo último que le quedaba por hacer.

Jerimia angustiada veía pasar los días sin saber ciertamente lo que ocurría. Al séptimo día de espera, temió lo peor, pues bien sabía que Robiro no llevaba con él ni comida ni agua con que sustentarse. Sus ministros la pidieron que olvidase al rufián que de una forma u otra había encontrado lo que se merecía. Jerimia muy enfadada había hecho salir para siempre de su presencia a quienes habían hablado así, pues bien se sabía en todo Bandalá que amaba a Robiro, y que éste había desafiado al Zulilú por su amor. No se sabía porqué, de todo el reino habían acudido gentes a acompañar a su Reina, la cuál se encontraba en un muy mal momento para su corazón. El antiguo Trevolari sería un malechor, pero para todo Bandalá, el hecho de que su Reina le amase, y la valentía suya de desafiar al Zulilú, habían hecho de Robiro alguien bien mirado y casi amado por todos.

Transida de dolor Jerimia se encontraba al séptimo día recostada sin fuerzas ni aliento contra el tronco del Zulilú. Una venerable anciana, en representación de todos los que allí estaban, se acercó hasta ella, y con ademán de madre, la recostó contra su corazón mientras gemía dolorosamente.

-Llorad, hija mía. Pero que vuestras lágrimas no caigan sobre este pecho que tanto sufre por vuestra aflicción. Llorad sobre él, sobre el terrible Arbola que os quiere quitar el amor de vuestra vida. Quizás a través de sus raíces, como sabía de vida, llegue vuestro llanto a él, y sepa como vencer el momento.

Jerimia, con espíritu manso, hizo lo que aquella anciana la había dicho. Unas gruesas lágrimas brotaron de su bellos ojos, yendo a caer como perlas contra una gruesa raíz que a sus pies estaba.

De repente, un temblor inaudito se dejó sentir potente y armonioso. El mismo Zulilú pareció conmocionarse, siguiéndose un estruendo ensordecedor que a todos enmudeció de pánico. El temblor y el estruendo iban en aumento, hasta que de pronto cesaron, y todo pareció volver a la normalidad. Pero fueron suficientes, para que Robiro, ya moribundo reaccionase del sueño de muerte que le invadía en su agonía.

Robiro, sacando fuerzas de la misma flaqueza, cerró sus ojos, y sintió que una fuerza colosal y desconocida había llegado hasta él en ese temblor.

-¡Oh Dios mío, si con mi cuerpo no puedo llegar a la victoria, sea mi espíritu el que venza, y haga huir de mí lo imposible!

Con los ojos cerrados, Robiro extendió su mano al vacío, como haciendo intención de coger algo. Interiormente repitió con nobleza: -Creo, creo que puedo hacerlo y llegar hasta ella-.

Sintió como si su mano recorriese miles y miles de kilómetros en una vertiginosa ascensión a los cielos eternos. Hasta que, inusitadamente, sintió entre sus dedos algo frágil, sedoso, que se le hacía fuese una flor. Con delicadeza la arrancó, y la estrechó contra él abriéndole sus ojos.

¡Oh cielos eternos y benditos! ¡Era la Flor de la Belleza la que tenía entre sus dedos! ¡Había vencido! Como un torbellino imparable, el Zulilú comenzó a decrecer a gran velocidad, perdiendo rápidamente su altura. Jerimia percatada de lo que estaba ocurriendo sintió que el júbilo inudaba su corazón. En pocos instantes tendría a Robiro con ella como triunfador. Ebria de dicha mandó a Mobelar a Palacio: -Ve y trae la corona que mi Padre ciñera sobre su frente toda su vida.

Y así fue. Pocos minutos después Robiro, resplandeciente, bellísimo, y con el candor adornando su alma a través de su mirada, rodeaba a Jerimia con sus robustos brazos, para besarla en loco frenesí de amor. Ella le correspondió con el beso quizás más ardiente y bello que jamás una mujer haya dado a un hombre desde que Dios hizo al primer hombre y la primera mujer sobre la tierra.

El pueblo a una, y el ejército, gritaron vítores a su Reina y a su campeón, y entre gritos de alabanza, pidieron insistentes la coronación de Robiro como Rey y señor de Bandalá

Y así fue. Robiro fue coronado allí mismo por el mismo Primado de la Iglesia, el cual acto seguido, unió a Robiro y a Jerimia en santo matrimonio.

Allí estaba también con el regocijo en el corazón Alakatrán, el cuál fue hasta los Soberanos, presentándoles respeto y vasallaje. Jerimia con cuidado depositó la Semilla del Zulilú en sus manos. El expresó un gesto de bendición sobre los nuevos esposos, antes de retirarse para siempre jamás del Reino de Bandalá.

Y Robiro y Jerimia se amaron por el resto de sus vidas. Dios les premió con la paz en su reinado, y la prosperidad en su pueblo. Y en todos los labios de la tierra, se nombraba a Bandalá, como el reino de los reyes que se amaban, pues el amor de Robiro y Jerimia brillaba para todos y para siempre en el eterno y bellísimo reino de Bandalá.

-¡Oh tío, cuanto nos ha gustado, es muy bonita!

-¡Me alegro! Cuando queráis os la contaré de nuevo, ahora sed buenos e id a merendar.

-¿Has acabado la historia?

-Sí, les ha gustado mucho.

-Gracias, Jose Mari, yo, ahora, voy a contar, a estos amigos, nuestra partida a Texas.

-Ahora, oyéndolo así, parece mentira.

-Sí, ciertamente.

-Entonces, adiós.

-Adiós, amigos, me retiro, espero que os haya gustado la historia de papá.

-Sí, nos ha gustado, Jose Mari.

CAPÍTULO X

CAMINO DE TEXAS

La oferta de tía Feliciano era muy, pero que muy tentadora. Tanto, que al día siguiente nos encontrábamos toda la familia montados en un avión, rumbo a lo Estados Unidos de América.

A excepción mi Padre, Mariana y Lorena, ninguno hablábamos en inglés, y mucho menos el americano.

-No Don Alejandro, -repuso el hombre esgrimiendo una dentadura blanca y fuerte como la de un toro de lidia.

-Mi padre le invitó a una cerveza por cortesía, cogió los billetes, y luego de darle instrucciones muy precisas respecto a los coches y las caravanas, no fuimos a la puerta de embarque, y de allí al avión, el cual despegó veinte minutos mas tarde. En unas horas cambiaríamos de continente, de tierra. Un no se qué recorrió a todos, eso de dejar nuestra tierra, nuestra gente, se hacía muy cuesta arriba. No sabría explicaros ese amor oculto y secreto que todos tenemos por la tierra que nos ha visto nacer, y que nos acogerá el día de nuestra muerte. Hay que sentirlo, no se puede explicar con palabras, y aunque se pudiese, no se sabe hasta que no lo prueba uno en sus propias carnes.

Pero no éramos conscientes de lo que verdaderamente se cernía, o intentaba cernirse sobre nosotros. Dios en su Providencia había puesto a tía Feliciano en el preciso momento en que alguien malo, muy malo, el cual no estaba sólo, eran varios, deseaban por todos los medios hacer daño a mi padre.

Era de noche. La luna intentaba esconderse entre los callejones oscuros y cerrados del Centro de la Capital. Las ruedas de los coches chocaban una y mil veces contra la calzada, pues hasta algunas calles no había llegado todavía el asfalto y se conservaba el viejo y duro adoquinado. El ruido lejano de una taberna de ambiente castizo, creaba el eco necesario para comprender que ese lugar era misterioso.

Los que se aventuraban a pasar por allí a aquéllas horas de la noche, lo hacían con el temor en su corazón, o con el delito premeditado en sus conciencias distorsionadas las tinieblas de aquél ambiente embriagador.

Una tenue luz se dejaba entrever en un viejo ventanuco hundido en un grueso muro de piedra. La antojadiza imaginación, guiada por el entorno lúgubre y -por que no decirlo-, algo siniestro, hacía notar que ahí ocurría algo, que la gente que ahí estaba, estaba tramando algo, se podía leer en el mismo silencio sepulcral de la tétrica calle madrileña.

-Es un cura el que les ha ayudado. Por lo visto el de su parroquia.

-Lo que quieras, sin embargo, se nos ha escapado y quizás definitivamente.

-Mi hombre me comunicó ayer que embarcó rumbo a Estados Unidos con toda su familia. Que un gigantesco vaquero les estaba esperando en el mismo aeropuerto. Más adelante este se hizo cargo de todas las pertenencias, incluidos los coches y caravanas.

-No sé, pero creo que aquí hay mucho dinero. Sólo los billetes para todos los que son, equivalen a una fortuna. Hemos de ser cautos, muy astutos.

-Si, estoy contigo. Veamos qué clase de perros guardan ese rebaño. Una vez que lo sepamos, estudiaremos la situación y mandaremos nuestro definitivo y mortal golpe, que aniquilará al presuntuoso Alejandro Sanz. Creo que tengo a la persona adecuada para este cometido.

-Magnífico, magnífico, -exclamó uno de los asistentes a la patética reunión-. Pero, no se te olvide que nos queda muy poco, muy poquito tiempo. El hombre que queremos cazar es excepcional. Te daría jaque mate a ti, y a ti, y a ti Estaban, durmiendo plácidamente en su cama. Vale más que todos vosotros.

-No te...

-Cállate estúpido. No tienes idea de quién es ese hombre, él tiene razón, la persona que infravalora a su enemigo, caerá presa de él.

-Yo he trabajado con él y me parece un hombre corriente.

-Tú no tienes capacidad de ver ni dos pasos más delante de ti. Alejandro te destruiría, y nos destruirá si no se lo impedimos, pero en un corto plazo. Nuestro tiempo se acaba, un cabo mal atado, y todo se acabó para nosotros.

-Por eso, hemos de ser muy astutos, no precipitarnos, esperar nuestra oportunidad y entonces actuar, sin piedad, con frialdad.

-Ahora que lo decís, me preocupa ese guardaespaldas, un hombre joven por lo visto.

-Sí, anuló a cuatro de nuestros dos hombres, eso según el parte que se me ha dado.

-¿Hay forma de conocer su identidad?

-Ya estoy en ello.

-Bien, bien. Centrémonos en nuestro hombre.

-Está despedido, vejado, humillado y procesado.

-Estoy rodeado de estúpidos. Me sobráis todos. Sois ineptos e insensatos.

El que hablaba se puso de pie enojado y rojo de ira; los demás enmudecieron al instante

-Él es un habilísimo y sin igual hombre de leyes, y por lo tanto es un hombre de infinitos recursos para conseguir lo que desee o se proponga. La ley es una selva que conoce a la perfección. Allí él se mueve como si de los mismos pasillos de su casa se tratase. Y ahí, si no lo evitamos, ahí será donde nos ponga las trampas en las que iremos

cayendo uno a uno. Él se limitará simplemente a destruirnos con la insignificante firma de un papel. Caeremos como chorlitos en su jaula.

-Hay que evitarlo. Las elecciones generales están a la vuelta de la esquina, y me temo que van a cambiar las tornas.

-La única forma de evitarlo es matándole, y está visto que no habéis podido hacerlo. De seguro que ahora estará una docena de agentes de la Secreta protegiéndole.

-Todo se pasará.

-Estúpidos, todo habría ido bien si no hubieseis herido a ese policía. Ese ha sido un fallo garrafal por vuestra parte, y yo mismo me encargaré que lo paguéis.

Esta amenaza por parte del hombre que parecía ser el más importante de todos los allí reunidos, pareció impactar duramente en el resto. Por tanto hubo inmediatamente soluciones.

-Deseas que llame a mi hombre ahora mismo. Tengo aquí mismo su teléfono.

-Sólo si estás muy seguro de él.

-Lo estoy, es bueno, muy bueno.

-Más te vale que sea así, si fracasa deberás deshacerte de él, y luego nosotros no desharemos de ti ¿Me has comprendido?

El hombre palideció. Un reflejo de miedo e impotencia le invadió proporcionándole un temor sobrehumano que le hacía hasta tartamudear.

-¿Lo veis? ¿Veis lo mismo que yo? ¿Veis como tartamudea por el miedo de la simple posibilidad de perder la vida? ¿Y tú eras el que hacía unos momentos destruirías a nuestro hombre con tanta facilidad?

-Yo, yo, no se que...

-Yo diré por ti lo que el miedo no te deja. Alejandro en tu lugar no habría ni pestañeado, como no pestañeará cuando la guardia civil nos lleve esposados a la cárcel por su testimonio. Pero ahora, lo que te quita el habla son mis palabras, las que te anuncian tu muerte si se diese el fracaso en lo que te voy a encomendar.

-¿Qué debo hacer?

-Contacta con ese hombre. No debes hacerlo directamente, busca un intermediario. Para ello necesitarás fondos. Mañana mismo trasferiremos a la cuenta cisterna los necesarios. Las instrucciones que le harás llegar son muy explícitas, claras y sencillas. Pon atención, poned atención todos vosotros...

Ya se ve que mi padre tenía enemigos, y muy peligrosos. Sin embargo él no era ajeno a esto, siempre lo tenía presente. Y eso fue lo que, una vez puestos los pies toda la familia en el otro Continente, llevó a mis padres a dar muchas gracias a Dios, no por encontrarse a muchos kilómetros de distancia de los que les odiaban, ni muchísimos menos, mis padres le daban gracias Dios primeramente por la seguridad y la estabilidad que había recobrado su familia y porque allí donde iban se encontraba uno de los hombres más poderosos, ricos e influyentes de todos los Estados Unidos de Norte América. Ese hombre era el marido de tía Feliciano: Richard.

Este era un hombre inmensamente rico y poderoso, como ya os he dicho, y muy influyente e importante en el ámbito nacional americano. Su estrechísima amistad y colaboración con el mismo Presidente, hacía de él uno de los hombres, no nombrados y conocidos, pero sí de los más relevantes y mejor situados en el conglomerado político de esa gran nación. Sus contactos y sus amistades se ramificaban por ambientes y círculos muy distinguidos, y selectos, así como otros que no necesitan mención.

A la vez, había que hacer notar que era un hombre bueno, de grandes valores. Su valor personal le llevó a ser condecorado varias veces durante la Segunda Guerra Mundial con toda clase de honores y premios al valor. Era, lo que nosotros denominaríamos como un héroe.

Tanto tía Feliciano como él, tenían un trato muy agradable. Nosotros, desde un primer momento, nos pudimos sentir como en nuestra casa. Tan cariñosos y a la vez respetuosos fueron con nosotros, que llegamos a quererles mucho, mucho. Eso a ellos les hizo inmensamente felices.

Aquello era otra vida, muy diferente, muy apacible. Pero mi padre y mi madre contaban los días y las horas que restaban para el retorno de Nabuco con ellos.

¿Que se quedó haciendo en España? Nadie, nadie jamás lo supimos ni lo sabemos. Es un gran interrogante en nuestra historia familiar.

Bueno, os contaré cosas de nuestra estancia en América.

Como os iba diciendo, embarcamos todos en un inmenso Boeing-747. El viaje nos parecía interminable. Recuerdo que a Lourdes y a Margarita las produjo mucho miedo el montar en avión. Tuvo que venir una azafata, y después de una persuasiva y cariñosa explicación de lo que era volar, las dos mellizas parecieron quedarse más tranquilas.

Pero, cuando nos quisimos dar cuenta, ya estábamos en nuestro destino. En el mismo aeropuerto nos estaban esperando, ¡no os lo perdáis!, tres limusinas gigantescas para llevarnos al rancho. Esto divirtió mucho a Andrés y a Jose Mari.

La bienvenida por parte de tía Feliciano no se hizo esperar. Era una mujer muy buena y se notaba que quería mucho a mi padre y a mi madre, eso nos ganó a todos y consiguió nuestra confianza y cariño de inmediato. Esta vez no estábamos en la casa de un extraño, de alguien que no conocíamos. Estábamos en la casa de un familiar nuestro, y se quiera o no, eso se hizo notar muchísimo.

El rancho era enorme, y se llamaba “El Grande”. Tenía ese nombre porque era el de mayor extensión de todo Texas. Ya lo veréis cuando os cuente cosas sobre él.

El hacernos a la vida de allí nos fue realmente fácil. Tía Feliciano era una mujer muy buena y nos quería sin cumplidos. Lo más importante para nosotros, y que como niños que éramos, captamos a la perfección, es que tanto tío Richard como tía Feliciano nos querían de verdad. Recuerdo nuestra primera cena en “El Grande”. Tío Richard no había llegado todavía.

-¡Todos a la mesa! Roy llama a los niños, estarán hambrientos.

-Sí, patrona, voy volando.

-Buenas noches tía.

-Hola, sobrino; buenas noches Carolina.

-Buenas noches, Feliciano.

-Sentaros, hijos míos; he mandado a Roy para que avise a todos los demás. Richard se nos unirá para el postre. Vendrá hambriento.

-¿Deseas que le esperemos?

-No, ni muchísimo menos. Está deseando llegar sabiendo que estáis aquí. Le hace feliz el solo pensar que tiene a todos vuestros hijos para enseñarles el rancho, ya le conocéis. Ama a los niños con locura. También querrá a los dos hermanos que habéis traído con vosotros, bueno, por ahora la muchacha. Me gusta mucho esa criatura, mucho; ¡es un ángel!

-Perdieron a sus padres, en los momentos malos, la Providencia los cruzó en nuestro camino para ayudarnos, y verdaderamente lo han hecho. Tengo que contaros, pero ya cuando esté Richard, cómo salvaron de la muerte a un anciano, con una madre y su hijito. Luis y él han sido unos verdaderos héroes. Lo contaremos todo esta noche en la tertulia.

-Sí, he hecho acondicionar la sala de la chimenea. Ha quedado muy acogedora. El fuego de la chimenea hace sentirse en casa, calentitos, todos unidos. Está muy acogedor.

Mientras tía Feliciano decía esto...

-Pero, cariño, ¿tú aquí ya?

-¡Hola, Feli!

Era el mismo tío Richard el que en esos momentos entraba en el salón comedor. Su aspecto era el de un hombre cansado, pero inmensamente contento. Después de saludar a su esposa, fue hasta mis padres con los brazos abiertos para darles la bienvenida a su casa.

-¡Hola Carolina; hola Alejandro! ¡Me alegra mucho veros! ¡Me llena de felicidad el encontraros aquí!

-¡Gracias, Richard! También nosotros nos alegramos de verte y te agradecemos a ti y a la tita todo lo que hacéis.

-¡Tonterías! Para nosotros es una alegría. ¿Dónde están los chicos? Me ha dicho Feli que hay dos nuevos. Deseo conocerlos.

-Ha ido Roy a avisar a todos, pero no me explico...

-Patrona... Buenas noches patrón.

-Buenas noches Roy. ¿Que ocurre?

-Los chicos están con el potro de Betana y no hay quién los mueva de allí.

A tío Richard se le iluminaron los ojos. Su faz mostró un aspecto de satisfacción grande. Le encantaba que los muchachos estuviesen entre sus cosas, en sus caballerizas, que disfrutasen con todas las maravillas que el gigantesco rancho encerraba, a la forma de como un inmenso cofre encerrase un valioso y gran tesoro.

-¿Quién es Betana?

-Es mi mejor pura sangre. Es joven y fuerte. Ha parido un potrillo que es digno de su padre, mi mejor semental, capeón y requete campeón en tres temporadas.

-Voy yo a por los chicos -repuso tía Felicianana-.

-No Feli, voy yo.

-Te acompaño -repuso mi padre al unísono-, de esa manera nos aseguraremos de que la cena no se enfríe más de lo debido.

-Magnífico, Alejandro.

Por el camino mi tío Richard y mi padre cruzaron unas palabras.

-Querido Alejandro, tenemos que hablar.

-Ocurre algo Richard.

-Tienes enemigos, Alejandro. Tengo un informe confidencial, ya sabes, cosas que se pueden llegar a saber.

-¿De qué se trata?

-Han mandado un asesino a sueldo para acabar con tu vida.

-Bendito sea Dios, algo sospechaba yo. Ya me preguntaba por qué el Señor nos había traído aquí, tan lejos con vosotros. Y ya es la segunda vez que algo por estilo ocurre.

-No te apures por esto, ya está en manos de los Rangers de Texas. Ese hombre será detenido en cuanto ponga sus pies en este Estado. Sin embargo, ya sabes como pienso, Alejandro...

-Sí, Richard. Dentro de dos años hay elecciones. Cambiará totalmente el panorama político en España. Los que ahora mandan se retirarán. Será el momento de atacar con todas las armas que la ley pone en mis manos.

-Y yo deseo ayudarte. Si lo deseas, mi equipo de abogados te acompañará y te ayudará.

-Te doy las gracias y lo acepto de corazón.

-¡Magnífico! Mañana mismo haré venir a Clarence, iréis calentando motores. También él, como tú, se especializa en cazar víboras y echarlas al fuego. Mira, hemos llegado, ahí están los chicos.

-Tenía que pedirte algo muy especial, Richard.

-Si está en mi mano concedértelo, cuenta con ello.

-Es respecto a Nabuco.

-¿Quién es Nabuco?

-Es el hermano de la muchacha que ahora te presentaré, son como hijos míos.

-Comprendo. ¿Qué deseas que haga?

-He de decirte algo que sólo mi mujer y yo, este muchacho, y ahora tu, sabemos. Mira, esto viene de hace diez años, cuando yo ejercía como abogado. Aquél caso fue extraordinario. Ocurrió que...

Mi padre refirió a Richard el por qué Nabuco se había quedado en España. Mi tío le escuchó atentamente. Minutos más tarde, nuestra reacción por ver al tío Richard no se hizo esperar. Todos, a excepción de Lorena, corrimos a abrazarle gritando de alegría. Los momentos de satisfacción y júbilo fueron muy emocionantes y entrañables. Mi padre fue hasta donde estaba Lorena, y rodeándola amorosísimo con sus brazos se dispuso a presentarla a tío Richard.

-Esta es mi hija Lorena. -dijo mi padre con el orgullo y la satisfacción dibujada en su rostro.

-Ven, hija mía, y cuéntate entre mis sobrinos. Yo soy Richard, tu tío Richard.

-Encantada, señor.

-No me digas señor, dime tío Richard. Aunque las cosas hija mía tienen su tiempo, y para ti hay mucho, mucho tiempo. Espero que aprendamos a querernos y que nos queramos realmente.

-¡Claro! -respondió Lorena un tanto aturdida y con sus mejillas encendidas en un vivo color rojo-.

-Veo que el pequeño Boy os ha engatusado.

-Es precioso tío. Yo lo quiero para mí -dijo mi hermana Mabel, tirando del chaleco de mi tío Richard-.

-Pero hijita, si te lo llevas, ¿qué va a decir su mamá? Además, ahora la tía y vuestra madre están esperándoos a todos con una mesa repleta de cosas ricas. ¿Quién tiene hambre?

Todos gritamos a la vez: ¡yo!

-Pues, hala, vayamos y comamos, luego tomaremos unas chucherías que os he traído mientras charlamos junto al fuego. ¡Vamos!

Mientras nos dirigíamos a la casa, mi padre recordó una conversación que tuvo con Nabuco, dos días antes de partir hacia Texas:

-Soy tan feliz, y mi hermana también que, que... no sé ni que decir, la verdad es que...

-La verdad es que te desborda todo.

-Me acuerdo de mi padre, de mi madre, pienso que estarán felices de vernos así, pero...

-Te comprendo hijo mío. Para ti es un gran dolor no poder compartir todo esto con tus papás.

-¡Claro! Esto me rompe el alma en trozos. Deseo estar sólo.

-Claro Nabuco, hijo mío, sin embargo quiero darte un consejo. Todo esto, tu intimidad, tus sufrimientos, no los abandones en un rato de expansión por el campo, en la amable naturaleza que aquí se nos brinda acogedora. No. Por la noche, en tu cuarto, entre tus cosas, abre al Señor tu corazón, cuéntale todo. Y a nuestra madre, la santísima Virgen María, recíbelas entre tus cosas, en tu intimidad.

-Lo hago, pero me da la sensación de estar hablando sólo, conmigo mismo.

-Dios es más íntimo a nosotros mismos, que nosotros mismos. Cuando te crees escucharte a ti mismo, es a Él a quien oyes. Él es tu Dios, tu Padre, tu Todo. Es la nada recibiendo al Todo, y cuando esa nada, que eres tú, se percata sólo un poco, de haber recibido en sí al Todo, ocurre lo que tú sientes, una armonía, un fusión, una unión perfecta del Amor que desea ser amado y correspondido.

-Gracias, lo tendré en cuenta.

Aquella conversación me la contó Nabuco pasados ya muchos años. Fue una conversación que para él cambiaría el rumbo de su vida, pues cambió algo que para él era fundamental, y en la que desde la muerte de sus padres se había refugiado, esto es, su intimidad.

La vida para nosotros, para toda la familia había cambiado por completo de la noche a la mañana. De estar deambulantes por las carreteras de la Península Ibérica, a estar como estábamos en el Rancho de los tíos, había un abismo que no tenía ni color.

Nuestra existencia se nos mostró amable. El sufrimiento se trocó en gozo, y el gozo en alabanza a Dios nuestro Señor que era tan bueno con nosotros. Estuvimos con los tíos un año entero, que ciertamente se nos hizo muy corto. ¿Que puedo contaros de todo este tiempo? Muchas, muchísimas cosas. Mirad. Aprendimos a montar a caballo, a hacer volar un helicóptero, prácticas de supervivencias que nos enseñaron los vaqueros de los tíos. Y tantísimas cosas que conlleva y da de sí la misma convivencia.

Y grande fue la alegría de todos cuando Nabuco regresó a nuestro lado. No pasó una semana escasa y Nabuco ya estaba de regreso con nosotros. Mi tío Richard había cumplido el encargo que mi padre le mandó a la perfección. Fue una gran alegría. Teníais que haber visto la cara de Nabuco al ver el rancho de mis tíos. Le encantó. Y cuantas cosas nos ocurrieron en él, cuantas anécdotas podemos recordar de aquellos días maravillosos en Texas.

De todas ellas, encuentro algunas que me gustaría contaros. Empezaré por el día en que Lorena y Mariana se perdieron. Fue apoteósico. Escuchad.

Era ya media tarde. El sol empezaba a declinar en el horizonte. El ruido de los rebaños era ensordecedor.

A esa hora era costumbre de mi padre que nos reuniésemos todos para rezar el rosario. Pasado un rato, cuando nos quisimos dar cuenta, nadie encontraba a Lorena y Mariana.

Las esperamos un rato, pero nada. Mi padre decidió comenzar el rosario, pero aún cuando éste llegase a su término, no fue tiempo para que las dos apareciesen. Poco a poco, de insignificante, la situación fue cogiendo tiznes de gravedad. Llegó incluso la noche, y nadie, absolutamente nadie, sabía nada de ellas.

Esto llegó a oídos de los vaqueros, los cuales se dispusieron a recibir órdenes de su patrón para llevar a cabo una partida nocturna.

-Ensillad todos los caballos. Tu y Donald haréis cabeza en el norte, Adam al sur, Pit al este, yo iré al oeste. ¿Quién ha sido el último que ha visto a las niñas?

-Yo patrón. Me comentaron que iban a ir dando un paseo a la cabaña del viejo Sam. Pero de eso ya hace mucho.

-Está bien. Esperad órdenes mías. Nos pondremos en contacto por I-14.

Mi tío estaba muy preocupado. Mucho. Él y sus vaqueros sabían que existía un peligro real y muy frecuente por aquella región, era el de los pumas. En aquellas tierras había muchos de ellos. De hecho eran a veces una pesadilla para la seguridad de los rebaños, que se veían de continuo amenazados por la presencia de este fiero y fuerte felino. Nadie quería recordar el nombre de uno de los hombres de mi tío Richard, el cual fue atacado, y aunque este animal es de suyo solitario y nunca caza en manada, fueron tres de estos grandes gatos, los que un miércoles, a plena luz del día, mientras volvía al rancho, se abalanzaron sobre él, matándole y devorándole. De esto nos enteramos más adelante.

La situación se estaba poniendo fea, muy fea. Mi tío llamó a sus hombres y les dio orden de partir. Cerca de un centenar de jinetes se dispusieron a la búsqueda internándose en la noche con potentes linternas y altavoces.

-Alejandro, soy Richard.

-Sí, Richard.

-Voy a partir en el helicóptero, ¿quieres venir?

-No, prefiero quedarme con Carolina y los demás, están muy nerviosos.

-Déjame ir a mí, papá.

-Mi hijo, Luis, quiere ir contigo.

-Le recogeré en unos minutos, que esté preparado.

-¡Bien, bien; gracias, papá!

-De nada, hijo mío. ¿Donde está Nabuco, hijo?

-Desde que se enteró que Lorena y Marina no aparecían, no he sabido más de él. Para mí que ha ido a buscarlas.

-Sí, eso me temo.

Os adelantaré que esa noche nadie dió con el paradero de Lorena y Mariana. Los acontecimientos fueron tomando un cariz muy feo y preocupante. Mis padres estaban muy nerviosos y preocupados, toda mi familia sufría mucho por la terrible duda del incierto paradero y estado de las niñas.

Un vaquero de mi tío se acercó hasta este.

-Dime, Boy.

-Patrón, es necesario enviar a buscar a la reserva india al abuelo "Coyote blanco".

-Está lejos.

-En un helicóptero se llegaría en una hora y media. Tendrían que ir dos para traer a la partida.

-¿Qué dice este hombre, Richard?

-Te explico Alejandro. Hay en mis tierras, una zona que antiguamente perteneció a una tribu de indios. Son rumores infundados, pero se cree, que algunos jóvenes, descendientes de los antiguos guerreros, desean recuperar esas tierras.

-Esto es como... una película, no sé...

-Hemos recibido avisos de ellos, nada importante. Un hombre, entre ellos parece ser el más importante, y que ha cogido el puesto de cabecilla o jefe, me ha reclamado estas tierras alegando que los restos sagrados de sus antepasados están enterrados allí.

-¿Y tú que le has dicho?

-Naturalmente que no. Pero no perdamos tiempo. Si no me equivoco, después del rastreo que hemos hecho, ya teníamos que haber encontrado a las niñas. Boy, coge el número quince y el doce, y parte a toda prisa a por el anciano.

-¿Y que puede hacer un anciano en todo esto?

-Sin el consentimiento de ese anciano, no hay un indio que ose levantar un sólo pie del suelo sin que él lo haya consentido antes.

-Bueno, esto es como...

-Te comprendo; sin embargo, te aseguro que las niñas se encontrarán perfectamente. Esa gente es agresiva, pero no asesinos.

¿Queréis que os cuente como terminó todo? ¿Sí? ¡Vale!

Nadie se podía imaginar lo que en las dos horas siguientes iba a pasar.

Lorena y mi hermana no habían sido raptadas por ningún indio, ni a punto de ser devoradas por un puma. Lo único que había pasado, y era tan simple como la vida misma, es que la noche anterior se habían quedado cuidando a los pequeñines, que habían pasado una noche muy mala por algo de frío que habían cogido. Sólo tía Feliciano sabía que se habían ido a dormir muy temprano por si esa noche tenían que volver a las andadas con los más pequeños. Pero tía Feliciano se olvidó, y las dos susodichas, dormían plácidamente cada una en su cama, sin deparar por un instante lo que su ausencia estaba provocando.

Pero todo continuó hasta que...

-¡Alejandro, Carolina, queridos, yo...!

Alejandro y Carolina miraran a la tía Feliciano con asombro y cansancio. Asombro porque había palidecido notablemente, y cansancio por las altas horas de la noche, ya casi de madrugada.

-¿Que ocurre, tía?

-Las niñas, yo, están...

-Continúa tita, ¿qué ibas a decir?

-Esto es terrible, Alejandrino. Las dos niñas, me dijeron ayer que estaban muy cansadas por la noche que habían pasado, que las disculpásemos, que...

-Oh tía, no lo digas, que se iban a la cama y que por lo tanto... ¡Pero, no entiendo, hemos mirado en su cuarto!

-Sí Alejandrino... Pero me dijeron que no era ahí donde..., que dormirían en el ala oeste para no ser molestadas.

-¡Bendito sea Dios! Vamos sin tardar.

-Cuidado no las asustes, amor mío.

-Descuida, Carolina. Tía, avisa a Richard y a todos.

Ahí estaban las dos, dormidas profundamente, paseando por el país de los sueños sin tener conocimiento de lo que este paseo había provocado.

Aquello quedó allí, en un puro susto, en un formidable cansancio por parte de todos y por supuesto la alegría de saber que las niñas estaban bien.

Tenías que haber visto al indio que fueron a buscar troncharse de risa al enterarse que las niñas estaban plácidamente dormidas. Mi madre comentó que siempre había creído que los indios eran más serios.

CAPÍTULO XI

UNA ESPINA PARA NABUCO

Este capítulo lo dedico a contaros algo que hizo mucho daño a Nabuco, pero que sin embargo, él, siempre de corazón noble y bueno, sobrellevó con hombría y valor.

Fue inevitable, por esas cosas que tiene la vida, por esos reveses tan caprichosos del amor, que mi hermana Lorena, quedase profundamente enamorada de uno de los vaqueros de mi tío Richard. Y tengo que deciros que este, a su vez, era un tío de una pieza, muy serio y con un fondo de persona excelente. Y no sólo como persona, en todo era un buen muchacho. Quiero haceros notar que era el hombre preferido de mi tío, el de su más confianza, como él decía: su mejor vaquero. Mi tío Richard quería a este joven como si de un hijo de su propia sangre se tratase, correspondiendo este plenamente a tan singular gracia que le hacía mi tío. Mi tía Felicianita compartía plenamente esta singular preferencia de su marido. Para que os hagáis una idea, en la mesa de mi tío, nunca había dos servicios de comida, sino tres. Este tercero era para él, para Lorenzo, pues ese era su nombre.

Era de padre indio, para seros más exacto cheroqui, y madre mexicana. Su aspecto era, sin exageraros imponente, hasta mi madre llegó a comentar que era un chico muy apuesto. Aunque, lo que más gustó a mis padres fue que era un hombre de muy sanas costumbres y un buen cristiano.

Todo fue terreno abonado para que una de mis hermanas, se enamorara de él, y esa tuvo que ser la misma Lorena. Y no creáis que este amor de Mariana no fue correspondido, todo lo contrario, él también se fijó en ella, y desde un primer momento buscó su compañía y se enamoró profundamente de ella.

Para Nabuco esto fue un bombazo que casi prácticamente le hundió. Y este sufrimiento suyo, tan sólo lo conocíamos yo y...mi padre. Nabuco necesitaba algo, alguien que le aconsejara, alguien al que creer ante este revés tan duro que la vida le daba. Él mismo buscó el cobijo y el apoyo de la persona que más quería de todas las que se encontraban encima de la tierra, o sea, de mi padre.

Fue en un bellissimo atardecer en los prados de Texas. Un cielo azul inmenso envolvía al gran sol de la interminable llanura que se ocultaba por el oeste. Mi padre salió sólo a pasear mientras presenciaba el inmenso y bellissimo espectáculo que ofrecían las fuerzas puras de la naturaleza y las formidables y potentísimas del universo creado.

Nabuco le vio salir y no perdió la oportunidad de salirle al encuentro. La faz de mi padre se iluminó de alegría cuando le vio acercarse.

-Mira, hijo mío, que bello atardecer.

-Sí, muy diferente del de nuestra Sierra. Aquellos son fríos, no son cálidos.

-Es cierto, estos invitan a pasear, los de nuestra sierra de Madrid, invitan a recogerse, son fríos.

Los dos continuaron paseando. Mi padre inmediatamente comprendió que algo le pasaba a Nabuco, que su actitud no era normal, y como siempre, como sólo él sabía hacerlo, le abordó sincera y directamente.

-Pero creo que esta tarde a ti el atardecer no te llama la atención hijo mío. Te ocurre algo y presiento que has venido a contármelo.

Nabuco se calló, no se sentía cOhibido, pero sí algo violento. Tenía la necesidad imperiosa de abrirse a mi padre pero no encontraba la forma.

-Todo esto, todo lo que estamos viviendo, es pasajero, como un sueño del que nos despertaremos y que será como si no hubiese ocurrido. Usted y su familia volverán a su vida de antes y Lorena y yo al orfanato caritativo y vacío de mis tíos.

Mi padre le escuchó atentamente y no le interrumpió. Bien sabía él por donde iba el corazón de Nabuco, lo de su profundo dolor por lo de Lorena con Lorenzo.

-Continúa hijo mío, te escucho.

-No, simplemente quería hacerle notar la realidad en la que vivimos.

Pasados unos minutos, después de haber paseado callados, mi padre atrajo hacia él a Nabuco con su fuerte brazo. Y le dijo:

-No, hijo, ya nada será igual, ni para mi, ni para los míos. Y entre estos míos os incluyo a ti y a Lorena. Tienes razón en que todo esto pasará, pero en lo que no tienes razón es en pensar y decir que Carolina y yo nos olvidaremos de ti y de Lorena. No hijito mío. Yo volveré a Madrid, haré polvo a mis enemigos y removeré Roma con Santiago para que podáis llamarme a mi papá, a Carolina, mamá, y que mis hijos sean vuestros hermanos. Ardo en deseos que esto se cumpla, pues te quiero como un padre amantísimo, respetando la memoria y el puesto de los que Dios os dio y a la vez os quitó, y al que estoy inmensamente reconocido.

-Nadie me ha hablado como usted lo hace ahora.

-Porque nadie te ha querido como yo te quiero. Sí, hijo, te he dicho que Dios te dio a tus padres y también te los quitó, tanto a ti como a Lorena, porque es la verdad. Dios nos da y nos quita. Esto es un misterio muy grande del amor de Dios para con nosotros.

-Antes de comenzar todo esto, me enteré de uno familia en que el padre, de cuarenta años, había muerto de infarto de corazón. La mujer, una chica de treinta y dos años quedó viuda, sola, con sus hijos, y no más.

Nabuco dio rienda suelta a todo lo que en esos momentos bullía en su corazón atormentándole.

-Ya sé que querías a Mariana, y que ella parecía corresponderte. En ti había anidado la ilusión de un futuro, del algo...

-Yo, no sé...

-Te quiero decir algo Nabuco que no he llegado a decir a nadie, ni siquiera a mis hijos. ¿Sabes de quién lo aprendí?

-No.

-Claro, no la llegaste a conocer. Ella sí que te conoce, pues de los que amamos, cuando amamos como Dios quiere, nunca nos separamos de ellos, el amor es más fuerte que la muerte. ¿Crees esto, hijo mío?

-Sí, por supuesto.

-Mi madre, cuando yo tenía tus años, me reveló un secreto. Este secreto sólo llegan a conocerlo quienes lo escuchan con un corazón puro. Quien no tiene corazón puro, aunque lo oyese, nunca llegaría a poseerlo.

-¿Cual es ese secreto?

-Hijo, los matrimonios, los verdaderos matrimonios, los que Dios ama y bendice sobre todos, se hacen en el cielo. Es Dios el que da al hombre la compañera de su agrado, agrado que el hombre comparte plenamente con Dios, conociendo que lo que se le entrega es de Dios y a Dios ha de volver. Y que incluso, fíjate lo que te digo, ni la muerte llega a romper, sí a transformar, pero nunca a romper. Son los matrimonios que Dios llama santos.

Nabuco escuchaba absorto a mi padre sin saber que decir.

-También he de decirte algo que te va a hacer sufrir, pero que sin embargo, te dará mucha paz.

-¿El qué?

-Si Mariana se ha enamorado de Lorenzo y él de ella, señal cierta de que Mariana no es para ti. Cree hijo mío que si Dios te arrebatara una flor, muy suyo y poderoso es Él para darte otra, a la que querrás más que a ninguna, y que te enjugará todas las lágrimas que has derramado anteriormente por otra que no estaba predestinada por Dios para ti.

Nabuco permanecía callado. Por sus mejillas corrían dos grandes lagrimones señal cierta de su sufrimiento interior.

-¿Y qué voy hacer yo ahora si la quiero?

-El amor cuando no se cuida, cuando no se riega día a día, pasa, se apaga, como lo haría la llamita de una vela encendida. Y esto es así, y así lo ha hecho Dios nuestro Señor, y por lo tanto, es bueno. Muchas mujeres se cruzarán en tu vida, pero lo verdaderamente importante es que sepas escoger la que es tuya, la que ha nacido para ser tu esposa, como tú has nacido para ser su esposo.

-Comprendo; lo de la media naranja.

-Por ahí van los tiros, aunque es mucho más perfecta la unión en el matrimonio que lo pueda ser una fruta partida en dos.

-Es algo que...

-Te comprendo, muy humillante. Pero, mira que nadie más que tú y yo lo sabemos. Debes de ser un hombre y afrontar la vida como un hombre. Nada más tengo que decirte.

-Gracias, muchas gracias.

-A ti, hijo mío. ¿Sabes una cosa?

-No, ¿de qué se trata?

-Richard está buscando la forma de unir comercialmente unos terrenos que recientemente ha comprado en España con el negocio que aquí desarrolla, o sea, la cría del caballo y reses mayores. Necesita a alguien preparado para...

Nabuco no daba crédito a lo que oían sus oídos.

-Había pensado, que Luis y tú, quizás... con unos estudios, podríais quizás...

-Pues claro. Estoy seguro que Luis estaría encantado. Y yo...

-Sé que entre tus aspiraciones está ser veterinario, y aquí, con Richard y conmigo, podrías plantearte todo nuevamente.

-Sí, creo que desde pequeño es la única cosa que me ha llamado la atención. Sí, sí la estudiaría, aunque ya veremos, es mejor no hacer planes. Con todo, me lo voy a plantear.

-Pues ¡ánimo! Podrás compaginar las dos cosas, estudio y trabajo, esto te fortalecerá mucho. Además, Carolina y yo estaremos contigo.

-Gracias, muchas gracias. Estoy deseando ver a Lorena para contarle...

-Gracias, sí, pero todavía no he oído algo que en estos momentos ansío con toda mi alma, y es algo que todavía tus labios no han pronunciado y que sé que se encuentra en ellos.

-¿El qué?

-Papá, que me digas papá.

Nuevamente dos grandes lagrimones brotaron de los noble ojos de Nabuco. Abrazándose a mi padre, perdón, a nuestro padre, le dijo con voz muy honda...

-Sí, sí, papá, mi papá.

CAPÍTULO XII

TODO SE VA PONIENDO EN MARCHA

Muchísimas, muchísimas cosas os podría contar de aquellos días felices. Ahora cuando os hablo, el sólo relato me evoca recuerdos que encienden mi corazón.

Casi dos años estuvimos en Texas con mis tíos. Allí quedaron algunos de los mejores recuerdos de nuestra vida. También se quedaron Mariana y Lorena, pues al dolor de Nabuco por la pérdida de Mariana, al poco tiempo me uní yo con respecto a Lorena. Esta vez no fue un vaquero, sino uno de los directivos de mi tío. Tengo que decir que, como Mariana, Lorena encontró un hombre que tenía la talla suficiente para hacerla inmensamente feliz. Chuck, que así se llamaba, como mi actor favorito Chuck Norris, era según mi tío, el puma de los negocios. Alguna vez los vemos, cuando ellos vienen a Madrid por algún motivo o nosotros vamos a visitarlos por vacaciones casi siempre, y no creáis que unas vacaciones en Texas no son un atractivo suficiente para toda la familia.

Pero no deseo entreteneros. Os seguiré contando como fue desarrollándose todo en aquellos días. Fue por la mañana. Hacía un día excelente. Lucía un sol que no era fuerte pero sí agradable. Todos acudimos al desayuno como era habitual, una montaña de cereales, huevos fritos y filetes nos esperaban en la gran mesa del comedor. Al acabar el desayuno, mi tío presentó a mi padre la pantalla encendida de su ordenador portátil. A través de Internet había accedido a la prensa de Madrid, no recuerdo exactamente de la página web que se trataba.

-Mira, Alejandro, muy buenas noticias.

Mi padre se acercó lo más que pudo. Su rostro cambió en unos instantes. Algo comentó con mi tío.

-Bien, la hora de moverse ha llegado. Voy a ponerme en contacto con mis abogados para que preparen el puente para tu regreso.

-¿Que ocurre Alejandro?, preguntó mi madre con aire de incertidumbre.

-Amor mío, es la hora de volver a Madrid, de recuperar todo lo que es nuestro.

-Nos pondremos en marcha inmediatamente.

-No, no, no querida mía, iré sólo.

-No puedes ir tu sólo, te me vendrás abajo Alejandro, hazte acompañar de alguien.

-Si, Carolina tiene razón, nos esperan días duros.

-Está bien. Tú Luis, y tú Nabuco, ¿deseáis venir conmigo para acompañarme?

-Claro papá, estamos contigo, ¿verdad Nabuco?

-Por supuesto Luis -repuso Nabuco casi al instante-.

-Pues; ¡todo dicho! -dijo mí padre con resolución-. Haré los preparativos hoy mismo. Si te parece fijamos el día de partida para dentro de una semana. Hoy es martes, pues el martes día 21 saldremos para España.

-Estupendo, esto me dará tiempo a hacer todos los preparativos. Richard, tengo que pedirte algo.

-Lo que deseas, Alejandro.

-Un ordenador portátil con Internet. Es imprescindible que sea muy potente y esté totalmente limpio de cualquier información. Necesito el Office y un programa de contabilidad instalado. Me da igual el que sea, pero que no entre en los patrones conocidos.

-Haré que hoy mismo por la mañana te sea entregado. Te haré instalar el programa de contabilidad más usado por nosotros, te harás con el nada más encender el ordenador, es muy intuitivo y seguro. Pero Peter se encargará de todo lo referente a la informática, cualquier cosa que deseas, no dudes en pedirla.

-Gracias, Richard.

-Me retiro, adiós querida tengo mucho que hacer.

-Adiós, amor mío, te espero para la comida.

-Sí a esas horas estaré aquí. Adiós a todos.

-Adiós tío, repusimos a coro todos a la vez despidiéndole, aunque este no se libró del ataque por sorpresa de los pequeños que reclamaban un beso del gigantón tejano, como le llamaba algunas veces mi tía.

-Bueno hijos míos, ya habéis oído lo que hay. Carolina, amor mío...

-¡Oh papá, no quiero que te vayas! -dijo Mabel acercándose a mi padre para abrazarle, aunque era evidente que lo único que quería era un beso suyo-.

-Me debo ir hijita. Tengo que luchar por lo que es mío, porque lo mío es lo vuestro.

-Pero papi, si estamos aquí muy bien, yo no quiero volver.

-Somos españoles. Dios nuestro Señor nos hizo nacer en España. Hemos de volver. Allí está nuestra vida, todo por lo que hemos luchado.

-Pero nos han echado.

-Tienes razón, Ernesto, sin embargo, debo volver y limpiar el buen nombre de la familia, no debo quedarme indiferente ante todo lo que ha pasado. Tened en cuenta que es mucha gente, muchas familias las que pueden salir perjudicadas, si personas como las que nos han querido hacer daño, no son entregadas en manos de la justicia para que paguen en esta vida, si es posible, su réprobo proceder. No penséis que me mueve la venganza en todo esto, hijos míos. Todo lo contrario.

-Vuestro padre tiene la razón. -Fue mi tío el que intervino inesperadamente-. La corrupción en todos los niveles ha de ser combatida y eliminada en la medida de lo posible. Si todos bajásemos la cabeza para encontrar nuestra seguridad personal y nuestro bien individual, la sociedad se destruiría por el peor cáncer que la puede dañar, el del egoísmo. Vuestro padre juró ante una sagrada Biblia el defender los intereses de su patria, de su nación sobre los suyos personales. El era consciente de lo que significaban las palabras que su boca pronunciaba.

-Sí hijos, así es. Cuando un hombre jura, se tiene a sí mismo entre las manos. Si abre sus manos, rompiendo o faltando a ese juramento, corre el peligro de no volver a encontrarse a sí mismo jamás, es como agua desparramada en el suelo, ¿qué, o quién podrá reunirla nuevamente una vez que ha caído en tierra? Estas palabras no son mías, las dijo un gran hombre hace ya muchos siglos.

-¿Quién, papá?

-Tomas Moro, Sir Tomas Moro, Santo Tomás Moro, cualquiera de las tres formas de nombrarle es válida.

-Si fue un santo, sería más respetuoso nombrarle como tal primeramente.

-Tienes razón, Mariana. Sin embargo, él fue primeramente un hombre justo y bueno. De ahí, paso, con su esfuerzo y su valía, a ser Sir. A continuación fue ensalzado por el rey al título de Lord Canciller de Inglaterra. Hijos, ni podéis imaginar el poder que tal título otorgaba a quién lo recibía. Más adelante, como fraguado por su vida, como premio a una vida como la suya, nuestro Señor esta vez, no el rey, le entregó dos títulos, el de santo y el de mártir. Como el otro Tomás Bécquet. Dos Tomases, ante dos Enriques, en dos momentos decisivos en la historia de la salvación. Que poco meditamos los signos que Dios nos da, aunque es nuestra obligación hacerlo.

Mi padre era un hombre que sentía mucha devoción por santo Tomás Moro. Le atraía mucho de él su manera de meditar en la Pasión del Señor, en el sufrimiento que conlleva la tribulación. Solía tener en sus labios palabras de Tomas, como él decía, y que nos las hacía llegar a nosotros de una forma natural. Una frase que le gustaba mucho repetirnos era: Dios creó a los ángeles para que le sirviesen con su esplendor, pero al hombre le creó para que le sirviese con la inteligencia.

En fin. No quiero alargarme mucho en mi relato. Muchas, muchísimas cosas podría contaros, pero para ello necesitaría no una buen rato, como el que estamos pasando juntos, si no días y días. ¡Ocurrieron tantas cosas aquellos dos años! Vivimos con mucha intensidad, pero a la vez fue maravilloso. Hubo sonrisas, y hubo lágrimas. Hubo sufrimiento, pero hubo mucho gozo. Fue el odio el que nos llevó a todo aquello, pero fue el amor el que nos mantuvo a flote, fortaleciéndonos incluso en muchos aspectos que ni nosotros conocíamos.

Pero fue esta vez Nabuco el que acudió a la hablar con mis padres.

-¿Qué deseas hijo?

-Yo quería decir algo, algo importante.

-Te escuchamos.

-Es con respecto a nuestra partida a España.

-Sí, ¿que ocurre?

-Es importante que venga con nosotros a Madrid por lo menos Lorena.

-Si tu lo estimas así, me parece bien.

-Si todo va como espero, nos será de mucha utilidad, sobre todo por Carmen.

Mi padre pareció recapacitar, inmediatamente comprendió por donde iban los tiros. Mis padres cruzaron una mirada entre ellos. En unos instantes...

-Sí, sí, vendrán con nosotros.

Y todo comenzó a suceder. Los acontecimientos comenzaron a desarrollarse a la forma de una gran rueda que empieza a rodar ladera abajo de una montaña, y que ya no hay fuerza humana que pueda pararla.

Y así fue que mi padre volvió a Madrid. Y volvió con Mariana, Lorena, con nosotros dos y su ya inseparable Clarence..

CAPÍTULO XIII

EL DESENLACE

-No está todo perdido, aunque es bueno advertir que los pies de Alejandro se encuentran ya pisando suelo de España.

-Esos pies y esas manos serán los que anden y construyan vuestra ruina y vuestra tumba.

-Sí; viene con un equipo de abogados; nuestros contactos en el tribunal han asegurado que todo está en marcha.

-¿Qué podemos hacer?

-¡Hay que pararle!

-Nada ni nadie le parará, lo único que por ahora podemos intentar, es ganar tiempo. Pero, primero, ocupémonos de un asunto pendiente.

En unos instantes ocurrió una escena que heló la sangre de todos los que allí se encontraban. El hombre que había cargado con la responsabilidad de enviar un asesino para acabar con Alejandro y su familia, había sido advertido de que si fallaba en su encargo, contraería una deuda, deuda que sólo podría pagar con su vida. Aquél día había llegado, ese hombre se encontraba allí, y esa deuda tenía que quedar satisfecha.

-A ti se te advirtió que si fallabas en tu encargo con tu hombre pagarías con tu vida.

El hombre palideció instantáneamente. La sospecha de una muerte cierta y horrible invadió su alma; una angustia y una desesperación inenarrables hicieron presa en él, haciendo que enmudeciese, sin ni siquiera ser capaz de articular una sola palabra.

-Veo que has comprendido mis palabras, y también veo que has comprendido que vas a morir.

-Pido perdón, yo, yo..., creí que mi historial, mis méritos anteriores en este..., yo...

-Todos nosotros vamos a contemplar como mueres entre atroces dolores, tus gritos y tu dolor, harán que nuestra rabia por tu fracaso, quede mitigada aunque no olvidada.

No se puede describir la faz y la angustia del alma de esa persona. El que parecía ser el hombre principal de aquella negra y oscura reunión, apretó con el dedo índice de su mano derecha un botón que se encontraba bajo el tablero de la mesa alrededor de la que se encontraban sentados todos los asistentes. Dos hombres, corpulentos y con aspecto patibulario irrumpieron en la sala. De forma horrorosa y sin mediar palabra, cogieron al desgraciado y le inflingieron heridas hasta la muerte. Esta llegó tarde, demasiado tarde, el desdichado había pagado con creces su penosa y terrible deuda. Todos aquellos granujas paladeaban cada segundo, cada lamento del desgraciado que pedía clemencia, que se acabase con su vida, sin saber que sus lamentos y sus ruegos conseguían todo lo contrario, más maldad, afán de diversión por su tortura.

Una vez finalizó todo...

-Seguirá su suerte el que me vuelva a fallar, no lo olvidéis. Esto es lo que deseo para él, para Alejandro Sanz, para ese inspector de policía, para ese guardaespaldas que va con él, y como no, para ese sacerdote maldito que les ha encubierto y ayudado.

De improvisó sonó el timbre de un teléfono. El que parecía el principal de ellos descolgó el auricular y lo acercó a su oído. Escuchó sin decir una sola palabra lo que al parecer se le decía. En unos momentos...

-Se me ha notificado que le demanda ha sido presentada.

-¡Que estupidez! ¿A quién se van a demandar?

-Estoy rodeado de ignorantes. La demanda va contra quien fue el estado, y os recuerdo que el estado fuimos nosotros.

-No me gusta, no me gusta, hemos de intervenir inmediatamente. -repuso un anciano con su cabello totalmente cano, y con algo sombrío envolviendo toda su persona-

-¿Qué propones? -preguntó el Principal al anciano decrepito-

-Hemos de ser astutos, no provocar, no aparecer en público; mientras, urdiremos nuestro plan, y de repente, cuando nadie se lo espere, actuaremos, sin piedad, con toda la fuerza y el odio que nos mueve.

-Yo pensaba en dar una buena razón a Alejandro para que ese juicio fuese nulo -repuso otro de los asistentes-

-¡No, no, no, estupideces, bobaliconadas! -volvió a intervenir el repulsivo anciano, al que se le caía la baba entre sus labios resecos y rugosos que permanecían medio abiertos-, ¡no os precipitéis!

-¿Y que propones? Si nos quedamos quietos, perderemos tiempo, tiempo que alo mejor necesitaremos más adelante.

-Sí, sí. Pero veo que os dejáis llevar del miedo.

-No tenemos miedo Ruperto.

-Sí si lo tenéis. Y si lo seguís teniendo, todos acabaremos nuestros días en la cárcel.

-Ruperto tiene razón. Esperaremos, esta es mi decisión; esperaremos y actuaremos. De seguro la policía está esperando un paso en falso por nuestra parte. Sin embargo, tengo un plan y este se llevará a cabo.

-Bien, bien, escuchad a Luisito, de otra forma será nuestra ruina, -repuso el anciano decrepito levantando bastante su voz- ¿cuál es tu plan?, dímelo a mí, yo te escucho.

-Es muy sencillo. Haremos como nos aconsejas Ruperto, pero con una variante, usaremos un arma de persuasión muy poderosa con Alejandro. Si no me equivoco, y todo sale según mis planes, irá al juicio, y estará mudo, sólo abrirá su boca para proferir alabanzas en favor nuestro, mientras se confiesa culpable por sí mismo; será divertido. Ha querido cazarnos, pues que se prepare, el cazado va a ser él, lo fue en un primer momento, y lo será al final. Necesitaré para esto a alguien excepcional, lanzar mi sonda más arriba, todo se resumirá en tocar el palillo oportuno.

-Sí, sí, me gusta, presionaremos indirectamente, nuestro ardid no irá dirigido a él, sino a alguien que esté por encima de él, que por su posición sea totalmente invulnerable a este caso y que a la vez tenga poder y mando para influir directamente en él.

-Tu plan Luisito es bueno. Luisito piensa, vosotros no, por eso él está encima de todos vosotros. Sois basura, nada valéis, por vuestra culpa estamos en esta situación, por vuestra ineptitud, por vuestra... Si desde un primer momento hubieseis obrado con sensatez, con astucia, esto no habría pasado; como el memo este que acaba de morir. Luisito, todos estos merecen la misma suerte, son ineptos, incompetentes para la situación que les has otorgado, deshazte de ellos ahora, sin más tardar, son escoria, basura, me repugnan.

Las palabras del viejo decrepito sonaron a rayos y truenos entre todos los asistentes a la macabra reunión, con todo, ni uno solo de ellos se atrevió a levantar la voz para rebatir o encararse al anciano. Este permanecía observándoles con repugnancia y desprecio. Pero fue grande la sorpresa cuando el más joven de la reunión rompió el glacial silencio que se había creado, y con sus palabras, sin el saberlo, había salvado de una horrible muerte a todos los demás y a él mismo.

-Don Ruperto tiene razón, -dijo en voz alta y con firmeza uno de los más jóvenes-, por su boca habla la experiencia, y eso lo respetamos. Sin embargo olvida lo más esencial de este asunto.

El viejo tomó una actitud de parecer estar sentado sobre ascuas ardientes, no se esperaba esta reacción a él contraria, y menos del más joven de todos. Con todo, el Principal, que se hacía llamar Luisito por el anciano, permitió a este hablar.

-Permitamos hablar a la juventud Ruperto, veamos que nos tiene que decir. Eres osado chico, espero que tus palabras me convezcan; Ruperto está muy enfurecido contigo, y eso no te hace estar en una buena situación ante mí. ¡Habla!

-Don Ruperto es ya mayor, está anclado en el pasado, le gusta sembrar en nuestras reuniones el miedo y el desconcierto, pero ¿para qué fin?: para alimentar su ego de viejo refunfuñón y anticuado.

Dicho así, las palabras dichas por el joven, cayeron en todos los asistentes de tal forma, que unos se levantaron de sus asientos desconcertados, otros dieron un respingo con notable sorpresa, y otros se limitaron a comentar entre sí, en medio del desconcierto: ¡es hombre muerto, este es su fin!

Pero maravilla de las maravillas, ni siquiera el tal Luisito se perturbó, permanecía impasible como si nada hubiese pasado, como si nada hubiese oído, como quien mira los toros desde la barrera. Pero, la cosa iba in crescendo, y el joven arremetió todavía más contra el anciano.

-Yo digo que este anciano delira, que es un asqueroso viejo hipócrita que ha tenido la desfachatez de provocar la ira entre nosotros, pidiendo nuestra muerte, y no solo hoy, ya han sido varias veces. ¡Estoy harto de este viejo baboso! Propongo al Principal y al resto de la reunión, que este despojo de hombre, este pellejo asqueroso, pague con su vida la ofensa proferida a nuestras personas.

Ni imaginar se puede la reacción del anciano, verdaderamente estaba al borde del colapso, y más viendo que el tal Luisito no hacía nada por ayudarle, sólo parecía observar su reacción. Parecía inverosil esta situación para él.

-Eso, ponte rojo viejo asqueroso, haber si te mueres, ojalá, escupiré sobre tu cadáver, y orinaré sobre tu tumba.

Todos los demás asistentes, aunque estaban de acuerdo con el joven, pues el viejo era una espina para todos ellos, espina que se arrancarían con gusto de sus carnes, permanecían callados, no dándose cuenta que su silencio hablaba por ellos como cómplice del joven.

Pero, unos instantes después, el hombre principal intervino...

-Ruperto, Ruperto, ya ves el respeto que guarda esta juventud hacia sus mayores.
Es...

-Lu... Lui...Luisi... -profería a trompicones el viejo al borde del infarto-. Mándalo matar, es... yo...

-No, no, eso no está bien, es bueno que oigamos de vez en cuando a la juventud, también tiene algo nuevo que decir. Tú, por el contrario, en eso le damos la razón al joven, siempre dices lo mismo, por eso vamos a dejarle hablar, veamos que tiene que decirnos.

-¡Me niego a decir nada hasta que este asqueroso viejo no se haya ido de aquí o ...

-¿O qué jovencito? ¡Juro que te mataré!, ¡te mataré aunque sea lo último que haga en mi vida!, yo...

-Me ha exasperado, me ha insultado y menospreciado, amenazado y vilipendiado, pido al Principal, según el reglamento que rige estas reuniones, que pague la ofensa, y la pague con su vida, ahora, en estos mismos momentos.

El hombre principal pareció hundirse en sus pensamientos, esto significaba que iba a tomar una rápida y definitiva decisión.

-Ruperto, Ruperto, no debes exasperar a la juventud, ya ves lo que pasa. Tus años al servicio de nuestra causa ya son muchos y meritorios, creo que ha llegado la hora de que te tomes unas vacaciones; descansa, disfruta de la vida, de lo poco que esta ya te puede ofrecer, aprovéchalo.

-Luisito, yo no quiero disfrutar de nada, quiero que este niñato pague lo que ha dicho.

-Entonces, tendrás que hacer frente a la demanda de este miembro. Convendrás conmigo que hay que hacer cumplir el reglamento, ¡que sería de nosotros sin él!. El chico tiene razón. Pero veamos que pide para ti.

-Tu muerte viejo, y la pido ahora, ya.

El joven miró al Principal. Este pareció de alguna forma asentir. El joven, sin mediar palabra, extrajo de uno de los bolsillos de su americana, una navaja automática. Apretó el dispositivo de apertura de esta. La hoja, afilada y fina como un estilete, y del tamaño de un palmo, apareció de repente. El reflejo de una bombilla encontró un lateral de su hoja, esta brilló amenazadora. El joven fue hasta donde se encontraba el viejo, este, viéndose venir un desenlace fatal para él, chillaba como un cerdo al que están a punto de degollar.

Y eso es justamente lo que paso. Con una habilidad sorprendente, el joven atravesó de lado a lado el cuello de su víctima, hundiéndole la hoja de la navaja en el cuello; esta entró por debajo de la nuez y fue a salir por la nuca. La sangre salpicaba por todos sitios. La víctima ya no profería chillidos, sino unos sonidos guturales entremezclados con espasmos agónicos. Momentos después, caía al suelo muerto. Primeramente el joven, después de desclavarle la navaja y limpiarla, escupió sobre él. Y no sólo él, todos, escupieron sobre el cadáver del viejo que yacía en tierra ya sin vida.

El Principal lo observaba todo, estaba serio, pero aprobaba con su inmutabilidad. Sólo dijo...

-Ruperto era querido por mi, valía mucho más que muchos de vosotros, espero que tú, y tú, todos vosotros, y sobre todo tú, me convenzáis de que su muerte ha merecido la pena.

Todos permanecieron en silencio escuchando a este que hablaba.

-Se ha hecho justicia, todo irá mejor sin la presión de esa rata vieja.

-¡Callaos, y escuchad! Este es mi plan, y tu, que eres tan gallito, lo llevarás a cabo. Ruperto con tus años lo habría cumplido con los ojos cerrados, veremos ahora si eres tan bueno como dices ser.

-Dinos el plan.

-He estudiado atentamente todos los pormenores de este caso, y he llegado a la conclusión de que Alejandro es totalmente invulnerable a excepción de en una cosa.

-¿Cuál?

-Cierto es que la policía espera de nosotros un paso en falso, Ruperto tenía razón en esto, pero la que la policía no se espera es que alguien ajeno a todo esto, entre en contacto con Alejandro y le haga llegar un corto y breve mensaje. Para todo ello, se hace inevitable que alguien querido para él esté en nuestras manos, alguien que al ausentarse no formase sospechas.

-El cura ese que le ayudó.

-No, el guardaespaldas...

-No, no, nada sabéis sobre la vida de Alejandro. Hay alguien, alguien muy querido para él. Sabemos que su guardaespaldas fue a ver a esta persona después de su partida a Estados Unidos. El guarda en secreto esta relación, nadie la sabe, a excepción de...

-¡Una amante, je je, quien iba a decirlo, Alejandro enrollado con otra que no es su mujer, todo será fácil...!

-No, esto que dices demuestra que no tienes ni idea de la clase de hombre al que nos enfrentamos. Alejandro es fiel a su mujer, como lo es el sol a l día, es de esa clase de hombres irreprochables a cualquier acusación.

-¿Quién es entonces?

-Como os decía, ese guardaespaldas, o amigo, o sea lo que sea, fue a ver a esta persona, y a entregarla algo de parte de Alejandro. Y también sabemos que su mecenas americano, encontró a este muchacho allí y se lo llevó para Norteamérica.

-Nos tienes intrigados, dinos quien es.

-Se trata de una joven que es la encargada de una casa de caridad a la afueras de un pueblo que se llama Cercedilla.

-No comprendo que relación pueda tener esto con nuestro hombre.

-Nuestro hombre hizo esta casa, la costeó, y lo que es más, se encarga de que lleguen a ella un buen número, digamos de, desgraciados niños abandonados.

-Todo esto está muy bien, pero que nos va nosotros, no encuentro la ventaja por ningún lado. Si es así, aquello estará muy vigilado, sería una imprudencia por nuestra parte.

-Te equivocas, la muchacha que lleva aquello, es una joven muy bonita, aunque el ser bonita la excluye de una particularidad.

-¿Qué es ello?

-Es una expresidiaria, una evadida.

-¡No, no lo puedo creer!

-Sin embargo, así es. La historia se remonta a hace diez años. Hubo un robo en un banco, murieron en él dos policías y tres de los atracadores; sólo quedaron con vida uno de los atracadores y...

-No lo digas, creo acertarlo, ¡la muchacha!

-Tanto ella, como él, fueron apresados; dos escasos días después, en el juicio, se quiso demostrar que la muchacha fue obligada por esta banda por medio de la extorsión y el chantaje, no recuerdo los pormenores. El final fue el mismo, cadena perpetua para ambos. ¿Sabéis quien fue el abogado defensor en aquél caso?

-No hay que ser muy lince para deducirlo, nuestro hombre.

-Exactamente. Unos meses más tarde la mujer desapareció del penal en el que había sido recluida. Nadie sabe hasta ahora de su paradero, la policía ha revuelto Roma con Santiago para encontrarla, pero todo ha sido inútil.

-Pero resulta más inverosímil que nuestro hombre la sacase del penal.

-Efectivamente. Para escapar se cree que huyó con otro preso, aunque este, una vez ella encontró la libertad, volvió al penal.

-Eso no tiene ni pies ni cabeza. ¿Cómo un preso que encuentra la libertad, va a volverse atrás?, es ridículo.

-No si le mueve algo importante, un motivo lo suficientemente fuerte para hacerle volver.

-¿Y cual puede ser el motivo?

-El dinero, sólo y exclusivamente el dinero.

-Insinúas que nuestro hombre pagó por la libertad de esa joven.

-No, ni mucho menos, él únicamente se limitó a acogerla. Él conocía la inocencia de esa muchacha, no puedo decir más. Ella no tenía donde ir, a nadie que la acogiese, aunque sí recordaba la faz fiel que la había defendido y que había buscado su bien a toda costa, estaba segura que ese hombre la ayudaría, él sabía, él conocía su inocencia.

-Comprendo, la encubrió y...

-No hace falta decir más, lo demás es obvio.

-¿Y eso de la casa de caridad?

-No lo sabemos, las cosas están así, y así hemos de aprovecharlas. Es claro que Alejandro hará cualquier cosa porque esto no se sepa. Este es el punto débil de nuestro hombre.

-Mañana vosotros dos haréis una visita a la joven, nosotros nos ocuparemos de Alejandro, de que valla de una vez por todas a donde debe estar, en la cárcel, una vez en la cárcel nuestros hombres lo quitarán la vida. Entonces, sólo entonces, todo habrá acabado. La partida entre él y nosotros, entre ellos y nosotros a empezado, el vencedor reirá, el perdedor llorará sangre. Esta reunión termina aquí, iros todos.

Y ahí terminó aquella macabra reunión. Todo estaba preparado para tender una trampa mortal a mi padre, sin embargo, en la vida siempre hay un pero, algo que se nos escapa aún en los mejores planes. Y ese pero, aquella vez, era un muchacho, un muchacho que había conocido de labios de mi padre y de mi madre aquél secreto, un muchacho que había conocido a aquella muchacha cuando nosotros volábamos a Estados Unidos. El nombre de ese muchacho era Nabuconodosor, sí era él, nuestro Nabuco.

Os preguntaréis como un hombre como mi padre, pudo encubrir a una evadida de la cárcel. Yo os voy a explicar lo que pasó realmente.

Aquél día mi padre se encontraba trabajando en su despacho. Sonó el teléfono anunciando una llamada entrante en la línea.

Este fue el diálogo:

-¿ Don Alejandro Sanz?

-Soy yo, ¿quién es?

La persona que estaba al otro lado de la línea, pareció vacilar.

-Sí, ¿quién es?

-Soy yo, Carmen.

Mi padre se quedó de piedra, había reconocido a la muchacha al instante.

-Pero criatura, ¿desde donde me llamas?

- Don Alejandro, me he evadido de la cárcel.

-Pero Carmen, hijita. ¿qué es lo que ha pasado?

-Me querían matar, unas reclusas, querían involucrarme en la droga, yo me he negado. Alguien me ha ayudado a escapar, aunque, le aseguro, que no era mi intención hacerlo.

-¿Quién te ha ayudado?

-Si se lo digo mantendrá el secreto.

-Lo haré.

-Uno de los guardias, él sabía que me iban a matar, es un hombre bueno, muchas veces me dijo que yo era inocente, que mi juicio se podía recurrir.

-Me pones en una delicada situación hija mía. Yo, como abogado tengo que aconsejarte que te entregues a las autoridades, aunque como persona que te quiere, y que se hace cargo de la situación, debo aconsejarte que vayas con tu familia, y que...

-No tengo a nadie, usted lo sabe, ni padres, ni hermanos, ni familiar alguno que me pueda ayudar; no tengo donde ir, estoy muy cansada y tengo hambre y mucho frío.

Mi padre se estremeció, en el fondo de su corazón sabía que la joven era buena, pero no terminaba de desechar que todo fuese un montaje para...

-No puedo hacer nada, mi consejo es que te entregues nuevamente a las autoridades.

-Está bien, lo comprendo, adiós.

Sin embargo, mi padre reaccionó rápidamente. Por su mente, como una película, pasó todo el juicio que llevó a esa muchacha a la cárcel, su impotencia de evitarlo, sabiendo él que era inocente. Por eso...

-Espera Carmen, ¿dónde estás?

-En la calle López de hoyos, a la altura de un restaurante muy grande.

-¿Cuál es su nombre, lo puedes leer?

-Sí, su nombre aparece en Letras grandes: Vips.

-Bien, muy bien. Quédate ahí, espérame, me reuniré contigo...

-No Don Alejandro, no consentiré que se vea involucrado en todo esto, adiós.

-Espera Carmen, espera, dame un momento de reflexión. Mira, cuelga ahora, llámame dentro de media hora, tienes dinero.

-Sí, algo me dio...

-Come algo, dentro de media hora te diré lo que tienes que hacer.

Pero aunque la joven quiso dejar a mi padre fuera de todo aquello, no pudo evitar que...

-Jaime, soy Alex.

-Hola Alex, ¿que quieres a estas horas de la noche?

-Jaime, ¿todavía vendes la casita de Cercedilla?

-La que está en el monte.

-Sí.

-La tengo apalabrada, mañana me traen una señal.

-Echa abajo la operación, me la quedo yo.

Jaime Seimer se quedó perplejo ante lo que oía. Conocía a mi padre y sabía que algo le pasaba.

-Bien, bien, la casa es tuya, estate tranquilo, pero dime que es lo que pasa, porque este interés por quedártela.

-Está preparada para ser habitada, lo que se dice ya.

-Pues claro, tiene su cocina, su calefacción, todo.

-Magnífico.

-Alejandro, Alejandro, dime lo que pasa, esto no es normal en ti.

-No puedo, Jaime, te ruego que...

-¡Al cuerno con los ruegos! Soy tu amigo, ¿qué pasa?

-Está bien, acabo de tener una llamada, era...

Jaime escuchó a mi padre, y le escuchó detenidamente. Este detalle os dará una idea de la confianza que mi padre tenía con este amigo suyo; era verdaderamente especial esta amistad suya.

Después de escucharle, Jaime dijo a mi padre:

-Haz que esa joven espere allí. Creo que recuerdo su fisonomía, la reconoceré en cuanto la vea.

-¿Qué vas a hacer Jaime?

-Algo que tú no puedes, ni debes, pues fuiste su abogado.

-No comprendo.

-La llevaré a Cercedilla, una vez allí hablaré con Jerónimo, él se cuidará de todo.

-De verdad Jaime que esto no lo esperaba, yo...

-¡Anda, anda! Pongámonos manos a la obra. Mañana en la oficina te contaré.

-No, llámame esta noche, sea la hora que sea, estaré esperando.

-Pues no esperes y métete en la cama.

-Pero, ¿y Marta?

-Eso déjamelos, Marta me va a acompañar.

-¿Pero que me estás diciendo? ¡No me fastidies Jaime!

-¿Y que va a decir esta jovencita si me ve a mi sólo, queriendo llevarla a un sitio que ella no conoce, aunque sea de tu parte?

Mi padre reflexionó. Finalmente...

-Sí, tienes razón, es lo más sensato.

-Pues claro hombre, además a Marta le gusta todo lo que sea aventuras, se ha leído la colección de Ágata Christie diez mil veces, esto para ella será entrar en materia.

-¿Y para ti que es Jaime?

-Caridad, Alejandro, pura y simple caridad.

-Y ¿como...?

-Sé lo que vas a decir, ¿qué si yo pienso que esa chica es culpable?, ¿no es así?

Mi padre guardó silencio.

-Quien calla otorga. Alejandro, a mi, y te anticipo que a Marta también, nos basta que tu nos digas que esa chiquilla es inocente. Lo del guardia, yo personalmente me lo creo. ¡Por qué creernos todas las memeces que nos cuentas tanto en los periódicos como en los telediarios, y no creer algo como esto, por qué no creernos que el gato ayudado al ratón por una vez.

-Sí, así es; además, aquello debe ser terrible.

-Y más si eres inocente.

-No te plantees ahora otra cosa que ayudar a esa muchacha, lo demás ya se andará.

-Está bien, gracias Jaime.

-A ti, hasta mañana.

-Hasta mañana Jaime.

Y así fue aquella conversación, lo demás se fue desarrollando poco a poco; en las páginas siguientes lo iréis viendo.

Pero como os decía, todo se empezó a desarrollar muy rápidamente. El mismo día y a la misma hora que llegamos al aeropuerto de Barajas, allí estaba Don Ramón. Mi padre se puso muy contento de volver a verle; por parte del inspector, la alegría fue mutua.

-¡Que alegría verle de nuevo Don Ramón, gracias por venir hasta el aeropuerto a recibirnos!

-La alegría es mía Don Alejandro.

-Chicos, salud a Don Ramon.

-¡Ola muchachos!

-Quería presentarle a Clarence, viene conmigo para echarnos una mano.

-Mucho gusto.

-Igualmente se lo digo.

-Me he permitido el lujo de preparar todo lo referente a su alojamiento durante los próximos treinta días en Madrid.

-¡Bien, bien, me parece magnífico!

-Cualquiera de ustedes tendrá vigilancia las veinticuatro horas.

Nabuco se puso algo tenso ante lo que terminaba de escuchar, sus planes se vendrían abajo si no pudiese burlar esa vigilancia. Pensaría más tarde lo que se debería hacer.

-Convendrá conmigo que lo primero es poner la demanda, y una vez que vayan levantando el vuelo los perdices, iremos cazando una a una.

-No tan rápido querido amigo, no tan rápido, el camino más seguro es el de la ley, y la ley está impresa con letras, en papel que hay que leer, en frases que hay que discernir. Y esa ley yo la conozco, sé el camino para que ella sea nuestra mejor aliada; al final se abrirá como una gran red de la que no se puede escapar; lo nuestro será recoger con facilidad los peces atrapados en la red.

-Eso está bien, yo estoy aquí para apoyarle, para velar porque esa ley se cumpla.

-Y también nuestro amigo Clarence. ¿Sabe inspector que en su tierra le llaman “el Portento”?

-¡Cómo he de saberlo! De todas formas va a tener oportunidad de demostrarlo. Según los últimos informes que han llegado a mi poder, nos enfrentamos a una organización clandestina de rango muy peligroso. Es muy, muy importante que seamos todos de cristal, que no tengamos resquicios ni secretos unos con otros, la información que nos intercambiamos, ha de ser vital para que todo esto acabe como debe de ser, con esa gentuza en la cárcel, con esa red, que usted acaba de describir, llena no de peces, sino de bicharracos de la peor calaña.

-¡Ea pues! vallamos al alojamiento que les he reservado, yo me pondré en contacto con ustedes. Me despido por ahora, mi compañero les conducirá, tiene instrucciones precisas.

-Adiós inspector.

Aquella mañana transcurrió rápida. Después de la mañana vino la tarde; una tarde llena de trabajo, de apuntes, de tiempo de reflexión, de preparativos. Y por fin, llegó la noche.

Y con la noche aparecieron las sombras de dos personas que intentaban burlar la vigilancia policial que guardaba el edificio. Las sombras correspondían a mi padre y a Nabuco.

¿A dónde iban?, os preguntaréis.

Y yo os respondo que a ver a Carmen. Y tanto es así que lo consiguieron, no sé como lo hicieron, pero lo consiguieron.

Aproximadamente un par de horas más tarde...

-Hola hijita, ya estoy aquí, soy yo.

-¡Oh Don Alejandro, bendito sea Dios que ha venido, he tenido mucho miedo, no sé lo que iba a ser de los niños y de mí!

-Tranquilízate, todo se andará.

Carmen saluda a Nabuco al cual conocía ya de antes; éste le respondió que estaba muy contento también de volver a verla.

-Sí, se que os conocéis. Vosotros tenéis algo muy en común, no sois los hijos de mi sangre, pero lo sois de mi corazón, a los dos os quiero como si de mi sangre se tratase.

-Yo estoy muy preocupada, no sé, presiento como si algo...

Pero lo que iba a suceder en esos momentos, iba a dejar helada la sangre de mi padre, de Carmen y de Nabuco. Sin esperar lo, a bocajarro, hizo su entrada en la estancia una persona; estaba muy serio, mucho. Iba sólo, mi padre le reconoció al instante, Nabuco no pudo menos de dar un respingo de temor y a la vez de incertidumbre. Esa persona era...

-¡ Don Ramón, vos aquí, yo, no se como explicar, yo...!

El inspector de policía se quedó mirando fijamente a mi padre, éste estaba tan nervioso que tartamudeaba, llegando incluso a temblarle las piernas.

-Buenas noches, sí soy yo. Pero Don Alejandro, no hemos quedado hace una horas que teníamos que ser como de cristal unos con otros.

-Yo, yo no sé que decirle inspector, yo...

-Usted se hace cargo como hombre de leyes que es, lo que habrían hecho sus enemigos de conocer su trato con una mujer fuera de la ley, de una fugada de una penitenciaría... Nos habrían aplastado, le habrían utilizado a su antojo, su misma familia habría corrido grave peligro y lo que es más, esos indeseables, esos asesinos, habrían podido atraparle a usted con el más fuerte de los cepos, por esa chica. Mire Don Alejandro, hay muchas muertes sin explicación que enfocan a esa gente.

-Yo, no sé que decirle.

-Esta jovencita fue nuestra pesadilla durante dos semanas, toda la policía del Estado estuvo intentando localizar su paradero, cualquier policía que la viera la reconocería inmediatamente, sobre ella pesa el cargo de haber disparado sobre un agente de policía y haberlo matado.

-Eso no es verdad.

-Yo no sé si será verdad o mentira, eso es lo que se demostró en el juicio.

-¿Ustedes sabían que estaba aquí?

-De ninguna forma, usted nos ha traído hasta ella.

Mi padre se angustió mucho por lo que terminaba de escuchar de los labios del inspector de policía, éste le observaba con semblante serio.

-Yo le aseguro que esta niña, esta chiquilla fue juzgada injustamente, solo habría que encontrar al que escapó de la banda, el declarararía que...

- Don Alejandro, Don Alejandro, yo soy inspector de policía, lo mío es coger a los criminales, nunca juzgarlos. Esa joven fue un día procesada y sentenciada. ¿Se imagina que soltáramos a todos los que creyéramos inocentes?

-Le comprendo, sin embargo hay atenuantes, la vida de esta joven desde que está aquí...

Mi padre relató a Don Ramón en que había consistido la vida de Carmen estos últimos años. En cómo se había mantenido una hogar para niños abandonados, allí, en aquella región había mucha necesidad. Le hizo entrar a uno de los dormitorios donde dormían como angelitos media docena de criaturas. Si Carmen era arrancada de allí, todo se vendría abajo. Fue por tanto que...

-Reconozco que lo que me ha relatado me ha conmovido, pero mi deber es otro muy diferente.

-Por Dios bendito Don Ramón...

El policía pareció titubear. Fue Nabuco el que acabó por dar una razón de peso la cual hizo cambiar de actitud al inspector.

-Tengo una idea. Yo salvé la vida de uno de sus hombres, de Eliseo.

-Sí, lo recuerdo y él lo recuerda, de eso estoy seguro.

-Él y yo encontraremos al hombre de la banda que escapó, mientras, mi hermana Lorena ocupará el puesto de Carmen.

-Te escucho, me gusta tu idea, pero se puede saber que hacemos con esta joven.

-Muy sencillo inspector, eso está chupado, papá díselo tu.

-La verdad hijo es que me tienes desconcertado, no sé por donde vas.

-Pues está clarísimo, Carmen estará con tío Richard y tía Feli hasta que todo se resuelva.

Nabuco dirigió un mirada de súplica y de interrogación a mi padre y a Don Ramón. Estos dos se miraron. De los labios de Don Ramón salieron dos únicas palabras:

-¡De acuerdo!

-Gracias inspector, haré que no se arrepienta de esto.

-Sí, gracias Don Ramón –repuso mi padre agradecido-.

-Este chico salvó la vida de uno de mis mejores hombres, no le puedo negar nada después de esto, ninguno de mis colegas se lo negaría.

-Yo no quiero que tenga conflictos por mi culpa.

-Mi querido Don Alejandro, mis superiores conocen todos mis movimientos, hasta el más pequeño, en estos momentos saben donde me encuentro.

-¿Y aprueban esto?

-Si yo lo estimo oportuno, sí. Sin embargo, valoro en mucho que desees que tu hermana sea la que reemplace a esta jovencita, pero hay un inconveniente para esto. De seguro que los enemigos de tu padre conocen esta casa y su por qué a la perfección. Está claro que debemos sacar a la señorita Carmen de aquí, apruebo que sea como has indicado, pero no puedo permitir que sea tu hermana la que ocupe su puesto.

-¿Es por el peligro?

-Mira muchacho, peligro lo hay, siempre hay peligro cuando se las ve uno con personas como estas, sin embargo apostarí a que lo único que intentarán será indagar, coger la máxima información para poner la soga a tu padre; soga que le apriete tanto que no pueda hablar. Una vez conseguidos sus fines, es claro que no dudarán en eliminar todo el rastro.

-Yo no lo veía de esta forma.

-Es lógico, este es mi trabajo, el tuyo...

El inspector se dirigió a Carmen, esta temió sobremanera cuando se dirigió a ella.

-Tengo que hacerte una pregunta, piensa detenidamente la respuesta. ¿Ha ocurrido algo en los últimos días, quizás en las últimas semanas, algo que haya llamado tu atención especialmente, alguna cosa o situación que te haya chocado?

La muchacha hizo un intento de recordar, por fin...

-Ahora que lo dice, hace ya tiempo, pero justo a la semana de irte tu de aquí, -dijo refiriéndose a Nabuco-, ocurrió algo muy raro, un hombre me sacó una fotografía sin yo desearlo.

-¿Cómo fue aquello?

-Estaba yo con los niños, era la hora del desayuno, sonó el timbre de la puerta, yo esperaba al lechero. De repente, al abrir la puerta, sentí un fogonazo de luz en los ojos, era el flash de una cámara.

-Yo me tapé la cara en un movimiento reflejo para librarme del molesto fogonazo, el hombre, un chico joven de unos veinticinco años me pidió excusas, me dijo que se había equivocado, que realmente iba a la casa de al lado. A través de mi ventana, vi que se alejaba para seguidamente montarse en un coche e irse. Ya no supe más de esto.

-Ahí está, eso es, ellos saben, conocen esto. Dele muchas gracias a Dios de que esté yo aquí Don Alejandro.

-¡Lo siento, lo siento de veras!

-Sentirlo no es bastante, lo que sí es bastante es que no vuelva a suceder; debe confiar en mí, debemos confiar entre nosotros, de lo contrario saldremos muy mal parados de todo esto. ¿Estamos jovencito?

-Sí inspector.

-Bien. Lo siguiente será poner a esta jovencita a salvo, mandaré una agente de la brigada especial, ella será la que tome su puesto.

-¿Y los niños? -inquirió Carmen preocupada al inspector, éste la miró de una forma un tanto especial, como si intentase descifrar lo que había detrás de aquellos ojos, de aquella preocupación-.

-Los niños también corren peligro, hay que sacarlos a todos de aquí.

El inspector hizo una llamada desde su teléfono móvil.

-Francisco soy Ramón.

-¿Qué se le ofrece inspector?

-Voy a dejar órdenes precisas a Vicente, manda venir un autocar, de bastantes plazas, y que Pili se ocupe de esto, dila que son trece niños entre edades comprendidas entre 1 y diez años.

-Está bien inspector.

-Dale prioridad a esto. ¿Sabes donde se encuentra Eliseo?

-Lo mandó usted al caso de barco.

-Es verdad, que cabeza la mía. Ponte en contacto con él, reemplázalo por Manolo, y que Eliseo se ponga en contacto conmigo. Nada más.

Hubo un momento de silencio, Don Ramón daba las órdenes pertinentes a otro policía que había sido llamado por él. Una vez hubo acabado.

-Bueno, todo solucionado. Oye muchacho, me has pedido te deje trabajar a mi lado, pues bien, lo acepto, te mereces esta oportunidad. Pero he de imponerte algo que me has de asegurar que habrás de cumplir.

-Así lo haré señor, -repuso Nabuco super contento.

-Me obedecerás en todo, fíjate que de ello dependerá no sólo tu vida, sino también la de más gente, ¿me has comprendido?

-Sí señor.

-Está bien, voy a hacer que Eliseo venga hasta aquí y se reúna contigo, traerá de mi parte órdenes muy precisas. Estas serán que primeramente llevéis a la muchacha y a los niños a ese rancho de Estados Unidos, la idea es buena y la distancia mejor todavía. Luego entraréis en los archivos y recuperaréis toda la información posible sobre el caso que se siguió con esta jovencita. Os pondréis a trabajar, y yo me pondré en contacto con vosotros. Está clarísimo que vuestra misión consistirá en coger únicamente información, la acción será harina de otro costal, hay otras unidades para ello.

Nabuco no daba crédito a lo que oía.

-Pero Don Ramón, ¿está seguro de esto?

-De una cosa estoy seguro y solo de una, si este muchacho abatió él sólo a tres delincuentes muy peligrosos, y salvó la vida de uno de mis mejores agentes, sobran motivos para dejar de preocuparse de lo que será de él si le satisfago la petición que me ha hecho.

-¡Estoy de acuerdo, bien por usted!

-¿Y si no encontramos a ese hombre? -preguntó Nabuco a ese inspector- ¿Carmen tendrá que volver a la cárcel?

-Ignoro el por qué y cómo te evadiste de la cárcel, aunque algo presiento, pues de lo contrario un hombre como él -repuso el inspector refiriéndose a mi padre- no habría

intervenido. Todo se anadará, lo nuestro ahora no es centrarnos en el futuro, centranos bien en los que hacemos en el presente que se nos brinda. Por mi parte está todo dicho. El caso que nos ocupa está muy ramificado, y hasta es probable que muchos, más simples y de menor importancia, se resuelvan cuando el entramado total de éste vea la luz del día.

 Mi padre ayudó a Nabuco en este tan delicado momento, veía que en él habían nacido dos cosas, dos cosas que el destino había unido lamentable y terriblemente. La primera su vocación como futuro agente de policía, y la segunda, un inmenso y tierno amor por aquella joven, la cual parecía corresponderle, y que en ningún momento había dejado de estar aferrada a su brazo.

CAPÍTULO XIV

EL JUICIO

Después de muchas horas de trabajo y preparación, mi padre se encontraba a la puertas del juicio que decidiría su futuro para siempre. Clarence le aseguraba, que terminase como terminase, sea cual fuera el veredicto del juez, mi padre no iría a la cárcel.

Por otra parte, el juez había sido puesto en antecedentes por las fuerzas del Estado, de la verdadera naturaleza de la este juicio.

A mi padre le llovieron los telegramas de apoyo, tanto del colegio de abogados, como de simples particulares que habían seguido con interés la vista que le llevó a despojarse de todos sus bienes, también hay que decir que muchos compañeros de padre le dieron ánimos y le apoyaron.

Pero de todos los telegramas que mi padre recibió, hubo que decía así:

Deseo para ti lo mejor, y que por tu mano resplandezca la justicia en esta España que tanto queremos y que tan necesitada se ve de hombres como tú. Un saludo muy cordial.

-Mira Clarence, mira la firma de este telegrama.

-Déjame ver.

Clarence se alegró sobremanera.

Sí, así debe ser, esto es así.

Ese telegrama estaba firmado nada más y nada menos que por el mismo Ministro del Interior. Mi padre fue muy feliz por este apoyo, una gran fuerza e ilusión invadieron su espíritu.

-¿Le conoces?

-¡Claro! Nos conocemos en el colegio, él y yo éramos compartíamos una afición común que nos unió mucho.

-¿Cuál?

-El Scalextric.

-¡Ah, ese juego de coches, sí hombre, es fenomenal, mis hijos juegan mucho con él, y es curioso, une mucho a los chavales, les crea un ambiente muy bueno y se les pasa la tarde volando, aunque, Alejandro, Alejandro, es mi obligación decirte que estamos a veinticuatro horas de la vista, te aconsejo que moderes tus emociones, y te concentres en el caso, a este perro no va a ser fácil quitarle el hueso, tiene los dientes largos y mucha, mucha fuerza.

-Sus abogados no se han puesto en contacto con nosotros, siendo nosotros los demandantes, hubiera sido lo lógico.

-En este caso tendremos que usar la lógica de esa puerta para dentro, intuyo que las próximas horas van a estar llenas de sorpresas.

-Con todo Clarence, pretendo anularlos en una sola sesión, llevo pruebas irrefutables de delitos contra la administración, sobornos, cohecho, corrupción, prevaricación, etc...

-Espero que el testigo que necesitamos no se eche para atrás por presión.

-En ellos está el inspector, Antonio García no fallará, es un hombre de una pieza, de los que hay pocos.

-Por lo que me has contado, cierto es. Estoy también contento con este amigo tuyo, Jaime Seimer, veremos como va en el juicio.

-Jaime es una caja de sorpresas, y aunque con efecto retardado, podemos contar con él. Jaime es Jaime, simplemente Jaime, y lo que sí te digo, es que es un buen amigo.

-¿Y de tu secretaria, Sara?

-He decidido dejarla al margen; se supone que Sara no ha sido nunca consciente de todo esto, no, la voy a apartar del caso.

-Pero podremos necesitarla.

-En ese caso ella estará con nosotros.

-Bien, bien. ¡Ah, por cierto!

-¿Qué ocurre Clarence?

-He estado examinado el expediente de tu defensa contra esa joven, Carmen Morales, la que fue encarcelada y juzgada por pertenencia a banda armada y que al parecer disparó a un agente causándole la muerte, el expediente que me diste hace un par de semanas.

-Sí ¿y...?

-Tu defensa fue buena, pero el ministerio fiscal tiene un agujero en su actuación, por el que se podría incluso pedir una revisión del caso.

-Te escucho.

-Según la defensa, en este caso tu, y el ministerio fiscal, hubo un quinto hombre que escapó tras el frustrado robo.

-Cierto, eso es exacto.

-Y que es el hombre que ahora están buscando Nabuco y ese policía, Eliseo, corrígeme si me equivoco.

-No te corrijo, así es, y espero que logren su objetivo, por el bien de todos.

-Pues si mis suposiciones son ciertas, ese quinto hombre escapó, no después de perpetrado el delito, sino antes.

-¿a dónde quieres llegar Clarence!

-Sí, mira, sigamos los pasos uno a uno. Los testigos presenciales afirman haber visto a cinco personas, entre las que se encontraban nuestra joven.

-Cierto, así fue.

-Y pudieron identificar a nuestra acusada, pues fue la única que iba con su cara destapada.

-Continúa.

-Según tu informe, la totalidad de la banda, a excepción de la joven, y otro que permanece en prisión, cayeron abatidos por los disparos de los agentes en el tiroteo que se formó a la salida de la entidad.

-Sí, sí, así es.

-¿No caes en la cuenta Alejandro, que nuestra joven no pudo ser la que disparó contra el agente que murió?

-Revisé el caso una y cien veces, y todo apuntó a que ella había efectuado esos disparos.

-Entonces, me puedes explicar como el agente fue muerto por un tiro en la espalda, más exactamente, el forense precisó que la bala tuvo entró en el cuerpo del agente, trazando una trayectoria sesgada, entró por la parte derecha de la espalda salió por la parte izquierda del pecho del agente, era una de esas balas que llaman limpias, no destrozan el cuerpo al tomar contacto con él, el agente podía haberse salvado fácilmente si no hubiese sido alcanzado en un órgano vital, que en este caso fue el corazón. Mientras, nuestra joven, según testigo oculares, se encontraba del lado izquierdo del policía muerto.

-Se alegó a que el policía hizo un movimiento último que lo hizo posible. Es más, la bala que mató al policía coincidía con el arma que se encontraba en manos de Carmen. Aunque yo se que este arma no era suya, en la confusión última, durante el tiroteo, se puso este arma en sus manos.

-Efectivamente, encuentra a ese quinto hombre, y es muy probable que hayas encontrado al asesino de ese oficial de policía, aunque también es muy probable que pueda estar muerto, aunque un presentimiento me dice que no, que ese hombre está vivo, y que escapó, que fue el único que escapó, y que fue el posible cerebro de la banda, quien lo planeó todo, y lo mandó ejecutar.

-El problema es como demorarlo, creo conocer a Don Ramón, es un hombre de una pieza, un hombre que sabe cumplir su deber. Clarence, tu yo nos conocemos hace poco, todavía no nos ha dado tiempo a fraguar una sólida amistad, aunque todo se andará. Te pido que me aconsejes sobre todo esto.

-Temes que esa joven vuelva a la cárcel. Y, mi querido Alejandro, eso debe de ser así, nunca debemos ser nosotros los jueces de nadie, por muy claro que veamos, aunque estemos tan seguros que para nosotros la verdad sea tan clara como la luz del día.

-Entonces, he hecho mal, no debí...

-No he dicho eso, aquella noche reaccionaste como un hombre corriente, como habría reaccionado cualquiera con entrañas de misericordia, no como un hombre de ley. ¿Qué debió prevalecer en ti el sentido común? Sólo Dios lo sabe, lo hecho, hecho está. El tiempo demostrará que ella no es la culpable, su mismo testimonio le identificará como el culpable, el trayecto de esa bala será el que trace su condena.

-Me insinúas que te interesas en este caso.

-Sí, estoy tan convencido como tú de que esa joven es inocente, fue coaccionada y contra su voluntad, obligada a acompañar a los atracadores, creo que es algo que merece la pena sacar adelante.

-Es indigente totalmente.

-Lo sé. También por Nabuco, ese chico lo merece, y según tú...

-Sí, creo que están profundamente enamorados uno de otro.

-¡El amor! ¡L'Amour!, quien pudiese revivir aquellos tiempos, cuando enamoré a Catherine. ¿Sabes como la conocí?

-No, cuéntamelo.

-Fue algo tremendo. Yo me encontraba disputando una partida de Golf en mi club de campo. Por una carretera que discurre anexa a las pistas de hierva, apareció un coche. Yo di el golpe a la bola con el palo y...

-No me lo digas, le distes directamente al coche.

-La bola entró por la ventana del conductor, y salió por la ventana del acompañante.

-¡Bendito sea Dios, le distes a algún ocupante; una pelota de golf es algo serio, no te creas que....!

-No, menos mal. Sin embargo, a continuación se dio una escena que los socios del club jamás olvidarán.

-¿Qué pasó?

-Catherine paró el coche en seco, casi sale por el parabrisas delantero del frenazo que dio. Bajo del coche, agarró un palo de larga distancia de uno de los equipos, y se vino contra mí blandiéndolo amenazante.

-Pero, ¡que me dices! Y, ¿qué hiciste?

-Que iba a hacer, pues salir corriendo. Tu no conoces a Catherine, mide metro ochenta y cinco, y si propina una patada, es capaz de poner en órbita cualquier objeto, balón o lo que sea, es una atleta, con todas las letras y con todo lo que representa esa palabra.

-Bueno y ¿cómo acabó la cosa?

-Me alcanzó en el hoyo número cinco. Yo, viéndome en tal apuro, la pedí excusas en alto, la hice llegar como pude mi inocencia en tan desagradable incidente.

-¿Y ella que hizo?

-Aquella noche cenamos juntos; un año después nos casamos.

-¡Fantástico, jamás en mi vida había oído un cosa igual, esto ocurre en España y bueno...! Pero, ¿eres feliz en tu matrimonio Clarence?

-¡Mucho, muchísimo, aquello fue, y gracias a ello nos conocimos!

-Hombre, a mi me daría cosa de estar casado con una mujer que me puede forrar en cualquier momento, o si llegase el caso de que perdiese los nervios, que los casos llegaran, la vida es larga y está repleta de contradicciones, cansancios y todas esas cosas que no se pintan en el cuadro antes de que nos casemos, ya sabes.

-Sí, lo llegué a pensar, pero si lo miras bien tiene sus pros y sus contras.

-Bueno, bueno, chico, la verdad es que me has dejado de piedra.

Alguien llamó a la puerta. Era yo, estaba preocupado, mi hermana Mariana había bajado a comprar algo que necesitaba y tardaba más de lo de costumbre en subir; tenía intención de decírselo a mi padre. Éste, después de escucharme atentamente, muy nervioso, mandó llamar a uno de los agentes que Don Ramón había puesto para nuestra protección. Estaba tan nervioso que le temblaban hasta las manos.

Clarence se acercó a mi padre y le intentó tranquilizar diciendo que no se tenía que preocupar, que todo estaba muy vigilado, que Mariana se habría entretenido con algo.

-Hijo, ahora mismo....

Pero a la vez que mi padre decía estas palabras, sonó uno de los teléfonos móviles que había en la habitación; Clarence fue el que atendió la llamada.

-Sí, dígame.

-Buenas tardes, quería hablar con Alejandro Sanz.

-Un momento por favor, ¿de parte de quién?

-Soy la persona que tiene en su poder a su hija.

Clarence palideció notablemente, muy turbado hizo ademán a mi padre para que cogiese el teléfono, mi padre comprendió al momento que algo muy grave estaba pasando.

-¿Alejandro Sanz?

-Soy yo, ¿quién es usted?

-Iré al grano, así no gastaré ni su precioso tiempo ni el mío. Tengo en mi poder a su hija, una joven muy hermosa, aunque algo nerviosa.

-Oiga, mi hija no tiene nada que ver en todo esto, haga el favor de

-¡No, no, no, un hombre como usted jamás debe perder los nervios, eso algo muy contagioso, y si nosotros los perdiésemos, su hija saldría seriamente perjudicada!

Mi padre escuchó lo que aquel hombre le decía.

-Como le decía, un hombre como usted jamás puede perder los nervios, pero sí es muy conveniente que pierda la memoria ante el caso que en estos momentos le ocupa, y cierto CD-Room que obra en su poder, y que ha de pasar al nuestro de inmediato.

-Oiga, ¿quién es usted?, ¿en el nombre de Dios!

-Tiene usted veinticuatro horas. Hará lo que le ordene. Se le darán instrucciones precisas de cómo ha de ser la entrega del disco con esos datos que me interesan. En segundo lugar y para terminar, usted será canjeado por su hija. ¿No se pregunta cual va a ser su suerte?

-Eso me da igual, devuélvame a mi hija, le advierto que éste teléfono...

-No empezamos con buen pie, debe de usar mejores modales conmigo, de lo contrario su hijita sufrirá, y sufrirá mucho; hágame caso y todo irá bien, pierda usted la memoria, retire la denuncia, y ya nos pondremos en contacto con usted. Por cierto, deje a la policía a un lado. Créame, no tengo ningún inconveniente en devolverla a su hija muerta o por entregas, ¿comprende lo que le digo?, usted decide, si no hace lo que se le manda, eso ocurrirá. Adiós, disfrute usted de lo que queda del día.

El secuestrador colgó. Mi padre, con su semblante que daba miedo con sólo contemplarle, nos refirió todo. Los demás lo escuchamos atónitos. Un profundo silencio invadió la habitación donde nos encontrábamos, como si un gélido frío hubiese hecho presa en cada uno de nosotros paralizándonos por completo.

Mi padre se sentó, lo necesitaba; Clarence, reaccionando inmediatamente.

-Alejandro no estás en condiciones ni en situación de saber lo que hay que hacer.

-¿Y que es lo que debo hacer?

-Avisa inmediatamente al inspector Ramón Sabartés.

-Pero matarán...

-La van a matar de todas formas, esa gente jamás permitirá que tu hija, ni cualquiera que les pudiera identificar, quede con vida para contarlo. No lo dudes, llámale, es nuestra única oportunidad.

-¡No puedo, ni siquiera me obedecen las manos, no, no puedo!

Clarence me miró, se acercó hasta mí. Yo en esos momentos lloraba amargamente, estaba muy asustado. Clarence me rodeó con sus brazos.

-Tienes que ser fuerte, tu padre y tu hermana te necesitan más que nunca. Yo, Luis, no puedo coger ese teléfono y llamar a ese inspector, eso no puedo ni debo hacerlo. Lo que si te puedo decir es que están en juego la vida de tu hermana Mariana, y el que una banda de criminales de la peor calaña, continúen cometiendo fechorías. Hoy sois vosotros, ¿pero mañana?, ¿cuántos inocentes sufrirán la maldad de estas personas malas, sin escrúpulos para matar, extorsionar o lo que sea?

Yo escuché a Clarence, sabía que tenía razón, sin embargo era algo que me sobrepasaba. No obstante, cuando nos dimos la vuelta, mi padre se encontraba marcando un número de teléfono.

-¡ Don Ramón, soy Alejandro! Ha ocurrido algo terrible. Mi hija Mariana ha sido secuestrada, acabo de recibir la llamada de uno de los secuestradores, se me ha dicho que....

CAPÍTULO XV

LAS DIFULTADES Y LOS IMPOSIBLES

-Conozco a muchos hombres aptos para un trabajo así, sin embargo hay dos que sobresalen especialmente.

El inspector Ramón Sabartés nos hablaba muy pausadamente, tenía la viva intención de que el dolor y la preocupación no nos distrajesen de lo que nos tenía que decir.

-¿Quiénes son esos hombres, policías compañeros suyos?

-No, no, estos dos son detectives privados, pero muy especiales.

-¿Y que conseguiremos contratándoles?

-Sus nombres son Lucas y Matías, los dos han investigado en numerosas ocasiones esta organización, y todavía no han tenido éxito.

-Pero, ¿querrán trabajar para nosotros? yo me encuentro sin recursos económicos, yo...

Clarence dio un paso al frente.

-Estoy autorizado para emplear todos los fondos que sean necesarios para esto. Contacte con ellos, el dinero no será problema, diga a esos hombres que su precio será el nuestro.

-Así lo haré. Mire Don Alejandro, que estos dos detectives se ocupen de esto, nos proporcionará una baza importantísima y mucha seguridad.

-¿Qué baza, que seguridad, Ramón?

-Pues que la policía se mantendrá al margen?

-Tanto confía en ellos.

-De los mejores, ellos son los mejores.

Todos parecimos reflexionar sobre estas palabras del inspector. A nuestras cabezas vinieron innumerables series televisivas de parejas de detectives famosos; yo pensé

inmediatamente en Chuck Norris, como Walker, con Tribet y CD Parker, y como no, en Ale; eran, y son, mis personajes favoritos.

-No se parecen a ninguno, y nadie les conoce si no es porque yo se lo mande como cliente, o porque su posición social se lo permita.

-¡Ese elitismo...!

-Un gran caso conlleva la solución de infinidad de casos más pequeños.

-¿Aceptarán pues?

-Sí, sí lo harán.

-¿Y mi hija? ¡Oh Carolina amor mío, yo...? –dijo mi padre con angustia evocando la falta de mi madre a su lado-, más que nunca te necesito...

Clarence y Don Ramón se miraron...

-Vaya inspector, yo por mi parte conseguiré un aplazamiento de la vista, eso nos dará tiempo.

-No querido Clarence, si hacemos eso, lo habremos perdido todo, incluso nuestra última oportunidad de conseguir rescatar con vida a Mariana. Por cierto, la otra joven, Lorena, ¿dónde se encuentra?

-Ha vuelto a los Estados Unidos.

-Sabia decisión, muy sabia. ¿Conoce lo del secuestro de Mariana?

-Sí. La he mandado a Estados Unidos porque otra persona tiene que venir de allí hasta aquí.

-¿Quién es esa persona?

-Mi esposa, mi esposa Carolina.

Todos nos miramos sorprendidos al escuchar esto de mi padre.

-¿Has mandado venir a mamá? ¡Oh papá, papá!

Me abracé a mi padre llorando a lágrima viva. Esto representaba todo para mi en esos momentos tan difíciles, el tener a mi madre con nosotros era, era, como encender una luz en una habitación que está a oscuras, no sé explicaros, no sé...

-Claro hijo, como voy yo a tener a tu madre al margen de todo esto. Cuando juramos en el altar el día de nuestra boda, nuestro juramento hacía las dificultades se refería a días como estos.

Clarence y Don Ramón se intercambiaron un comentario por lo bajo.

-¡Admirable, esto es llevar la fidelidad en el matrimonio hasta las últimas consecuencias!

-Sí inspector, sí lo es, sin embargo contacte con esos dos hombres. Con Carolina aquí, y esos dos hombres, creo que esta nave volverá a ponerse en marcha.

-Eso espero mi buen Clarence, eso espero.

CAPÍTULO XVI

UNA PAREJA DE CUIDADO

Lucas y Matías se merecían con creces el apelativo de ser de cuidado. Lucas era un ex capitán del cuerpo de operaciones especiales de los Boinas Verdes, y por su parte Matías, no tenía un pasado brillante en ningún cuerpo militar determinado, pero sí se podía afirmar que era un número uno en artes marciales; no había modalidad de lucha que el no conociese, ni llegase a dominar a la perfección. Esta habilidad de Matías, conjugada con el genio y la aptitud de Lucas, hacían de ellos, la pareja perfecta, y cómo había dicho Don Ramón, de entre los mejores, los mejores.

¿Qué nos pidieron estos dos personajes a nosotros? Dos cosas: el teléfono con el que mi padre había hablado con los secuestradores, y una descripción de Mariana, una fotografía suya lo más reciente posible. Eso no era problema pues mi padre siempre llevaba en su cartera nuestra fotografía, la de mamá, y la de todos nosotros, y felizmente, a Mariana la llevaba en una aparte, esto fue una gran ventaja, y una inmensa suerte.

Y a bastante distancia de allí, se desarrollaba una escena muy dolorosa. Ved lo que ocurría:

-¡Oye chica, colabora, o no te daré de comer más. Si no comes pasarás hambre, a mí me es lo mismo que llegues viva a mañana, o sea, que decide lo que te interese hacer!

Mariana miró al hombre con temor en su rostro. Su faz denotaba que había sido muy maltratada, la habían pegado brutalmente, sus labios estaban hinchados, y sus bellos ojos se escondían entre moratones y la hinchazón de las cejas. De sus ojos entrecerrados por el dolor, brotaron amargas lágrimas. Con todo, no obedeció al requerimiento que se le hacía.

-Una niña mala, muy mala y desobediente. ¡Vas a ver lo que...!

-Estate tranquilo, deja a la muchacha en paz, el patrón la quiere viva, si la continúas pegando...

-¡Vaya, vaya! ¿Habéis visto? ¡Robin Hood y la bella dama! ¡Quítate de ahí, o...!

El rufián hecho mano de un cuchillo que llevaba en la cintura, el otro, muy rápido, le propinó un duro golpe que le hizo sangrar la nariz abundantemente.

-¡Me has roto la nariz, te vas...!

Los tres restantes intervinieron...

-¡Basta, no tienen sentido estas disputas entre nosotros!

-Juro que me las pagarás, tu y yo echaremos cuentas.

El hombre miró al que acababa de pegar con desprecio. Tomó entre sus manos el plato con comida y se lo ofreció a Mariana. Esta lo rechazó.

-Llevas un día entero sin comer, has de comer, cómetelo ahora mismo.

Mi hermana cogió entre sus manos el plato, lentamente comenzó a comer.

-Te hago responsable a ti Eduardo de que éste no se vuelva a acercarse a la chica, y si la pega nuevamente, tu yo nos veremos, para él, eso será lo último que haga. ¿Me habéis oído todos?

-Si Paco, tranquilo, todo está controlado.

-¡Eso espero, aunque, no sé, tengo un presentimiento, algo que..., esto va mal, no me gusta, siento algo sobre nosotros, es como un frío, como si se estuviese acercando la muerte a esta casa!

-¡Que te halla puesto Raúl como jefe entre nosotros, no te da derecho a decir esas imbecilidades, haz el favor de callar!

-¡Esta bien, está bien, pero permanecer alerta, muy pendientes de cualquier cosa, cualquier ruido.

-Lo estaremos, vete a descansar, lo necesitas, tienes mucha tensión.

-Está bien.

En esos mismos instantes, a bastante distancia de allí, dos hombres conversaban con una joven que se encontraba detrás de la mesa de un modesto despacho de oficina.

-Queremos Arancha todo lo referente a esta llamada y lo queremos ya.

-Siempre con prisas Lucas, pero... Un momento, ¿que tenemos aquí? Chicos, esa llamada fue hecha desde un bar, a las afueras de Pozuelo de Alarcón.

La mujer escribió algo en un papel, acto seguido arrancó la hoja del bloc y la entregó a uno de los hombres.

-Buen trabajo Arancha, recuérdame que te invite a cebar un día de estos.

-Venga, venga, cojan ustedes la puerta y evapórense.

-¡Tampoco es para eso, adiós!

-¡Adiós caraduras, que os valla todo bien!

-¡Lo irá, lo irá, hasta más ver muñequita!

Una vez fuera, los dos hombres conversaron entre sí.

-La chica de seguro está en manos del pelele ese de Muñoz.

-Si. Es el que hacía los trabajitos más sucios para la organización.

-Espero equivocarme, pero aseguraría que esa criatura lo estará pasando muy mal, ¿qué tiempo lleva retenida?

-Ayer al mediodía.

-Al mediodía y con vigilancia, ¡hay que fastidiarse!, ¿quién vigilaba, Blanca Nieves y los siete enanitos del bosque?

-¡Déjalo ya, y vamos a por ella!

-¿Qué has pensado?

-¿Llevas dinero?

-Sí.

-¿Bastante?

-Lo suficiente para untar al soplón más caro.

-Entonces vamos a ver a Ramiro, la zona norte es la suya, no se mueve un pájaro de un árbol, sin que el lo sepa segundos después. De todas formas, voy a pedir más dinero, a Ramiro sólo se le compra la información a base de mucho dinero, esto es peligroso incluso para él, y la único que le convencerá será el dinero, mucho dinero.

-¡Vamos, si Dios nos acompaña, esa jovencita estará con sus padres esta misma noche!

-¿Y Martín?

-Él, depende de su disposición, de su actitud dependerá su suerte, aunque le veo todas las papeletas en la mano de estar en el cementerio esta misma noche.

-Pues no te creas que no te doy la razón.

-¡Vamos allá Matías, vamos allá, antes de que esa joven, termine como tantas otras, en manos de esa gentuza!

-¡Vamos!

Pasaron las horas. Llegó la noche, noche que empezó con amargura para unos, pero que terminaría de muy distinta forma para otros; noche que para unos estaba llena de maldad, y que terminó para su desgracia, sobreviniéndoles la muerte, de repente, sin ellos esperarlo, muerte que les acechaba y que había terminado de tejer su perdición.

Mariana estaba retenida en un pequeño chalet a las afueras de una Urbanización en Torrelodones. Muy poco les costó a Lucas y Matías dar con su paradero después de recibir el soplo, que según ellos, su coste fue histórico y digno del rescate de un ministro. Trazaron sobre la marcha un plan para rescatar a Mariana, y lo llevaron cabo metódica y friamente.

Dentro del chalet uno de los secuestradores, ya aburrido, conversaba con otro.

-¿Ha cenado la mocosa?

-Por lo visto, ni Paco ha hecho que tome algo, el jefe la quiere viva, no sé lo que se traerá entre manos.

-Esto se va a acabar.

Uno de los hombres, de aspecto muy fuerte y de cabello negro como el azabache, fue hasta donde se encontraba Mariana.

-¡Ten cuidado, Paco a amenazado a quien la golpee!

-¡Oye niña, o cenas, o te meto este puño por la boca, y te rompo todos los dientes, no me he tirado dos horas en esa asquerosa cocina para que tu hagas asco! ¡O sea, que ya me has oído, o comes o te rompo todos los dientes con este!

El secuestrador presentó amenazador su puño a Mariana, esta lloraba de miedo e impotencia.

-¡Tráela un plato de comida!

Pero Mariana se negó en rotundo a comer.

-¡Te vas a enterar asquerosa niña!

El hombre levantó su brazo amenazador para descargar el brutal golpe sobre la faz indefensa de Mariana, esta cerró los ojos para no ver lo que lo que se la venía encima.

Pero justo en esos momentos, como bólidos, irrumpieron en la estancia dos hombres, detrás de ellos dejaban una lluvia de cristales rotos. Los cinco secuestradores, desconcertados, se apresuraron a coger sus armas. Según el testimonio que Mariana dio al mismo Don Ramón estando nosotros delante, uno de ellos recibió un cuchillo que le atravesó el cuello de lado a lado, el segundo recibía a bocajarro el impacto de una bala que le hizo estallar el pecho, para caer desplomado sin vida instantáneamente. El tercero recibió un golpe en la cabeza que le hizo desplomarse como si de un muñeco de trapo se tratase. El cuarto murió también del disparo de un arma de fuego, y el quinto...

-Suéltala.

-¡Nada hará que suelte a esta mocosa, si os acercáis un paso más la rajo el cuello! ¿Quiénes sois?

-¡Somos tu peor pesadilla, por lo que te recomiendo que sueltes a la muchacha y nos la entregues!

-Si hago eso me mataréis.

-Te equivocas, si haces eso, no te mataremos, sino que te dejaremos en paz irte y nos olvidaremos que te hemos visto.

-¡Mentís!

-No mentimos, te damos nuestra palabra de que será así. Suelta a la chica y vete.

El hombre estaba aterrorizado, Mariana atónita contemplaba la escena con la cortante hoja de un cuchillo contra su garganta.

-¡Es el momento, decide!

-¡No, no os váis a salir con la vuestra, dejad las armas o mato a la muchacha!

-Tú lo has querido, la pesadilla para ti ha comenzado.

En un rapísimo movimiento, casi imperceptible para los ojos, y más común al movimiento infinitamente rápido de un insecto, que al de un ser humano, Matías lanzó contra el hombre una brillante y metálica estrella de puntas muy afiladas. Este arma, al instante, encontró un punto vital del cuerpo del malvado, en décimas de segundo caía muerto a los pies de Mariana.

Lucas y Matías se apresuraron a atender a Mariana.

-¡No te preocupes jovencita, ya ha pasado todo, en un rato estarás con tu padre, él te espera, y no lo haremos esperar! ¡Cógete a mí, con cuidado!

Como pudo Mariana se cogió al fuerte cuello de Lucas el cual la ayudó como pudo.

-Muy bien, vámonos, Matías llama a Ramón, te espero en el coche.

-Está bien.

Con el mismo teléfono móvil que Alejandro hablara con los secuestradores, el detective Matías Alonso llamó a Don Ramón. Este se apresuró a dar una última instrucción de donde debían llevar a la muchacha.

Matías fue hasta el coche.

-¿Te llamas Mariana?. ¡Ola, yo soy Matías! ¿Cómo te encuentras jovencita?

-Muy mal, muy aturdida.

Matías miró a Lucas, su mirada era interrogadora; ¿dónde debían llevar a Mariana, con mi padre o al hospital?

-¿Dónde deseas ir Mariana? Necesitas que te vea un médico.

-No, quiero ir con mi padre, llévenme, por favor.

-¡Claro, ahora mismo! Supongo Lucas que el inspector habrá tomado sus providencias. ¡Venga, vámonos! Conduce tu, yo iré aquí detrás. ¿Me dejas que me monte contigo?, no quisiera que te golpees en una curva, eres valiente pero no de hierro, estás muy débil, no te tienes sobre ti misma, yo te ayudaré, venga, apóyate en mí.

Matías arrancó el coche, los dos detectives se intercambiaron sendas miradas. En esos momentos llegaban con sus sirenas puestas dos coches patrulla de la policía nacional.

-¡Buenas noches Pedro!

-¡Hola Matías, que tal Lucas!, ¿Qué tenemos aquí?

-Entra en la casa, ya verás.

-Por mi parte podéis iros, esa es la instrucción que se me ha dado. ¿Esa es la joven?

-Sí.

-¡Válgame Dios, pobre niña!

El férreo sargento saludó a Mariana haciéndose cargo al momento de su estado, tanto físico como emocional.

-Jovencita, no temas, estás en buenas manos, estos dos señoritos son muy sirvengüenzas, pero en sus manos te garantizo que estarás bien, y en breve con tu padre. ¡Venga iros!

Mi hermana esbozó como pudo una sonrisa de agradecimiento al sargento.

-Venga, vámonos, aquí ya no hay nada que hacer, llevemos a esta jovencita con su padre. ¡Adiós Pedro!

-Adiós muchachos. ¿No deberíais ir a un hospital?

-No, su padre está esperando, para ser una jovencita, parece ser muy fuerte.

-Está bien vosotros mismo. ¡Adiós chicos! ¡espero vuestro informe!

-Lo tendrá mañana sargento.

-¡Ya!, lo de siempre. Mejor dejarlo, mandaré a Rubén para que lo recoja.

-Sabia decisión sargento. ¡Venga Matías, vámonos!

Y el padre de esa jovencita, o sea, mi padre, estaba esperando, sin saber, que en esos momentos, que en un corto espacio de tiempo, primero mi madre, y luego Mariana estarían a su lado.

En primer lugar sonó el timbre de la habitación. Mi padre acudió a abrir la puerta. Mi madre esperaba al otro lado. Nos os podéis imaginar la ternura y el amor de ese encuentro. Mi padre se apresuró a abrazar a mi madre y esta sin decir una sola palabra, le recibió con un inmenso amor. Así permanecieron unos minutos, verdaderamente eran dos corazones que se amaban, que se encontraban, y que cogían la fuerza necesaria uno de otro para hacer frente a dolor.

Y fue entonces cuando ocurrió el milagro, estando todavía mi padre abrazado a mi madre, vio venir desde el fondo del pasillo que daba a la habitación, a Don Ramón con alguien a su lado, ese alguien era Mariana.

Sin poder creerlo, mi padre...

-¡Carolina, amor mío, mira quien viene! ¡Oh!, ¡bendito sea Dios! ¡bendito sea Dios!

Mi madre se dio la vuelta enseguida, inmediatamente vio a Mariana. Los dos corrieron a su encuentro. Esta, abrió sus brazos para recibirles. El encuentro no se hizo esperar, y en unos segundos mi madre abrazaba a su hijita estrechándola contra su corazón.

-¡Mi hijita!, ¿qué te han hecho? ¡Estás herida!

Mi padre también abrazó a mi hermana. Lloraba de emoción por verla a salvo. Don Ramón observaba la escena conmovido.

-¿Donde están los hombres que han rescatado a mi hija?, verdaderamente son de los mejores, los mejores.

-Sí, así es Don Alejandro, ya se lo dije.

- Don Ramón, me gustaría que mi mujer y yo pudiéramos darles las gracias.

-Eso está hecho, además les gustará, el agradecimiento demostrado siempre es algo noble y que se agradece.

El inspector cogió su comunicador.

-¡Haced subir a Lucas y Matías, la familia quiere verlos!

-¡Ahora mismo señor!

Unos minutos más tarde los dos imponentes detectives...

-Gracias caballeros, no tengo palabras para expresarles el agradecimiento que les tengo.

-No hace falta, nos alegra que todo haya salido bien.

-También yo les doy las gracias por traer sana y salva a mi hija –repuso mi madre acercándose hasta ellos-, nuestro agradecimiento irá con ustedes durante el resto de nuestras vidas.

-¡Gracias señora, lo importante es que ya ha pasado todo, y que la joven está a salvo!

¡Es indescriptible la mirada de Mariana hacia Lucas y Matías! Quizás, se la pueda definir con la frase que nos dijo, una vez que los detectives se fueron.

-¿Os imagináis las películas? Pues eso no es nada a comparación de esos dos hombres; yo, jamás podré olvidarlo, en un instante todos los hombres que me retenían cayeron muertos, fue...

Mariana comenzó a llorar, estaba muy nerviosa y bajo un fuerte shock emocional.

-Pero debes olvidar todo jovencita, como si nada hubiese pasado, te costará, pero sé que lo lograrás.

Don Ramón hizo intención de quedarse a solas con mis padres. Mi padre nos dijo a Clarence y a mi que nos llevásemos adentro a Mariana.

-Deben de irse de aquí, y me refiero a los chicos.

-¿Qué propone Don Ramón?

-Descansen esta noche, mañana temprano haré venir una patrulla que escoltará a su mujer y a la joven hasta el avión, se irán a Estados Unidos, dudo que sus enemigos sepan digerir esta píldora.

-Tengo miedo por ellas.

-Sí, es comprensible. Voy a sacarlas de aquí ahora mismo, sin que nadie lo sepa, y no sólo a ellas, se irán todos.

-¿Ahora?

-¡Sí, es preciso!

-¿A dónde iremos inspector?

-Les voy a llevar a un sitio donde nadie les encontrará.

Ese sitio era un hermosa finca propiedad del mismo inspector. En ella estaba su mismo padre, el cual se encargaba de gobernarla y atenderla en todo lo necesario.

-Allí nadie les encontrará, aquello es inaccesible, pues es totalmente desconocido por sus enemigos.

-No sé como agradecerle todo lo que hace por nosotros.

-Mi padre es un hombre bueno, de un trato muy agradable; a él le gustará conocerles, sobre todo a usted, su profesión fue la de juez. ¡Ale pues! Les he pedido a Lucas y Matías que continúen en este caso, espero que alguno de sus enemigos quede para el juicio. Hay que cazar a esa gente Don Alejandro, y sólo le tenemos a usted, este juicio será la puerta de otros muchos más importante; en el primero se le hará justicia a usted, y por lo tanto a la nación, pero en el segundo, se le hará justicia a infinidad de personas que han sufrido la maldad de esta organización. ¡Vamos a ello!

-¡Vamos a ello!

0

Clarence, que lo observaba, y lo oía todo, perplejo, exclamó: ¡Very, very good! Si yo no lo veo, yo no lo creo. ¡Bien por España! ¡bien, muy, muy bien!

CAPÍTULO XVII

EL JUICIO

El gran día había llegado, el día en que mi padre, acompañado de Clarence, se vió frente a los que le habían querido hacer mal, arruinándole, intentado matarle, a él, y a nosotros, que éramos su familia.

Un total de quince personas fueron citadas por la Audiencia a comparecer. Ellos y mi padre se miraron cara a cara. Mi padre se levantó de su asiento para...

-No puedes hablar con la parte demandada, si lo deseas hazlo después de la vista.

Clarence intervino rotundo.

-¡Está bien Clarence!

-Domina tus emociones Alejandro, domínalas, o esto se puede alargar hasta el infinito como el juez se rebote.

Y comenzó el juicio. En él se presentaron toda clase de pruebas y documentación. El juez fue examinándolo todo detenidamente. Hizo expresa voluntad de conocer el paradero del CD-Room que se hacía constar en el informe de Clarence.

-Acérquese hasta el estrado abogado.

Clarence fue inmediatamente ante el requerimiento del juez.

-¿Dónde está la prueba principal?

-Tengo intención señoría de hacer funcionar la impresora del juzgado dentro de esta misma sala, he mandado hacer venir a un agente del departamento de fraudes para que esté presente.

-Me parece bien, pero no sé cual será la costumbre en su país, en este es, que esa prueba, ha de estar entregada antes de la vista.

-Por su importancia vital, pido a su señoría el retraso acumulatorio de la prueba.

-Y yo se lo concedo, sin embargo le mando tenga disponible esta prueba para el tribunal, en adelante, que no tenga que recriminarle más abogado.

Y comenzó el juicio. Verdaderamente fue uno de los juicios más densos y la vez más cortos, dada su importancia.

Clarence sacó por medio de impresora, y ante el tribunal, copias de todos los movimientos fraudulentos de los demandados. Estos, se revolvían como serpientes en sus asientos, inermes ante lo que se les venía encima. Para colmo, la defensa de los demandados se retiró, ante las pruebas que se presentaban; se hacía imposible mantener una posición ante las pruebas presentadas por la acusación.

El juez mando que las pruebas fueran examinadas por la brigada de fraudes y corrupción del Estado. Fue entonces cuando Don Ramón, con toda su cabellería entró a toda máquina.

No os podéis ni suponer el revuelo que se levantó. Cerca de diez altos cargos fueron culpados de cohecho y corrupción, y otros tantos, de malversación de fondos y de diferentes delitos contra la Administración, y particulares, dependientes de esta, por expediente o contacto ilegal. No os digo nada, cuando se tiró de la cuerda, y empezaron aparecer todas las actividades criminales que hasta el momento habían permanecido ocultas. ¡Impresionante!

En una primera vista a mi padre se le devolvió todo lo que se le había quitado, y se le restituyó su antiguo cargo.

Bueno, nos os he dicho que, Antonio García, Jaime Seimer, y por fin Sara, estuvieron de testigos codo con codo junto a mi padre y Clarence. Mi padre decía de Jaime que el juicio le había transformado, que era otra persona, y en verdad lo parecía, fue a por todas.

Sin embargo, como antes os he dicho, aquél juicio fue solo para destapar la punta del Iceberg, de la gran mole de delitos sin cuento que se encontraban detrás de toda la trama que tanto había hecho sufrir a mi familia.

Y pasó el tiempo, varios meses. La totalidad de esos quince hombres pasó inmediatamente a disposición judicial en espera de una condena. Pero otros muchos fueron apareciendo, poco a poco, los cuales estaban implicados en esta red de criminales.

Toda mi vida recordaré como celebramos el triunfo en el juicio, no os lo podéis ni imaginar.

Mis padres decidieron, en primer lugar, dar a gracias a Dios, pues la pesadilla había tocado a su fin. Don Valiente nos recibió a todos muy contento, estaba feliz. Nos presentó a todos los que nos habían ayudado de alguna forma, con casas, con dinero y, con tantos otros cuidados, que no se pueden ni contar. Mis padres dieron las gracias de uno a uno; fue un rato muy feliz.

Y se preparó una gran fiesta, y una gran fiesta en la que hubo un regalo muy especial para mis padres de parte de Don Ramón Sabartés, nuestro querido amigo inspector de policía. Os lo voy a contar, y con ello, termino mi relato.

Dedico estas líneas a todos vosotros que sufrís, o que os veis en una situación semejante. Las dedico a todos los que nos ayudaron en aquellos días de felicidad y de amargura. Las dedico, en fin, al Señor y a nuestra Madre, que en todo momento nos guardaron de la desesperación, haciendo que la pequeña barquita que era mi familia, volviese segura a puerto, después de haber cruzado ese océano de dolor y de incertidumbre.

Este fue el regalo de Ramón Sabartés ofreció a mis padres. Adiós a todos.

- ¡Don Ramón! ¿usted aquí?, ¡que sorpresa!

Don Ramón venía junto con Eliseo. Dio un abrazo a mi padre, saludó a mi madre, y algo le dijo a Eliseo, el cual se dispuso a cumplirlo.

-¿Que ha pasado con el tema de Carmen, Don Ramón?, Nabuco está muy triste, ni siquiera ha querido acercarse a la celebración, está allí, encerrado en su coche sin querer ver a nadie.

-Lo comprendo, pero vengo a traerle éste papel. A petición del juez, y por méritos obtenidos por usted Alejandro, y a petición expresa del departamento en el que ejerzo, el caso se ha reabierto para una revisión.

-¡Es magnífico, tengo que llamar a Nabuco, mi hijo estará...!

-Sí, mándele llamar, aunque ya se ocupa Eliseo de que venga. El chico es fenomenal, se lo merece, es un chaval especial, de los que me interesan. Mi intención es convertirle en un buen policía, en un policía hecho y derecho, y con el tiempo, él decidirá el camino que desee tomar dentro del Cuerpo. Sé que ese chico ha nacido para ser policía, y un hombre como él, hará mucho bien, mis superiores están muy impresionados. Todavía no se le ha comunicado que le espera una gran sorpresa después de esta de ahora.

-¿De qué se trata Ramón?

-Se le ha concedido una medalla al valor. Se le condecorará, y el mismo Rey le impondrá la condecoración, él se ha interesado mucho por su hijo, de cómo salvó la vida de dos de mis hombres, es muy notable.

Eliseo fue hasta donde se encontraba Nabuco. Algo le dijo, este salió del automóvil. Eliseo y él fueron hasta donde estaba mi padre con Don Ramón. Los dos le recibieron con una amplia sonrisa. Mi padre le acercó el papel para que lo leyese. Un minuto más tarde la faz de Nabuco cambió por completo, era inmensamente feliz.

-Tienes un mes para que esa joven vuelva de Estados Unidos, y para volver tú con ella e ingresar en mi brigada. Si lo deseas, puedes quedarte en aquél magnífico rancho, que según me han contado, tanto te gustó, o volver aquí con Carmen, y comenzar una carrera profesional a mi lado, y ser compañero a Eliseo, serás el que sustituya a su compañero

muerto, ese honor es tuyo hijo. Tú decides, tanto tú, como Carmen, sois libres de tomar la decisión que os parezca.

-¡Gracias, gracias Don Ramón! ¡papá!

-¿Dime hijo?

-Voy a dar la noticia a Mamá y a Lorena.

Y mi padre, abrazando con ternura y fuerza a Nabuco, mientras lo estrechaba fuertemente contra su corazón, le dijo con verdadero amor de padre:

-Sí hijo mío, corre, harás muy feliz a tu madre con la noticia, y a tu hermana. Ve, ellas te esperan, ve Nabuconodosor, ve y sé feliz.